BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

73

FELIPE SALVADOR GILIJ

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO III

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

Director de la Academia Nacional de la Historia:

Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora:

Héctor García Chuecos
Carlos Felice Cardot
Guillermo Morón
Joaquín Gabaldón Márquez
Mario Briceño Perozo

Director de Publicaciones:

Guillermo Morón

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

73

FELIPE SALVADOR GILIJ

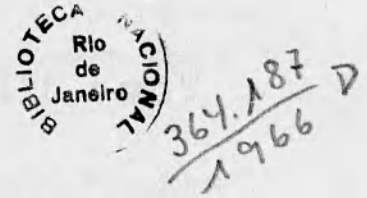
ENSAYO DE HISTORIA AMERICANA

TRADUCCION
DE
ANTONIO TOVAR

TOMO III

FUENTES PARA LA HISTORIA COLONIAL DE VENEZUELA
CARACAS - 1965

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1965



364.187
1966
D

I
980
G474s
v.3

Impreso en Venezuela por Italgráfica, C. A., Teléfono 41.26.86, Caracas

ENSAYO
DE HISTORIA AMERICANA

o sea

HISTORIA NATURAL, CIVIL Y SACRA DE LOS REINOS Y DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS DE TIERRA FIRME EN LA AMERICA MERIDIONAL

escrita por el abate

Felipe Salvador Gilij

y dedicada a la Santidad de N. S.

Papa Pio VI

felizmente reinante

Tomo III

De la religión y de las lenguas de los orinoquenses y de los otros americanos.

Roma 1782.

INDICE

de los libros de los capítulos contenidos en el tomo III de la Historia Natural del Orinoco.

Libro Primero

De la religión antigua de los orinoquenses.

Cap. I – Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre tamanacos y caribes y otros orinoquenses sus semejantes.

Cap. II – Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre los maipures y otras naciones del Orinoco.

Cap. III – Del alma y de los espíritus.

Cap. IV – Del diluvio y de algunas otras noticias referentes a la antigua religión de los orinoquenses.

Cap. V – Del origen que se atribuyen los orinoquenses.

Cap. VI – Delirios de algunos orinoquenses sobre la creación del hombre y causas de aquellos.

Cap. VII – Reflexiones sobre la religión de los orinoquenses.

Libro Segundo

De la introducción de la religión cristiana entre los orinoquenses.

Cap. I – Qué disposiciones hay en los orinoquenses para abrazar el cristianismo.

Cap. II – De las reducciones.

Cap. III – Del modo de construir las reducciones.

Cap. IV – De la introducción de las escuelas y de las artes.
Cap. V – De la introducción de los animales domésticos y del cultivo de los campos.
Cap. VI – De la comida de los misioneros.
Cap. VII – De la instrucción de los jóvenes.
Cap. VIII – De la instrucción de los adultos.
Cap. IX De la instrucción extraordinaria.
Cap. X – Del cuidado de los enfermos.
Cap. XI – Del fruto que se saca de la instrucción.
Cap. XII – Si suceden milagros en la conversión de los orinoquenses.
Cap. XIII – De los viajes de los misioneros en busca de gentiles a las selvas.
Cap. XIV – De aquellas cosas que ayudan al buen éxito de los viajes de los misioneros a las selvas.
Cap. XV – De otras particularidades de los viajes a las selvas.
Cap. XVI – Viaje a la nación betoa y otras que están vecinas al Orinoco y al Río Negro
Cap. XVII – Viaje al río Venituari por tierra en busca de los piaroas.
Cap. XVIII – Viaje a los parecas.
Cap. XIX – De la guerra que a los cristianos reducidos hacen los gentiles.
Cap. XX – Del gobierno de las reducciones.

Libro Tercero

De las lenguas de los orinoquenses.

Cap. I – De su origen y del modo de hallar su relación con las de nuestro continente.
Cap. II – Si las lenguas de los orinoquenses son semejantes a las nuestras.
Cap. III – De las palabras orinoquenses semejantes a las nuestras.
Cap. IV – Observaciones generales sobre las lenguas del Orinoco.
Cap. V – De la pronunciación de las lenguas orinoquenses.

Cap. VI – Observaciones más particulares sobre las lenguas orinoquenses, donde se trata de las partes de la oración, y en primer lugar del nombre.
Cap. VII – De los pronombres, de los verbos y de los participios.
Cap. VIII – De las otras partes de la oración.
Cap. IX – Ensayo de la lengua tamanaca.
Cap. X – Ensayo de la lengua maipure.
Cap. XI – Reflexiones sobre las lenguas orinoquenses.
Cap. XII – Si las lenguas orinoquenses son muchas.
Cap. XIII – Muestra de dos breves razonamientos en las lenguas de los orinoquenses.

INDICE

De los apéndices y de los capítulos
contenidos en este III tomo.

Apendice I

De los remedios de algunos males usados por los misioneros de Tierra Firme.

Apendice II

De las más famosas lenguas americanas.

Parte I

Extracto de las varias lenguas americanas.

Cap. I – De la lengua haitiana.
Cap. II – De la lengua mejicana.
Cap. III – De la lengua general de los incas.
Cap. IV – De la lengua de los Mojos.
Cap. V – De la lengua de los chiquitos.
Cap. VI – De la lengua de los guaraníes.
Cap. VII – De la lengua araucana.
Cap. VIII – De la lengua algonquina y hurona.

Parte II

Reflexiones sobre las lenguas americanas.

Cap. I – De su principio y aumento.
Cap. II – Las lenguas americanas no han sido inventadas ni por los indios ni por el demonio.
Cap. III – Del número de las lenguas maricanas.
Cap. IV – De los dialectos americanos y de sus causas.
Cap. V – Digresión sobre la antigüedad de la población de América.
Cap. VI – De la belleza de las lenguas americanas.
Cap. VII – De los defectos de las lenguas americanas.
Cap. VIII – Del acento de las lenguas americanas.
Cap. IX – De la abundancia de las lenguas americanas.
Cap. X – De una conjugación de los verbos tamanacos.
Cap. XI – De una conjugación de los verbos activos irregulares.
Cap. XII – De la abundancia maravillosa de la lengua chiquita.
Cap. XIII – Comparación de las lenguas americanas entre sí.
Cap. XIV – Comparación de las lenguas americanas con estas de nuestro continente.
Cap. XV – Noticias recientes
Cap. XVI – Catálogos de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio.
Adición al tomo II, nota XVIII.

Notas y aclaraciones.

Este III volumen del *Ensayo de la historia americana* del célebre misionero Señor Abate Felipe Salvador Gilij, que yo por comisión del Revdmo. P. Maestro del Sacro Palacio Apostólico he revisado atentamente, no contiene a mi parecer cosa alguna contraria a los dogmas de nuestra santa religión o a las reglas de las costumbres; y por eso juzgo que se pueda permitir la publicación con su impresión, tanto más que pienso que puede ser muy útil a los lectores. Se trata en él con cuidado de la antigua religión de aquellos pueblos, y descubriéndose en ella no pocas verdades conformes a la cristiana, son éstas oportunas para echárselas en cara a los incrédulos, para que vean que el pensar de los americanos no es a propósito, como se querría hacer creer, para apoyar en él sus necios errores. Donde después el digno autor razona sobre la propagación de la fe entre los orinoquenses, representándonos los modos, los viajes de los misioneros, sus padecimientos y peligros y los frutos que de ellos sacaban, no hay sino motivo de edificación y de dar gracias al Señor Dios por sus misericordias sobre el género humano. Deleitable finalmente resultará todo aquello que se halla en este volumen sobre las lenguas americanas más célebres comparadas entre sí y con estas de nuestro continente, así como no podrá sino agradar un apéndice en que da cuenta de los remedios más escogidos que allá se aplican a varias enfermedades. Que es cuanto puedo decir. San Calisto a 15 de marzo de 1782.

P. L. Galletti, Obispo de Cirene.

Imprímase.

Si le parece al Revdmo. Padre Maestro del Sacro Palacio Apostólico.

Franc. Antonio Marcucci de I. C.
Obispo de Montalto, Vicesecretario.

Imprímase.

Fr. Tomás María Mamachio, O. P., Maestro del Sacro Palacio Apostólico.

PREFACIO

[V] Hénos aquí llegados al fin de la descripción del Orinoco, emprendida por mí para mostrar con alguna luz aquellas provincias de América que por no estar aún habitadas por los españoles he llamado salvajes. Lo que de ésto y de su estado físico, moral y cristiano cuento, puede más o menos decirse de otras comarcas americanas en las que por los misioneros es propagada la religión católica. No digo sin embargo que el Orinoco se asemeje en todo al Uruguay y Paraguay o a las tierras inmensas de los Mojos o a las de los Mainas en Quito, o aquellas otras de los Pimas o de Sonora o de la remota California. No: estas comparaciones minuciosas son caprichosas, aunque no desagradables; no son de alguien que ha estado largo tiempo en América, ni de quien se precia de que todo su hablar sea verdadero.

Pero *si licet exemplis in parvo grandibus uti*,[1] y comparar las misiones nobilísimas que acabamos de citar con las del Orinoco, diré que si aquellas son más grandes y más pobladas, ciertamente no son muy diferentes de las del Orinoco. Tanto, como decimos en proverbio vulgar, se asemeja un huevo a otro, como las comarcas [VI] americanas entre sí. Quien ha visto una, está en condiciones de juzgar las otras. Sino que los huevos mismos, aunque semejantes en gran manera entre sí, están sujetos a cualquier pequeña diversidad accidental.

Esta yo también de buen grado confieso que se halla entre las varias cosas de América; pero nunca enorme ni jamás sustancial, al menos en los mismos climas y bajo el mismo calor del sol o poco diferente. Los vegetales a los vegetales, las fieras a las fieras, las

---

1 Ovid., *Trist.*, I 3.

costumbres a las costumbres, los errores a los errores, las modas a las modas, se asemejan en América tanto entre sí como en ninguna otra parte del mundo. Lo que habiendo sido visto por nosotros en la historia natural y en la civil del Orinoco, queda por verlo ahora en la religión y las lenguas.

Al describir la religión, ya antigua, ya moderna, de los orinoqueses, no me preocupo tanto de la semejanza de estos pueblos con otros muchos salvajes de América, la cual es por cierto grandísima, como me afano con todas mis fuerzas en arrancar del ánimo de algunos filosofantes que tienen a los indios por ateos, la culpable e insostenible opinión en que están. La existencia del Ser supremo, la inmortalidad del alma humana, y semejantes otras verdades siempre adorables, mas para algunos en todo tiempo odiosas, no hay ningún salvaje que las niegue. ¡Gran consuelo para los buenos!

[VII] Mucho mayor es aún oir qué bien arraiga el cristianismo en corazones que nos parecen salvajes. Pero yo en este relato, que es de por sí extensísimo, uso aquella parsimonia que me sugieren las circunstancias de los tiempos. Por eso al hablar de ellas no gasto sino pocas páginas, y me he propuesto decir sobre la propagación del Evangelio sólo aquellas cosas que me han sucedido a mí, y que por así decirlo fueron mías propias.

Pero si hablara no de mis debilidades, sino del valor ajeno, cuántos y qué señalados hechos egregios podría yo referir de aquellos que me precedieron en el sacro ministerio y también de aquellos que en él me acompañaron! La caridad cristiana entre ellos y hacia los indios sus súbditos, su contento entre los contínuos padecimientos, el predicar, el catequizar incansable, el recogimiento interior entre las contínuas ocupaciones, su unión con Dios, llenarían bastantes libros, que no ya hojas, si se narraran.

Pero estas cosas, caras por lo demás a muchos en los relatos de los misioneros, no interesan a todos. A todos les interesa saber cuáles y cuántas son las lenguas por medio de las cuales en comarcas tan remotas de nosotros se promulga el Evangelio. Yo, dilucidando esta digna parte de historia americana me he fatigado bastante, como verán aquellos que se [VIII] complazcan en leerme. No pretendo por lo demás la vanidad de haber escrito perfectamente sobre ellas. Ciertamente que no. *Nihil simul inventum* (lo dice el

elegantísimo Cardenal Adriano, y con él la experiencia), *nihil simul inventum et perfectum est.*[1] Soy acaso el primero en poner mano en empresa tan vasta. Si después esto se ha ejecutado con atrevimiento temerario, o con alguna felicidad, los sabios, a los que está especialmente dirigido el trabajo, lo decidirán por sí mismos.

1 *De serm. Lat.* § *antiquum vero tempus.*

DE LA RELIGION Y DE LAS LENGUAS DE LOS ORINOQUENSES

LIBRO PRIMERO

De la religión antigua de los orinoquenses.

Capítulo I

Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre tamanacos y caribes y otros orinoquenses sus semejantes.

Dios, aquel nombre adorable, que para vergüenza de las más rebeldes pasiones a grandes voces repite siempre al hombre su naturaleza racional, no es desconocido a los orinoquenses. Son salvajes, es verdad, y entre sí grandemente diferentes. Pero en admitir un creador del universo convienen todos. Yo ya me esperaba que los americanos, que en el color, en los ademanes, en los usos de la vida, parecen como otros tantos germanos, habrían de tener un modo de pensar semejante en las cosas [2] también de la religión, y desde el principio, viendo en los tamanacos, los primeros orinoquenses que traté, conocimientos no despreciables sobre este punto, pensé que se hallaran también en los demás.

Pero sus nativas iras, las alternativas guerras contínuas entre ellos, y aquella mirada de través, con que universalmente miran los individuos de una nación a los de otra, me daban al mismo tiempo mucho que sospechar; y temí muchas veces, que como en la lengua también en la religión fueran contrarios entre sí, negando los unos lo que era afirmado por los otros. Pero no es así.

No intento afirmar por eso que no haya diferencia ninguna entre ellos. La hay ciertamente, pero no de manera que lo que se cuenta por una nación se niegue pertinazmente por otra. La variedad de los relatos es completamente accidental, por decirlo

así, y toda consiste en las circunstancias, pero nunca en la sustancia de los hechos.

Sé que debo decir una cosa que sobre todo en nuestros días no agrada nada a los incrédulos. Pero traicionaría no menos mi conciencia y honradez que los conocimientos, y suprimiría las luces por mí adquiridas con larga experiencia, si al narrar hiciera a los orinoquenses la injusticia que ciertamente, si se los conoce bien, no merecen en modo alguno. Descubriré, pues, en primer lugar su antigua religión y las máximas que tuvieron naturalmente sobre las cosas invisibles antes de dar acogida al misionero. Hablaré después como por necesaria consecuencia de la introducción de la religión cristiana y mostraré de qué manera, aplicándose valerosamente los misioneros, arraiga en sus corazones.

[3] Y por comenzar, con aquello de que toda cosa toma principio, esto es, el Ser supremo, está fuera de toda duda que aún en los tiempos del Padre Gumilla, uno de los primeros misioneros del Orinoco, se hicieron algunos descubrimientos que son muy considerables. El en su historia hace mención de ciertas naciones entre las que no era desconocido el Señor;[1] y dice esperar que el tiempo hará descubrir otras en las que se conozca de modo semejante. Su laudable deseo no ha sido sin efecto; y después de escrita la historia del Orinoco, a la que sobrevivió más de nueve años, pudo consolarse con muchas hermosas noticias que le comunicaron muchos misioneros. Pero cuanto más grande hubiera sido su gusto si hubiera llegado a sus oídos lo que se supo después de algunos años sobre el Ser supremo.

Comienzo por los tamanacos, y bajo este vocablo, que no es pomposo sino en apariencia, pongo delante todas las naciones cuya habla se parece a la de ellos. Estos indios conocen, o por explicarme mejor, siendo aún gentiles conocieron un ser del que dependen las cosas inferiores, y se llama en su lengua *Amalivacá*. Los parecas dicen *Amaruacá*, dicen *Amarivacá* los caribes; y no es sino poco diferente el nombre que le dan los avaricotos, los guaiquires, los quiriquiripi, los maquiritares, y otros muchísimos, de que daremos en otra parte el catálogo.[2]

---

1 *Hist. del Orinoco*, tomo II, cap. 26.

2 Libro III, cap. XI.

Al P. Gumilla no le fue conocido el nombre de *Amalivacá,* y por otras referencias creyó que los caribes llamaban a Dios con el de *Ki-yumocón,* que él interpreta « nuestro gran padre ». Y acaso con [4] esta voz lo llaman también. Pero la de *Amalivacá* es tan conocida entre ellos y en otras naciones semejantes a ellos cual ninguna otra.

Se da también al Ser supremo por los tamanacos el nombre de *Amanené,* que quiere decir el Creador, ya que esta voz viene del verbo *yamanerí,* que significa crear. Y como su sentido es sano, puede usarse también por los misioneros sin peligro de errar. No tan fácilmente por lo demás se podría adoptar por quien les enseña la religión cristiana el nombre de *Amalivacá,* y los otros que añadiremos enseguida. Son nombres, es verdad, que indican al Ser supremo, pero están vestidos, como es natural entre gente bárbara y ruda, de fábulas ridiculísimas. Dejando por eso atrás la voz india, los misioneros del Orinoco usaban siempre el vocablo español Dios.

Dan los tamanacos a *Amalivacá* un hermano llamado *Uochí,* y junto con él dicen ellos que fabricó la tierra. En la formación del río Orinoco hubo larga consulta entre los dos. Y a fin de que se cansaran menos los remeros creados por ellos (Nota I), pensaron hacerlo de manera que se pudiera para arriba y hacia abajo siempre navegar a favor de la corriente. Esto les pareció dificilísimo, y desistieron del empeño. Estas, como ve cualquier sabio, son meras locuras; pero entre tan oscuras tinieblas se descubre algo de aquella luz que el Señor envía a todo mortal.

Tuvo Amalivacá una hija (sigue el relato de los tamanacos) la cual, según la costumbre de sus iguales, era aficionada a las caminatas; y el padre para impedir la frecuencia de ellas le rompió las piernas. Estuvo Amalivacá largo tiempo con los tamanacos en el sitio llamado *Maita.* [5] Allí muestran su casa, la que no es más que una roca abrupta, en cuya cima hay peñascos dispuestos a modo de gruta. Se llamaba cuando yo la ví *Amalivacá-yeutitpe,* esto es, « la casa donde habitó Amalivacá ». No está muy lejos de aquella casa su tambor,[1] esto es, un gran peñasco en el camino de la Maita al que dan este nombre.

Amalivacá, después que hubo estado muchos años con los tamanacos (continúan sus relatos) tomó finalmente una canoa y

1 En tam. *Amalivacá chamburái.*

volvióse a la otra banda del mar de donde había venido. « Tú acaso — me decían — lo habrás visto allá ». Al partir (he aquí noticias singularísimas), entrado ya en la canoa, se volvió a los tamanacos y les dijo con otra voz: *uopicachetpe mapicatechí*, esto es « mudaréis sólo la piel ». Con estas palabras quería indicar, dicen los tamanacos, que nuestros antepasados no habrían muerto, sino que rejuveneciéndose continuamente, habrían mudado sola la piel, a guisa de grillos, serpientes y otros animales semejantes.

Oyolo con maravilla una vieja y dijo: *Oh*, con la cual voz dio a entender que no lo creía. Enojóse Amalivacá y entonces en claros términos dijo: *Mattageptechí* « moriréis ». *Notpe uya yacrer-yave* — dicen los tamanacos — *yumna attagepuprá uochiririrbe*, es decir, « si la vieja le hubiera creído, nosotros no moriríamos ». Hasta aquí las noticias que ellos tienen de Amalivacá, y en estas últimas se trasparentan reflejos de la religión revelada.

Sabiendo yo después que el nombre Amalivacá, aunque nublado con mil fábulas, es conocido, como ya dije, de todos los parecas, avaricotos [6] y otros semejantes a estos, y que sus relatos no son diferentes entre sí sino muy poco, nunca me dominó la idea de hacer investigación también en estos. En cambio tomé cuidado con especular con el nombre de esta divinidad y preguntar el significado a algunos indios más prácticos. Pero siempre en vano, porque ni por mí mismo, ni ayudado por otros pude hallarlo nunca. Parece voz simple.

Capítulo II

Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre los maipures y otras naciones del Orinoco.

Pasemos a los maipures. Tanto esta nación como los avanes, los güipunaves, los cáveres y otras tribus indias semejantes a ellos en el habla, pero naturalmente enemigas, como todas las demás entre sí, llamaron al Ser supremo *Purrúnaminári*. No creo peligroso en boca de los misioneros este vocablo, que es tan universal entre las naciones del alto Orinoco cuanto es entre las del

bajo el nombre de Amalivacá. Pero el sabio temor de manchar con mentiras indias los sacrosantos misterios del cristianismo hizo que se mantuviera lejano también éste.

Estudié acerca de su significación con cuidado, y pareciéndome una palabra compuesta de dos vocablos, pregunté por ellos a los más sabios maipures. Pero sin provecho, porque los indios, muertos sus ancianos, es decir, aquellos que hacen las veces de los libros, se habían quedado privados de muchos conocimientos útiles. Me parece que el sobredicho nombre es un compuesto de la voz *minari*, que quiere decir [7] señor; y soy de parecer que los antiguos maipures en vez de *ununá*, que significa todo, dijeron *purrúna;* por lo que creo que tanto da decir *Purrúnaminári* como decir *Ununáminári*. No les desagradaba mi interpretación, y en este sentido Purrunaminari sería « el señor o amo de todo ».

Dicen los maipures que Purrunaminari hizo al hombre, y cuentan cómo, según añadiremos después. Le atribuyen un hijo llamado Sísiri; y oyéndome nombrar a Jesucristo verdadero Hijo de Dios, por la semejanza del nombre les parecía aquel mismo. Sísiri dicen ellos fue hijo de una mujer inmortal llamada Tapanimarru, la cual era bellísima y virgen. Encaprichóse de ella Purrunaminari, y este solo deseo, sin que jamás la tocase, fue suficiente para hacer que se convirtiera en madre de Sísiri. En este relato se ven verdades que no tienen necesidad de glosas de mi pluma.

Los sálivas son una antigua nación, y entre ellos estuvo Gumilla. Estos conocieron al Ser supremo bajo el nombre de Puru. El hijo de él (he aquí lo que cuentan), cuando infestaba las regiones del Orinoco una serpiente, bajó del cielo para matarla. La mató en verdad, y entonces, contentos ya los orinoquenses, dijo Puru al demonio: « Vete maldito al infierno, nunca volverás a entrar en mi casa ». Aquí también aparecen huellas más que claras de la religión cristiana.

Los otomacos, nación más ruda que los sálivas, hablando en ellos la naturaleza, dan al Ser supremo un nombre justísimo. Llámanlo *Jivi-uranga*,[1] que quiere decir « el que está en alto », o como nosotros decimos, el Altísimo. Es verdad que estos indios [8] mezclan como todos los demás necedades indecibles a sus relatos buenos en lo demás, y se dice que consideran madre de

1 Ya hemos indicado que el sonido de la *g* italiana ante *e* o *i* (africada palatal sonora) lo representamos con nuestra *j* o, mejor aun, con *dj*.

ellos a una roca, la cual a modo de obelisco natural está en la alta cima del monte Barraguano,[1] donde están sepultados sus antepasados. Pero estas tonterías no quitan nada al conocimiento del Ser supremo, que como hemos dicho, explican a maravilla.

La nación yarura, distinta de todas las demás en el habla, es también muy diferente en sus relatos sobre el Ser supremo. Conocen ellos también muy bien que el Universo no puede subsistir por sí, pero dividen el cuidado y también la creación entre muchos dioses. Llaman a uno *Andé-conomé,* el Dios del cielo. *Dabú-conomé* es el Dios de la tierra, *Yuai-conomé,* el Dios de las selvas, *Chirí-conomé,* el Dios de los prados, *Ui-conomé,* el Dios de las aguas y de los ríos.

Para no omitir ninguna de tantas naciones orinoquenses tratadas por mí, quedaría por hablar de los piaroas y de los quaquas. Pero los primeros, de los que no tengo noticias particulares, pueden remitirse al pensar de los sálivas, a los que se asemejan bastante en el habla. A estos mismos deberían también remitirse los quaquas, pero la vecindad del trato y del parentesco contraído con los tamanacos les ha hecho adoptar también sus máximas, y también llaman al Ser supremo Amalivacá. De los habitantes del Orinoco no paso por alto sino a muy pocos más, no vistos por mí tan frecuentemente. Pero no creo que estos indios carezcan del conocimiento, aunque grosero, de un ser superior a nosotros.

[9] Por lo demás, las naciones orinoquenses o son caribes y semejantes a ellos, y conocen a Amalivacá, o son maipures, y de linaje semejante, y conocen a Purrúnaminári. He hablado especialmente de los sálivas, de los otomacos y yaruros, naciones no menos diversas entre sí que de todas las demás del Orinoco. Recuerdo de paso a mis lectores que el piache o piaye, como escribe de los de Cayena M. Froger, no es por lo demás un genio, un dios o numen de los orinoquenses, sino un fantasma nacido en la cabeza de quien no ha entendido la significación de tal palabra.

Y en verdad que no puedo entender de qué manera el error adoptado por este viajero con respecto a los habitantes de la Cayena ha sido aplicado después por algunos a los orinoquenses, diciendo que aquellos indios adoran al Piache. Yo sé por cierto, y lo saben conmigo todos los habitantes de aquel anchísimo río,

---

1 Los indios dicen *Paravání* o *Ríriva.*

sé, digo, por cierto, que el nombre piache corresponde a solos los médicos, y así dijo también M. Biet del Piaye de Cayena, el cual penetró su significado bastante mejor que M. Froger.[1]

He aquí sus palabras: « La méthode du pays pour faire les Piayes, qui sont les médécins n'est pas moins remarquable », etc. Así, pues, piache y médico son voces sinónimas, y se desvanece en el aire la pretendida divinidad. Y después, ¿quién no se da cuenta de la semejanza de la voz piaye con la de piache, de la que hemos hablado por extenso en nuestra historia? ¿Quién no ve que la una y la otra vienen de la lengua caribe, y que por consecuencia debe tener en una parte el sentido que tiene en otra? En el Orinoco el piache es un médico, y por consiguiente también en Cayena.

[10] Pero aquí se dirá: si la cosa es así, y todos los indios del Orinoco conocen a Dios de alguna manera, entonces rinden algún homenaje religioso al Ser supremo. Pues ésto no es así. Los más cuidadosos misioneros (lo dijo también en su tiempo Gumilla) no han reconocido nunca que le tributen culto alguno. Es simplicísimo, y por decirlo así, especulativo, el conocimiento que tienen los orinoquenses del Ser supremo. Termina en la mente sola en la que comienza; queda de alguna manera instruído el intelecto, pero no llega a las obras. Por lo cual no tienen templos ni sacrificios ni ritos algunos de religión.

Por este motivo han cometido errores y han puesto a los orinoquenses entre los ateos, no sólo los viajeros menos perspicaces, sino incluso algunos de los misioneros. Debía distinguirse oportunamente entre los actos intelectuales y los morales. Si se reflexiona bien, bastan los primeros para no contarlos entre los ateos. Los segundos actos se refieren a las obras y son como efectos de los primeros, pero libres y voluntarios. En este sentido, como no tienen templos, como los mejicanos y los peruanos, algunos los han llamado ateos, pero no con propiedad. Yo, dejando aparte la maravilla de este obrar de los orinoquenses, en la acorde uniformidad de conocimientos que tienen de Ser supremo, reconozco las voces ineluctables de la naturaleza, y veo que si hay variedad de pensar entorno a los entes a que ha de atribuirse la divinidad, como dice también Tulio[2], ninguna nación empero se halla, sea

1 *Hist. gen. des voyages*, lib. II, tomo 41.

2 *De legibus*.

364.18+1766-D

BIBLIOTECA NACIONAL Rio de Janeiro

tan bárbara como se quiera, que no la conozca, o que neciamente la niegue.

[11] Añádase que si por la falta de templos y de sacrificios y de otras ceremonias religiosas han de llamarse ateos los orinoquenses, este nombre debería convenir a muchos, cuya fe, contenta sólo con saber la divina existencia, no es operativa. Pero debo también decir que en medio de la indiferencia con que los orinoquenses hablan del Ser supremo, y nada temen acaso de él, porque lo creen sólo lleno de amor hacia ellos, debo, digo, decir también que muchas veces, preguntando, he descubierto alguna cosa que merece ser notada.

Hablando más sobre la noticia de Dios hallada entre los tamanacos, he diferido intencionadamente para el fin de este capítulo dar cuenta de cierto Yapituari del que se dice por los tamanacos que haciéndose escala con la enredadera de cadena subió al cielo. Por la cual cosa la trepadora antedicha se llama *Yapituári uanucutpe*, esto es, la escala de que se sirvió Yapituari. Hasta hoy no tienen sino noticias escasísimas de esta divinidad. Mas por cuanto se puede ver en sus relatos, antiguamente debió presidir la yuca. Por lo que me fue contado que al plantarla, volviéndose a Yapituari decían primero: *Yapituari imunmaké*, esto es, Yapituari, haz que engorde su raíz. Esta invocación no sería sino un acto religioso, pero es el único de que yo haya sabido.

[12]

Capítulo III

Del alma y de los espíritus.

El alma, de la que tanto la existencia como la duración es tan dudosa entre los filosofantes modernos, es conocidísima de los orinoquenses. Los tamanacos la llaman *nande*. Cuando uno muere dicen *uanangaché*, esto es, se ha quedado sin alma, o bien *inan tuteché*, que significa « el alma de él se ha ido ». Tan arraigado está en su mente que esta porción del hombre no muere. Además, como si fuera libre para un enfermo morirse, le ruegan los circunstantes, en multitud en torno suyo, que no se vaya tan pronto.

Las almas, según los tamanacos, al separarse de sus cuerpos van al otro lado del mar, esto es, a los lugares en que estamos nosotros en este globo terrestre. Como ellos deliran, hacen aquí curiosos trabajos para sus parientes que han seguido viviendo; y como dijimos en otra parte, son hechura suya las cuerdas y otras cosas que les parecen más maravillosas a ellos. Los chilenos, aunque lejanísimos del Orinoco, dan la misma fe a las ánimas de los que se han ido.[1] Pero el error mayor, al menos de los tamanacos gentiles, es que atribuyen un lugar indistinto, a todos, tanto malos como buenos, después de su muerte.

¿Cómo? ¿Os parece posible, les decía yo, que haya de ser igual en la otra vida la suerte de los inocentes y la de los culpables? Nosotros no sabemos más, me decían, y hemos oído a nuestros viejos que las almas están allí sin distinción [13] alguna. Así que de sus relatos se deduce otra cosa que la inmortalidad del alma sólo, aunque esta verdad, por su rudeza, y porque les han faltado los viejos más sensatos, se haya mezclado toda con varias fábulas. Esta fe de ellos la creo común a los caribes y a otros indios que tienen la lengua semejante a ellos.

Algo más rectamente pensaron sobre el alma los maipures. La llaman *amitáminé*. Asignan a los buenos un lugar de delicias en la otra vida, aunque no digan de qué clase, y a los malos un pozo, en el que arde perpetuamente el fuego. Los piaches, raza la más malvada del Orinoco, creían que habían de atravesarlo cantando versos que fueran gratos a Purrúnaminári, sin hundirse en él, y marchar desde allí festivos al lugar de los soñados placeres.

Estaban de acuerdo en confesar al alma inmortal los yaruros, los que, aunque no sin fábulas, conocían un lugar al que van las ánimas desligadas del cuerpo. A los malos, decían ellos, está destinado un sitio donde no comen más que frutas acerbas y salvajes. Mas para los buenos está preparado otro en el que se encuentran alimentos excelentes y exquisitos.

Las ideas de los otomacos sobre este punto son poco más o menos las mismas. Ellos también dicen que una vez separadas del cuerpo las almas (sean de buenos, o sean también de malos) se encaminan hacia el occidente. Allí hay un lugar donde sus antepasados descansan sin ningún disgusto. Pero les sale al encuentro,

---

1 OVALLE, *Historia de Chile*, lib. VII, cap. II.

dicen, el gran pájaro Tigitígi, muy enemigo del hombre. Y envidiándoles el paraíso occidental, toma a los muertos (excepto aquellos que le resistan virilmente), los mata y se los come.

[14] ¿Quién no ve que bajo rústicas figuras está aquí establecida no sólo la inmortalidad del alma, sino igualmente esbozados los diversos lugares que corresponden a los malos y a los buenos? Así pues, la inmortalidad del alma, para confusión de los libertinos, se conoce por las naciones orinoquenses, que ellos celebran como exentas de prejuicios.

No es menos conocido el demonio. Llámanlo los tamanacos *Yolokiamo*, y teniéndolo por un espíritu enemigo, lo temen sumamente. Casi no es diferente el nombre que le dan otras naciones semejantes a ellos, y los conocimientos que sobre él tienen son singularísimos. He notado muchas veces que le atribuyen ingenio y soberbia. De personas cuyo hablar es ingenioso y agudo dicen: *Ca! Yolokiam caije icaramanári*, esto es: « Oh! Este habla como el demonio ». Cierta persona hizo una vez gran muestra de su blancura, anteponiéndose vanamente a otros, y enseguida hubo quien no menos verdadera que prontamente le dijo: *Yolokiam caije acaramanari*, « Tú hablas como el demonio ».

Por lo cual no sin fundamento he pensado muchas veces que el demonio hablaba ya en alguna ocasión a estos indios en su gentilidad. El tamanaco Yucumare me contaba que en sus antiguas moradas era muy enemigo de ellos. « Aquí en la reducción — me dijo — dormimos tranquilísimos y no lo vemos nunca ».

Los maipures conocen al demonio bajo el nombre de *vasúri*, y también lo temen mucho; pero nunca les oí cosas tan precisas como las que me dijeron los tamanacos. Debo decir también que ambas naciones confunden el nombre del alma separada con el del demonio. Lo [15] cual noté a menudo en sus principios. Y no dando ellos ninguna razón, no me parecería a mí cosa absurda pensar que el demonio se les haya alguna vez aparecido bajo la forma de sus difuntos, y que esto hubiera podido engañarlos.

Quizá también el nombre Yolokiamo que dan frecuentemente al demonio es un nombre genérico, que signifique espíritu, y que pueda corresponder igual al demonio que a las ánimas separadas de los cuerpos. Si no queremos decir también que estos indios dan a las almas de algunos difuntos el nombre de demonio en el mismo

sentido en el que los griegos y latinos los llamaron fantasmas, o también lemures y manes.

Pero para quitar ocasión de toda confusión, nunca quise involucrar un nombre con otro. El de *nande* quedó por siempre asignado para designar el alma; el de Yolokiamo para indicar al demonio. El espíritu (nombre de dificilísima inteligencia en sus lenguas) creí explicarlo bastante con decir en tamanaco *pitpe-puní*, y en maipure *mavánateni*, lo que significa sin cuerpo; y los indios aceptaron mi modo de hablar.

Los maipures sin embargo no llaman demonio a todas las almas separadas, sino sólo aquellas que fueron de personas muertas en la guerra o en luchas privadas. Así por ejemplo decían *Macápumíne Vasúrenámi*, esto es, el diablo o el alma del difunto Macapu (el cual fue muerto por los maipures). Pero si mueren naturalmente (así murió Caravana, el cacique de los maipures) dicen *amitáminé*, es decir, *Caravána miné amitámicanámi*, el alma del difunto Caravana. Aunque estas necedades desaparecen con las instrucciones oportunas de los misioneros.

[16] La nación yarura teme también al demonio, y lo llama Yuané. El nombre con que lo conocen los otomacos es Tigitígi; y este nombre, como hace poco se ha dicho, le es dado también a un pájaro que creen enemigo del hombre. En el cual modo de hablar convienen con los mejicanos, en cuya lengua *Tlacatecólotl* significa igualmente demonio o pájaro enemigo del hombre.

Mavári, genio no menos dañoso que conocido de los tamanacos, no puede ser otra cosa que algún demonio. Los antedichos indios en su gentilidad creían que de él les venía todo mal. Las enfermedades que les son tan comunes por el contínuo bañarse, las creían un flechazo de Mavari. Cuando alguno atacado de fiebre aguda moría, decían: ha muerto *Mavari navangarbé*, esto es, envenenado por Mavari. Creían que ciertos lugares le estaban especialmente dedicados, y que él, con exclusión de cualquier otro, dominaba en ellos. Dios guardara al que, dado tal quimérico supuesto, se acercara.

En Uacara-yotta, lugar vecino a la Encaramada, había un hermosísimo cañaveral de guaduas que le pertenecían. Cortaron una, tal vez inadvertidamente. Y quién podrá decir el horrendo alboroto que hicieron por ello los piaches, diciendo que Mavari, en castigo de tal atentado, había mandado una epidemia de la que

murieron muchos. Pero siendo ya un poco capaces de las verdades cristianas, lo decían en voz baja.

Me llegó finalmente a los oídos la necia noticia, y habiendo tomado agua bendita, me trasladé al lugar indicado con los niños de la doctrina, donde recité algunas preces eclesiásticas y rocié con ella el cañaveral. Hice luego cortar una caña hermosísima, [17] la cual los antedichos llevaron a la reducción como en triunfo del Mavari subyugado. Ningún indio chistó, y como por bondad del Señor no vino otro mal, muchos depusieron el temor, y no pasó mucho tiempo hasta que con alegría universal de los neófitos fue cortado todo el cañaveral para hacer el techo de la nueva iglesia.

Así se portan los orinoquenses siendo ya cristianos. Pero continuemos diciendo de los gentiles. Aunque no sea en ellos más que especulativo el conocimiento del Ser supremo, no parece sin embargo que se deba decir lo mismo del demonio. Algunos han observado que en ciertos bailes le hacen ofrendas de bebidas y de alimentos[1] para que no les sea molesto ni temible. A mí nunca se me presentó la ocasión de ser testigo de vista de ello, pero sí lo fui de oído, oyendo los gritos muy horribles que en la selva vecina a la población daban en sus comienzos dos o tres jóvenes tamanacos, mientras los otros bailaban dentro del poblado.

Preguntéles para qué fin aullaban de tal manera. Y como todavía rudos en las costumbres cristianas me respondieron candidamente: *Mavári uac-matepó*, esto es, hacemos así para alegrar a Mavari, para que no nos haga daño. De lo cual después se avergonzaban mucho cuando hechos ya cristianos yo por broma les recordaba los ritos de los antiguos bailes.

Concluyamos con los *Pittinití* de los maipures. Creían ellos que las estrellas que lucen en el cielo habían estado antes en la tierra, como ahora están en ella los hombres. *Aráu minánimí caní arrúpuné: Pittinití caní*, me decía el cacique Caravana, esto es, [18] se dice que las estrellas han estado aquí en la tierra, ahora son inmortales. No supo él nunca decirme precisamente de esta transmigración ideal en la que por lo demás paréceme ver cierto esbozo de los ángeles.

---

1 GUMILLA, *Historia del Orinoco*, tomo I, cap. 10.

Capítulo IV

Del diluvio y de algunas otras noticias referentes a la antigua religión de los orinoquenses.

Es cosa ciertísima para quien fue testigo atento de oído que los orinoquenses tienen conocimiento del diluvio universal. ¡Cosa maravillosa en verdad! Todos lo conocen y no les resulta nuevo cuando se lo oyen por primera vez a los misioneros. Añado que en en las grandes lluvias los tamanacos están todos mudos en sus cabañas, y temen que vuelva de nuevo en sus días. Muchas veces me lo preguntaron con curiosidad. Esta memoria que tienen no puede ser sino un efecto de tenacísima y bien arraigada tradición. Por lo cual es oportuno que yo descubra ahora a mis lectores el modo con que me parece que los orinoquenses hayan conservado algunas verdades.

Los orinoquenses no tienen, lo confieso, ni libros ni jeroglíficos ni signo alguno por el que se puedan conocer los hechos de sus antepasados y de los de los demás. Pero hacen las veces de estas cosas, como se usa entre aldeanos, los viejos de la nación; si bien no todos ni de cualquier clase.

Los que hablan son los más nobles y tienen un tiempo determinado, esto es, la aurora, para hacer los relatos a sus hijos y nietos. Ordinariamente [19] no olvidan nunca contar alguna cosa para instrucción de aquellos. Los relatos versan sobre la creación del mundo, sobre el autor de él, sobre la propagación y dispersión del género humano, y sobre otras cosas que ya hemos dicho, o que se dirán después.

Además de estos relatos serios, los hay también frívolos; los hay de aquellos que se refieren a algún hecho particular de la nación, pero todos agradables por contener antigüedad. Tuve cuidado, preguntando a los entendidos, de ponerlos todos por escrito y de escudriñarlos con diligencia. Son simples prosas, pero graciosas tanto por la materia como por algunas voces anticuadas que se mezclan en ellas. Y porque todas están expresadas con los mismo términos, del modo que uno hace los relatos, los hacen todos. Dicho brevemente esto, pasemos al diluvio.

Los tamanacos dicen *Apótonomó uochil-yave nono nuomúine tuna guaca temdjiaré,* esto es, en los tiempos antiguos de nuestros

viejos se hundió en el agua toda la tierra. No quedaron, dicen ellos, sino solas dos personas, un varón y una hembra, pero no cuentan sus nombres. Pregunté dónde estaban los tamanacos cuando sucedió el diluvio. « En aquel tiempo nuestros viejos — respondieron ellos — estaban en las tierras vecinas al río Cuchivero, y las dos personas que se salvaron de la inundación se quedaron en un monte llamado Tamanacu, que se halla en sus orillas ».

« ¿Y cómo les fue posible — pregunté yo — volver a propagar la especie humana? ». « Te lo diré yo — me respondió el tantas veces citado Yucumare —: estando afligidos los dos por la pérdida de sus parientes, y dando vueltas [20] pensativos por el monte, les fue dicho que tiraran de los hombros *quai yatpe*, esto es, el hueso del fruto de la palma muriche ». Después añadió: *Aicá nmari nuomúine ti aicapé, apaliké nmari apalic-pé*, esto es, los huesos de las frutas tiradas por la mujer se levantaron convertidos en mujeres, y en hombres los tirados por el hombre. He aquí en las praderas del Orinoco un fabulador al modo griego, que parecía hubiera leído las *Metamorfosis* de Ovidio. Apenas yo lo creía, y parecíame soñar con los ojos abiertos. Pero reflexioné que de la misma manera se puede delirar en varios lugares.

A los maipures les es conocido el diluvio bajo el nombre de *Veni murráre*. Preguntados después cómo se libraron de él sus antepasados, responden que en canoas. Cuántos se salvaron, cuántos quedaron sumergidos, de qué medio se valieron para repoblar la nación, no lo dicen. Más copiosos habladores son sobre ello los tamanacos; el relato de los maipures no va más allá. Debo sin embargo decir que he notado siempre en los discursos tanto de una como de la otra nación que todas creen que ocurrió el diluvio estando ellas no sólo en América, sino en los mismos países en que ahora habitan.

En torno al diluvio son muy suficientes las noticias dadas, tanto porque las naciones del Orinoco están muy de acuerdo entre sí, y como habla la una y piensa, así habla y piensa la otra, como porque puestos en medio los tamanacos y los maipures, cuya habla se extiende sobre todas las demás, he creído al nombrarlos haberlos nombrado a todos. En realidad, si algún curioso se encapricha de saber más minuciosamente de las otras naciones que callo, las hallaría indudablemente muy semejantes a aquellas que he nombrado. [21] Para terminar lo que puede referirse a la religión de los orinoquenses debemos añadir que los maipures atribuyen al

cielo, llamado por los antiguos latinos el más antiguo de los dioses, alguna divinidad. Llámase en maipure *Eno*, la cual voz significa semejantemente el trueno y el fusil.

Los tamanacos cuentan de cierto niño que habló enseguida que fue nacido. Lo que explican con las siguientes palabras: *mure ti ngiine caramáneké*, esto es, hubo un niño que hablaba. Si este relato puede tener alguna alusión no a las palabras, sino a la ciencia divina y humana que tuvo desde niño el Redentor, lo dejo a la consideración de otro. Consta por lo demás de lo dicho que ciertas verdades contra las que apuntan siempre los enemigos de toda religión, en especial de la revelada, no son como ellos sueñan prejuicios de la educación, sino conocimientos y doctrinas que, aunque alteradas en mucho, se hallan en todos los pueblos.

Capítulo V

Del origen que se atribuyen los orinoquenses.

No nos apartemos tampoco en este capítulo del método de enumerar una por una las naciones. Y dando, como siempre, el primer lugar a los tamanacos, estos indios piensan sobre el origen del hombre de un modo tan semejante al nuestro, que no puede decirse más. Tuve antaño la costumbre, al principio en particular, de hacer frecuentes instrucciones sobre la existencia de Dios, sobre la creación, propagación y dispersión del hombre.

[22] No son estos los relatos en que encuentre algún impedimento el arrogante genio de los bárbaros. Les duele más bien lo que se refiere a la severidad de las costumbres cristianas. Pero de esto trataremos en lugar más adecuado. Pues los relatos ya dichos, como especulativos y que nada molestan a la práctica, les eran agradabilísimos y los oían con placer tal, que a nadie durante el sermón se le oía ni respirar. Así una tarde, cuando prediqué sobre tales asuntos, vuelto después a casa, oí de boca de aquellos que me acompañaron cosas tan singulares, que me produjeron gran maravilla.

« ¿Has oído — dijo Carapáica, hermano del cacique Monaíti, a otro tamanaco — lo que ha dicho el misionero? Pues así ni más ni menos hablaban nuestros viejos ». Estaba yo entonces vuelto, pensando en cosa bien distinta, a algunas personas que estaban discurriendo conmigo. Pero cuando oí a Carapáica me volví inmediatamente a él. « Bien, ¿te parecen semejantes mis cosas — le dije — a las que has oído a tus viejos? ». « Sin duda — respondió él — hablaban justamente como tú hablas ». Se puso en ésto a razonar Monaíti, y junto con su hermano me dijo así:

Tevinitpanó múcuru ti temdjiaré itóto; esto es, « se dice que todos somos hijos de uno, y que todos venimos, aunque de color diverso, de un hombre solo que nos precedió. El sol ardiente, las fatigas y la penosa vida que llevamos nos hacen oscuros. Antes fuimos blancos. Blanco igualmente, y vestido, fue Amalivacá. Al principio toda la gente estuvo en un lugar, después, habiendo crecido demasiado, se dispersó por el mundo ». Hasta aquí Monaíti, del cual, para quitar la molestia del [23] bárbaro lenguaje, no he puesto en tamanaco más que las primeras palabras. Quizá añadió más, pero todo se reducía en sustancia a lo que hemos dicho. No cuentan por lo demás menudamente la creación del hombre, y quizá por haber faltado los más sabios, no saben ni siquiera el nombre.

Por muy bien que de la creación del hombre hablen los tamanacos, y con ellos también los caribes, los parecas y otras naciones semejantes a ellos, mejor discurren los maipures. Pongo por testigo al cacique Caravana, que no sabía ni mucho ni poco el español, de donde se pudiera sospechar que lo que me dijo lo había oído primero a algún cristiano. Purrúnaminári, me dijo, formó al hombre. No supo decirme el nombre. « Hizo después — siguió diciendo — la mujer ».

Esto no es gran cosa. Lo saben muchos indios. Pero es admirable lo que sigue. Cuando el hombre dormía, Purrúnaminári le cortó una costilla y de ella hizo la mujer. Lo despertó y le dijo: *Pinavá tinioki* (mira a la mujer). Un relato como éste, que se halla palabra por palabra en el *Génesis*, se puede imaginar qué maravilla me causó. Ni tampoco fue menor la de oír que un bárbaro me decía que Dios (él dijo Purrúnaminári) había creado la luz antes de crear el sol. Lo que es conformísimo con lo que sabemos por el texto sagrado.[1]

---

1 [*Génesis*, Cap. I, 3 y 4; y 14 á 18.]

Vayan ahora los incrédulos y busquen por América apoyo a sus impías locuras. Viniendo todos de uno, como dijo Monaíti, es decir, según los modernos fantaseadores, un testimonio más justo que los mismos santos padres, sabiendo los orinoquenses [24] tan bien la creación del hombre, son un sueño de fantasía libertina los preadamitas, y las verdades, que como procedentes del mismo principio instructor de todos, debieron ser conocidas de todas las naciones, aunque manchadas con algunas mentiras, se conservan aún entre los tamanacos y entre los maipures.

Capítulo VI

Delirios de algunos orinoquenses sobre la creación del hombre y causas de aquellos.

No discurren igualmente bien sobre la creación del hombre los otomacos, según los cuales una mujer grávida, pero sin cooperación del hombre (he aquí la Tapanimarru de los maipures) voló sublime por el aire, y pasando por el Orinoco dio a luz al primer otomaco, padre de sus antepasados, de los que ahora viven, y de los que vendrán después.

Los sálivas se creen entre los orinoquenses los más sabios. Por lo demás no lo demuestran nada al hablar de su origen; mientras unos se dicen nacidos, como si fueran fruta, de los árboles; otros, hijos del sol, a manera de los incas; otros de la tierra, que llaman su madre.

La nación llamada Uara-múcuru, y la otra que se llama Uaracápachilí, si nos atenemos a lo que suena su nombre, no son sino los hijos y las hermanas de la palma muriche y del oso. Y aunque pensando así, tendrían de compañero a algún antiguo y moderno epicúreo, no puedo en modo alguno persuadirme de que los antedichos indios en modo alguno [25] deliren de manera tan fea. Porque si este error, o diciendo mejor, esta locura, puede caber en alguna cabeza mal hecha, no cabe ciertamente en una nación entera.

Y sin embargo se debería entender si verdaderamente los sálivas se tuvieran por hijos de la tierra, del sol o de los árboles, y si las otras naciones ahora nombradas se creyeran hijas de la

palmera muriche, o hermanas de los osos. No, vuelvo a decir, no puedo persuadirme de que tan locamente deliren.

Por decirlo no sólo como lo siento, sino como me enseñó la experiencia, tales necedades no son voces de una nación, sino de los piaches, a los cuales o para divertirse con la simplicidad de sus connacionales, o para secundar las miras del enemigo infernal, les tiene cuenta extender tales fábulas. Así que yo de este necio hablar de algunos indios atribuyo a los piaches la primera causa. Pero no es la única. La otra, quizá la más común, es el genio burlón de los indios, los cuales, para librarse prontamente de aquellos que les hacen preguntas sobre su origen, les dicen lo que se les viene a la boca.

No puede saberse bien, sino después de larguísimo tiempo, y cuando viene naturalmente la ocasión, lo que se refiere a sus ritos y modo de pensar sobre la religión. Deben sentirse, como más capaces y más nobles que los otros, los caciques. Pero entre estos se hallan acaso piaches. De donde si alguno de ellos adopta el piachismo, llámese mentiroso y falsario.

Pocos son después, por decir también ésto, los indios que tengan noticia de sus antepasados y de la parte del mundo de donde los primeros llegaron al Orinoco. [26] Entre tantas naciones que traté, sólo los tamanacos son los que creen que han venido de otra parte, esto es, de la otra banda del mar, como ellos dicen. Los maipures no saben nada de ésto, y habiendo muerto en lo mejor de mis búsquedas Caravana, a quien estoy sumamente obligado por las noticias que he descrito, perdí en él con sumo disgusto mío un gran libro. Tan práctico era él en la más recóndita erudición del Orinoco.

No me pareció después conveniente traer aquí mi parecer, después de tantos otros que lo hicieron eruditamente, sobre el poblamiento de América. Sobre este punto, el que ha estado allá largo tiempo y confronta entre sí las lenguas, puede decir fácilmente de qué naciones conocidas por nosotros no vienen los americanos. Pero decir que hayan venido de tal o cual otra, por conjeturas débiles, no es más que adivinar a ciegas.

De origen hebreo no los creo en manera alguna, diga lo que quiera en contra, no menos extensa que polémicamente, Gumilla. Sus baños no son una observancia religiosa, sino únicamente para refrescar los miembros y para quitar el polvo. Las incisiones semejantes a la circuncisión son crueles sugestiones de sus piaches.

Los indios que yo conozco no se llaman primos, excepto los tamanacos, que a distinción de las otras naciones se llaman entre sí parientes. Ritos estables de religión no los hay en absoluto. En suma, me parece una quimera quererlos asimilar a los hebreos.

Es verdad que algunos toman varias mujeres, y que toca al hermano sobreviviente la mujer del muerto. Pero, como hemos dicho en otra parte, estas cosas pueden también decirse de naciones que por cierto no vienen de los hebreos, y parecen efectos no de sangre, sino de ignorancia [27] y de desenfreno. Buscaría más bien, para definir justamente el origen, la semejanza que pudiera haber entre las lenguas de aquel hemisferio con estas del nuestro. Pero digo semejanza de lengua, no pocas voces que se hallen. Algunas palabras que aduce García[1] y otras poquísimas de Gumilla no prueban nada el intento. Pero hemos de hablar en lugar más adecuado (Nota II).

Capítulo VII

Reflexiones sobre la religión de los orinoquenses.

Una religión que se reduce toda a algunos conocimientos de cosas no vistas por los indios, sino oídas a sus antepasados, y trasmitidas a la posteridad de mano en mano, nos invita a hacer algunas reflexiones.

I) Es admirable la amabilísima providencia de Dios al no haber querido que los orinoquenses estén sujetos a los engaños diabólicos, y que no ha permitido que idolatraran. Una leve insinuación de los piaches, a los que acuden en todas sus cosas, hubiera sido bastante para ellos para introducir la idolatría. Todo monte más alto, como acaece también entre los incas, todo río más grande, toda cueva más oscura, se habría convertido en un objeto propio para ser adorado por los indios. Pero el Señor no quiso que estuvieran tan feamente engañados, aun a pesar de su rudeza y simplicidad, y también no obstante la malicia de los piaches y de sus inveteradas fábulas.

---

1 *Origen de los indios.*

Canepó, como ya hemos contado,[1] es el autor [28] de las lluvias. El, según los tamanacos, habita en el alto monte Paurári, de donde las envía a la tierra. En otros sitios, según se dice, vienen de sus hijos, que residen también en las cimas sublimes de los montes. Dada esta tenacísima persuasión, nada era más fácil que acudir a él en la sequía, para que llenara de oportuna lluvia sus campos, o por el contrario para rogarle en las inundaciones que frenara su fuerza. Con todo eso, no hay indio que alce los ojos a él o que lo invoque con preces. El lugar en que se dice que reside no es sagrado; va allí el que quiere, no es terrible por ninguna razón.

Ya se ha dicho el temor que tienen los tamanacos a los truenos. Kineméru, como ellos sueñan, produce los truenos y envía los rayos a la tierra. ¿Quién le ruega que tenga piedad de ellos para no fulminarlos y no incendiarlos? Ninguno por cierto. Se cree entre ellos que los perros están muy sujetos al rayo, y toda su prisa en la tempestades se reduce a alejarse de casa. Kineméru, el soñado dueño del rayo, no obtiene un homenaje. En suma, entre los orinoquenses no hay ninguna clase de idolatría. Las serpientes extrañísimas que hay allí, los animales de singulares formas, son temidos, admirados, pero no adorados.

Al autor mismo del universo, como dijimos, aquel que de algún modo conocen como su Dios, no le tributan ningún obsequio, no se inclinan ante él, no lo invocan en los casos adversos, no le dan gracias en los prósperos. Y aunque yo creo que ello es por la alta estima en que tienen su bondad, de la cual no temen ningún mal, estoy sin embargo tentado de creer que [29] procede de la pereza, que es singularísima en todas las naciones.

En efecto, después de la introducción de los misioneros, en la medida en que es fácil por la falta de ritos idolátricos persuadir a los orinoquenses de los sacros misterios del cristianismo, es también cosa dificilísima introducir el uso de las buenas obras, encomendarse a Dios, oir la misa, frecuentar los sacramentos, asistir a los divinos oficios. Por lo que se debe también a la pereza que no hayan fabricado templos a sus dioses, que no los honren con plegarias, que no se fatiguen en hacerles reverencias. Quizá en tantos años no han faltado los piaches que les invitaron a hacerlo. Pero la pereza secundó, sin querer, las miras amorosas del Redentor.

---

1 Tomo II, lib. IV, cap. V.

II) Yo he contado entre los orinoquenses aquellos solos a los que parece que los indios les atribuyen divinidad. Por lo cual digo que Amalivacá hizo a los tamanacos, y Purrúnaminári a los maipures, sin detenerme demasiado a tratar de otros que ellos llaman hermanos o hijos o hijas de éstos. Por lo demás, si queremos decir también ésto, en los relatos de los tamanacos y de los maipures, y quizá en los de todos aquellos otros, se encuentra algún rarísimo esbozo de la Trinidad. Los tamanacos tienen a Amalivacá, Uochí y la hija, a la que le fueron rotas las piernas. Los maipures a Purrúniminári, Sísiri y Tapanimarru.

III) No hay nación orinoquesa conocida por mí que a aquel que llaman el Criador le dé mujer alguna. Los tamanacos no dicen que la tenga, o que la tuviese en algún tiempo Amalivacá. Los maipures, de la misma manera, hablan de su Dios. [30] Y verdaderamente es cosa de asombrarse que naciones tan rudas no hayan deformado tanto la divinidad como hicieron antaño los romanos y griegos y otras naciones tenidas por civilizadísimas y doctas.

IV) Mas aquel escollo en que no han tropezado los orinoquenses haciendo libidinosos a sus dioses, no lo han evitado al no confundir las ideas del creador con las del fundador de su nación. De Amalivacá los tamanacos hablan como de un hombre que estuvo con ellos en la Maita, dicen, que andaba vestido, que era blanco, y cosas semejantes, no convenientes a quien los creó, sino a quien los llevó el primero a aquellos lugares. Por el contrario, la formación del mundo, la de ellos mismos, y del Orinoco, etc., son proezas de divinidad.

V) A ciertos entes que diremos enseguida no les atribuyen la divinidad, pero parece que los tienen en grado superior al humano, por ej., las estrellas, que dicen son ojos de gente que habita en lo alto, y como vuelta a mirar la tierra. Del mismo rango es considerado el autor de las lluvias, la constelación que ellos llaman el despernado, etc.

VI) Al demonio, como hemos dicho, los orinoquenses le tributan cierto culto. Y poniéndome a investigar el motivo, no me parece otro que pueda aducirse sino el del temor que todos le tienen. Dios por el contrario, aunque conocido de todos, lo tienen en altísimo concepto de bondad; y los atributos que debería alcanzar, de adoración y de acción de gracias y de alabanzas por esta razón,

no los obtiene porque no les parece a ellos terrible. Diga ahora aquel impío *primos in orbis Deos fecit timor.*[1] En el Orinoco [31] el Ser supremo no es un objeto de espanto, sino de sola admiración para aquellos rudos salvajes. Ellos no lo temen nada. Y sin embargo todos lo reconocen. Por consiguiente, no el temor, no los prejuicios de la educación, no las solas máximas de nuestros teólogos, como neciamente dicen los incrédulos, sino la naturaleza unida a la nunca interrumpida tradición es la que por todas partes dice: Dios existe.

VII) Es supina la ignorancia que tienen los orinoquenses sobre el destino de los malos en la vida futura. Verdad es que algunos especialmente distinguen dos lugares, uno de placer y otro de tormento. Pero nunca he oído a ninguno que me dijera que al de delicias van, por ejemplo, los que no roban, los que no matan, los que no cometen adulterio; y por el contrario, que estén sujetos a pena los ladrones, los asesinos, los adúlteros. No, ni siquiera uno. Los tamanacos, como ya he dicho, los mandan a todos revueltos a Europa, buenos o malos. Los maipures dicen que sus piaches se sustraen al fuego cantando versos, no con las obras buenas hechas durante la vida.

Me asombro aún más de que los antiguos mejicanos, pueblos ciertamente más cultos, se hallaran sin embargo en el mismo error. Tres lugares asignaban a las almas separadas. Pero la diversidad de estos lugares no consiste en la pena de los reos y en el premio de los inocentes, sino que toda se reduce a las diversas cualidades de muertes, o civiles, o físicas, o naturales; nunca a las morales.

He aquí las palabras expresas de un insigne historiador que nos lo cuenta:[2] « Tres diferentes lugares y destinos señalaban a las almas. Creían que las de los soldados que muriesen en la guerra o prisioneros en poder de sus enemigos, y las mujeres que morían de parto, iban a la casa del sol, que imaginaban Señor de la Gloria, en donde pasaban una vida deliciosa . . . Los tlaxcaltecas pensaban que todas las almas de los nobles animaban después de la muerte aves bellas y canoras y cuadrúpedos generosos, y las de los ple-

1 Papin.

2 Señor Abate CLAVIGERO, *Historia antigua de México*, tomo II, lib. VI. [Damos el texto original, por primera vez publicado en español en la edición de México, 1945, II, pp. 63-65].

beyos, comadrejas, escarabajos y otras sabandijas y animales viles . . . Las almas de los que morían ahogados o heridos de rayo, o de hidropesía, de abscesos o de llagas, . . . iban según decían a un lugar fresco y ameno de la tierra que llamaban Tlalócan, . . . en donde abundaban de todos los mantenimientos y regalos de la vida . . . Finalmente, el tercer lugar destinado para las almas de los que morían de cualquiera otra enfermedad natural, era el Mictlan o Infierno, que era según creían un lugar oscurísimo . . . ».

¿Cómo, dirá alguno, tanta oscuridad de relatos sobre un punto tan sustancial? Ya lo dije a propósito de otra cosa. Teníales cuenta a los piaches malvados del Orinoco tener a la gente menos importante ocultas ciertas verdades que en las ocasiones de sus fallos podían ser para ellos ocasión de justa reprensión. El infierno no pudieron arrancárselo de las mentes a sus connacionales, al menos de todos. Tan antigua y profundamente arraigada estaba entre ellos la persuasión de que existe. Pero oscurecieron lo que les importaba, diciendo que era fácil escapar también cantando versos, y callando que van a estar en él los verdaderos malvados, no los imaginarios. Diría lo mismo, también con más fuerte razón, de las infamias de los antiguos sacerdotes mejicanos de los ídolos.

[33] Del mismo principio, es decir, del genio mentiroso de los piaches, algo derivan también no digo la oscura noticia, sino la ignorancia profunda que tienen los orinoquenses sobre un Dios remunerador de los buenos y justo castigador de los malos. No saben representarse al Ser supremo sino bajo el título de un Creador afanado en provecho de ellos. El de legislador no lo conocen más que debilmente. En lo que ¡qué semejantes son a los filosofantes modernos!

Esta semejanza le parecerá extraña al que reflexione con ligereza. Pero dígase también la verdad. El pensamiento de los orinoquenses y el de nuestros incrédulos procede de una misma fuente, esto es, la vida libertina que llevan. La de los orinoquenses, avalorada por los malos ejemplos de los piaches, ha hecho que hayan confundido toda verdad sacrosanta, pero no que la hayan extinguido del todo. Se cree en la inmortalidad del alma, y este importante artículo de la religión está intacto todavía en toda nación salvaje.

Pero como no morir nunca, junto con una vida siempre infeliz y atormentada, es objeto de horror para cualquiera, por eso los piaches tamanacos inventan la fábula de que sus muertos pasan

a vivir a Europa dulcemente ocupados en tejer cuerdas y semejantes bagatelas. A los piaches maipures y yaruros no les es dado borrar de tan ridícula manera la verdad. Pero ¿cuáles son los lugares donde según ellos viven los que han pasado de esta a la eterna vida? Unos, como decíamos más arriba, van a lugares deliciosos y amenos, otros, a la casa, como los maipures la llaman, del demonio Vasúri; algunos, como sueñan los piaches yaruros, a comer frutas amargas, otros, a comerlas maduras.

[34] Pero ¿por qué delito o por qué bien hecho en la vida les toca a ellos esta diversa suerte? Por cosas que ni ellos saben decir, al menos con alguna precisión. Nosotros las hemos recitado más arriba, y son mentiras disparatadísimas. Pero mientras tanto la verdad trasluce a pesar de sus necias invenciones; entre tanto sabe por la constante tradición cada orinoquense muy bien que existe el infierno, que existe también la gloria, aunque bajo formas muy impropias, inventadas o por la ignorancia o por la malicia.

Avivadas después por los misioneros las justas ideas de la divina Esencia, de la virtud y del vicio, y de todo lo que concierne a la religión, los buenos orinoquenses no las niegan nunca, sino que las confirman también con las noticias que antiguamente oyeron a sus viejos. Los malos se ríen de ellas y gastan bromas, pero tampoco ellos las niegan.

Aquel mismo malvado piache del que hicimos mención en otra parte[1] no dijo: El infierno no existe; dijo: Es de tal boca que no cabe por ella ninguno. Y con todo, éste no era maipure o yaruro, para los que no es noticia nueva el infierno, sino tamanaco, esto es, de aquellos que mandan las almas a tejer cuerdas. Signo para mi evidentísimo de que los tamanacos debieron saber bien el fuego destinado a los malos, pero que lo mantuvieron oculto para el vulgo ignorante por algún malvadísimo fin.

Pero hemos dicho bastante de la religión antigua de los orinoquenses. Cosa ciertamente grata sería oír ahora las máximas de otros americanos sobre este punto; y nosotros, si Dios nos da tantas fuerzas, lo haremos en un volumen separado. Hablemos ahora de la doctrina evangélica introducida entre los orinoquenses (Nota III).

---

1 Tomo II, lib. II, cap. XVII.

LIBRO SEGUNDO

De la introducción de la religión cristiana entre los orinoquenses

LIBRO SEGUNDO

De la introducción de la religión cristiana entre los orinoquenses

Capítulo I

Qué disposiciones hay en los orinoquenses para abrazar el cristianismo.

[35] Aunque sea cierto, como dice también San Agustín,[1] que la gracia de creer ni Dios se la da jamás a los hombres por su mérito, ni nunca se la niega sin su demérito, por lo que ni uno puede contarla como misericordia debida, ni otro quejarse como de justicia negada, es con todo igualmente cierto por experiencia que es de gran impedimento para la fe un genio, por así decir, grosero y a la vez altivo, mientras que ayuda mucho uno prudente y dócil; y por consecuencia, una [36] nación de este segundo carácter, como mies madura, está más dispuesta para el evangelio.

No pretendo yo sin embargo que sean del todo de esta cualidad los orinoquenses. Sé muy bien, y me sirven de testimonio los muchos años que estuve con ellos, sé, digo, que hay rudeza que vencer, y que hay algo de rebelde y de recalcitrante que superar. Pero no sé sin embargo tenerlos en aquel concepto en que muchos, no conociéndolos del todo, los han tenido. Los creo incluso con espíritu, y con un intelecto suficientemente pronto y despierto. Y ya que hablamos aquí de las disposiciones que pueden pedirse a una nación gentil para entender bien y para abrazar la fe, mirando tanto las del intelecto como las de la voluntad, digamos más extensamente de las dos.

---

1 *Epist.* 105.

Que los orinoquenses son de ingenio no mediano, y que son aptos para entender cualquier cosa que les sea propuesta claramente, es cosa para mi muy cierta, y me di cuenta enseguida desde el principio. Era bastante joven el cacique Monaíti, que como pariente de Machacoto, muerto por los parecas el año 1749, eligieron en mi presencia los tamanacos. « Eres demasiado joven — le dije bromeando — para gobernar una nación ». El prontamente me respondió: « Tú también eres sobradamente joven (yo era entonces de 27 años) para hacer de misionero nuestro ».

No hay duda de que por una respuesta pronta y viva se conoce muy bien el ingenio. Esta que yo obtuve fue la primera, pero en tanta variedad de negocios oí muchísimas otras. He aquí una agudísima. « ¿Por qué llamas — dije una vez a Keveicoto — con el nombre de *pau* a la nación guama? (*Pau* significa una isla). ¿Es que es acaso una isla? ». [37] No se halló nada apurado Keveicoto. Y retorciéndome el argumento al punto me dijo: « Tú los llamas guamos. (Esta voz significa en tamanaco cigarra). ¿Son acaso cigarras? ». Llamad tontos ahora a éstos.

No oyen descuidadamente y sin reflexionar sobre ellas las cosas que se les dicen sobre la fe, pero si se habla familiarmente, hacen enseguida preguntas. Catequizaba yo en cierta ocasión, para administrarle el bautismo, a una pareca moribunda. Estuvo un buen rato con los ojos bajos y parecía que no decía nada a mis explicaciones. Cuando de repente, dijo: « ¿Y quién es este Dios de que me hablas? ». Habiéndome parecido antes casi estúpida e insensata, puede cualquiera adivinar fácilmente de qué consuelo me fue la pregunta. Y volviendo más expresamente al principio, le expliqué en términos más claros la existencia de Dios y luego las otras verdades cuya fe es necesaria para salvarse; habiendo ella asentido a éstas, recibió el bautismo y expiró tranquilamente. He oído hacerme preguntas semejantes mostrando a los salvajes las imágenes sagradas, y en otras ocasiones no pocas.

Es señal también de ingenio y de no despreciable memoria la facilidad con que aprenden la doctrina cristiana, si especialmente les es explicada en sus lenguas. Después de algunos años de instrucción es cosa agradabilísima ver qué bien y qué propiamente recitan de memoria las oraciones acostumbradas, y qué prontamente responden a cualquier pregunta que se les haga sobre tales cosas. Salvo los más viejos, que por su avanzada edad son los menos

aptos para aprender de memoria, las oraciones cristianas, los otros, niños y jóvenes, las saben ordinariamente todos.

[38] Es del mismo modo argumento de buenísimo ingenio la facilidad con que en poco tiempo aprenden diversas lenguas. Les resulta, es verdad, difícil a los orinoquenses la lengua española, y es rarísimo el que la sabe bien. Pero esta es de un carácter diverso de la de los indios, que encuentran conforme a la suya en las expresiones y en los idiotismos. Por lo cual estas lenguas, que de ordinarios no son diferentes entre sí sino en las palabras sólo, y un poco más en la sintaxis y modo de hablar, las aprenden más fácilmente y muy pronto. Con todo, de ordinario cada uno se contenta de ordinario con entender las lenguas ajenas, y habla siempre la propia. Es placer no pequeño ver conversar juntos a cuatro o cinco muchachos de diversas naciones. Quien habla el sáliva, quien el otomaco, quien el maipure, etc., según la nación que le tocó en suerte al nacer. Pero todos se entienden entre sí mutuamente.

¿Qué diré de la prontitud con que, si les son enseñadas, aprenden las artes? Esta fuera de toda duda que todos los indios son de ingenio mecánico, y que sin aplicarse a ello mucho tiempo aprenden cualquier cosa. Su ojo es sumamente cuidadoso, la memoria es igualmente tenaz. Vista una vez una persona, como también dijimos en otra parte, un camino, un río, un monte, y cualquier otra cosa, se acuerdan por siempre. De aquí nace en ellos una aptitud increíble para cualquier oficio. Les basta, para hacer por lo menos una imitación, ver los trabajos.

Podría sobre este particular alegar varios hechos. Pero baste notar que los indios en vez de decir que saben, p. ej., un arte, dicen en [39] sus lenguas que han visto las obras. Y es tanto como decir que las hacen, al menos medianamente. No pudo Bernardino Surúi, por la enfermedad que le sobrevino, estar cerca del Padre Olmo en la reducción de los yaruros sino sólo quince días para aprender el oficio de herrero.

Enviómelo, pues, el antedicho Padre diciéndome que había aprendido bastante en aquellos pocos días. A la vuelta le dije: « ¿No sabes nada de fragua? ». « He visto — me repuso — algunas veces los trabajos, cuando me lo permitió la fiebre ». Y en efecto, erigió, en cuanto se recuperó del mal, una pequeña fragua en mi reducción. Arreglaba de modo adecuado las hachas rotas, hacía

clavos y anzuelos y otros trabajos menudos, tanto para mi como para los indios.

Pero entre los yaruros, trabajadores antiguos en el hierro, había quien, excepto el cañón, sabía hacer perfectamente todo lo que requiere una escopeta. Trabajan bien la madera los sálivas, y otros que a ello se aplican. Por decirlo con brevedad, los orinoquenses tienen una habilidad sorprendente para toda cosa mecánica, y si hubiera personas que les enseñaran la manera de hacer pulidamente los trabajos de las artes, triunfarían en ellas maravillosamente.

No es menor indicio de buena inteligencia cómo aprenden los orinoquenses la música, y que sean de ella muy aficionados. Reflexionemos aún sobre las lenguas. Cualquier misionero que las sepa bien es necesario que forme un alto concepto del talento de los indios que las hablan tan pulidamente. Yo muchas veces los he comparado a los aldeanos, en esta mi historia, en cuanto a muchas cosas. Pero en el hablar elegantemente son completamente distintos de aquellos. A los indios les resultan difíciles o nuevas algunas voces que se refieren a la [40] religión. Pero póngaseles delante del mejor modo la verdad cristiana, y en poco tiempo ellos la explican con términos y frases adecuadas.

En los mismos principios, habiendo instruído yo diligentemente a algunos muchachos, me servía a menudo de ellos para catequizar a los adultos. Era yo el primero en dar instrucción a los que pedían el santo bautismo. Después decía a alguno de aquellos pequeños catequistas: « Repite a esos lo que te he explicado ». Lorenzo Arémi era ordinariamente el mejor. Este, a pequeña distancia de mí, se dedicaba a explicarles de nuevo cuanto yo había enseñado por extenso. Y aplicando yo el oído a la explicación suya, a fin de que no se equivocara al hablar, lo hallé siempre exactísimo en todo, y después de algún tiempo saqué los términos más justos y expresiones más propias para explicarme.

Pero concluyamos ahora con un hecho que apenas me parece verdad a mi mismo. Al tantas veces citado Luis Uáite, nieto del régulo Machacoto, no entendiendo nada el español, le hacía yo a menudo por la tarde varios relatos sobre la religión. En lo mejor de mi discurso me interrumpió una vez así: « Dime, si alguno de los que aún habitan en las selvas no cometiese aquellos pecados contra los que tú predicas tanto, si tuviera una sola mujer, si ni matase, ni robase, ¿qué sería de él después de su muerte? ».

Me sorprendió pronto una mezcla de júbilo y de maravilla, oyéndome hacer tal pregunta por un tierno joven, nacido como todos sus restantes compatriotas en los llanos, y venido poco había a la reducción. Y acomodando, como pude a su capacidad aquella misma respuesta que a este punto [41] da el angélico doctor Santo Tomás: « ¿No ves — le repuse — cómo los misioneros van todo el día en busca de gentiles por la selva? Pues bien, el Señor haría de manera que ese por el que me preguntas fuera al encuentro del misionero, escuchara su instrucción, y una vez recibido el bautismo se salvara ».

No es menos maravillosa la pregunta que me hizo otra vez. Escuchó con increíble placer una explicación que le hice sobre el paraíso. No me interrumpió nunca, y sólo de vez en cuando, en señal de maravilla, decía *a, a, a.* Terminado mi razonamiento: « Dime — dijo — si alguno pecase en aquel lugar feliz, ¿qué sería de él? ¿Lo expulsaría de allí Dios? ». « No es posible — le dije — que se peque allá arriba. Precisamente se ofende a Dios porque no lo vemos. Es tan amable, que apenas visto, cada uno se enamora de él ». Quedó satisfecho de la respuesta.

Y he aquí otra prerrogativa de los intelectos orinoquenses. Son dóciles. Por lo común, después de algunas predicaciones en que se les exponga claramente en su lengua el Evangelio quedan convencidos de él. Demos brevemente una muestra. Ellos dicen que las estrellas son indios. « Ea — les decía yo — ¿dónde habéis visto a personas resplandecientes y que se sostengan en el aire? ». Este argumento mío ¿lo habrían despreciado los tercos ingenios de otros bárbaros? Y con todo les agradaba a los orinoquenses. Discúrrase por esta prueba del resto.

De la voluntad, otra potencia no menos necesaria que la primera para salvarse, he dicho ya muchísimo hablando de lo moral de los orinoquenses. Concluiré por tanto con dos palabras. Se vuelven [42] buenos con el tiempo; pero nunca tanto como se espera al principio, y cuanto requeriría la fatiga que se pone en instruirlos. Su voluntad es debilísima, y no resiste sino difícilmente a los grandes choques. Mantenidos lejos de la ocasión son buenos. Pero los arrastra como a necias ovejas el piache, les alborota el amor por sus selvas nativas, la embriaguez, el escándalo.

Capítulo II

De las reducciones.

Se perdería no sólo el tiempo, sino que se pondría neciamente en peligro la vida se si les anunciara a los orinoquenses el evangelio por los misioneros vagando de cabaña en cabaña. No se está, pues, en sus países de manera que un misionero, ahora con unos pocos indios, y ahora con otros igualmente pocos, se vaya deteniendo como alternando. Este estilo de misioneros por así decir vagantes no se usa ordinariamente más que en el reino de Chile, donde aquellos indios no han querido sujetarse a la fe sino permaneciendo en sus aldeas nativas y siguiendo la antigua moda de habitar esparcidos por aquellas regiones en chozas.

Si, como sucede en otras partes, se hallan salvajes más dóciles, no se consienten sus costumbres, y las familias dispersas se unen todas en un mismo lugar para hacer una población. Así pues, en las excursiones que hacen los misioneros en busca de gentiles por las selvas, se habla a los jefes de la nación a la que se quiere anunciar la fe. Se les proponen sencillamente las incomodidades que habrían de sufrir no menos ellos que [43] el misionero si a distancia tan grande de los cristianos fijara su morada entre ellos. Se representa de manera adecuada que hay otros sitios mas cómodos para levantar las casas, más oportunos para hacer los sembrados, y vecinos de los ríos de donde pescando podrían sacar alimento. Así atraídos suavemente vienen fácilmente todos. Pero de ésto, en lugar más adecuado. Sigamos hablando de las reducciones.

El uso de reunir a las familias errantes, como hacen los misioneros, en un lugar determinado, no es sino muy laudable. Así cuando Europa era niña, y casi diría india, nacieron nuestras ciudades. Nació también la monarquía; y los hombres convertidos por máximas políticas en casi hermanos, dentro del mismo recinto de murallas, aprendieron a someterse casi naturalmente y por común necesidad a uno solo.

Pero este uso, también en Europa digno de suma alabanza, además de las ventajas que entre los indios proporciona a la religión, es igualmente útil al comercio, sirve a los viajeros, y sobre todo es conveniente para los europeos, en súbditos de los cuales son convertidos los indios por los misioneros. Y además por medio

de las reducciones, como con otras tantas villas y castillos, se hace poblado y hermoso un país que antes era espantosa guarida de fieras.

¿Qué había hace pocos años en el Orinoco, escondidos los habitantes en sus selvas, sino una horrenda soledad? No se veían entonces más que los acostumbrados otomacos y caribes, que ponían asechanzas a la vida de los pasajeros. Reducidos ahora todos, o casi todos, y llevados de las selvas a las orillas, este río por medio de varias poblaciones se ha convertido en un hermoso lugar. [44] Pero es tiempo ahora de que hablemos más minuciosamente de las reducciones.

Este nombre, que no tiene otro origen sino del de los indios reducidos a la fe, es dado a aquellos lugares donde ellos, por sugestión de los misioneros, hacen sus casas. Son varios los nombres de estas, digámoslo así, reuniones de casas. Existe el nombre de reducciones. Se llaman de otra manera pueblos. Se llaman también misiones, siendo aquellos lugares en los que se enseña la fe. Bajo este vocablo son a menudo notadas las reducciones en los mapas geográficos; y con este, o también con los sobredichos, son llamadas, hasta que reducida ya toda una nación, y arraigada bastante en ella la fe, los misioneros, buscando nueva mies, pasan a otras naciones gentiles.

Entonces, como allá se dice, las gentes convertidas se entregan al ordinario, por el cual con ventajoso honorario les es dado por instructor un párroco. Y he aquí convertidas las reducciones en curatos, las cuales con nombre común en aquellos países se llaman *doctrinas*. Los habitantes de estas doctrinas, aunque no los de las reducciones, pagan un ligerísimo tributo anual al Rey de España, pero no todos ni de ambos sexos.

Los varones no comienzan a pagarlo sino después de los diez y ocho años de edad, y no dura sino hasta los cincuenta. Están exentas de todo tributo las mujeres. Los indios de las reducciones no sólo están exentos de todo tributo, sino que el Rey los mira con ojos de particularísimo amor y toma un cuidado muy singular de su bien. Del regio erario les es suministrado a los misioneros [45] el sustento necesario en dinero, cuya cantidad suele ser diversa según la diversidad de los países.

A los misioneros, entre los que yo estuve, se les destinaban doscientas piezas a cada uno con las que subvenir no menos a las

necesidades propias que para ayudar a los demás, en cuanto lo permitiera el precio exorbitante de las cosas necesarias en aquellos remotísimos lugares. Pero vamos a hacer uso del regio regalo, puesto que se trata de la construcción de una reducción.

Capítulo III

Del modo de construir las reducciones.

Los orinoquenses, siendo para ellos no sóla cosa nueva, sino dificilísima formar las reducciones, no saben decidirse a entrar en ellas sino movidos por los regalos. Es necesario darles los hierros con que corten madera, y si se puede, también la comida. Animados así, unos voluntariamente, otros por no contradecir a los demás, se ponen a la obra, escogiendo con el consintimiento de los caciques un sitio oportuno para la reducción, cerca del agua, en llano, y no lejano de las selvas de donde cortar madera.

La planta de las reducciones no es más que según las sugestiones varias de los misioneros. Sea cual sea, al menos comunmente, es una aldea arreglada. En los años últimos que estuve allá la de los otomacos era bastante bonita Las casas estaban todas tiradas a nivel; había una iglesia bastante hermosa; había plazas y sitios públicos para el juego de la pelota; y sobre todo, estando la reducción a la orilla del río, desde lejos hacía una vista bastante linda [46] para quien llegaba allí por agua Era semejantemente bonita Cabruta, Carichana, etc.

Por lo demás, no es que estas llamadas poblaciones excedan nunca la forma de verdaderas cabañas. Casas al uso nuestro no las hay; ni en todo el Orinoco hay edificio alguno de piedra sino la fortaleza de la Guayana.[1] La última iglesia que se hizo por el difunto P. Ribero en Cabruta, aunque estuviera cubierta con hojas de palma al modo de las chozas, tenía las paredes hechas con formas, o digamos cajas de madera, dentro de las cuales la tierra que allí se pone se apisona bien con mazos. Los españoles

1 Ahora hay otros. Véase el apéndice al tomo I de mi historia, - VIII.

las llaman tapias. Son ordinariamente de dos palmos de ancho, y estando blanqueadas, se parecen mucho a nuestras paredes. Pero por falta de artesanos y de dinero esta era la única iglesia construída así.

Las otras iglesias, lo mismo que las casas de los misioneros y de los indios, estaban edificadas de diferentes maneras. Pero antes de contar el modo, deben mis lectores acordarse de lo que hemos dicho en otra parte de la construcción de las cabañas salvajes, que son muy semejantes a las de los indios reducidos. Habiendo dado, pues, a las cabañas la forma de largas o redondas, como entonces dijimos, viene después el cuidado de recubrir el techo con ramos secos de palma, y estando puestos dobles y bien apretados, resguardan del sol, impiden la entrada a las lluvias, y hacen una vista no despreciable.

Es verdad que esta clase de techos, en los que anidan las serpientes y murciélagos y mil nocivos insectos [47] está expuesta por dentro a incomodidades grandes. Las he contado en otra parte. Pero por fuera son hermosos. Terminado el techado, queda poner las paredes, lo que es muy singular. Como no se cavan antes los cimientos, no se necesita ni cal ni arena ni ningún cemento, sino que basta un poco de tierra con paja.

Así pues, tiene a través palos plantados en tierra para sostener el techo, por una cara, y por la otra se atan cuerdas, o cañas abiertas formando como un cañizo ralo, las cuales están separadas entre sí cuatro o cinco dedos. Para esta hechura no se emplea jamás un clavo. La brionia, o sea, una trepadora americana, con que se cierran las paredes y el techo, hace las veces de clavos.

Se comprende, pues, que dispuestas así las cuerdas, por dentro queda vano.[1] Este vano se llena con tierra apisonada preparada dos o tres días antes por los indios, mezclada con los pies, remojada a menudo con agua, y bien empastada con paja. Pónese por dentro del cañizo apretada con la mano, y llevada hasta lo más alto de la pared, como no hay llanas con que alisarlo, se arregla a mano.

La anchura de estos muros no sobrepasa la de un palmo, pero blanqueados con la tierra que he descrito en otra parte[2] son suficientemente bonitas y arregladas. Del mismo modo, si se quiere,

1 Véase el tomo II, lám. V, núm. 9.

2 Tomo II, lib. I, cap. I.

se divide la cabaña en varias piezas; y si se quiere puédese dar color a las paredes con diferentes tierras, haciendo zócalos o frisos. Todas estas piezas están a piso llano, que no tiene ladrillos; sino que apisonado [48] fuertemente por los indios con mazos se hace bastante sólido.

Los indios por lo demás no tienen la paciencia de hacerse por sí mismos chozas con el cuidado que hemos descrito, y dada su pereza, estarían igualmente contentos en cabañas sin muros. Pero este estilo de casas más duraderas, a la que hay que inducirlos suavemente, poco a poco introduce en ellos un amor más constante a la reducción.

Más atraídos son por la belleza de sus iglesias, y si se pudieran hacer de mayor duración, en no mucho tiempo se volverían hermosísimas. Pero es muy rara la construcción que sobrepasa el decenio. Puesto que, dado el terreno arenoso, la madera de que están construídas, por fuerte que sea, se pudre fácilmente bajo tierra. Al cual inconveniente se puede obviar en parte quemando el pie de los travesaños antes de clavarlos en la tierra. Ningún arte es suficiente para conservar largo tiempo los ramos de palma con que estén cubiertas las iglesias. Cada siete años, por lo menos, es necesario renovarlos.

En diez y ocho años y medio que yo estuve en el Orinoco tuve tres iglesias. La primera, acomodándome al humor perezoso de los nuevos indios, era pequeñísima y de un solo altar. Tuvo hasta tres la segunda. Y cinco la tercera. Y si atendemos a la calidad de los lugares, era no sólo grande, sino hermosa. No creo que merezca la pena hacer demasiado minuciosamente la descripción. Baste sólo saber que siendo los indios de un genio en el que la externa magnificencia de las cosas les hiere increíblemente en la fantasía, yo puse todo cuidado a fin de embellecerla, incluso con alguna reducción del propio sustento necesario. [49] Eran de cedro (pero esto es común en América) no menos las puertas y ventanas y confesionarios que los otros enseres destinados a guardar las cosas, tanto de la iglesia como de la sacristía. Había mucha plata para el divino servicio, y eran propias y de preciosas telas las sagradas vestiduras. Cada altar tenía hermosos cuadros llevados de Santa Fe, junto con otras devotas imágenes aptas para excitar le devoción de los indios. No es que se pueda tanto en poco tiempo, y en los principios mismos de una reducción, en los que es nece-

sario acomodarse, tener calma, contemporizar, y sufrir prudentemente lo que aquella trabajosa vida exige.

Es una hermosa vista la iglesia en estas sagradas reducciones. Pero no es tampoco de pequeño decoro la casa del misionero. Mi última habitación, para cuya construcción me ayudó mucho un excelente carpintero vizcaíno que me envió a tal fin el señor Iturriaga, y la asistencia contínua al trabajo gentilmente prestada por el señor capitán Bonalde, estaba casi enfrente de la iglesia, Entre los dos edificios había una comodísima plaza, y a uno de sus lados, el más vecino a la iglesia, la casa fuerte destinada al alojamiento de los soldados.[1]

No estaban nada lejanas de ella algunas otras casas, tanto de soldados casados, como de habitantes españoles y de negros. Otro extremo de la plaza, esto es, la parte septentrional, la ocupaban los maipures, distribuídos en filas de casas muy decentes. No tan arregladas como las de los maipures, pero tampoco descuidadas ni feas tenían las suyas los tamanacos y parecas y los avaricotos en la parte meridional. Dado así un esbozo de las reducciones, pasemos a aquellas cosas que ayudan a mejorarlas.

[50] Capítulo IV

De la introducción de las escuelas y de las artes.

Cuatro, a mi parecer, son las cosas que se pueden introducir útilmente en las reducciones, y de todas las cuatro diré lo que me parece mejor. Lo primero son las escuelas; a cuya introducción ayuda mucho el genio mismo de los indios, universalmente propensos a la novedad y a la imitación de los usos extraños, ya que no les cuestan más trabajo que el de estar sentados con papel en la mano, cosa muy adecuada para ellos. En efecto, desde los primero días se introducen bastante fácilmente las escuelas.

En el Orinoco no se enseña a los indios más que a leer y a escribir. Y teniendo en cuenta una casi nativa propensión hacia

1 Los españoles la llaman garita.

el papel, lo logran muy bien. Francisco Uramá, uno de mis antiguos sirvientes, ocupado por mí desde pequeño con los libros, leía tanto en español como en latín de manera que aun entre nosotros habría parecido un excelente lector. Para quitar el aburrimiento de la soledad me leyó al tiempo del desayuno varios libros, y siempre con gusto mío.

Igualmente excelente entre los sálivas era el llamado Rafael, Esteban, el otomaco, y otros en otras reducciones. Los tres que acabo de citar tenían además un hermoso carácter escribiendo. Pero no sobrepasan nunca estos casi límites del saber, tanto porque no son instruídos en otras ciencias, como porque sabida la de leer bien y escribir, les parece [51] que ya están bastante instruídos y que no tienen necesidad de más.

Bastante mejor que en la lectura o escritura, y más universalmente aún, los orinoquenses llegan a ser excelentes para cantar. Y aquí otra escuela que en los principios les es proporcionada por medio de algún indio de las antiguas reducciones. El fondo nativo, por el que son casi naturalmente músicos, tanto éstos como todos los americanos en general, dio ocasión a introducir entre ellos nuestra música. Y si he de decir libremente lo que siento, ninguna cosa fue jamás llevada de Europa a aquellos lugares que más les agradase, ninguna que imitaran mejor. Cantan a varias voces toda clase de divinos oficios; y a juicio universal de quien los ha oído, los cantan bien y con gracia.

Igualmente bien que canto aprenden también a tocar; el violín y el arpa, y cualquier instrumento de viento. Así enseñada y convertida en música una nación, es indecible con qué pompa de voces y de sonido se hacen las funciones sacras, para atracción de los nuevos indios. Pero serían más hermosas si fueran mejores y de más gusto las composiciones de que se sirven. Las aprenderían además más fácilmente. Es cosa observada por mí no sin admiración que aprenden mejor y más pronto las que son más armoniosas y más hermosas; y por el contrario con más esfuerzo las que carecen del ritmo justo. Lo que no puede ser indicio sino de un oído naturalmente armónico. Tenemos un pueblo músico. Pero esto no sirve para otra cosa que para el decoro de la iglesia y para aficionar a los salvajes a la reducción.

[52] Vienen en segundo lugar, siéndoles a todos provechosas, las artes. No pude nunca conseguir, dados los cambios de los

tiempos, introducir la de tejer, que por lo demás se halla en todas las antiguas reducciones. En el Orinoco, como se reduce con poco esfuerzo, y casi por todas partes, el algodón, podría introducirse a beneficio de los indios aquel arte. Pero parte el motivo indicado, parte la extraordinaria pereza de los nacionales, han causado que no se haya introducido.

Más fácilmente pudo entre los más dóciles hallarse alguno que quisiera aprender los trabajos o de la madera o del hierro. Estas dos artes son, no ya de gran utilidad, sino muy necesarias en muchas ocasiones. Excepto algunos medianamente entre los sálivas, los otros no llegaron nunca a teñir las telas. Pero si se les enseñara la manera, lo conseguirían bien; pues hay muchos que sin ninguna instrucción saben embellecer muy bien las iglesias, coloreándolas con varias tierras y con jugos de algunas plantas.

Capítulo V

De la introducción de los animales domésticos y del cultivo de los campos.

Conviene en tercer lugar para el mejor estado de una nueva cristiandad, carente, como los indios están, de las cosas más necesarias para subsistir, la introducción de animales domésticos, de los que ya hemos dicho alguna cosa en la historia natural del Orinoco. Y para decir lo que más especialmente me falta, el primero que llevan los misioneros es el gato, muy útil para tener la casa limpia de los infinitos [53] insectos que hay, y especialmente de murciélagos.

Esos inmundísimos ratones alados, de los que aquí no hacen ningún caso los gatos, son allá en el Orinoco el alimento más agradable para éstos. Quedé muy halagado con librarme de alguna manera de su multitud con proveerme al menos de un gato. Y aunque esté yo obligado a decir que no me sirvió de nada, o si no de muy poco, para el fin buscado, me sirvió mucho de recreo en mi soledad. Para lo cual es necesario saber que cuando al anochecer se lleva luz a alguna habitación, salen todos en multitud

al techo los murciélagos, festivos y alegres, y volando casi continuemente en el aire, se parecen mucho a los pichones reunidos para jugar en un palomar.

Mi gato miró atentísimo sus movimientos y se detuvo un poco a mirar. Después se lanzó contra la sombra de los murciélagos reflejada por la luz en el suelo, y se puso a perseguirla yendo también a toda prisa para arriba y para abajo en la habitación, siguiendo sus movimientos. ¿Podéis creerlo? Esto bastó primero para aturdirlo y luego para comérselos. Pero los murciélagos, confusos, me parece, por ver perseguida su sombra, se acercaban más a la tierra con vuelos inciertos, y no se levantaban tan altos como antes.

He aquí entonces el tiempo oportuno para cazarlos. El astutísimo gato se daba cuenta, y dando de repente un salto se subía a la mesa, y repitiendo con otro en el aire, tomaba con increíble ligereza un murciélago. Se lo comía con ansiedad, y hasta saciarse seguía por largo tiempo la caza. He observado también en este animal tan útil que en los sitios malsanos, cuales [54] son los de poblamiento reciente, no tiene hijos. Pero en cuanto el aire se torna más benigno se reproduce tan bien como en nuestros países.

No hay tampoco ningún impedimento para tener, si el misionero quiere, pollos y otras semejantes aves domésticas. Fuera de que se criaban con dificultad los pavos, y las palomas son perseguidas, además de por los gavilanes, por los murciélagos, los cuales les rompen los huevos y chupan la sangre a las crias. Para criar puercos el Orinoco sería muy buen clima, y los hay negros y blancos, llamados allá franceses.[1] Pero estos animales, aunque de carne salubre en aquellos lugares, hacen daño a los sembrados de los indios, y no se crían sino en pequeña cantidad. Para las ovejas, dado el gran calor, el clima del Orinoco es absolutamente malo.

Los señores de la Real expedición de Límites trajeron algunas cabras; y si esta especie de animales no tuviera grandes enemigos en los tigres, que pronto las destruyen, sería no menos útil que sabrosa y sana en el Orinoco. Puedo decir esto tanto por propia como por ajena experiencia, habiéndome sido ofrecida carne de cabra en mi viaje a la cascada de los maipures por aquel amabi-

1 Acaso fueron llevados de las islas Antillas.

lísimo comandante que presidía y que a menudo comía de ella con otros señores de la susodicha expedición.

La máxima ventaja sin embargo que se puede obtener, no menos para las necesidades de los misioneros que para la extrema pobreza de los indios, son, por encima de todo lo demás, las vacas. Esta especie de animales domésticos sabe [55] todo el que está informado de las cosas de América, de qué humildes principios se ha propagado casi infinitamente en aquellos lugares. Indica la increíble multitud el bajo precio que tienen. En el mismo Orinoco, especialmente en Cabruta, entre los habitantes españoles un buen novillo no pasa de tres escudos. En los envíos de ganado vacuno que se hacen cada semana para los mercados de Caracas desde las praderas vecinas, está contento el amo que, incluyendo los gastos necesarios, vende a un escudo por cabeza.

En el Orinoco, cuando yo llegué, no había sino poquísimo ganado. Pero habiéndose introducido después, para atender a las comunes necesidades, al cabo de algunos años, con la abundancia de prados y hierba, lo vi tan extendido por todas partes, que su precio, como ya he dicho, era sólo de tres escudos. De igual manera se crían, aunque no se multipliquen tanto, los caballos. Y de modo igual los asnos.

Pero lo que conduce especialmente al buen estado de las nuevas poblaciones (y he aquí la cuarta cosa) es el cultivo de los campos. Bien veo que en el Orinoco es cosa dificilísima, si no imposible, cambiar su forma introduciendo los arados y azadones y nuestros restantes instrumentos campesinos, que o la costumbre inveterada o la pereza de los indios no permite usar. Pero aquel mismo modo de labrar que se halla puede perfeccionarse mucho, estimulando debidamente su uso. Además de que no todos los vegetales de la zona tórrida se hallan en el Orinoco. Y así, la introducción de éstos produciría grandes ventajas. Muchos había que no habían sido conocidos antes por los orinoquenses. ¡Pero cuántos faltan todavía!

[56]

Capítulo VI

De la comida de los misioneros.

Así pues, se me dirá, no es tan penosa e insufrible como se decanta la vida de los misioneros. Por poner bajo adecuada luz a satisfacción de los curiosos también esta parte de historia, distingamos para no errar, dos tiempos. El primero es aquel en que se funda una reducción nueva; y abarca, para llevarla a una mediana perfección, varios años.

Mientras estos trascurren, como les faltan a los indios los sembrados y los víveres, o siendo ciertamente bien pocos, en un desierto, donde rarísimas veces llega alguien que pueda traer un alivio, bien ven mis lectores que no puede ser sino miserabilísima la vida del misionero. Tal fue por mucho tiempo la mía; por no hablar de otros, que se libraron con muchos más esfuerzos que yo.

Es verdad que a distancia de algunas jornadas había reducciones antiguas. Pero de lo poco que podían estas, todavía no bien arraigadas, suministrarme, como había de ceder parte a mis hambrientos indios, ¿qué podía quedarme entre tanta gente para sostener la vida? En realidad, por su nativo apocamiento, hube de mantenerme mucho tiempo con frutas salvajes o con algun pescado ahumado, sin tener sino rarísimas veces el cazabe. Pero terminemos este punto.

En mis mejores y más felices días orinoquenses, lo pasé bien. He dicho bien, y no debe parecer exagerado mi dicho. Tuve, [57] después de algunos años, vacas, parte dadas por los que fueron compañeros míos en el ministerio, parte por los señores españoles americanos amigos míos. Entre éstos no debo olvidar al señor don Miguel Sánchez, que me regaló seis hermosísimas novillas. ¿Pero qué satisfacción es posible sacar, estable al menos, de éstas y otras muchas que en el curso del tiempo se adquieren?

Si ocurre entre tantos perezosos hallar uno menos descuidado a quien encomendar el cuidado del ganado errante, se puede tener leche todos los días. Y siendo raro el caso de que se haga queso, he aquí la utilidad mayor. Como no hay carnicerías de donde proveerse diariamente de carne, se come sólo de ésta cuando se mata algún novillo. Y es obligación dar parte de él a los pobres indios, que lo piden con instancias. El misionero, así, no puede comerla

fresca sino una sola vez, esto es, puede tenerla para comer el día en que se mata el novillo. Si la quiere buena, y que no hieda por la noche, es preciso cocerla por la mañana. Tan fácilmente, dado el calor excesivo, se echa a perder.

Este, como cualquiera ve, es un día feliz para el misionero. ¿Qué come después? Carne salada.[1] Se corta en largas tiras finas el novillo, las cuales se salan, se trabajan bien sobre el cuero fresco del animal, y se cuelgan al sol para secarlas. Se secan perfectamente en uno o dos días. Y al principio, especialmente en tiempo de verano, son sabrosas. Pero al poco se vuelven madera, no menos por la dureza que por la insipidez. Peor aún sucede [58] en invierno, o en el tiempo de las lluvias periódicas, en que de ordinario se comen las sobras de los insectos que devoran contínuamente la carne así salada. He aquí la comida ordinaria de un misionero los días que no son de vigilia.

Sería supérfluo enumerar aquí la pereza ya bien conocida de los orinoquenses para decir que no son, sino raras veces, deliciosos los días de comer de vigilia; esto es, sólo aquellos en que les da la gana de traer pescado. En un país como el Orinoco, fecundísimo en esta especie, parece cosa increíble, pero es verdad. Por eso en los ayunos, y especialmente en los de cuaresma, se suple del modo mejor con las tortugas, que aunque delgadísimas en aquel tiempo, se conservan vivas fuera del agua cuanto se quiere. Se sala también a este fin el manatí, y aquel poco de pescado que se consigue tener en el carnaval. Hay después abundancia para aquellos días de fréjoles y de arroz, para las cuales dos cosas es sumamente apropiado el clima del Orinoco; hay también calabazas, yuca dulce, y otros remedios no pequeños para el hambre.

Hablemos ahora de los condimentos. Y dejando por ahora a un lado los pimientos, los ajos y las cebollas de que hemos hablado en otra parte, no hay ninguna especie. Se hace uso, si la bolsa lo permite, de las de Asia, cuyo precio por lo demás es sumamente alto en aquellos lugares. Nunca vi vinagre ni vino. Pero la industria de los misioneros y de los habitantes españoles (los indios no se preocupan de ésto) ha encontrado tantas, que es maravilla.

El primero se hace con *catara*, esto es, con el jugo de la yuca agria ligeramente cocido, poniendo dentro [59] para darle picante algunos pimientos. Esta cualidad de vinagre, aunque un poco

1 Los españoles la llaman tasajo.

frígido, es de un acidillo no desagradable. Menos agradable es el segundo, que se hace del jugo agriado de la palmera corozo. La tercera especia me parece del todo buena y es la siguiente: se toman los plátanos llamados guineos[1] cuando están maduros, y junto con la cáscara se ponen en un cedazo ralo de palma encima de un tendedero de madera.

Después de uno o dos días (necesitan este tiempo para fermentar) comienza a escurrir un líquido semejante al vino, que se recibe en un recipiente puesto debajo y que poco a poco va embotellando. Todo sale espontáneamente en pocos días. Pero si no queda nada, se aprieta con la mano, se pasa por un cedazo más cerrado, y se tiene luego al sol hasta que se separan las partículas más gruesas. Este vinagre, que cuanto más envejece se torna más ácido, es tan semejante al nuestro tanto en el color, como en la fuerza y sabor, que se confunde fácilmente.

La sal, aunque bastante cara, es traída del mar. A falta de sal del mar usé muchas veces la fósil negra de Santa Fe. Pero en alguna ocasión me faltó tanto la una como la otra, y para dar a los alimentos algún sabor, me fue sugerido que echara pimientos.

Si se me pregunta después por la sal de los orinoquenses, no puedo recordar más que una mísera invención en aquel bárbaro clima, pero no inadecuada del todo a la necesidad. Los otomacos reducen a cenizas el hueso de la palmera cucurito, y ponen esta ceniza en un saquito piramidal compuesto [60] de fibras bien apretadas de la palmera muriche, echándole al mismo tiempo agua. Destila el saquito colgado sobre un recipiente de madera puesto debajo, y este líquido, que se congela en poco tiempo, como me es asegurado por un diligente exmisionero,[2] se vuelve blanco y activo, y es muy semejante a nuestra sal. Fuera de que, como él dice, es menuda y semejante a la harina de trigo. De la misma manera hacían los maipures y lo llamaban *ivi*. Pero no he visto ni lo uno ni lo otro.

Aceite de oliva no se ve en el Orinoco, ni puede lograrse sino con grandísimo esfuerzo. Un año, en que por el señor don José Iturriaga, jefe de la Real Expedición de Límites, me fue regalado un pequeño recipiente,[3] acordándome de la costumbre europea, hice uso muchas

1 De estos plátanos se habla en el tomo I, lib. IV, cap. II.

2 El señor abate don Enrique Roxas.

3 En español botijuela.

veces para la ensalada; y se me ocurrió entonces el pensamiento de sembrar la lechuga a que me he referido en otro lugar.[1] Pero parte por falta de hallar aceite, parte por ser un cultivo poco compatible con mi ministerio, me hicieron dejar este cuidado.

Entre los habitantes españoles del Orinoco, aunque no entre los indios, se usa una especie que no sé cómo llamar, si de ensalada cocida o de menestra. Se llama *pira*, y se hace o con la verdolaga, que allí se da hermosísima, o con el bledo silvestre, guisado con aceite de tortuga y con agua. Este alimento, que no tiene ningún condimento de vinagre, y parece que sea menestra y también parece que sea [61] ensalada, me agradaba mucho. Se usa por la noche para cenar, y por aquellos lugares, donde se padece mucho de la insipidez, no hay nada más oportuno para el caso.

La bebida acostumbrada, por decir también ésto, no es más que el agua, caliente, como dije en otra parte, y en muchas partes además de sabor malo. Pero este sabor desagradable es en gran parte endulzado comiendo un poquito de cazabe empapado en miel, o cualquier otro dulce antes de beber. Para lo cual todo misionero se provee con tiempo de miel o de abejas o de caña de azúcar,[2] o al menos tiene cuidado de que le sea asado algún plátano de aquellos que llamamos hartones y que hemos descrito en otra parte.[3]

Es sorprendente el precio del vino. Una botella se vende hasta a tres escudos. Por lo cual no se usa sino para las misas. Muy usado es en cambio el aguardiente de caña, que se hace con el jugo de la de azúcar. Y si se bebe en las ocasiones debidas y moderadamente, no es dañoso.

---

1 Tomo I, lib. IV, cap. XIII.

2 En español se llama miel de caña.

3 Tomo I, lib. IV, cap. XI.

Capítulo VII

De la instrucción de los jóvenes.

Non prius quod spiritale est, sed quod animale. Así dice el Apóstol[1] en aquel justísimo sentido en que deben los medios estimarse no ya para el fin a que están dirigidos, sino anteponerse para mejor conseguir ese fin. No sólo a los orinoquenses, sino a otros pueblos, les sería una ingrata canción el predicarles, si les faltara el sustento corporal. Es necesario, pues, para predicar luego con no menos fruto que aceptación la fe, comenzar casi por las ventajas temporales y mostrarse compasivo con las necesidades de los indios.

No es que haya que retardar mucho enseñarlos. Pero al comienzo mismo de la misión se hace lo que permiten el tiempo y las ocupaciones necesarias. Desde los primeros días se introduce el saludable uso de instruir en la religión cristiana a los muchachos. Y estos inocentes (aunque no entiendan nada de lo que les es dicho), tanto por la novedad, que aman sumamente los indios, como por los regalitos con que los misioneros los atraen, vienen con gusto a oírla.

Digo que no entienden nada, puesto que hasta que el misionero sepa de manera algo decente su lengua, la doctrina les es dada en lengua española. La cual costumbre no es sin embargo reprensible, porque además de la ventaja de [63] acostumbrar a los niños desde el principio a la lengua de sus monarcas, este ejercicio espiritual cotidiano, estando obligados a que en él intervengan dos veces al día los muchachos, sirve además para entretenimiento de una nación que no está todavía bien arraigada en la nueva vida y puede fácilmente, si no se actúa con habilidad, volverse a sus selvas. En este intervalo de tiempo se aprende por los misioneros la lengua de los indios, y por medio de intérpretes se administra a los moribundos el santo bautismo.

Ya aprendida suficientemente la lengua, se sale por decirlo así del angosto campo en que uno está encerrado cuando le faltan palabras para explicarse. Se introduce entonces poco a poco, y como

---

1 *Ad Cor.*, I, cap. XV, v. 26.

dije, insensiblemente, aquel orden de sagradas funciones que se halla en las reducciones antiguas, planeado por valerosos misioneros. Queriendo actuar por gusto propio, o por decirlo justamente, a capricho, y cuando no se siguen las huellas de personas experimentadas en tal ministerio, no sólo no se hace ningún provecho en la conversión de los indios, sino que se pierde la salud, el tiempo, y como no resultan los nuevos y peligrosos proyectos, se pierde también la cabeza.

He aquí luego aquella manera de instrucción que yo, siguiendo la luz de los más antiguos y más sabios, introduje en mi reducción. Doy comienzo con la de los niños, introducida desde el principio, pero mejorada con el tiempo. Dado por el sacristán al nacer el día el toque del Ave María, media hora después se daba la señal para la doctrina, en la que intervenían los niños de uno y otro sexo. Dar esta señal correspondía a un fiscal de semana, es decir, a aquel al que en aquella [64] semana correspondía tener cuidado de que todos y todas vinieran a la doctrina y estuvieran en ella con modestia.

Estando ya todo reunidos, antes de mi misa, divididos en varios coros, decía cada uno de memoria la doctrina cristiana. A cada uno de estos coros presidía uno de los muchachos mejor instruídos, y haciéndosela recitar primero a uno y luego a otro, corregía pronto los defectos. Duraba este ejercicio media hora, y en los tiempos de sequía se hacía ordinariamente delante de mi casa y en mi presencia. Después iban procesionalmente hacia la iglesia, divididos en dos alas de recitantes, y siguiendo yo con ellos, cantando las sagradas oraciones.

Venía después la misa, a la cual además de la gente menuda asistían también los soldados y otros forasteros; y si les agradaba, y no estaban ocupados en la pesca o en la caza, los indios adultos también. Dicha la misa, y en pie los niños, y divididos también en dos filas, precediendo uno de ellos en pronunciarla, repetían en alta voz la doctrina cristiana. Después que se había acabado toda, a cada uno de los niños le hacía yo preguntas sobre varios puntos de nuestra santa religión. Y por este medio se volvieron tan prontos en responder con precisión a cada pregunta que se les hiciera, que todos podrían estar satisfechos, aun en los países más civilizados. Y he aquí la ocupación principal de la mañana.

Después, si no había disensiones que pacificar entre los indios, o enfermos necesitados de pronto remedio espiritual, y semejantes

frecuentes y necesarios trabajos, podía yo dedicarme a mis estudios y disponer el orden de mis asuntos domésticos.

[65] A las veintidos horas de nuestro reloj[1] se daba nuevamente el toque de doctrina. Pero la de la mañana se daba siempre en las lenguas indias, y la de la tarde en español. Al oscurecer el día, esto es, terminada la doctrina, recitaba yo con ellos el rosario, después del cual, los cantores se reunían en la escuela y tocaban por algún tiempo los instrumentos músicos. De allí venían a mi casa y yo les enseñaba brevemente el modo de ayudar a misa, y debo decir que según con el paso del tiempo toda una nación se vuelve música, así todos saben ayudar decentemente a misa y recitar la doctrina cristiana.

Estas diarias ocupaciones de los pobres niños, sobre los cuales, como más dóciles recae todo el peso de la escuela y de la doctrina, requieren algún reposo. Por lo cual se introdujeron también vacaciones en lo uno y en lo otro. La había todos los jueves. Había otras según las varias circunstancias. En la fiesta de San Luis Gonzaga, protector de la reducción, había una que se extendía hasta ocho días. Y aunque estas vacaciones, como hemos dicho en otro lugar, son no pocas veces utilizadas por los mayores para intentar con más seguridad una fuga, nunca permitió sin embargo el Señor que les fueran a ellos de daño y a mí de arrepentimiento.

Pero yo, además de tener personas de confianza que espiasen sus movimientos, en las vacaciones acostumbraba llevarlos conmigo de excursión junto con el cabo de los soldados. Escogíase para tal fin uno de los sitios más amenos, por ej., algún lugar con sombra a las orillas del Orinoco, o las playas deliciosas del lago Guaya. Una vez llegados allí, unos tenían el cuidado de buscar [66] leña, otros de llevar agua para guisar la comida, que se llevaba siempre abundantísima para tenerlos contentos. Y luego unos corrían, otros se subían a los árboles, otros se divertían de otros modos honestos. En suma, era un día de no pequeño placer para todos, y los indios cada vez se aficionaban más a la reducción.

Con todo, ellos aún, sea por el mal ejemplo de los mayores, sea porque al fin son niños, y niños indios, alguna rara vez se

---

1 [El tiempo en Italia se contaba a partir de la puesta del sol, mejor dicho del toque de oración que se daba media hora después del ocaso, y en total se dividía el día en 24 horas, por lo que las doce, por ejemplo, serían al amanecer.]

escapan. Pero no lejos, ni para no volver nunca. Un jueves, habiéndose ido a divertir, pero sin mi, acaso habiéndose puesto todos de acuerdo, se quedaron todos en el campo, excepto mis dos sirvientes de entonces, Borja y Estanislao, el uno maipure, el otro tamanaco. Temí que los mayores los hubieran ocultado en sus sembrados, y por ello hice grandes lamentaciones. Pero como todos me dijeron a una voz que no estaban con ellos. y que cuando ellos de los sembrados venían al poblado para oir misa, los fugitivos salían a robarles escondidamente la comida, y que se habían visto huellas y se habían oído sus gritos en el monte vecino, creí adecuado para llamarlos a Borja, el cual era muy ingenioso.

Partió prontamente, y nunca tan contento como entonces. Pero llegada la tarde, tampoco él volvió. Supe después que se fue derecho a los maipures a pedirles pescado, bajo pretexto de traérmelo a mi, y se unió también él a los fugitivos. Con la llegada de él creció la insolencia de los niños hasta el punto de que ya no tenían miedo a nada. A favor de la noche venían hasta la vecindad de la población armados de flechas para robar, y todo era desorden. Pero presos al fin, después de dos o tres semanas [67] por el fiscal Keveicoto, y habiéndoles dado el merecido castigo, volvieron a ser cuerdos.

Capítulo VIII

De la instrucción de los adultos.

Dicho el modo de enseñar a los niños, pasemos al de los mayores. Estos, que están obligados a acudir a los trabajos necesarios que requiere una familia hambrienta, no son obligados a venir a la iglesia sino ciertos días de la semana. Sólo el sábado por la mañana, para fomentar en ellos la devoción hacia la gran Madre de Dios, oían la misa sólo aquellos que se encontraban sin tareas en la reducción. Terminada la misa, recitaba yo con ellos en alta voz las oraciones de la doctrina, y sin entretenerlos más, contento con este pequeño, pero constante ejercicio de la religión cristiana, los volvía a enviar a sus casas.

Luego la tarde del sábado, destinada a la instrucción de los tamanacos, de los parecas y de los avaricotos, indios que no se diferencian mucho entre sí en el habla, se daba la señal para reunirse en la iglesia hacia las 21 horas aproximadamente. No faltaba ordinariamente ninguno, y he aquí la manera como yo les hacía la instrucción. Primero de todo recitaba yo con ellos, repitiendo ellos en alta voz mis palabras, toda la doctrina cristiana traducida por mi en la lengua de los tamanacos. Esta doctrina, que es brevísima, y es precisamente la que está ordenada para los indios por el sagrado concilio de Lima, puede decirse toda en un cuarto de hora.

[68] Después de recitada la doctrina, yo dejaba descansar a los muchachos, y preguntaba a los adultos sobre algún punto de la religión. Y tomando de uno de ellos ocasión oportuna para razonar, me ponía al lado del altar, sentado, para explicarlo más extensamente. Esto era, como allí se dice, el sermón. Al fin de este sermón volvían a tocar las campanas, y entonces, terminada la instrucción de los tamanacos y de sus aliados, venían a la iglesia los maipures, los soldados, sus familias, y otras personas españolas. Reunidos ya todos con los primeros, se daba comienzo al rosario, con el cual terminaba la función del sábado.

Era más laboriosa, y de más larga duración, la del domingo por la mañana. Antes de nada, tanto en aquel como en todos los demás días festivos, yo acostumbraba a ir con tiempo a la iglesia, a oír la confesión de los que habían venido y a darles la sagrada comunión. Dábase entre tanto el toque para que se reunieran los maipures, y con ellos los avanes, a los cuales, dada primero la doctrina en su lengua y después el sermón del modo dicho, se volvía a tocar la campana, para que los otros de diversa lengua, que mientras tanto estaban en sus casas, vinieran a oír la santa misa.

Al toque venían las restantes naciones, y todos igualmente, terminado el divino sacrificio, asistían al sermón en español. Este tercer sermón no es por lo demás superfluo, sino necesario, tanto para los españoles que asisten, y para los muchos forasteros que acaso vienen a la misión, como también para acostumbrar a los neófitos a esta lengua. El domingo por la tarde venían todos al rosario. El lunes por la mañana, [69] día destinado para sufragio de los fieles difuntos, los indios que estaban presentes, asistían

también a la misa, después de la cual había el canto de responsos para los muertos, según el uso español.

Veo muy bien que para los menos informados de las costumbres americanas les resultará sorprendente, si no algo indignante, oír que tan múltiples funciones les son echadas encima a gente recién sacada de los bosques. ¿Qué puedo yo decir? Es cosa un poco dura, pero necesaria. Los indios nuevos necesitan de instrucciones frecuentes. He aquí un motivo razonable de esta costumbre. Pero además, este es un método sabiamente introducido para tener a esta gente, de por sí voluble, ocupada de varias maneras, o para extinguir o para santamente burlar su nostalgia de las antiguas selvas. Pero debe ser cuidado del misionero hacer suave un yugo tan rígido.

Esto se hace en primer lugar con el canto y con la música. En las misas a que asisten las mayores se tocan siempre instrumentos músicos, para los cuales todos los indios son muy dispuestos. Cántase a menudo, y con pompa de hermosas voces, la santa misa. El sábado son igualmente cantadas por los músicos las letanías de Nuestra Señora, y muchas veces se va procesionalmente por las calles de la reducción cantando el rosario al uso de los españoles.

Son cantados también los responsos del lunes, y cantadas otras devotas oraciones; por no decir nada de las vísperas y de las magníficas funciones que se hacen en las grandes fiestas, y de las varias diversiones honestas que se permiten en estas y en otras ocasiones semejantes por los misioneros. Pero lo que hace más que nada agradable a los orinoquenses la nueva vida [70] estrechísima es la amabilidad con que son tratados.

No se les deben imponer sino pesos ligerísimos, no se les reprende importunamente, no se les maltrata. El misionero, cual padre amoroso, debe demostrar un particularísimo celo por ellos, socorrerlos, si puede, en las necesidades, o recibirlos al menos y despedirlos con amabilidad. Si después un misionero logra un alto concepto de bondad, de prudencia y de verdadera y no afectada cordialidad, para los indios (dadas también las ventajas temporales, la tranquilidad de las reducciones, y el alejamiento de sus antiguos enemigos) no sólo no les sirve de molestia la nueva vida, sino que se acostumbran a ella de manera, que parecen en ella nacidos.

No debe ser el último pensamiento de un misionero el de evitar toda cosa que pueda ser de molestia razonable para los indios

nuevos. De su instrucción se debe ciertamente tener gran cuidado. Pero si nada entiendo, si nada me ha enseñado la larga experiencia, sea frecuente, sea incluso cotidiana, pero sea breve. La retienen en la mente con más facilidad, la sienten con menos molestias, y aun con buen natural.

[71] Capítulo IX

De la instrucción extraordinaria.

La asidua vigilancia de los misioneros para enseñar a los parvulitos y a los adultos hace que después de algunos años desde que comenzó, muden las costumbres y procedimientos de una reducción. Al principio todas las cosas son singulares y extrañas, y casi diría, desordenadas. Los niños vienen a la doctrina pintados de pies a cabeza, se ríen intempestivamente, alborotan entre ellos como cigarras. Miran a todas partes, y si ven algo nuevo, se van adonde la curiosidad los transporta.

Pero esto no es nada si se mira a los adultos. Entran en la iglesia como ovejas en el redil, y se ponen lo mismo de lado que de espalda al altar, o alguno en cualquier ridícula postura. No digo nada de los extrañísimos adornos con que se presentan, unos amarillos, otros rojos, otros de otros diferentes colores. Es peor aún que muchos llevan hasta las armas.

¿Y de qué modo cambiar este áspero campo sino con las palabras y con los hechos? Quiero decir con el buen ejemplo y con la instrucción. Los cristianos edificantes, que se hallan por todas partes, unidos al misionero logran el primer fin. El otro se espera todo de los sacerdotes. Y he aquí que oyendo ora una plática, ora otra, ora viendo un cristiano viejo de bien, ora viendo otro, y observando los ritos, he aquí, digo, que muda todo el aspecto de la reducción. Yo, por decir alguna cosa de [72] esta agradable metamorfosis, me adelanto a contar de qué manera la obtuve.

No existe en sus lenguas sino por circunloquio el término *arrodillarse*. Los maipures dicen *nusunúacáu nucumárakí-iná*, esto es, sentarse sobre las rodillas. Los tamanacos *achekim-bó uoicne*, estar sobre las rodillas. Entonces yo me ponía de rodillas a la

manera de los cristianos, y ello al verme, seguían mi ejemplo. Lo que digo de arrodillarse dígase también de lo restante. No creo que en la tierra haya naciones que sin violencia como los indios, y aun casi naturalmente, imiten las acciones de otros. Mucho hemos dicho ya a otro propósito. He aquí lo que se refiere a la religión.

Recién llegados de las selvas son, por así decir, todo ojos al entrar en los sagrados templos, y cuanto ven en los demás, tan cuidadosamente obran ellos. Y por decir en primer lugar lo que sé de oídas, oigase un hecho graciosísimo. Vino a Urúana con sus güipunaves aún gentiles el cacique Macápu. Oyó tocar a misa, vio a los cristianos dirigirse a la iglesia, y quiso ir también él. Le siguieron todos los suyos, y después de haber dado una ojeada a todos los asistentes, cuyas acciones observaban minuciosamente, una vez tomada el agua bendita, todos se pusieron de rodillas.

Con las rodillas en tierra, ora se hacían la señal de la cruz, ora se daban golpes de pecho, ora se inclinaban, según iban viendo que hacían los cristianos. Y todo iba muy bien. Pero esta inesperada especie de devoción le chocó a uno de los soldados que estaban presentes. Y adivinando la ocasión, se golpeó fuerte por broma [73] el rostro, para ver si ellos al verlo hacían lo mismo. Y en realidad lo hicieron, y todos se dedicaron a darse bofetadas.

He aquí otro hecho. En mi excursión a los parecas, que contaré en otra parte, quise en el lugar destinado de acuerdo con ellos para reducción hacer plantar una cruz grande. Inmediatamente la hicieron los jóvenes. Y excavado el hoyo para ponerla, estando aún extendida en el suelo, después de haberla bendecido, me puse de rodillas para adorarla, del modo que se usa en semana santa. Terminé, y he aquí que después de mi se pusieron todos los nobles de la nación, con asombro mío, a hacer otro tanto.

Parece que nos hayamos alargado demasiado de lo que teníamos entre mano. Pero no es verdad. Era esta digresión necesaria para mostrar cuanto vale en los indios el ejemplo del proceder ajeno. Volvamos a nosotros. Yo me servía de este natural suyo en su provecho. Mas para que las acciones externas no fueran muertas, sino avivadas internamente por los principios de fe, era necesario juntar la voz con el ejemplo. Contándolo aquí todo, resultaría prolijo. Limitémonos a sólo los bautismos y a las confesiones.

Los adultos de vez en cuando, o movidos del ejemplo ajeno o de las persuasiones del misionero, piden el santo bautismo. Y

estando ya desde tiempo antes inscritos como catecúmenos, y habiendo oído a menudo también los sermones, saben suficientemente los divinos misterios. Con todo, no me parecía que supieran bastante. Por donde, para conferirles con más decoro y con más provecho el bautismo, escogía ocho, y a veces más, para instruirlos separadamente por algunas tardes.

[74] Allí, bajo cuatro ojos, como se dice, y sin la vergüenza de la publicidad, primero por mi y después por nuestro conocido Lorenzo Arémi, comprendían mejor los dogmas del cristianismo, se preparaban con los actos de las virtudes teologales a la saludable regeneración y cada uno elegía los padrinos. A estos correspondía el cuidado de hacer que sus ahijados estuvieran no sólo prontos, sino con arreglo bastante decente para la hora del santo bautismo. Regulaban las más pequeñas acciones de ellos, y era cosa de gran consuelo ver con cuántas señales de piedad externa lo recibían. Para lo que ayudaban mucho las sagradas ceremonias, los vestidos sacerdotales y la solemnidad en el conferirlo.

En este sacramento son de mucha ayuda los padrinos. En el de la confesión se espera todo del misionero. Para lo cual es necesario saber que los indios al principio vienen a confesarse en la forma en que se vendría a conversar. Yo, para evitar alguna indecencia, hacía venir a cada sexo por separado. Y así en la cuaresma, una vez dada la señal de confesar, las mujeres salían tan contentas de sus cabañas, unas riendo, otras charlando, y abrazadas amorosamente con sus compañeras, venían hacia la iglesia. Desde una galería que había delante seguía yo con cuidado la novedad, que por lo demás en gente simple y ruda se disimulaba.

Y habiéndome puesto junto a la puerta, y habiéndoles dicho amablemente que estuvieran calladas, entrando una a una les dije que tomaran el agua bendita. Y habiendo hecho así, todas se arrodillaron según las mandé. « Ahora — añadí — hareis atentamente el examen y todo lo demás que me habeis oído al predicaros ». Y [75] hélas a todas en silencio, de rodillas y pensando en sus pecados.

Yo entre tanto decía alguna parte del oficio divino. Y pareciéndome tiempo de confesarlas, a adecuada distancia de las otras, llamé a la más cercana al confesionario, y habiéndole mostrado el lugar donde debía arrodillarse, le dije que recitara primero el *Confiteor*. Después, expuso, como mejor supo, los pecados, y una

vez recibida la absolución, a sugerencia mía se dirigió hacia el altar mayor para hacer la penitencia de rodillas.

Esta instrucción mecánica, diríamos así, sin mucho esfuerzo mío fue ilustradora para aquellas que una vez sentadas en tierra después de acabar el examen, lo observaban todo minuciosamente. Por lo que una vez que se levantó la segunda, una tras otra todas las demás siguieron las huellas marcadas, y se confesaron todas con bastante satisfacción mia. Pero aún creció más la alegría con el paso del tiempo. Y teniendo en su mente las enseñanzas que me habían oído, no dejaban ninguna cosa de aquellas que son necesarias para confesarse decentemente y con fruto. Digo lo mismo de los hombres, aunque por lo demás no eran tan dóciles como las mujeres.

Pero si estando yo confesando alguno o alguna resultaba que no había oído las explicaciones, ¿quién podrá decir suficientemente lo ridículo que era? Uno se ponía sentado enseguida, otro, pasando del lugar de confesarse, se iba hacia el altar mayor como para oír misa; otro, aunque fuera una mujer, se ponía delante del confesionario. Pero todo lo venció finalmente el ejemplo ajeno, y todo lo obtuvo la instrucción.

[76]

Capítulo X

Del cuidado de los enfermos.

El cuidado de los enfermos el Señor se lo encomendó a los misioneros expresamente, como el de predicar el Evangelio.[1] Pero si en alguna parte es esto no sólo útil, sino necesario, es entre los indios, gente al principio sin amor, perezosa, y que poco o nada piensa en los enfermos. He visto a misioneros que no contentos con aprender en los libros los remedios, los preparaban por sí mismos y por sí mismos se los daban con increíble solicitud.

El P. Gumilla, al que después de seis años de ausencia volví a ver en Casanare en la reducción por él fundada, era señaladí-

1 *Curate infirmos et dicite illis: appropinquavit in vos regnum Dei.* Luc. 10.

simo en ésto. En su casa, o cabaña, tenía toda suerte de útiles medicinas caseras, y al primer aviso del fiscal, dedicándose como amorosa madre a cuidarlos, era todo agilidad, todo prontitud, todo alegría. Yo estaba a su lado sorprendido de sus dulces maneras. Y viéndome atento a este nuevo modo de farmacia, « Católico — me dijo de manera muy familiar en él — católico, así se hace ». Y movido del ejemplo de tan gran hombre, una vez que hube llegado al Orinoco me afané por imitarlo en algo. Pero esta palma se la cedo a otros mejores que yo.

Con todo esto he querido describir exactamente en mi historia no menos las enfermedades del Orinoco que sus remedios usuales. Sé que los papeles, [77] como los pájaros, vuelan muy lejos. A estos míos puede darles el necesario impulso el Señor. Y aunque me encuentre en una zona diferentísima, o haya yo muerto, puedo ayudar a mi prójimo. Para este tomo, en el que viene más a propósito, he preparado un apéndice con algunos singulares remedios que no será desagradecido.

No puedo menos de alabar sumamente a aquellos que se dedican enteramente al cuidado de los indios enfermos. Nada hay más estimable. Estos pobres abandonados por lo común, o de los que sus parientes no se acuerdan sino con frialdad, viéndose tratados así, y como dije, servidos por los misioneros, se entregan enteramente en sus manos. Por eso se les visita cada día, y si se puede tanto, se les da algún alimento para agradarles; pero teniendo siempre a la vista su salvación eterna, y sin descuidar los preciosos momentos para reconciliarlos a tiempo con el Señor de todos por medio de los sacramentos.

He observado muchas veces que con la confesión recuperan vigor. Por lo cual, después de los saludos ordinarios yo les preguntaba si querían confesarse. Y no creo que me haya nunca sucedido que alguno me dijera que no. Antes bien, estaban dispuestísimos, y hecho el debido examen, me hacían señal para que me acercara a oírlos. Y sinceramente digo que después de la confesión los veía mejorados, sea por efecto del sacramento, por el que los indios tienen una fe inimaginable; sea también porque con él se libran del penoso pensamiento de condenarse estando en pecado.

No debo olvidar por último que el Evangelio recitado sobre los enfermos les ayuda maravillosamente a recuperar la salud temporal. He [78] visto muchos casos. Pero me produjo más estupor lo que sucedió con un otomaco delgadísimo, o por fiebre

hética o por algún otro mal. Este pidió a un misionero que yo conozco que le recitase el Evangelio. Lo que fue hecho estando el enfermo devotamente arrodillado. Después de uno o dos meses volví a verlo, y no sólo estaba curado, sino corpulento y hermoso.

Capítulo XI

Del fruto que se saca de la instrucción.

Muchos son los motivos por los que los misioneros de los indios pueden consolarse. Pero ninguno iguala al de abrir a los niños que enseguida, o al menos pronto, se mueren, las puertas del paraíso con el santo bautismo. ¡Qué placer increíble! ¡Qué júbilo! El solo endulza el amargo cáliz que se debe beber al evangelizar a los adultos. Nada se cuidan estos al principio de las advertencias, antes bien, las desprecian con increíble negligencia.

Me resuenan aún en los oídos las voces horribles con que los tamanacos recientemente venidos de la selva recibían mis consejos. « Irás — decía yo por ejemplo a algún impúdico —, irás al infierno, sino dejas este vicio ». Y él, no sólo no se acordaba de tan terrible argumento, sino que me contestaba: « Bien, *tauóre techí, uachúidje* », esto es, « iré y me calentaré ». He aquí la insensatez de un indio nuevo, que no entiende siquiera las obligaciones anejas a la religión.

Procede también de ahí la suma dificultad de licenciar las varias mujeres que tienen. Para evitar el infierno, que al fin creen destinado a los malos, [79] tienen los mismos rodeos que en los primeros siglos de la Iglesia tuvieron las naciones más cultas. El cacique Caravana decía al principio de quererse hacer cristiano en la última enfermedad: *Numavári uati kiacó nuumácáu Cristiano,* esto es, « me haré cristiano cuando me muera ». Así decía él. Pero no era el único que pensaba de esta manera. Había también muchos otros.

El mismo deplorable delirio tienen para el sacramento de la extremaunción, y produce estupor la uniformidad del pensar indiano con el de algunos necios europeos. Creían que se tenían que morir enseguida, como si fuera un veneno. Pero oyéndome que

era incluso útil para salir adelante, si así les convenía, les fui quitando poco a poco el error.

Otro error de los indios novicios se refiere a la persona del misionero, a los que al principio no sólo creen inmortales, sino que les parece que piensan que está puesta en manos de ellos la vida de los demás. Dije una vez a un maipure moribundo: « Ten buen ánimo, has recibido los sacramentos de la Iglesia, te espera el cielo, donde gozarás por siempre ». « Oh, no — me repuso atemorizado el pobre indio — no querría ir tan pronto, haz que el Señor no me llame ahora ». En esto se ve la simpática rudeza de los indios. Pero si no se descuida la instrucción, en pocos años se vuelven tales, que no parecen ya aquellos.

Keveicoto, de nación tamanaco, que conocí todo pintado de pies a cabeza con anoto, habiendo venido los caribes a la Encaramada en el mes de marzo de 1767 para comprar aceite de tortuga, al verlos todos pintados, dijo: « Oh, [80] ¡qué feos son y cómo hieden! ». De lo que me hube de reir a gusto, sabiendo que él había sido como uno de aquellos. Pero así es: la instrucción continua, aunque sea breve, los cambia del todo. « Tú me haces temblar con tus sermones » me dijo el tamanaco Yucumare. « Tus sermones — me dijo una vez furioso Mauricio Manácu —, tus sermones y el miedo de no tener en otro sitio persona que nos confiese para librarnos del infierno nos retienen aquí ».

Mucho hemos dicho arriba de la confesión. He aquí más. Es indecible cuán atraídos son los orinoquenses por este sacramento. En poco tiempo y sin esfuerzo alguno de los misioneros se aficionan de tal manera a él que es maravilla. Y aunque yo no ignore lo que han escrito algunos de las confesiones oscuras de algunas naciones indias, no puedo decir de los orinoquenses que conozco en manera alguna lo mismo. Debo testificar también que se confiesan con tal exactitud, que en este particular no son inferiores a los mismos europeos.

Es común sentir de los misioneros que los indios sienten difícilmente el dolor. Pero a esta falta, que es motivo también para lamentarnos aun entre las naciones más cultas, puede ponerse remedio con instrucciones más adecuadas. Por decir mi débil opinión sobre los indios, si el misionero sabe la entrada en su corazón, no son demasiado difíciles para sentir el dolor y los buenos propósitos. Creo que sus recaídas en el pecado no son tanto el efecto de la falta de dolor como de la voluble voluntad. Son in-

constantes en el bien más que nación alguna, y para mantenerlos en el deber tienen necesidad de asidua vigilancia en los misioneros.

[81] Parecen menos sensibles para la comunión. Yo procuré introducirla de la más decente manera, y sé que ciertos españoles forasteros que se encontraron casualmente en la iglesia después de haberles dado la comunión quedaron sumamente edificados de su compostura y devoción externa.

Crece tanto la una como la otra cuando en la semana santa se guarda el divino Sacramento en el sepulcro preparado. Puedo asegurar que en aquel tiempo mi iglesia estaba continuamente llena de aquellos pobres neófitos, que estaban por largo tiempo arrodillados, orando con mucha modestia ante Jesús sacramentado. La misma piedad demuestran en todas las funciones de la semana santa, en las procesiones, y en el sermón de pasión, que escuchan atentísimamente. El mayor fruto que luego pueda sacarse de los mayores es en sus enfermedades, en las cuales muchos piden por sí mismos los sacramentos de la Iglesia, y están ciertamente dispuestos a recibirlos, encomendándose en todo al parecer del misionero.

Comunmente se cree que son insensibles para la otra vida. Y aunque esto parezca verosímil, si se mira la rara tranquilidad exterior que muestran gozar en aquella hora, con todo, no me parece verdad que sean así de corazón. En los principios mismos tuve una prueba de esta aseveración mía en Jerónima Pucho, mujer del cacique Monaíti. Esta señora, habiendo recibido ya los sacramentos, y cerquísima del último momento, me llamó presurosamente a sí y me dijo toda jadeando: « ¿Y qué será de mi en la otra vida? Tengo mucho miedo de ir allá ». Estas palabras de una mujer recién llegada a la fe me movieron a compadecerla. Y creyendo que [82] la consolaba con la buena vida llevada después del bautismo, no tuve dificultad de decirle que estuviera tranquila, que estaba preparado para ella el paraíso. Tranquilizose en efecto, y con edificación de los circunstantes murió de allí a poco. Si no hubiera de evitar el tedio de los lectores, aduciría muchos ejemplos semejantes. He bautizado muchas veces a grandes y chicos, los cuales, como si no esperaran otra cosa, murieron enseguida. Pero basta de esto para animar a los nuevos misioneros.

Capítulo XII

Si suceden milagros en la conversión de los orinoquenses.

Aunque la santidad de las enseñanzas cristianas y la conformidad que estas tienen con la razón, conocidas también de los bárbaros, y sobre todo la vida de los misioneros, que debe ser irreprensible, sean de ordinario los medios con que se introduce en los países gentiles la fe, no es sin embargo dudoso que algunas veces a tan grande obra concurren los milagros. No soy aficionado, cuando se puede de otro modo, a deshacer con máquinas los argumentos contra el cristianismo. Agrádame, como segura y trillada, la vía ordinaria. Pero si a la conversión de los gentiles concurre con especial y extraordinario modo el Señor, ¿por qué habiendo sido testigo ocular voy a disimularlo? Añadid que los hechos que debo narrar no sucedieron pensados o imaginados delante de mi. No, fueron improvisados, y sólo me dí cuenta cuando después de oir las más menudas circunstancias conocí por varias pruebas que habían venido de lo alto.

[83] He aquí el primero que me parece que tiene algo de milagroso. Estaba gravemente enferma en Cabruta en tiempo del P. Jorge Schmitz, misionero en aquella reducción, una mujer cávere en casa del cacique Nericaguámi. Esta un día apareció de repente sin palabra; fue creída muerta, y la lloraron, como se suele, sólo sus parientes. Después de algunas horas (no me acuerdo precisamente del tiempo, digamos así, del paroxismo) volvió en sí, y contenta toda y alegre dijo primero a los asistentes que estuvieran con buen corazón para el misionero. « Yo — añadió después — he sido trasportada a un lugar amenísimo donde he visto a todos aquellos que han muerto en esta reducción ». He aquí en esbozo su relato. Diráse el resto más abajo.

Tan pronto por el Orinoco se esparce entre los indios la buena nueva, la cual llegada finalmente a oídos de los misioneros, su superior, Roque Lubián, me dio la orden de ir inmediatamente a Cabruta para indagar la verdad. Y he aquí lo que, oídos y comparados diligentemente los relatos de varios indios, supe.

Aquella conocida mujer, de cuyo nombre no me acuerdo, fue transportada en espíritu a un lugar deliciosísimo. Alababa extre-

madamente la salubridad del aire, la claridad, la belleza y limpieza de las casas, y la variedad maravillosa de los frutos. Se le habían muerto en la más tierna edad dos hijos al cacique Nericaguami, y por ellos estaba inconsolable. Dijo haberlos visto en adulta estatura y adornados con sorprendente belleza. Dijo también haber visto en paz inalterable a españoles, negros e indios que antes habían muerto en Cabruta.

[84] Llena de júbilo al ver y abrazar a sus antiguas amistades, fue llevada dijo, a casa del misionero. (Bajo este símbolo, creo yo, quiso el Señor mostrarle, digamos así, a la india la gloria que le estaba preparada). Habiendo llegado a casa del misionero, encontró sentado y vestido con los ornamentos sacerdotales al patriarca San Ignacio, a quien estaba dedicada la reducción de Cabruta. Tenía cerca de sí una mesita, y sobre ella un libro, decía ella, a modo de misal. San Ignacio, lleno de amor, escribió allí el nombre de la mujer, y una vez que le señaló el sitio de su morada, acabó la visión.

Vuelta en sí dijo: « Yo moriré pronto (y así fue en efecto). Continuad siendo constantes en la reducción, y creed son verdaderas aquellas cosas que sobre la otra vida os son dichas por los misioneros. Yo ya las he visto, y son tales cuales ellos nos las cuentan en la iglesia ».

El segundo hecho de que soy testimonio ocular sucedió en mi reducción en la persona de Francisco Veniamári, de nación maipure. Una tarde, al dar según mi costumbre una vuelta por las chozas para visitar a los enfermos, encontré a este Francisco, que estaba ligeramente enfermo, no sólo de pie, sino discurriendo con otros familiares delante de su choza. Habiéndole preguntado por su mal, me contestó que estaba mejor, y continué mi visita a los otros enfermos.

Pasada apenas una hora desde que yo había vuelto a casa, vino a toda prisa el fiscal Tomás Yerroari, diciéndome que fuera enseguida a casa de Veniamari, que ya estaba moribundo, y que pedía insistentemente la confesión. Quedé sorprendido ante caso tan impensado y fui prontamente [85] junto al moribundo. Acerquéme a su red para oir la confesión y me rogó que mandara fuera de la choza a la gente que allí se hallaba Lo que hecho con toda prontitud, me puse después a observar los extraños síntomas de esta imprevista enfermedad.

A gran pena el pobre enfermo, por la dificultad de la respiración, podía pronunciar una palabra. La fiebre era ardientísima, y parecía que quisiera expirar bajo mi vista inmediatamente. Por lo cual, sin inútiles preámbulos, hice enseguida su confesión, y puedo santamente atestiguar que a medida que iba confesándolo tomaba de nuevo vigor. En poco tiempo terminó del todo con la confesión su mal y quedó perfectamente curado. Y he aquí la primera notabilísima circunstancia de este suceso.

Las otras no menos maravillosas, él mismo me obligó a contarlas, para común edificación en mi primer sermón. Fueron así. « Habiéndome puesto — dijo — después de tu partida de aquí a reposar en la red, se me apareció en lo alto de la choza mi difunto tío Felipe Caravana. (Este es el famoso cacique Caravana tantas veces citado por mí). Sus palabras — siguió diciendo — me han herido en lo más profundo del corazón y me han causado el mal que ahora ves. Me ha dicho: confiésate pronto, y confiésate bien. Tú otras veces has olvidado decir algunos de tus pecados. Quedan tales y cuales: dilos todos. Sé que quieres huir y que llamas mentiroso al misionero que te instruye en los santos misterios. El mentiroso eres tú. Arrepiéntete de ello y cambia de vida. » Y con esto se terminó la visión. Hasta aquí la declaración de Veniamari.

Refiérese también de los varios efectos saludables que sacan los orinoquenses de la confesión el tercer [86] caso maravilloso. El fiscal Yerroari más arriba citado me hizo una tarde llamar para confesarse. Lo encontré tendido sobre un cuero retorciéndose de extraña manera por los grandes dolores que sufría. Mostréle, como era mi deber, compasión. Pero él, de genio naturalmente rudo y molesto, me dijo: « Te he hecho llamar para confesarme, no quiero otra cosa de tí ».

Oída la seca respuesta, me puse enseguida a oírle en confesión. Rechazó después de ella la oferta que le hice de carne salada, de azúcar y de otras bagatelas por las que los indios se perecen tanto cuando están enfermos. « He terminado — dijo secamente — vete a dormir; me basta la confesión sola ». Y así fue. A la mañana siguiente estaba no sólo curado, sino con toda vigilancia junto a los niños de la doctrina, pues a él le tocaba dirigirlos durante la semana.

Viajaba yo otra vez por el Orinoco con el misionero de los otomacos (Juan Bautista Polo). Yerroari era uno de los remeros, y enfermo gravemente una tarde cerca de Pararuma, me hizo

decir que quería confesarse. Lo confesó aquella tarde el sobredicho misionero, y de allí a poco estaba perfectamente curado.

Veo muy bien que pueden provenir de otra causa que de las confesiones repetidas tales curaciones. Pero puedo igualmente decir que he visto muchas veces, y he oído a otros misioneros, semejantes efectos maravillosos. Puedo decir también que en mi tiempo era persuasión universalísima entre los orinoquenses que la confesión les proporcionaba también la salud temporal, y por esta ocasión, además de la ventaja espiritual, todos eran muy amantes de ella.

[87] Sea el cuarto y último caso el que acaeció en la persona de Cristina Mereyure, mujer del tamanaco Yucumare. Visité un día a María Antonia Canavacu, que estaba enferma hacía mucho tiempo, y le dije: « Puesto que no puedes por tu mal ir con los otros a la iglesia a la misa, ve al menos de día y ruega brevemente a San Luis Gonzaga que te dé la salud ». « Dice muy bien el Padre — repitió Clara Mdato, hablando con otras mujeres detrás de mi.— Cristina Mereyuri — siguió diciendo —, agobiada por una fluxión de sangre en un ojo, tan furiosa que casi se le hacía salir de la órbita, por consejo del Padre, habiendo ido a la iglesia, quedó curada, y el ojo volvió a su lugar antes de que ella volviera a su casa ».

No se prevalió la Canavacu por estas sugestiones. Pero la verdad es que la Mereyure (excepto la vista, que no volvió nunca a recobrar en el ojo dicho) se había puesto tal como la describió en mi presencia la Mdato. Y sin embargo, ¿quién lo creería? Nunca dijo ni una palabra, ni el caso se supo sino por casualidad. ¡Cuánto habría hablado una europea que se viera libre de aquel estorbo! Pero el genio frío de los indios no se anima ni con los acontecimientos extraordinarios y sobrenaturales.

[88]

Capítulo XIII

De los viajes de los misioneros en busca de gentiles a las selvas.

No es sino de párroco rural la vida que he descrito hasta ahora de los misioneros. Tienen en realidad debajo de ellos personas fijas a las que administran no menos la divina palabra que los sacramentos de la Iglesia, como en nuestros países hacen los parrocos. Excepto que los misioneros del Orinoco, por indulto del Papa Benedicto XIV,[1] daban también la confirmación. Pero esto no es más que una parte de su vida entre los bárbaros.

Queda ahora por tratar de la otra parte que podríamos llamar mejor, es decir, de los viajes que les toca hacer en busca de indios nuevos, yendo a las selvas. Estos viajes son necesarios no menos para comunicar el Evangelio a los gentiles que están todo alrededor, que para reclutar, digamos así, nuevos habitantes para las reducciones, que por enfermedades o por la fuga de los recién convertidos no raras veces decaen de su esplendor.

No son todos los misioneros, aunque buenos para la vida sedentaria de una reducción, a propósito también para excursiones en busca de gentiles. Para resistir las fatigas indecibles de tal vida se requiere una salud robustísima; se requiere, para hacerse entender de los bárbaros, un buen conocimiento de sus lenguas. ¿Pero basta con esto sólo? Aún no. Se requieren también soldados. No es que se les predique [89] con las armas en la mano, como algunos neciamente han dicho. No, no es ese el motivo, sino el de, como ya se ha dicho en otra parte, no exponerse temerariamente a perder la vida.

Volviendo a los misioneros, como no a todos les es posible, según antes decía, ir en busca de gentiles por los bosques, era costumbre de aquellos entre los que estuve mucho tiempo, elegir algunos que bajo el título de misionero volante hicieran aquellas excursiones. Conocí antaño, porque eran de carácter más animoso para este fatigosísimo ministerio, a dos misioneros excelentes. Murió el primero en la reducción de San Francisco de Borja, me

---

1 Esta facultad fue concedida a los jesuítas españoles de América el año 1753.

refiero al P. Olmo. Era el segundo Forneri. Les correspondía a ellos no menos llevar a los indios nuevos a las reducciones que volver a recoger a aquellos que de vez en cuando se escapaban.

Pero también los mismos misioneros estables hacían a veces esta especie de excursiones, mientras otro hacía sus veces. Yo, que por mi mala salud fui al principio de esta segunda clase, un poco recuperada más tarde, hice algunas.

Hacíanse también por medio de neófitos; y también éstas producían muchas veces buenos efectos. En señal de que han sido enviados por misioneros, se les da una carta para que se presenten a los caciques a los que han sido enviados; y basta cualquier trozo o de libro viejo o de carta sin terminar. Yo, como si fuesen capaces de penetrar su sentido por sí mismos, les daba una carta escrita de propia mano. Y estaba concebida de manera que en ella yo les significaba el deseo de conocerlos [90] y decía que a este fin vinieran a la reducción con aquellos que les enviaba.

Después, invitándolos en nombre del Creador, yo decía que en la reducción habrían estado contentos y habrían gozado en ella de ventajas tanto espirituales como temporales. La lengua además en que estaba escrita la carta era la de la nación a la que se hacía la embajada, o bien la española, si el habla de ellos no me era conocida. Instruídos los embajadores sobre el fin del vieje, estando ya próxima la partida les leía la carta, para que supieran el contenido. No hay peligro de que olviden ni una palabra. Una vez llegados ante los gentiles les muestran la carta, y como si la leyeran palabra por palabra, les dicen todos los sentidos, y vuelvo a decir que con fruto muchas veces. Yo tuve por este medio varios indios, y estaba ya próximo a tener la nación de los oyes, a los que había enviado neófitos tamanacos.

[91]

Capítulo XIV

De aquellas cosas que ayudan al buen éxito de los viajes de los misioneros a las selvas.

Si se quiere que las sagradas expediciones a las selvas sean fructuosas, es necesario primeramente llevar consigo los soldados. Esta especie de gente, no raramente de costumbres indisciplinadas y libres en poblado, a menudo resulta buena, e incluso edificante, en campaña. El misionero, pues, debe buscar aquellos que conviene para llevarlos consigo. Ya se sabe después que el trato debe ser humanísimo, no menos con ellos que con los compañeros indios. Una paternal alegría sin afectación ata increiblemente en semejantes viajes fatigosos los ánimos. Pero esto no basta. Hay que insinuar en ellos y proporcionarles de vez en cuando máximas cristianas con las que se llene la mente de ellos y cooperen con el misionero para bien de aquellos indios que se hallan después de largos y peligrosos viajes.

II) Debe pensar también el misionero en escoger algunos buenos y valerosos neófitos que le sirvan de ayuda a él, a los soldados y a los nuevos indios.

III) Los viajes a las selvas son largos. Encuéntrase, es verdad, comunmente comida y se alimentan ora de frutas salvajes, ora de tortugas, ora de otros animales. Pero cuántos son los lugares donde no se encuentra nada que comer. Es, pues, necesario llevar consigo cazabe y carne salada.

IV) Siendo no solo montañosos, sino sumamente abruptos y difíciles por los muchos peñascos y rocas los sitios [92] donde habitan los gentiles, no pueden llevarse allá sino raras veces los caballos. Por lo cual hay que repartir la carga entre los viajeros, la cual de ordinario no excede el peso de 25 libras para cada uno. Digo los víveres, cuyo volumen por otra parte disminuye diariamente. Así se llevan también los utensilios de cocina y los chinchorros, o sea, las redes para dormir.

V) Uno de los primeros pensamientos debe ser el altar para decir diariamente la santa misa, esto es, el portátil que los misioneros usan por concesión de Roma. No creo que haya ninguno

que conociendo bien la carga del ministerio que se le ha encomendado, pueda dejarla ni siquiera un día. No hay duda, dados los peligrosos lugares por los que se anda, de que no se vea próxima y siempre amenazadora la muerte. Puede temerse prudentemente que quien come felizmente, llegada la tarde, no cene. Las fieras que se encuentran son ferocísimas y muchas, son peligrosísimos y rápidos los ríos, dudosas, oscuras y densas las selvas, prontos los gentiles a disparar sus flechas.

VI) Este género de vida errante, a primera vista muy temible, con la ayuda del Señor para los viajeros, tiene increíbles dulzuras. Y aunque parezca que se ha de andar pensativo y con melancolía, es todo al contrario. Así me enseñó la experiencia. Contento cada uno con aquel alimento que se le pone delante, come como si fuera lo más delicado del mundo. Todos están alegres, y todos llenos de la alta empresa de llevar en breve a la reducción nuevos elegidos indios, trabajan con toda diligencia. Confieso de mi mismo ingenuamente que entre estas fatigas del Orinoco hallé un placer inexplicable.

[93] VII) Por lo demás este placer sería como yo creo duradero si no se tuviera continuamente ante los ojos el bien espiritual de aquellos pobrecitos, y si no se procurase hacer de las selvas una iglesia para orar en ella continuamente. No se dejan por ningún motivo aquellos ejercicios espirituales que sirven para fomentar la devoción de los caminantes. Se escoge para obtener el fin de estas apostólicas caravanas a algún santo por protector y cada día se le hacen particulares plegarias. Además de ésto, temprano, preparado desde la noche anterior el altar, se dice la santa misa, que todos escuchan sin falta. Una vez que se halla a los indios en busca de los que se va, para honesto entretenimiento de los bárbaros se añade la música de flautas. Fui acaso el primero en introducir esta costumbre no absurda.

VIII) El cuidado, no menos de llevar el altar, que de tenerlo con la debida decencia, y disponerlo y recogerlo a su tiempo, corresponde a dos sacristanes, entre los que se divide la fatiga. Por la tarde, antes de cenar, una vez reunidos todos, se dice el santo rosario. Y estas son las tolerables devociones diarias, a las cuales, según la costumbre de las reducciones, se añade en las fiestas el sermón. No es creíble de cuánto gozo espiritual son estas devotas excursiones por las selvas, en las cuales los soldados se

confiesan más a menudo que en las reducciones, y comulgan frecuentemente y dan todas las señales de la religión que se guarda en sus corazones. Hago de buena gana esta justicia a los soldados españoles, de los que recuerdo con ternura todavía su devoción al escucharme y la asiduidad en recibir los sacramentos y en decir diariamente el rosario.

[94] Hemos dejado más arriba casi solos a nuestros neófitos. Y sin embargo debemos tener con ellos sumo cuidado por muchas provechosas consideraciones. Ellos son los que no raras veces sirven a los misioneros de incitación y de luz para que sean útiles estas apostólicas caravanas, puesto que tienen un buen conocimiento de las tierras de los gentiles a las que se va y son los guías que conducen derechos. En esto, aunque ellos no hayan estado nunca, tienen una pericia increíble. Un árbol cortado, una huella, un prado quemado, etc., les sirve, no menos a ellos, que a los otros caminantes, para salir como con hilos de muchos intrincadísimos laberintos.

Capítulo XV

De otras particularidades de los viajes a las selvas.

Pero aquí una serie de varios nuevos pensamientos es necesario que surja en la mente de los lectores, oyendo cosas no imaginadas antes. Pongámonos pronto en camino para verlo todo en sus más curiosas minucias.

I) Caminos como los nuestros no los hay, sino mucho menos hermosos y limpios. Si quitamos aquellas sendas o senderos estrechísimos que conducen al agua, a los sembrados y semejantes lugares, en cuanto se puede andar, no hay otro. Y sin embargo, aun en estos se puede cometer un error. En las tierras extensas y en las selvas muchas veces se encuentran pequeños senderos de puercos y de dantas, que parecen pisados por el hombre. Tan bien parecen. Los indios, de cuya opinión se depende, enseguida quitan la duda con su práctica.

[95] II) En las lenguas indias existe ciertamente el nombre de puente.[1] Pero este vocablo no se da sino a una viga o a un rudo árbol que para pasar por encima se pone sobre las dos orillas de los ríos. Y si la gran anchura de estos no permite ponerlo, como muchas veces ocurre en los varios ríos de la provincia del Orinoco, los indios se ponen a levantar con los cuchillos las grandes cortezas que cubren el tronco de los árboles, y en ellas (todos ven con qué peligro) se pasa al otro lado.

III) Pero son ya las once de la mañana (según el reloj de ultramontes) y el sol es demasiado ardiente, acercándose la hora de hacer la comida. Los más umbrosos riachos en los que para refrigerio de los abrasados caminantes corre agua límpida, son las rancherías,[2] o sea las hosterías de estas inhóspitas comarcas, pero no se va a ellas sino para buscar a los gentiles o por alguna pura y exigente necesidad. Cada uno por sí, sin que ningún mozo se adelante, a la sombra del bosque cuelga la red para reposar en ella.

IV) Hecho esto en breve, aquellos a quienes está encomendado el cuidado, traen el agua para cocer la carne salada o alguna tortuga o pájaro que el caminante haya encontrado. Lo guisan todo tranquilamente, y con la misma tranquilidad, durando el reposo a la sombra unas dos horas, se come todo. Al fin del almuerzo, venida la sed con reponer las fuerzas, se bebe agua, y es cosa agradabilísima tanto para los soldados como para los indios si el misionero, dando un poquito a cada uno, reparte entre la tropa aguardiente [96] de caña u hoja de tabaco (Nota IV).

V) Veo bien que a mis lectores les quedan dudas que no tienen relación con la comida. Pero no pasará mucho tiempo sin que todas o casi todas sean disipadas. Aproximadamente una hora después del mediodía, se reanuda el viaje. Para aligerar el aburrimiento de andar, digamos las cosas que ocurren.

VI) ¿Cómo se hace el fuego? En el día de hoy, como hablamos de un país en el que los indios se han mezclado con los blancos, hay muchos modos de hacerlo. Pero no importándonos estos nada, diremos sólo de aquel que se usa entre los orinoquenses. Estos,

---

1 En tamanaco se dice *apuínde*. Pero llaman lo mismo al puente y a la escalera.

2 Para entender esta palabra véase el tomo I, lib. I, cap. XII.

cuando llegan al sitio donde se come, entre los muchos palos que yacen en desorden por el suelo, escogen la pieza más seca y más gruesa. Buscan luego un huso, y en el antedicho trozo, como si fueran a horadarlo, giran velozmente el huso, sin detenerse nunca sino cuando ven que hecha humo el madero de debajo. Ordinariamente, a pocas vueltas violentas y sin interrupción, la madera concibe la llama, a la que inmediatamente acercan pajitas preparadas bien secas, y en poco tiempo y con pequeña fatiga se hace un hermoso fuego (Nota V).

VII) ¿Cómo se duerme por la noche? No se espere hallar por el camino aldeas o cabañas para reposar. Junto a un río se come, como hemos dicho, y cerca de otro se cena y se duerme. Por lo común no hay peces, sino muy pequeños en tal agua. Pero si con los anzuelos se consigue pescar alguno, se tiene por un manjar delicadísimo.

[97] VIII) Si falta pescado, no son raras sin embargo las cacerías. Pero es preciso advertir que sólo a gran distancia de los indios que se busca se puede usar la escopeta; esto es, sólo donde no se oiga el ruido. Si lo oyeran, ¡qué espanto ocasionaría en ellos! Por lo cual antes de disparar es preciso informarse bien de a qué distancia están aún los salvajes. En los primeros días se tira sin cuidado. Pero luego, por el riesgo de ponerlos en desordenada fuga, dejando a un lado el fusil, en vez de él, si se encuentra algo por el camino, se hace uso sólo del arco.

IX) Cuando se oye a los guías que ya están cerca los gentiles, para que el humo que se levanta en el aire no les sirva de indicio de que van extraños en aquella dirección, es preciso también abstenerse de hacer fuego. De vez en cuando algún neófito de la comitiva sube a la cima de los árboles y desde allí observa por todas partes si se ve humo. Al verlo, avisa a los compañeros y hacia donde él dice se dirige la marcha. Van todos entonces con mucho silencio, y se rema bogando a la sorda. No se guisa nada, y para no irritar por medio del humo al avispero, hasta que se hayan encontrado los salvajes, se come sólo aquello que no necesita fuego, por ej., cazabe seco, fruta, etc. Pero en las grandes espesuras, si el fuego es pequeño y se apaga pronto, no es difícil hacer el chocolate.

X) Además del humo, hay otros indicios para conocer si en las cercanías hay indios; esto es, las huellas, las ramas cortadas,

o bien algún corte hecho con hierro en los árboles. Además de ésto, los indios miran si se encuentran cenizas, huesos comidos [98] de animales, y cualquier otra cosa, aunque sea pequeña. Y son tan seguros en sus observaciones, que enseguida dicen, por ej.: este palo hace dos meses que fue cortado; esta ceniza es fresca; estos huesos, estos corozos son de tantos días. En el raudal Aracúru del río Auvána los maipures mis compañeros disputaron largo rato entre sí sobre un palo clavado que hallaron. Intervine también yo en sus observaciones, y me dijeron: « Tanto y cuanto tiempo ha pasado desde que estuvieron aquí los indios que buscamos. Esta señal es de hace más de un año, y he aquí las señales ». Ellos las dijeron, pero ahora, contento con este esbozo, no sabría decirlas todas.

XI) En países deshabitados, como son estos de que hablamos, es extraordinariamente fácil perderse. Por lo cual todos los viajeros siguen la misma vereda, sin alejarse los unos de los otros. Los que van delante llevan machetes en la mano, y según la luz que les dan los guías, cortan troncos y ramas hacia aquella parte que les indican. Y siendo esta nueva picada tan clara, no se puede uno perder a la vuelta (Nota VI). Pero hay además selvas ralas, en las que por las muchas hojas caídas en tierra no quedan ni las huellas de los viajeros. Entonces se recogen ramas para reconocerlas al volver. Quedaría ahora hablar del encuentro con los indios, una vez que se los encuentra. Pero de esto después.

[99] Capítulo XVI

Viaje a la nación betoa y otras que están vecinas al Orinoco y al Río Negro.

Si para esclarecer la manera de buscar a los salvajes y las varias reflexiones hechas por mi sobre ella no se añaden ejemplos oportunos, veo bien que podría ser enojoso, y aun confuso, para muchos de mis lectores. He hecho una selección de los más señalados viajes realizados por varios misioneros en mi tiempo. Mas para indicar el orden cronológico, como me faltan ahora los papeles

en que los fijé por extenso, deberá el lector agradecerme el recuerdo de aquellos que me han parecido más memorables y de los que recuerdo mejor las circunstancias.

Sea el primero el viaje hecho a los betoyes por un célebre misionero español.[1] Estaba él, como yo, destinado a la vida sedentaria de las reducciones. Pero dado el conocimiento que tenía tan singular, tanto de la lengua sáliva como de las costumbres indias, fue juzgado por su superior de entonces a propósito para descubrir las naciones que habitan los ríos que desaguan en el Orinoco y en el río Negro por la parte de poniente. No era sino difícil empresa visitar naciones que, excepto los primeros conquistadores, que allá llegaron fugazmente en busca del famoso El Dorado en el siglo XVI, vieron después sólo raros españoles. Pero todo se superó. El misiomero que he citado emprendió el arduo viaje [100] y llevólo felizmente a fin. Y he aquí brevemente los particulares.

En enero de 1751 se puso en camino, acompañado de un número suficiente de soldados y de neófitos sálivas, a los que en aquel aquel tiempo instruía en la reducción de Macuco, cerca de las orillas del río Meta. Después de haber viajado al principio algunos días hacia poniente en el río susodicho, donde no se encuentran sino fieras, llegó finalmente a Apiai,[2] en cuyas cercanías están las ciudades de San Juan y San Martín, la Quebradita, y algunas reducciones que pertenecen a los Padres observantes de Santa Fe del Nuevo Reino.

Tenemos allí al misionero a diez jornadas de esta capital, y en países no ciertamente salvajes. Habiendo tomado, pues, un breve reposo de sus fatigas junto al P. Walch, misionero entonces en la Quebradita, y contentos de su recta actuación tanto los habitantes españoles como los Observantes, que se habían puesto antes celosos como si les hubieran afectado en su jurisdicción y le estorbaban el paso, continuó el viaje más allá sin ningún estorbo, con la dirección entre mediodía y poniente.

El primer río que tuvo que pasar en balsas se llama Ariari, y es río no menos violento que grande. Pasó después el Guape

---

1 El señor don Roque Lubián pasó a mejor vida en Gubbio a 8 de mayo de 1781.

2 Lugar en que había una posesión del Colegio de Santa Fe.

y el Güejar, encontrando por todas partes neófitos escapados de los Padres antes citados, a los cuales, para evitar toda sombra de intromisión en la mies ajena, se limitó a saludar. Llegó después al río Guayavero, el último quizá de la jurisdicción de los Observantes, el cual, dado su mayor cauce, fue también pasado [101] en balsas, como dicen los indios.

Mientras preparan estas en un país en el que no se hallan huellas de persona humana, he aquí que un indio güisaniva,[1] fingiendo amistad, o deseo de servir de guía a los viajeros, se une con ellos. El mentiroso dijo que conocía y era amigo de las naciones que iban a visitar. Y acogido de buena gana por los sálivas, junto con ellos se dispuso a trabajar en las balsas, esto es, a unir entre sí, atándolas horizontalmente con trepadoras, los largos palos de la palmera muriche, que son ligerísimos. Hácense también con otros palos, y esta especie de barquillas improvisadas son muy usadas por los bárbaros, pero muy peligrosas por su poca altura.

Encima de ellas (Dios sabe con qué peligro de perder el equilibrio y de caer al agua) pasó con sus compañeros el misionero. Los primeros que intentaron el paso, como prácticos en nadar en el caso de que se diesen la vuelta las balsas, fueron los sálivas. Pasó también entre los primeros el güisaniva, y apenas hubo ganado la orilla opuesta, cuando sin ser observado de todos, se metió en la próxima selva y desapareció. Y he aquí en claro la mentira. El fingido guía no era sino espía. Pero dejando por ahora al güisaniva, volvamos a los compañeros.

Se había acabado en este lugar la comida llevada a la espalda por los viajeros conforme a la costumbre. Se debía después, para quitar el hambre, acudir a las raíces o a las frutas salvajes. Pero apenas entrados en la selva que se extiende [102] inmensa a la derecha del Guayavero, se les pone delante, queriendolo así el Señor, un rebaño bien numeroso de puercos salvajes. Para no levantar sospechas en los gentiles tirando con escopeta, cazaron con flechas, y saciados bastante de la carne de ellos por aquella tarde, asaron el resto para llevárselo consigo.

Teniendo a la derecha una cadena de montañas, que se extiende inmensamente hacia el mediodía, inclinándose un poco hacia oriente, pasaron la primera gran selva. Habiendo entrado después

1 Así son llamados los guaíbos en la lengua de los amarizanas.

en una espaciosísima pradera, vieron delante de ellos un gran humo, levantado a propósito por el güisaniva para advertir a sus amigos indios de la llegada de los forasteros. Es fácil de suponer el miedo que tuvieron los pobres viajeros. Confiados sin embargo en las santas intenciones que les servían de sostén y de escolta, siguieron animosamente el viaje.

Vieron luego humaredas levantadas de vez en cuando todos los días. Y cansado finalmente el misionero de sufrir al impostor, juzgó oportuno separar de su comitiva a dos neófitos, que precediéndolos, llevaran su paz a los nuevos indios. En efecto, de allí a no mucho hallaron dos personas de aquellas naciones a las que iba dirigida la visita, las cuales, movidas por el humo, habían venido al encuentro para investigar la causa y estaban solas sin el conocido güisaniva, el cual, después de ver a los embajadores, temeroso de castigo, quizá se había escondido en la selva vecina.

Habiendo llegado con los indios encontrados a familiar y amigable conversación los dos antedichos neófitos, junto con el misionero llegaron sus compañeros, [103] que desconocían aún la buena acogida que les habían hecho los indios. Con igual amabilidad fueron también recibidos éstos. Y habiéndoles mostrado Macatúa (que era uno de los dos indios hallados, y era cacique de una aldea vecina) un camino más cómodo para ir hacia su poblado, siguieron con él muy amigablemente el camino.

Llegaron a poco a un sitio en que habiendo habido en otro tiempo sembrados, que luego abandonaron, había en abundancia con los restos frutos para pasar menos incómodamente la noche; esto es, plátanos, caña de azúcar, ñame y cosas por el estilo. Despidióse allí el cacique, y en señal de amistad hacia los forasteros, dejó con ellos a su compañero, con el cual hablando unos por señas, otros por medio de los intérpretes amarizanos llevados de la Quebradita, pasaron agradablemente la noche. En realidad quedaron todos contentos con el indio nuevo.

Pero al día siguiente, entrando en una pradera, temieron traición al ver a lo lejos a indios que a toda prisa entraban y salían de la selva que tenían ellos enfrente. Y quizá, se decían, ahora se preparan para la guerra. Es no menos traicionero que suspicaz y mentiroso el genio de los indios. Haciéndonos emboscadas, si son pocos, o a cara descubierta, si son muchos, pueden matarnos a todos. Pero héte a la paz en medio de las más fundadas sospechas.

Aquellas vueltas no estaban dirigidas a otra cosa que a embellecerse todos de las acostumbradas maneras con que reciben amigablemente a los extranjeros. En efecto, habiéndose separado con algunos de los principales señores Macatúa, vino tan contento al encuentro con una bonita guirnalda de plumas en la cabeza [104] y los labios y los dientes teñidos de negro, y otros singularísimos adornos. Y habiéndoles hecho los acostumbrados saludos, los condujo alegremente a la aldea.

Toda nación, aunque se asemeje en muchas costumbres a las demás, es singular en las recepciones. Pero no creo que se lea fácilmente de otras lo que voy a decir de los betoyes, que éste es su nombre. No será inoportuno, para instrucción de los menos informados, advertir que es conveniente en la sagrada conquista acomodarse cuanto se puede cristianamente a las costumbres civilizadas de las naciones a las que se lleva la santa fe. Y así como debe estar dispuesto el misionero a sufrir en semejantes encuentros, si así lo trae la suerte, el martirio, tampoco se debe desdeñar, para gloria del divino Redentor que anuncia, los honores que le son atribuídos. Acomódese a la antedicha reflexión nuestro misionero.

Llegado a la aldea de Macatúa, halló en filas delante de él, en buen orden, a toda la gente. Habiendo entrado en medio, lo tomaron en brazos dos viejos, y lo llevaron así, en volandas, a la casa que le habían destinado como alojamiento. Todo el pueblo lo acompañó con singularísima reverencia, y habiéndole dado allí para sentarse, al modo índico, una red, se adelantaron dos vistosos jóvenes para lavarle la cara.

Uno de ellos llevaba en la mano la jofaina, con agua fresca en ella: era una tutuma, es decir, media calabaza vaciada, la cual le puso bajo la barba. Se puso el otro a lavarlo despacito y con mucha reverencia el rostro, el cual (no sé si por falta de telas o porque así lo disponga la moda) le secó después con sus manos.

[105] No podían ya contener por más tiempo tanto el padre como los compañeros la risa ante tan extraña usanza. Pero para no poner suspicaces con la intempestiva risa a los bárbaros, hubieron de morderse los labios y estar serios. Y bien que lo necesitaron. Pues es tan ridículo lo que después hicieron en gracia al sacerdote forastero. Una vez lavado y habiéndole enjugado del modo dicho la cara, los dos jóvenes primeros aplicaron a la tutuma los labios y bebieron un sorbo de aquel agua sucia. Des-

pués se la llevaron a Macatúa y a la multitud apretujada, y se la bebieron toda hasta la última gota.

Terminada esta hospitalaria ceremonia, entraron las visitas de la tribu. Y bueno fue para el padre que todas son brevísimas, al no reducirse su formulario sino a las palabras: « ¿Has venido? », y luego se despiden inmediatamente, levantando en señal de reverencia la mano izquierda. Una vez hecho esto, trajeron comida, que el misionero, mostrándose agradecido a sus regalos, compensó dándoles espejos, agujas, pedrería, navajitas y semejantes bagatelas.

Estuvo allí con ellos algunos días, en los que los nuevos indios, de buena gana, y con gran asombro, oían lo que, aprovechando la ocasión, les explicaba el misionero por medio de los intérpretes amarizanos. Parecieron muy dispuestos al Evangelio, pero habrían querido hacer allí mismo su reducción, y no ir a otra parte, dejando sus pobres posesiones para hacerse cristianos. Quedáronse pues, hasta ocasión mejor en aquellos lugares en que los halló.

Esta nación, como me dijo el referido misionero, parece más que ninguna otra salvaje, apta [106] para la astronomía. Por la noche, habiendo salido con él de la cabaña en que estaba, le mostraron una por una las estrellas, llamándolas con sus nombres y describiendo sus varios giros. No se sabe sin embargo si esta nación tiene alguna afinidad de lengua con los betoyes de Casanare, de los que distan más de un mes de camino.[1]

Por lo demás son bastante dóciles, y dicen que vinieron a aquellas partes desde el mediodía (acaso del Marañón o de Quito), huyendo a sus enemigos. Sus posesiones, no obstante la pereza de los indios, son buenas. Hay allí yuca, plátanos de la gentil palmera que hemos descrito en otra parte[2] y otros frutos propios de los climas cálidos; pero todo plantado y sembrado de manera que, dispuestas graciosamente las filas, parecen sus sembrados un jardín. Contra la costumbre de otros indios, tienen un lindo juego, semejante al que los españoles llaman *bolas*, y para él tenían destinada una arregladísima plaza.

---

1 [Sobre este problema de los betoyes, todavía se distinguen los betoya del Airico, a que se refiere nuestro autor, de los tucano-betoya, situados muy al suroeste de los anteriores.]

2 Tomo I, lib. IV, cap. III.

Pero cuanto son laudables en ésto son censurables en su desnudez. Con una corteza de árbol de una sola pieza cubren escrupulosamente su cuerpo desde las axilas hasta la ingle, y con ataduras adecuadas la aprietan tan fuerte que no resaltando de ninguna manera el cuerpo, no parece que lo tengan sino lo más seco y escurrido. La parte inferior de este raro vestido está adornada con flecos de algodón, los cuales no impiden por lo demás ver, tanto en uno como en otro sexo, lo que, si no estuviera ofuscada su razón, habría de tenerse oculto. Los hombres no tenían ninguna vergüenza de su desnudez. Pero las mujeres, por [107] vergüenza de los forasteros, o estaban de lado o se cubrían con las manos.

El lugar donde habita esta nación, según el misionero sobredicho, está más allá de la línea equinoccial. Antes de llegar se encuentra el río Macaya, el cual desagua en el Apapu, que, dado su gran cauce, se cree sea el Río Negro.[1] Hasta el Macaya, las selvas, como ya dije, alternan con las praderas. Nuestro misionero subió a un montecillo próximo a la aldea de Macatúa, y mirando hacia el mediodía y oriente vio inmensas llanuras todas vestidas de árboles.

Después de algunos días de permanencia con estos indios, el misionero se despidió de ellos y dirigió sus pasos a la nación de los chavinavos, llamados de otro modo camanivos o caribes del Airico (así se llama aquella parte de tierra por él visitada). No hay que poner en duda que esta nación, que se dice ha venido también del Marañón, no sea de la misma lengua que los caribes del Orinoco, pues llaman como ellos *arepa* al cazabe o pan indio, y a los amigos *panari*. No hicieron al misionero la singular recepción que los betoyes, pero lo acogieron honrosamente, aunque con la gravedad propia de su nación. Lo que debe alabarse mucho no fueron las palabras, sino los hechos, porque veinte de ellos quisieron seguirle hasta la Quebradita, donde habiéndose alistado bajo Jesucristo, perseveraron en la fe.

La tercera nación que visitó en la vuelta se llama pamiva. Son dóciles los pamivas, numerosos y más dispuestos que muchas naciones americanas al Evangelio. [108] Tales los describía nuestro misionero; tales el P. Olmo, que algunos años después del predicho les hizo una visita. Estuvo con ellos un mes, y a su vuelta

---

1 Véase mi mapa del Orinoco puesto al frente del tomo I.

al Orinoco se oía hablar de esta nación con maravilla y placer de todos.

Murió este infatigable misionero en la reducción de los yaruros, y con mucho disgusto mío murieron con él las muchas rarísimas noticias que habría podido darme de sus viajes a los gentiles. ¿Qué no hizo él? Antes que la Real Expedición de Límites, que tanto ilustró después aquellas bárbaras partes, fue al Venituari por agua, en busca de los maipures. Visitó varias veces el Sinaruco, el Meta y otros ríos que desaguan en el Orinoco, buscando por todas partes a sus yaruros. Entabló amistad con los güipunaves y con su famoso cacique Cuseru; cuya amistad, cuando más tarde fue a aquellos lugares la Real Expedición antedicha, fue de gran utilidad para los intereses del Rey. Pero si calla los ilustres hechos de Olmo mi historia, él habrá merecido bien los honores en el cielo.

Había ya pasado el verano, en el cual, estando seca en aquellos lugares la tierra, se hacen los viajes en busca de gentiles. Por lo cual, por miedo a encontrarse crecidos los ríos pasados, nuestro misionero, después de más de dos meses de ausencia, apresurando con sus compañeros el paso, se restituyó felizmente al Macuco, reducción donde vivía.

[109] Capítulo XVII

Viaje al río Venituari por tierra, en busca de los piaroas.

Un muy especial amigo mío,[1] sujeto de valor, no menos que de amable trato, fue uno de los misioneros que he llamado volantes, esto es, de aquellos que no adscritos a misión alguna, andan por las selvas en busca de fugitivos, o bien de naciones nunca reducidas ni conocidas antes. No es mi intención hacer aquí la lista de todos los viajes de este misionero. Dejando, pues, los que hizo al fortín de Cuseri en el río Atabapo, a la nación de los maipures

1 El señor abate Forneri.

en el Tuapu, y los muchos y fatigosos que hizo también a los yaruros, esbozaré sólo aquel que hizo por tierra en busca de los piaroas, que habitan en las cercanías del Venituari.

Entre otras reducciones que hubo a la derecha del Orinoco tierra adentro, una cuyo nombre es Patura, distante de las orillas de aquel unas seis millas, perteneció a los piaroas, y los instruía en la cristiana religión el P. Francisco González, persona de bien y muy práctica en varias lenguas indias. Pero sus débiles fuerzas no eran proporcionadas a las fatigas que se sufren en los largos viajes. Por lo cual para suplemento de su reducción entonces pequeña fue destinado en 1753 Forneri, para que andando por las selvas llevara allá otros indios.

Habiéndose por tanto despedido del antedicho misionero, en compañía de algunos soldados e indios conocedores de las selvas por las que se había de hacer la excursión, aunque [110] con la fiebre a cuestas, emprendió hacer a pie, y por comarcas no conocidas, una treintena de millas al día. Y bien se comprende con qué pérdida de fuerzas. En realidad, ante el agotamiento del primer día, había resuelto, si seguía así el segundo, volver atrás. Pero habiéndole vuelto en esto las fuerzas (quizá por el copioso sudor que le sobrevino al andar), siguió intrépido adelante y le cesó del todo la fiebre. Pudo por lo tanto seguir, todo espíritu, el larguísimo viaje de quince días, hasta que encontró a los indios buscados.

Al tercer día estaba tan animoso que, siempre el primero entre los primeros, subió a un escarpadísimo monte. Después de subir a él, el resto del viaje fue por llanuras vestidas de selva. Hay sin duda casi por todas partes pequeños riachuelos y caños. Pero grande y espantoso por los muchos ocultos escollos es aquel a que llegaron al duodécimo día. Para pasarlo no usaron las balsas como se suele otras veces. Quizá no lo permitió la precipitada corriente. Se cortaron árboles y se tendieron de una a otra orilla, para pasar por encima.

Hasta allí ni pisada alguna, ni camino, se había visto nunca. Pero pasado con increíble esfuerzo el río, a la distancia de una milla, hallaron senderos batidos por pie humano. Uno de ellos, después de algunas millas de camino, les condujo a un sitio donde se halló una cabaña vacía. No lejos de allí había yuca, papas y otras cosas que sirven en el Orinoco de comida. Habiéndose satisfecho junto a sus compañeros con los alimentos hallados, y ha-

biendo pasado allí la noche, al día siguiente se volvió a poner en camino.

Dos días y medio más allá tuvo la suerte de hallar finalmente en las cercanías del río Venituari [111] a los Piaroas que buscaba. Y habiendo entrado con ellos, por medio de intérprete cristiano, en conversación, le escucharon benignamente, y después de darles los acostumbrados regalitos, a los que son los salvajes sumamente aficionados, al cabo de un mes de desastroso viaje los condujo felizmente y sin ningún impedimento a Patura. Hemos terminado el viaje casi corriendo, y sin aludir nada a varias circunstancias notables. Indiquémoslas brevemente.

I) En estas selvas, que después de uno o dos días de distancia del Orinoco son espesísimas y altas, no se encuentra sino por suerte muy singular una pradera. Son altísimos y muy hermosos los árboles. Los hay entre ellos de canela, esto es, de la descrita en el tomo primero.[1]

II) Son allí rarísimas las cacerías de pájaros, que los piaroas exterminan con flechas envenenadas. Dura todavía la raza de cierto pájaro del tamaño de un mirlo al que podemos llamar el solfeante. Pues se despierta temprano y recorre cantando toda la escala musical por grados, repitiendo para diversión de quien no lo oye do re mi fa sol la.

III) Los piaroas no parecen igualmente inclinados a hacer uso de la caza de animales. Aunque en aquellas selvas hay abundantemente puercos salvajes llamados paquiras, de tal manera que por el antedicho viajero se me asegura que se encuentran a veces hasta 500 juntos.

IV) Tampoco allí, aunque las grandes sabanas estén comunmente libres de semejante peste, faltan las hormigas bachacas de que ya he hablado.[2] Sucedióle a Forneri con estas un hecho [112] graciosísimo. Desde la hamaca en que dormía, una noche se le cayó sin darse cuenta al suelo su sotana. Cuando se hizo de día la halló toda agujereada, y con gran asombro vio una larga procesión de bachacas que cada una llevaba en la boca un trocito

1 Lib. IV, cap. IV.

2 Tomo I, lib. V, cap. V.

redondo de paño negro hacia su madriguera. Cada uno de estos trocitos, como él asegura, igualaba el tamaño de un *quattrino* romano, y se los llevaban listamente bajo tierra. Yo no dudo de que el sudor que se adhirió según él andaba les diera gana del nuevo alimento; si no queremos decir también que las bachacas se alimentan de telas como las nucas, de que hemos hablado en otro lugar.[1]

V) Uno de los seres vivos más raros en estas selvas son las arañas comestibles. Ya hemos hablado de ellas en su lugar.[2] Pero conviene decir aquí otras particularidades. El misionero antedicho nos cuenta en primer lugar la calidad de su pelo, y dice que es muy semejante al de los topos. Dice después que habitan en madrigueras cavadas en tierra con sus garras, y que la boca de ellas es de la altura de un palmo y de forma semicircular. Lo que denota bastante el tamaño de este animal. Hostigada con un palo por los piaroas, a los que les gusta mucho, salta inmediatamente fuera de la entrada. Y he aquí el momento en que estos indios en cuanto sale se le echan encima y le clavan en la espalda un cuchillo para sujetarla. Después le cortan la cabeza y la tiran. Pero el resto del cuerpo lo envuelven en hojas verdes y tostado al fuego se lo comen con buen apetito.

[113] VI) De la misma manera, aunque haya tanta caza, no desdeñan comer asadas entre hojas incluso las lombrices que se hallan en lugares pantanosos.

VII) En el gran viaje de un mes nunca fue visto un tigre, ni había ninguna pisada de este ferocísimo animal, que tanto infesta las cercanías del Orinoco.

VIII) Estando sombreado por espesas selvas el terreno, las aguas de aquellos lugares, al contrario de las del Orinoco, son frescas y de óptima calidad. El río Yumena, que se encuentra al segundo día de pasar el monte ya dicho, es de esa naturaleza, y todos los arroyos que corren por aquellas umbrosas comarcas.

IX) La sabanas, salvo una pequeña parte destinada al cultivo, están casi intactas hasta ahora, y por la variedad de árboles, unos

---

1 Tomo I, lib. V, cap. XI.

2 *Ibid.*, lib. V, cap. XII.

de tronco liso, otros de áspero y cubierto todo de espinas, otros odoríferos por sus resinas, otros hediondos, las sabanas, he dicho, son rarísimas, y dignas de las más curiosas observaciones de los naturalistas.

X) Hay luciérnagas del tamaño de un dedo pulgar, tan brillantes, que puestas algunas en una botella, se puede leer a su luz.

XI) He hablado varias veces en esta mi historia de los piaroas que habitan estas selvas. Digamos ahora algunas de sus costumbres. Para descubrir si en sus cabañas o en los sembrados ha estado alguno durante su ausencia, antes de partir atan con espinas las ramas de los arbustos al lado de los cuales se pasa, y si las encuentran desunidas, se dan cuenta enseguida de los extraños. Es propio sólo de los piaroas y bastante singular este uso.

[114] XII) A otras naciones les basta ver las huellas, aunque estén disimuladas. Tienen un conocimiento tan seguro de ellas, que muchas veces quedé maravillado. Esta, dicen ellos, es pisada de varón, esta de hembra, esta la de fulano, aquella la de mengana, etc., y saben tan bien los rasgos de la huella de cada uno de sus compatriotas, que pueden decir sin ningún peligro de error: « Esa es la de un forastero ».

XIII) Si de las huellas impresas en la tierra o de las hierbas pisadas al andar (las cuales conocen también maravillosamente) queremos pasar a las rocas, donde, según nos parece a nosotros, no queda ninguna señal del caminante, digo que los indios son admirables para descubrir señales que escapan a nuestra vista, y siguen la pista incluso entre peñascos. Los güipunaves y los tamanacos, como si fueran podencos, se jactan de hallar a los fugitivos también por el olor. Yo, que por los hechos y por lo que he visto y oído, tengo larguísima experiencia, no necesito hacerme ninguna violencia para prestar crédito a su jactancia.

XIV) Volvamos a los piaroas. Siendo excelentes cazadores, crían para este fin perros. Mas para que no espanten a las fieras, los ciegan antes, y les basta con que sientan el olor y les den la señal con sus ladridos. A la cual señal los cazadores retienen atrás a sus perros y se adelantan para matarlas.

XV) Aunque, como he dicho en otro sitio, las regiones del Orinoco sean sumamente cálidas, esta de los piaroas es soportable y templada. Forneri, como me dijo, sentía allí frío de noche, y acos-

tumbrándose al modo de los indios, se veía obligado a hacer fuego debajo de su hamaca [115] para calentarse. Puede este frío depender de las selvas siempre sombrías, o bien de las lluvias, o de la humedad, o más bien de un terreno con nitro.

Capítulo XVIII

Viaje a los parecas.

El viaje del misionero que acabo de nombrar fue feliz por muchas razones. Pero no igualmente próspero fue el que para acrecer mi reducción emprendió a los parecas el año de 1751. Los intérpretes que él tomó fueron tamanacos, y fueron los más seguros. Pero ¿qué importa ésto? Los parecas eran una fruta aún verde. Nada sirvió para ablandarlos, nada para quitarlos el veneno, ni los regalos ni los ruegos.

Vieron que se habían metido en sus tierras (que están a unas tres jornadas de la reducción llamada Uruana hacia el mediodía) el misionero y los soldados y los neófitos tamanacos, y llenos de rabia volvieron enseguida las armas contra ellos. Muerto el tamanaco Carapaíti, y herido gravemente el cacique Monaíti, se escondieron todos entre los árboles. No le era difícil al misionero hallarlos si se hubiera entretenido por más tiempo. Pero parte por el temor de dar incautamente en los *paturos*, de los que estaban llenos los caminos, parte la prudente reflexión de no exponer a los compañeros a la muerte y de no irritar imprudentemente a los parecas, hicieron que volviera atrás. Son los *paturos* ciertas estacas durísimas y agudísimas de madera de la palma aracu, cuya punta se unta con el veneno llamado curare. Estos palos se ponen en hoyitos excavados [116] a propósito en los senderos por los que se pasa, y después se recubren con hojas secas para quitar la sospecha a los extraños. En tamanaco se llaman *patucu*, y son del tamaño del dedo meñique y de la longitud de unos dos palmos. Quien cae en estas trampas con los pies descalzos, es atravesado por las estacas con increíble dolor.

Evitado, pues el peligro, y dado prudentemente lugar a despreciar a aquellos salvajes, se volvió a mi reducción, de donde había

partido, trayendo consigo una vieja con dos niñas, halladas casualmente en el camino. Descubrí enseguida en ellas una elevación de mente, un genio señorial y desenvuelto, como nunca observé en ninguna otra nación orinoquesa. Y Dios sabe qué deseo prendió en mi de reducirlos a todos al Señor, si podía lograrlo. Esperé el feliz momento, reservado al poder del Omnipotente, durante nueve años enteros. Y desesperando ya del buen efecto, tenía dispuesto casi del todo el pensamiento. Cuando he aquí que no menos imprevistamente se me dio la afortunada ocasión de ganar para Dios a estos feroces indios.

El año 1760 me enviaron (cosa entre bárbaros rara) a cuatro de sus principales, que haciendo las veces de embajadores, representaron que habían venido a mí para hacer al uso de otras naciones reducidas una aldea en el interior bajo la dirección de los padres.

No se espere que llegaran con magnífico aparato estos embajadores orinoquenses. Eran cuatro indios desnudos como todos los gentiles, y cubiertos sólo a medio cuerpo con largos ceñidores de algodón. La parte superior de la persona, no menos [117] que las nalgas y las piernas, estaban todas pintadas de anoto. No digo nada de la insólita maravilla que les produjo ver mi casa y su mobiliario, no estimable para otros ojos, la disposición y orden de las chozas de los maipures y tamanacos ya reducidos por mí, y sobre todo, la iglesia, de cuyas imágenes quedaron sumamente maravillados.

A la vista de cosas nunca imaginadas antes estaban tan asombrados, que habiendo venido después conmigo a hablar en mi salita, no entendían, o al menos no mostraban no entender lo que les decía en la lengua de los tamanacos. Sépase oportunamente que entre este lenguaje y el de los parecas hay exactamente la diferencia que entre el romano y el napolitano, es decir, que se entiende mutuamente el uno al otro. Me repitieron muchas veces (no sé si por el temor natural en los indios o porque las cosas que habían visto les habían dejado fuera de sus sentidos), me repitieron, digo, *anitacrá ure*, esto es, las palabras mismas[1] con que se dice también en tamanaco « no entiendo ».

Tuve paciencia un poco de tiempo. Pero después me volví a uno de ellos y le dije: « Eres un mentiroso cuando dices que no me

---

1 Los tamanacos pronuncian *anitaprá ure*.

entiendes. ¿No ves que nosotros dos somos de la misma lengua ». A estas palabras, que como he dicho en otro lugar no son nada vergonzosas para ningún indio, y con aquella facilidad misma con que se suele decir a los otros a cada dos palabras, con la misma la oye si se la repiten, a estas palabras, repito, todos quedaron contentos. Y honrados con un título igual al suyo, todos amabilidad se pusieron a exponerme los deseos de su nación, diciendo que habían venido a pedirme un [118] misionero. « ¿Me quereis a mi? — les dije. — Nosotros, dada la afinidad del lenguaje, somos casi parientes ».

Aceptaron de buen grado mi ofrecimiento, y habiendo pasado alegremente dos días en mi reducción, y tratados por mi como por mis neófitos espléndidamente para la costumbre de aquellos lugares, al tercer día nos pusimos en viaje para su tierra. Las buenas maneras de mis embajadores no me dieron lugar, contento con su apariencia, de sospechar de su palabra. Y así no tomé en mi compañía más que dos soldados, más por honorificencia ante las rudas naciones, que para defensa; a los cuales se unieron unos pocos y desarmados neófitos tamanacos.

Después de dos días de viaje por el Orinoco, llegamos a la reducción de Uruana; donde habiendo estado buena parte del tercero, antes de la noche fuimos a dormir a diez millas de distancia, en los sembrados de un ature cristiano llamado Joaquín. El día cuarto (habiendo viajado siempre como el día precedente por sabanas, y yo, porque era oportuno y el camino bueno, a caballo) dormimos junto a un caño por el que corría agua.

Conviene ahora recordar lo que aquí me acaeció con el piache Carucurima, uno de los embajadores. Hacia las 20, cuando llegamos, cansados mis compañeros más que yo, se me presentó y me dijo: « Esta noche te quedarás a dormir en este lugar con mis compañeros, los cuales dejo aquí contigo para que te sirvan de guía. Nuestra nación — añadió — está aún lejos. He aquí — repuso, levantando el dedo para señalármela — donde está ». (Y el mentiroso alzólo de manera que para llegar se creería [119] que faltaban aún dos días). « Yo te precedo — concluyó diciendo — para que los muchachos y las mujeres, mis compatriotas, no tengan miedo de ver gente vestida ». Y no teniendo ninguna sospecha de él, di fe a sus palabras y me quedé muy tranquilo.

Habiéndose guisado mientras la cena por los muchachos que tenía conmigo, y después que me puse a comer a las orillas del

caño, hice llamar a los compañeros de Carucurima para darles su parte. Pero enseguida oi decir que ya no estaban. Noticia tan desconsoladora, añadida al continuo triste croar de los sapos en aquella inhóspita sabana, me hizo pasar la noche entre mil inciertos pensamientos, y por temor a una nueva sorpresa nocturna, dije a los soldados que estuvieran en guardia y vigilaran los movimientos de los indios. Se hizo de día sin otra novedad, y resolví seguir a toda costa a los fugitivos.

Pasamos la sabana que estaba enfrente, pasamos algunos pequeños caños, y después de tres horas más o menos de camino, terminada la pradera, teníamos ante nosotros una gran selva. Pensaba yo atar en cualquier parte al caballo y seguir a pie a través del bosque. Pero una vez llegados a él, hallamos un camino suficientemente cómodo para seguir a caballo. Ibamos contentos por él. Pero apenas habíamos entrado una milla, cuando he aquí a los parecas, que habiendo cambiado todo pensamiento de paz, venían todos, armados y pintados al modo guerrero, hacia nosotros.

En una nación salvaje, como era entonces la de los parecas, no es fácil ver armas tan variadas como vi lleno de sorpresa entre ellos. Estaban ya todos armados de flechas y de macanas al uso de los salvajes; pero además de estas armas, llevaban muchos de ellos sables y lanzas que habían recibido antiguamente [120] de regalo de sus aliados los caribes. La escena no podía ser más horrible. Vi cuan cerca estábamos de ser víctimas de su furor, y que no había esperanza alguna de podernos defender ni aun con la fuga.

Por lo cual (lo que era lo único que nos quedaba para escapar) prescindí de toda retirada. Y fingiendo que no me daba cuenta del amenazador peligro, piqué espuelas al caballo, y me dirigí muy alegre hacia ellos. Eché pie a tierra y les saludé amistosamente. Y luego, dirigiendo la palabra a los caciques, que eran los más visibles entre los armados, dije: « ¡Cuánto me alegro de haberos hallado al cabo! Hace muchos años que deseaba ardientemente conoceros. Ahora que tengo la suerte de encontraros, estoy muy contento ».

Quedaron todos atónitos a mis voces al pronto. Y luego, deponiendo casi de improviso el furor, dijeron: « Este no es un extranjero, sino un indio como nosotros. Oid — decían entre sí — cómo habla el tamanaco ». En esta lengua, que como dije antes, es semejante a la pareca, les hice mi arenga; y les era muy agradable el acento distinto, lo mismo que cuando entendiéndonos mutua-

mente oímos nosotros los italianos los diversos y no acostumbrados dialectos de nuestra lengua.

Habiéndose, pues, quedado por un breve momento con las armas en la mano, las depusieron llenos de confianza, y con ejemplo rarísimo entre salvaje me besaron todos, uno tras otro, la mano. Siguieron al final, asustadas, y detrás de sus maridos armados, las mujeres con los niños, y no contentas sólo de hacerme el mismo homenaje, acercaron también para el mismo fin a sus niños de pecho. Dios sabe de cuanta alegría fue para mi esta mudanza en sus corazones.

[121] Las inesperadas finezas me dieron lugar a decirles que me hicieran una choza para alojarme, e inmediatamente fue hecha con hojas de palma. Una vez terminada, y habiendo atado dentro, para escabel y cama, la hamaca, me puse a hablar ora con los caciques, ora con los particulares de la nación para investigar por mi mismo sus corazones. Ordené de la misma manera a los tamanacos que esparciéndose amistosamente entre los de la tribu cazasen entre ellos, advirtiéndomelo oportunamente, cualquier noticia, por pequeña que fuera.

El resultado de este necesario manejo fue lo que he indicado en otro lugar,[1] esto es, que el piache Carucurima, uno de los embajadores, los había alborotado a todos, esparciendo ridiculísimas mentiras. Estaban por eso resueltos, sin haber dormido con las perpetuas consultas en la noche precedente, a rechazarnos con las armas. Y conocí abiertamente entonces qué fuerza hay, después de Dios, en manejar por sí mismo, y sin los estorbos de rudos intérpretes, las lenguas de los indios. Así, andando todo felizmente, obtuve la suspirada victoria.

Considerándome todos como uno de su nación, estaban contínuamente a mi alrededor, haciéndome curiosas preguntas. Les producía suma maravilla mi distinto color, y como no veían más que mi rostro y las manos, se mostraron deseosos de ver los brazos, y cuando para contentarlos descubrí mis muñecas, hicieron increíbles gestos de admiración.

Más les gustaron quizá, dado su genio interesado, los regalos que les llevé. Lo tuvieron todo, pero no satisfecha con las cosas que había llevado la mujer del cacique Yare, me pidió también

1 Tomo II, lib. II, cap. XIX.

el rosario que [122] yo tenía colgado de mi cinturón, que como era de frutilla le pareció hermoso y brillante. « No — le dije resueltamente —, esto me sirve para rogar al Dios del cielo ». Quedó atónita a estas palabras, y no insistió más en la petición. Mas le pasó por el rostro un relámpago de vivo ingenio no común entre salvajes. Y no fue infundado mi pensamiento. Pues haciéndoles yo después a los parecas reunidos la explicación de la doctrina, al mostrarles las sacras imágenes me hicieron tales preguntas que me produjeron sorpresa, y noté también en ellos mucha agilidad de mente.

Hízose entretanto de noche, y no pareciéndome verdad que hubieran cambiado tan repentinamente aquellos corazones, y temiendo que todas fueran engañosas muestras para matarnos mientras dormíamos, yo no me resolvía al reposo, aunque tuviera gran necesidad. Los parecas se habían ya retirado al otro lado de un caño junto al cual estaba mi choza.

Por lo cual, no menos para entretenimiento del tiempo que para útil ocupación, se me ocurrió hacerles preguntas si habría algún enfermo. Me fue respondido que había uno en mucho peligro. Lo hice traer ante mi y acariciándolo amorosamente comencé a explicarle poco a poco los misterios cristianos, y como indiqué en otra parte, lo vi tan bien dispuesto a comprenderlos, que no dudé en conferirle aquella mismo noche el bautismo. Y fue bueno para él que el Señor le concedió un momento tan favorable, porque muerto a poco cristiano en un pueblo aún gentil, tuve las más fundadas esperanzas para creerlo elegido.

Finalmente, como me faltaba toda ocupación, tuve que dormir, y de allí a pocas horas, habiéndome vuelto la acostumbrada alegría con el día, hice preparar el altar [123] para decir misa. El extraño y grato sonido de las flautas atrajo además de a los cristianos a los parecas, y todos y todas juntos en tropel miraron con asombro la ceremonia. Ya antes junto al altar habían puesto un tosco banco de rudos palos. En él me senté después de la misa y les hice señal de que se sentaran (ya se sabe que en el suelo) para escuchar el sermón. Y poniéndome a hablar del modo que se puede con gente aún salvaje, les dije:

« He venido a vosotros por orden del Creador. No conoceis acaso a este Ser — añadí — que hizo el cielo, la tierra, los árboles, el agua, los montes, los animales y todas las cosas. Os hizo a vosotros, me hizo a mi, hizo a éstos mis compañeros ». Y habiéndoles

explicado después que había bajado del cielo el Hijo de Dios, y que nos había traído la ley que todos debían abrazar para su salvación, continué diciendo: « No adhiriéndose a ella, ¿qué penas se sufrirán en el infierno? Allá van los malos, allá los rebeldes salvajes y los incrédulos ». Diciendo así, sin detenerme saqué mi cajita. Y he aquí que los parecas, que hasta entonces habían estado atentísimos, se levantaron todos en un momento. Yo, que tenía la mente no menos llena de la materia tratada que de su primera recepción, creí que al oir que los amenazaba con el infierno les había molestado el sermón, y que querían coger las flechas.

Pero he aquí una escena curiosísima. Se acercaron todos a pedirme ansiosamente tabaco. No estaban enojados estos pobres salvajes. Lo tomaron, y se pusieron de nuevo a oírme. Concluyamos. Los parecas estaban verdaderamente cambiados [124] y decían verdad, persuadidos del todo desde la primera conversación.

En efecto, me dieron muestras tan evidentes de su cordialidad, y pruebas tan concluyentes de su fe, que además del adulto arriba indicado, no dudé un momento de conferir el bautismo a más de 70 niños, pidiéndomelo con instancias sus padres. Erigida después, en señal de posesión cristiana, en el mismo lugar (que se llama Uacharacá-ima) una gran cruz, que después de mi veneraron todos los nobles, y habiéndoles prometido enviar un misionero, después de una estadía de tres días volví a mi reducción.

Vino entretanto de Santa Fe un misionero,[1] y habiéndole destinado aquella dispuestísima nación, se dio a cultivarla con increíble disposición. Pero el sitio de Uacharacá-ima, aunque escogido por los mismos parecas que conocían su tierra, les resultó funesto. Y para no verlos perecer a todos, tomé el consejo que me fue dado de traerlos conmigo a mi reducción, donde al fin los dejé, ya todos bautizados, decentemente vestidos, y tales en suma, que en pocos años de vida cristiana y civilizada no eran en nada inferiores a los otros, que habían envejecido y aun nacido, en las reducciones.

1 El señor don Carlos Benavent.

[125] Capítulo XIX

De la guerra que a los cristianos reducidos hacen los gentiles.

Hénos vueltos a las reducciones, sobre las cuales me quedan dos cosas por decir, o sea, si en primer lugar se está en ellas sin aquellos numerosos trabajos a que están expuestas las selvas. Segundo, quiénes son aquellos a los que corresponde gobernarlas. Dejando para otro capítulo el gobierno, no puedo negar primero que entre las reducciones y las selvas hay aquella diferencia que hay entre los cuarteles y el campo de batalla.

Las reducciones son de ordinario tranquilas, están fortificadas contra los enemigos y defendidas por un número suficiente de soldados. Las selvas por el contrario carecen de defensa, expuestas a los ataques de animales salvajes, y espantosísimas por sí mismas. Pero la seguridad misma de las reducciones, el aparato militar de soldados y de fortificaciones y armas, anuncian también el peligro que hay; no como para compararlo a los de los misioneros volantes, pero son peligros, y aun grandes.

Y para no repetir inutilmente que los indios reducidos, hasta que estén perfectamente desbastados, y casi de dicho domesticados, poco o nada se distinguen de los salvajes. ¿Quién hay que no sepa que son por lo común inconstantísimos todos? Aquel que ahora os sirve, que está humilde a vuestro lado, que parece hasta risueño y alegre, no es caso raro que mañana se vaya y os trate no ya como padre, sino como a enemigo. Estas verdades las toca [126] con su mano todo misionero que esté allá por algún tiempo.

Pero admitamos que son buenos, buenísimos, todos los que están alrededor del misionero, y que sin sospecha de sedición interna (lo que sería ya un milagro) pueda dormir descuidado. ¿Quién le asegura de que al alba no se vea rodeada la reducción de enemigos exteriores? Confieso la verdad. Gracias a las sabias provisiones de los Reyes católicos, tales casos no son muchos. Pero los hay con todo. Yo en mi reducción no tuve en verdad que ver ninguno sucedido.[1] Pero después de Dios debo las gracias a los soldados, que custodiaron mi vida.

---

1 Las amenazas que me hicieron los caribes, de las que hablé en el tomo I, lib. III, cap. I, terminaron sin ningún asalto a la reducción en que estuve. Los parecas, antes de reducirse, fueron varias veces temidos. Pero nada más. Así, también los quaquas, que hirieron al P. Olmo, y así los demás salvajes.

No es que algunas veces, a pesar de toda la vigilancia de los soldados y de sus oficiales, no ocurran sucesos de sumo peligro. He aquí dos, que lo prueban evidentemente. Durante varios meses y en mil diversísimas formas los caribes, enemigos perpetuos de las reducciones, se habían esforzado en exterminarlas en este siglo aún, como hicieron en el XVII pasado de nuestra Redención. Pero siempre en vano. Sin embargo, no depusieron su orgullo, y ayudados incluso por los europeos, con malos consejos y con armas de fuego, en 1740, esto es, ocho años antes de mi llegada, rodearon con fiero asedio la reducción de Pararuma, entonces muy floreciente y poblada. El atroz hecho nos obliga a repetir todas las particularidades que hemos oído varias veces a los soldados que se [127] hallaron allí y al que era entonces su misionero.[1]

Muchas veces los holandeses, como hemos dicho en otra parte, iban en busca de *poites*, esto es, de esclavos indios a las tierras de los caribes, y especialmente a la del Puruai. En una de ellas les dijeron los caribes que en Pararuma, reducción de los jesuitas, había infinita multitud, que podrían apoderarse y volver alegres a su colonia. No se lo contaron a sordos, sino a avidísimos cazadores de tales gentes. Por lo que uniéndose otros con ellos, de los que en aquellos días estaban allí en el Puruai comerciando con los caribes, determinaron ir allá cuanto antes, y así lo hicieron.

Es fama que entre piraguas y canoas los barcos enemigos eran hasta ciento. Recorrieron el Orinoco no sólo seguros, sino sin ser descubiertos por nadie, hasta que una noche, sin que se supiera nada, llegaron al puerto de Pararuma, donde estuvieron quietos toda la noche y tempranito avanzaron hacia la población. Las primeras en experimentar su furor fueron algunas mujeres que habían ido al río a por agua antes de amanecer, conforme a su costumbre, las cuales se vieron presas, por éstos ladrones antes de que sospecharan su llegada.

Fueron atadas enseguida y entregadas a los que se quedaron para guardar los barcos. Los otros asesinos, sin que nadie llevara la nueva, se aproximaron a la aldea. Y habiéndose esparcido todos alrededor, comenzaron a disparar con los fusiles sobre las cabañas, creyendo asustar o matar a los indios. Pero estos (que eran los [128] sálivas), al primer alboroto de batalla se refugieron todos en la iglesia como tímidas ovejas en redil seguro.

---

1 P. Manuel Román.

Era, pues, con sólo los soldados la pelea. Había afortunadamente diez, y dieron muestra de bravura tan rara, que a pocos disparos de fusil y de los bien apuntados cañoncitos, desbarataron a los enemigos casi triunfantes. Adelantóse entonces, sorprendido con el inesperado suceso un francés, pidiendo paz y conversación con el misionero, el cual hasta aquel tiempo se había entretenido secretamente orando en su cuarto.

Vino inmediatamente, y lleno de apostólico espíritu. « ¿Y cómo — les dijo — haceis vosotros esta vida? ¿No sois vos acaso católico? ». « Lo soy — repuso el bribón — mas para salvarme me basta con un acto de contrición a la hora de mi muerte ». Si lo tuvo él lo sabrá, pues yo ahora lo creo muerto. Pero no es dudoso que hallara en el sobredicho misionero una acogida que ciertamente no merecía, habiendo sido dejado libre de los justamente furiosos soldados, y proveído además, aunque fuera bien indigno, de abundantes víveres para volver.

Aquí terminaron por lo demás las invasiones de los caribes, al menos las manifiestas; no habiendo después afrontado hostilmente a los neófitos sino en emboscadas y maneras insidiosas. Pero cesados o disminuídos los peligros del bajo Orinoco, comenzaron pronto más terribles que los pasados los asaltos de los indios de sus más remotas fuentes. Siempre se temió de aquella incógnita región, pero el año 1744, en el que se descubrió la comunicación del Orinoco con el Marañón, creció mucho el temor [129] de que en aquellas partes vivieran indios feroces, que, sabiendo de las cercanas reducciones, procurasen ávidamente destruírlas.

Y no fue imprudente el temor. Es verdad que los cáveres, también habitantes de aquellos lugares, después de su reducción a la fe, fueron comunmente leales y obedientes a los misioneros, y nunca abusaron de su valor contra los neófitos. Pero no fueron tales, al menos en los principios, los parenes y los güipunaves. Vencieron luego a todos en ferocidad los marepizanos y los amuizanos, uniéndose a los güipunaves.

Y así pues, en el año 1750, bajo la dirección de Imu y de Cayamu, bravísimos generales, atacaron la reducción de San Juan Nepomuceno,[1] entonces recién fundada, hasta 200 armados, es decir, para aquellos lugares, donde la población es tan escasa, un

1 Llámase ahora Raudal de Atures.

ejército formidable. Era entonces oscura la noche, cuando a poca distancia se oyeron sonidos de finas flautas, anunciadores de próxima lucha. Y Dios os diga cuánto daño causaron enseguida a los maipures. En cuanto oyeron el ruido, saltaron todos fuera de las cabañas, y recogiéndose todos en la iglesia esperaban allí su suerte, mísera si perecían los soldados sus defensores, afortunada si por el contrario vencían.

Pero antes de entrar más en el relato, estará bien decir en qué estado de fuerzas se hallaba entonces la reducción. Los soldados no eran menos de veinte, todos valientes, y de los mejores que hubiera en aquel tiempo en el Orinoco. Sus cuarteles, o digamos fortificaciones, eran dos, una junto a la iglesia, la otra al lado de la casa del misionero, [130] ambas reforzadas con ejes de fortísimas palmas, bien amuralladas, y muy bien dispuestas para pelear desde arriba, a guisa de torres. Estaba en cada una su cabo con diez soldados, pero el uno subordinado al otro, esto es, al que estaba más cerca de la casa del misionero.

Y he aquí el mal en lo mismo que se creía el remedio. El primer cabo, a la vista de tan tremendos enemigos (sea por miedo, sea por celo de tener él solo el honor de mandar), hizo llamar junto a si a los soldados de los dos fortines, para combatir, como él dijo, juntos. Y ya estaban todos alerta en espera del enemigo. Cuando he aquí que vinieron en buen orden los güipunaves con sus aliados, y tras ellos sus mujeres. Tan seguros se creyeron de la victoria.

Una vez que llegaron, cada uno tomó su puesto. Las mujeres se dedicaron a espiar las cabañas, y al verlas vacías, entraron dentro y apoderándose de los enseres de los maipures, comenzaron a hacer pan para alimentarse. A los hombres por el contrario, aunque estuvieran también deseosos de botin, parecióles inoportuno todo retraso en atacar a los españoles, que eran los únicos en combatir. Y así, resguardándose algunos en las chozas con paredes, otros en muros que pusieron por el medio escondiéndose detrás, con increíble valor hicieron la primera descarga de sus fusiles.

Pero dándose de repente cuenta del fortín, no sólo desguarnecido de combatientes, sino muy adecuado a sus designios, subieron a él intrépidamente. Y disparando desde allí sus fusiles contra el de los españoles, pusieron en ellos tanta consternación, que ya casi se tenían por perdidos. Creció más la pena al ver a los enemigos tirar al [131] tejado de la iglesia, cubierto según costumbre de ramas secas de palmera, flechas con mecha encendida

para prenderlo. Pero aunque disparaban muchas, ninguna fue bastante para lograr el sacrílego intento.

Fue considerado especial favor del santo al que estaba dedicada, esto es, San Juan Nepomuceno. Y tal espíritu infundió en uno de los soldados que entendía mejor de artillería, la cual era inútil contra los enemigos que se defendían desde el fortín, tal espíritu, digo, infundió en uno de los soldados, que tomando en la mano una pequeña pieza (se llama pedrero) se dirigió a la iglesia para atacar desde allí a los enemigos. Hizo un agujero en el muro con dirección a ellos, y apoyando allí el cañoncito, disparólo con tal puntería que los enemigos quedaron espantados no menos del caso impensado que del daño que hizo en ellos.

Pero el último golpe se lo dio a su jactancia otro soldado, que tras el disparo antedicho, empuñando enseguida el sable, dirigíase valeroso hacia el fortín enemigo. Entonces sí que no esperaron más los güipunaves, sino que descendiendo presurosos de lo alto, se pusieron todos a huir, precedidos de sus mujeres. Pero su huída no fue escapar cobardemente a las armas españolas, fue una retirada militar, admirada incluso por los mismos soldados veteranos, que los siguieron un buen trecho, mantenidos detrás por el frecuente disparar de los fusiles. Tocóse al fin a retirada por nuestros soldados, de los cuales en tan pertinaz combate no cayó ni uno, mas quedaron sin embargo muertos varios indios.

[132]

Capítulo XX

Del gobierno de las reducciones.

Queda ya dicho lo militar, lo cual corresponde todo a sus oficiales respectivos.[1] Pero el buen orden, o la costumbre, imponía en mi tiempo que sobre el número de los soldados que debía haber en las reducciones se escuchara el parecer del superior de los misioneros. Y por lo común eran muchos en las fronteras de enemigos, pocos en los lugares donde no se temían sus ataques.

---

1 Véase el tomo II, nota XIV.

El gobierno de los indios, esto es la economía de las reducciones, correspondía a los misioneros. Pero he aquí los límites. En primer lugar para evitar las fugas, que, como ya he dicho, no son infrecuentes, se había introducido la costumbre de que nadie se alejara de la reducción sin que lo supieran los misioneros. No es que no fueran donde les pluguiera, que no fueran a cazar, a pescar, a trabajar en sus posesiones, sin dar parte al misionero. Iban por cierto libremente. Pero sólo habían de pedir el permiso en el caso de que tuvieran que dejar alguna de las funciones acostumbradas, como la misa, la doctrina, etc.

En segundo lugar, siendo los nuevos indios no sólo ignorantes de las costumbres de los europeos, sino incluso llenos de ridículas sospechas de ser tenidos o por esclavos o siervos de los cristianos, y ser obligados a trabajar contra su voluntad, se había introducido también la costumbre de que ningún forastero si no era con el consentimiento del misionero los obligara a remar, [133] cultivar la tierra y semejantes cosas, tan enojosas para ellos. Lo cual por cierto no es un ejercicio de pomposa jurisdicción, sino mantener lejos de ellos los engaños de algunos forasteros, y tomar cuidado de su salud, de sus ventajas temporales y de la tranquilidad de las familias.

Pero este ejercicio, sea de cualquier jurisdicción, inmediatamente es encomendado a los caciques, a los fiscales, y a otros tales cargos de los indios. Estos son llamados a la llegada de algún forastero que pida su trabajo. A ellos se les oye si hay gente en la reducción, si están en condiciones, por ejemplo, de remar, si están con salud, si van de buena gana a otra parte, y semejantes cosas. Y si dicen sin violencia alguna que sí, se pasa a establecer el precio de sus fatigas.

El acto tercero de poco apetecible jurisdicción es el castigo moderado de los delincuentes. Digo de los cimarrones, esto es, de los fugitivos, de los incontinentes escandalosos, y de semejantes personas. Para el cual fin eran detenidos en la casa fuerte de los soldados por algún tiempo, o bien mandados a otras reducciones, o castigados moderadamente al arbitrio de sus caciques.

Pero en las causas criminales y en las mayores, todo el poder reside en el gobernador español de la provincia. Y mientras que son expedidas por él las órdenes oportunas, la necesidad es atendida por el capitán de los soldados u otros oficiales subalternos. Ya dije de los piaches desterrados y puestos en cepos en Cabruta

por el Capitán Navarro, como también de aquel otro que fue enviado a Cabruta junto al Comandante Monroy. Pero nunca vi caso en que ninguno fuera ajusticiado.

[134] Y he aquí lo que me parece que se puede decir acerca del antiguo gobierno de las reducciones, común a los jesuítas y a otros religiosos, el cual cesa en gran parte desde que las nuevas poblaciones son añadidas en fin a las antiguas, y convertidas, como dije, en curatos.

No entro después en la espinosa cuestión de si este gobierno es mejor que aquel que se dice introducido modernamente, esto es, poner en las jurisdicciones antes dichas un director secular. Por su naturaleza, el gobierno que he descrito no era perpetuo, sino que duraba sólo el tiempo en que los indios nuevos estaban, por así decir, en la infancia, de la vida cristiana. Quizá para aquellos principios fueron creídos los misioneros más suaves gobernantes, y les fue dada la preferencia. Pero un gobierno secular de por sí, ¿por qué no podrá ejercerlo igualmente bien una persona secular, especialmente si es honrada, prudente y caritativa, amante no de la propia, sino de la común utilidad? (Nota VII).

LIBRO TERCERO

De las lenguas de los Orinoquenses

[135] LIBRO TERCERO

De las lenguas de los orinoquenses.

Capítulo I

De su origen y del modo de hallar su relación con las de nuestro continente.

Está muy unida no sólo con lo físico, sino con lo moral y religioso de una nación la lengua que le tocó en suerte. De los climas y del tenor de vida más o menos áspero de su gobierno depende según algunos en gran parte la suavidad o por el contrario la dureza y aspereza del habla, de ellos también o el concurso molesto de las consonantes o el dulce y amable de las vocales. Pero sea cual sea la influencia física sobre estas cualidades de las lenguas, la cual todos aceptan, la influencia moral que procede de las costumbres de las naciones y la que deriva de la religión, me parece que no puede ponerse en duda.

[136] ¿De donde se deriva, sino de las diversas costumbres, que algunas naciones sean oficiosas y llenas, por decirlo así, de cumplimientos, y otras por el contrario, descorteses y secas en el hablar? Ni es menor la parte que se debe a la religión en el hablar de varios pueblos. Todo el mundo sabe el aumento que el habla de los griegos ha proporcionado al de los moscovitas, una vez que éstos abrazaron el rito de aquellos, como el catolicismo a la lengua latina, como a la de los indios la religión introducida por los misioneros. Quién oyó entre los antiguos romanos *persona* y

personalidad, o *procesión,* o semejantes nombres que nos han sido manifestados o al menos aclarados por la religión? Faltaría por eso a mi historia una parte que podría llamar esencial si no dijera nada de las lenguas de los orinoquenses, en las cuales tienen igual poder, si no el clima en que se hablan, su moral al menos, y la religión.

Mas por decir ahora lo que me he propuesto, esto es, el origen de las lenguas del Orinoco, no sabría hallar otro para ellas que el divino, el cual muchos les han dado, no menos católicos que heterodoxos.[1] Y realmente, si no se quiere cavilar, o como si dijéramos, delirar, distorsionando a capricho los sentidos más claros de los divinos libros, nos damos cuenta enseguida de que el hablar del hombre, que ha sido para todos el mismo antes del diluvio, se hizo vario y múltiple al edificarse la famosa torre de Babilonia.

Dios mismo, confundiendo la humana soberbia, dio el primer empuje a las lenguas, el cual, cumpliendo los elevados designios divinos, llevó suavemente a los hombres a poblar las diversas partes del globo terrestre. No es de este lugar discutir si [137] enseguida o gradualmente pasaron muchos a América. Sea como sea, las familias viajeras llevaron consigo las lenguas que tuvieron por primera vez en Babilonia. Sabemos por los Sagrados textos de algunas llevadas a Italia, a Grecia, al Septentrión y a otras partes. ¡Pero qué sagrado silencio no se halla si queremos investigar el destino de las otras que nacieron del mismo parto que aquellas! ¿Adónde fueron? ¿Dónde están hoy? Los hombres, no sólo separados por las lenguas, sino por las voluntades e inclinaciones, prefirieron habitar unos, unas partes del mundo, otros, otras. ¿Quién dirá ahora, siendo este tan amplio, dónde se encuentran las lenguas primeras? No habiéndose hecho al comienzo una comparación entre ellas, ¿quién sabrá decirnos cuáles son ahora las lenguas primitivas, cuáles las derivadas?

No es, a mi juicio, sino una opinión arbitraria la que después de tantos siglos de la dispersión de las gentes establece que son éstas o aquellas las primitivas y oriundas de Babel, y otras por el contrario las derivadas de aquellas con la marcha de los varios siglos. Sabría la verdad aquel que se hubiera encontrado en aquellos tiempos, y que después de haber obtenido por superior infusión

---

1 WALTON en *Proleg.*

una nueva lengua, hubiese aprendido también las otras y sabido perfectamente el valor de ellas. Entonces sí que hubiera sucedido por cierto que después de muchos años y después de haber cambiado la lengua con el aumento de hablantes, entonces, digo, hubiera sucedido por cierto que éste pudiera decir sin error: esta lengua viene de aquella, esta reconoce por madre a aquella otra.

Así decimos ciertamente de la lengua italiana, así del francés y del español, así también del [138] portugués. En estas lenguas, salvo algunas palabras africanas o septentrionales, se descubre fácilmente el latín, y como de cosa no demasiado lejana de nuestros tiempos, sabemos decir pronto el origen. Pero meterse como por subterránea y oscura caverna hasta las tinieblas de los primeros siglos y reconocer en las lenguas que se hablan ahora en el mundo aquellas de las que tomaron principio, me parece cosa no sólo intrincada, sino difícilisima. Es también sumamente difícil saber claramente cuántas son las lenguas que se llaman primitivas. Aunque soy de parecer que cuantas más admitamos, más se facilita la suma dificultad que a cualquiera ocasionan las muchas lenguas americanas.

Dicho ésto brevemente, sobre la presente cuestión se pueden decir menos arriesgadamente dos cosas. La primera es que muchas lenguas que ahora se hablan en las dos Américas son primitivas y no deben buscarse fuera de tales lugares. Los que en Babilonia las obtuvieron los primeros, saliendo enseguida o después de pocos años desde nuestro hemisferio hacia aquel amplísimo continente, pudieron llevarlas consigo de manera que no habiendo quedado aquí ninguno de los que las hablaban, nada ha quedado de su lengua. Esto parece evidente: y se sigue también de aquí que de muchas lenguas americanas sería necio buscar relación con las nuestras.

Pero también se podría decir, y he aquí la segunda cosa, que hay otras lenguas entre las primitivas de las cuales, por no haber pasado a América todos los que las hablaban, ha quedado como el germen en nuestro hemisferio, y por consecuencia, que entre las asiáticas o entre las africanas, o también entre las europeas, hay alguna lengua que se asemeje a las americanas. [139] Habría de suponerse muy cambiada con el largo tiempo. Pero habrían de existir en ambas lineamentos tales que probaran que, aunque cambiadas, son antiguas hermanas. Y así es. Soy también de este parecer. Incluso añado que la carga de saber bien y comparar las

lenguas entre sí debería corresponder de modo particular a los misioneros. Si todos a porfía las aprendieran, y una vez hechos cuidadosos diccionarios y gramáticas exactas, empezaran a comparar las unas con las otras, acaso alguna vez se resolvería el gran problema del poblamiento de América, y se sabría al fin de dónde partieron los primeros habitantes de ella.

Pensé así muchas veces en mis diversas misiones por las comarcas del Orinoco, y no menos que por ayudar a los prójimos que por mi inclinación natural, puse todo cuidado para entender a fondo las lenguas indias, con la esperanza de hallar en ellas algún apoyo para mi pensamiento. Si este estudio, que me pareció muy conveniente, fuera universal en todos, en pocos años se sacaría gran luz para una cuestión por sí muy difícil. Muchos ciertamente lo han hecho con suma alabanza (Nota VIII). Pero de ordinario, ¡qué pocos son los que *ex professo* se dediquen a aprenderlas!

Los más, contentos con ayudar al prójimo a media lengua, por así decir, o bien por medio de intérprete, no aprecian en nada el valor de su lengua. De cuánto perjuicio sea su descuido a los indios novatos, puede comprenderse fácilmente. Y sin embargo, con varios pretextos mendigados continúa siempre el abuso, no oyéndose sino en pocas partes quien distribuya a los indios el pan evangélico en sus lenguas. Ni sirve para dar color a tan dañosa costumbre decir [140] que debe enseñarse a los indios la lengua de sus soberanos. Sí, pero no a costa de sus almas, sabiéndose por experiencia que ellos aprenden tarde y mal el español.

Para tranquilizar los justos remordimientos de la conciencia, que debe a menudo palpitar entre varias dudas, creería yo oportunísimo el medio de instruir a los indios de aquella manera que vi practicada por personas muy sabias: esto es, en dos lenguas, en la de ellos, porque la entienden perfectamente, y en la española para que acostumbrando el oído a ella la aprendan al menos los jóvenes. Los que salen ya mayores de los bosques no hay que esperar que la sepan de manera que puedan entender lo que en ella se les dice por los púlpitos o en los confesionarios. Sé que esta doble fatiga no agrada a todos. Pero es de todas maneras conforme a la sana razón, a los deberes del ministerio, a las piadosísimas intenciones del Rey de España (Nota IX).

Pero me alejo del punto. Volvamos a lo nuestro. Una vez que se supiera por buenos diccionarios la relación, tanto de éste como

del otro continente, que tienen entre sí las lenguas, podrá decirse con seguridad: de aquí partieron los americanos. Tuve este pensamiento, como dije, en mis antiguas selvas, el cual he leído después con placer infinito en la egregia relación que M. la Condamine compuso de su viaje a América. Este grande hombre, sin ahorrar para utilidad común ninguna fatiga, por grande que fuera, esbozó un vocabulario de varias lenguas indias.

¡Cuánto mejor harían, y cuánto mejor cumplirían sus deberes, si hicieran otro tanto los misioneros! « La comparación de estas palabras [141] — habla el ilustre escritor de las voces por él recogidas — la comparación de estas palabras con aquellas que tienen la misma significación en otras lenguas del interior del país (americano) puede no solamente servir para probar las diversas trasmigraciones de aquellos pueblos del uno al otro extremo de aquel vasto continente, sino que esta misma comparación, cuando pueda hacerse con diversas lenguas de Africa y de Europa y de las Indias orientales, es quizá el solo medio de descubrir el origen de los americanos. Una conformidad bien verificada de lenguas decidiría sin duda la cuestión. » Hasta aquí él. Sea esto dicho de paso para estimular, junto con el ilustre La Condamine, los ingenios de los misioneros. Los hay por toda partes, y sirviendo con fervor a sus prójimos, pueden ayudar en mucho a las letras.

Capítulo II

Si las lenguas de los orinoquenses son semejantes a las nuestras.

Diré en primer lugar que ciertas lenguas nuestras no tienen nada de conexión con aquellas. En segundo lugar diré que no siendo las lenguas del Orinoco ni hijas ni madres de algunas que aquí conozco, tienen sin embargo palabras que, si no en todo, al menos en parte se asemejan a las nuestras, en el sonido, en la expresión y en el sentido.

Y para dar principio por lo que propuse en primer lugar, debo primero notar, no para instrucción de los literatos que lo saben, sino de aquellos que sin ver tan lejos, muchas veces [142] me lo han preguntado, debo, digo, notar que las lenguas orinoquenses

no tienen ninguna relación con la actual española. Pero esta lengua se ha extendido prontamente por inmensos territorios bajo la dominación española en América, y se habla casi por todas partes. Todos, bien o mal, la saben, no sólo los nacidos de los españoles en aquellos lugares, sino los mismos negros, sean esclavos o libertos.

De los indios que en tiempos antiguos se convirtieron a la fe, dígase con alguna diferencia lo mismo. De ellos, mientras unos hablan la española, conservando la suya, otros le han dado acogida de manera que ya no saben la lengua de sus antepasados. Por este medio, como antaño se introdujo en Italia la latina, se han extinguido muchas lenguas americanas. La lengua mosca, o como otros escribieron, muisca, común antes en los alrededores de Santa Fe del Nuevo Reino, ya no se habla. En mi tiempo existían aún libros hechos en esta lengua por los jesuítas, aunque yo, ocupado en otras cosas, no los leí nunca.

Los indios gentiles, por el contrario, y los recién convertidos a la fe no entienden nada el español, y esta lengua, siendo de la época de nuestro italiano, y nacido por consecuencia muchos y muchos siglos después de la partida de sus antepasados para aquellas comarcas, no pueden entenderlo de ninguna manera. Si creemos a Ovalle,[1] en el Estrecho Magallánico hay una nación llamada los Césares.[2] Se dice que habiendo naufragado allí una nave española, los que se salvaron fueron al interior y contrajeron matrimonios con los antiguos habitantes [143] y que bajo el nombre antedicho hicieron un nuevo poblado. No estaba éste descubierto en tiempo de Ovalle, ni se sabe de él hasta ahora. Pero suponiendo que sea verdad, Dios sabe qué mezcla de religión y de lengua se dio, queriendo todos conservar la una y la otra heredada de sus antepasados. He aquí lo que puedo decir sobre la española moderna.

Si después se habla en alguna comarca americana, como parece más verosímil, la antigua lengua española, se lo preguntaría, si aún viviese, al historiador Oviedo. Este cuidadoso escritor de cosas naturales, cree que fueron desde España los primeros habitantes de aquel gran mundo.[3] Y aunque yo no desapruebe del todo su pensamiento, las razones por él aducidas en prueba me parecen inven-

---

1 *Historia de Chile,* lib. II, cap. 5.

2 Quizá por el emperador Carlos V, en cuyo tiempo naufragó.

3 *Hist. nat. de las Indias,* lib. II, cap. 3.

tadas a capricho. Habría sido bastante mejor que habiendo él recorrido las costas de Tierra firme, y habiendo vivido en Santo Domingo tantos años, hubiera observado si entre la antigua lengua española y la que allá oía había alguna conformidad. Aunque atento a las observaciones de historia natural, no se cuidó acaso de las lenguas. Oigamos más bien a un moderno.

Quiere el P. Larramendi[1] que la lengua vizcaína, que se ha conservado siempre en las vicisitudes de España entre los montes de Cantabria, sea la antigua española. Leí con toda atención las pruebas, y hallo en la vizcaína una imagen de las lenguas indias. Tanto en la una como en las otras hay expresiones propias de los varones, de manera que si se habla con perfección, desdicen en una mujer. Las mujeres [144] también tienen por su parte modos de hablar propios de su sexo, y en este modo de hablar convienen mucho con los indios. No es verdad sin embargo que la lengua vizcaína sea pariente de ellas, al menos de las orinoquenses. Entre estas y aquella, aunque haya idiotismos semejantes, no hay ninguna comunidad de palabras, y cada una tiene su reino privativo. El P. Ibaseta, que era vizcaíno, y fue misionero de los otomacos, me lo dijo más de una vez. Aunque como murió al principio de su carrera apostólica, no pudo hacer una comparación completa.

El germánico tiene todo el carácter de primitivo, y por consecuencia es de la naturaleza de aquellos que pudieron pasar a América. Sin embargo, si sigo el parecer de los jesuítas alemanes que estuvieron en mi tiempo en el Orinoco, entre los orinoquenses no hay lenguaje que se parezca al suyo.

Digo por fin una cosa que, si se hacen las investigaciones necesarias, podrá descubrirse mejor con el tiempo. Me fue contado en América de cierta nave que (no sé si por tempestad o por otro motivo) arribó en estos últimos años a las costas de California. Se dice que, saltando a tierra los marineros, que eran súbditos del Zar, comprendieron perfectamente a los habitantes con los que hablaron en aquella parte, tan lejana de la Moscovia, no habiendo hallado entre su idioma nativo y el de aquellos lugares otra diferencia que la que se descubre entre dialectos de una misma lengua. Si esto es verdad, tenemos gran luz para descubrir el paso de las gentes de nuestro mundo al nuevo (Nota X).

---

1 *De la antigüedad y universalidad del bascuenze,* etc.

Y prevalezca la verdad: no puede, a mi parecer, más acertadamente la tan buscada transmigración rastrearse [145] que haciendo la comparación de nuestras lenguas marítimas con las americanas. La moscovita, como la más próxima a América debería preferirse a todas las demás. Sería la segunda la tártara. Entraría en tercer lugar la antigua española, y acaso también, puesto que confina con el mar, la céltica. Sería la cuarta, como antiguamente llevada fuera de las columnas de Hércules al Atlántico, la lengua púnica. Pero ¿quién daría la prueba de ello en nuestros días?

Más fácil resultaría hacerlo del griego. Pero con las lenguas del Orinoco (sea lo que sea de otras americanas) no hay ninguna semejanza. Fue antaño muy versado en las lenguas sacras el Padre Burkard, misionero de los otomacos. Pero ni él ni otro alguno supo descubrir en las lenguas del Orinoco palabras semejantes al hebreo, al siriaco o a otra lengua oriental, sino aquellas que son a todos conocidas. No creo, habiéndose casi perdido la memoria de ella, que deba buscarse en aquellas comarcas la antigua etrusca.

Capítulo III

De las palabras orinoquenses semejantes a las nuestras.

El asunto que tenemos entre manos se divide en dos partes: I) Muchas voces se encuentran en las lenguas del Orinoco que, siendo muy semejantes a las nuestras en el sonido, significan con todo algo completamente distinto. II) Otras hay por el contrario que tanto en la forma como en la significación se asemejan ni más ni menos que a las nuestras. Digamos ahora de las primeras. En la lengua de los otomacos existe *putta,* pero significa la cabeza. En la de los tamanacos se halla *amáre,* [146] pero equivale a tú y es pronombre, no verbo. *Coronáre* es adverbio que significa mañana. *Avo* no es abuelo, como en italiano, sino tío materno.

Ano significa el día. *Poeta* en la lengua de los maipures quiere decir borracho. *María* es el nombre que dan los caribes y otros indios semejantes al cuchillo. Poco desemejantes de nuestras voces en el sonido, son de significado completamente distinto los siguientes

vocablos: *capu*, el cielo, *nono* la tierra, *coco* la noche. Discúrrase semejantemente de los otros, no habiendo ninguna de las lenguas orinoquenses que yo conozco que no tenga palabras semejantes a las italianas, españolas o a otras de nuestro continente.

Ciertas palabras luego (por pasar a la segunda parte propuesta por mi), tanto en el Orinoco como en nuestro hemisferio, significan constantemente lo mismo, y parecen venidas o del comercio o de alguna raíz de lengua desconocida hasta ahora en el mundo. El nombre que casi todas las naciones del Orinoco le dan al papayo (árbol cultivado, del que hemos hablado en otra parte) es con poca diferencia el mismo en todas las lenguas. Otros dicen papaya, y es el nombre adoptado por los españoles. Otros, como los otomacos, dicen *pappái*, otros finalmente, y es el nombre más universal, *mapáya*.

La palabra *ussi* significa entre los maipures el cazabe, y aunque sea muy distinto del de ellos el lenguaje de los tamanacos, la voz tamanaca *ute* significa sin embargo lo mismo. *Curúba* es el nombre que los otomacos dan al tabaco. *Curupa* es el que según La Condamine[1] le dan también los omaguas [147] del Marañón. *Cavái* se dice en tamanaco el tabaco. Este sentido mismo tiene de modo semejante en la lengua de los Jirares de Casanare, etc. He aquí aquella semejanza que las voces del Orinoco tienen entre sí y con otras americanas.

Pasando ahora a la que o enteramente o con pocos cambios tienen con las nuestras, *nuna* es el nombre que los tamanacos dan a la luna. *Ite* es palabra latina, y significa, como saben los gramáticos, id. En tamanaco tiene el significado latino, pero no se dice a varias personas, sino a una, y significa lo mismo que ve. *Engá* en la lengua de los otomacos quiere decir uno, y si quitamos el caso, que estos indios no tienen, la antedicha voz no parece muy diversa de la griega *hena*.[2] Decid lo mismo del *de*, dos, no muy desemejante del griego *dyo*. Pero no es congruente el modo de contar otros números.

Más claramente tienen relación con las nuestras antiguas las siguientes palabras. I) *Abba*, que en la lengua de los tunebos y de otros significa padre. II) *Papa*, voz que significa lo mismo en

1 *Voyage à l'Amér. Mérid.*

2 [Esta forma es en realidad el acus. masc. de *heis* uno en griego.]

la lengua de los caribes, de los tamanacos y de otros muchísimos. III) Tiene también el mismo sentido la voz sáliva *babbá* y la betoy *babbí*. IV) *Aúa*, voz otomaca del mismo sentido que las supradichas, no es muy diversa de la palabra *abba*. V) *Theos* es nombre que según Gumilla[1] dan los betoyes al sol, reconocido por ellos como Dios.

VI) La voz *mamma* es común a muchas naciones, y en especial a la pareca, en el mismo sentido con que la usamos. También yo, con otros, la creo adoptada por las madres gracias a la facilidad que los niños tienen para pronunciarla. Los pequeños tamanacos [148] decían *ochu*. Pero habiendo oído a los parecas, con los que convivieron después, la voz *mamma*, dejaron pronto la suya; sin duda porque encontraron una pronunciación más dulce. Pero no puedo en modo alguno decir con el P. Gumilla[2] que sea un caso de que las antedichas palabras, extranjeras para mi, signifiquen para los americanos lo mismo. M. la Condamine[3] discurre bastante mejor en este punto: « Si se miran estas palabras — dice — como los primeros sonidos que pueden articular los niños, y por consecuencia como aquellas que han debido en todo país adoptarse preferiblemente por los padres que las oyeron pronunciar para hacerlas servir de signos a las ideas de padre y de madre, quedará por saber por qué en todas las lenguas de América donde se hallan estas voces se ha conservado sin alterarse su significación; y por qué caso en la lengua omagua por ejemplo en el centro del continente, o en cualquier otra semejante, donde las voces de *papa* y de *mamma* se usan, no haya acontecido alguna vez que *papa* signifique madre y *mamma* padre, sino que se observe constantemente los contrario, como en las lenguas de Europa. Hay mucha verosimilitud de que entre los nativos de América se hallen otros términos cuya relación bien confirmada con los de una lengua del mundo antiguo podría dar alguna luz a una cuestión abandonada hasta ahora a las solas conjeturas ».

Hasta aquí el ilustre escritor cuyo sabio discurso, dándome motivo para admirar sus sabias luces, debería dar a quien sea

---

1 *Hist. del Orinoco*, tomo II, cap. 10.

2 Lugar cit.

3 *Voyage à l'Amér. Mérid.*

capaz excelentes [149] estímulos para llevar a término sus pensamientos. Si yo hubiera leído la erudita relación a tiempo, esto es, mientras habité allí, habría fácilmente hecho la comparación de algunas de nuestras lenguas con las orinoquenses. Supe antaño dos lenguas nada semejantes entre sí. Supe también los dialectos que de ellas, más o menos alterados, se derivan. En las lenguas de los tamanacos y de los maipures, instruídos por mi en la fe, tuve, por decirlo así, las llaves de casi todas las naciones orinoquenses. No hay en el Orinoco lengua más universal que estas dos. Se puede hablar con la maipure a los indios del alto Orinoco. Con la de los tamanacos se puede tratar con aquellos que están al mediodía y con los habitantes del bajo Orinoco.

Tenía yo el medio, si hubiera pensado a tiempo, de aclarar en parte lo que este tan ilustre escritor pretendió, anotando en el papel las palabras que tienen semejanza con las nuestras. Pero no pensé entonces en hacer la selección. Ahora mismo no digo sino aquellas solas que después del esfuerzo que puede hacerse a distancia me vienen a la memoria. Una comparación exacta requeriría la presencia en los lugares de que se trata. Es ya largo el tiempo desde que reflexioné que entre las lenguas del Viejo Mundo y las del Nuevo pueda haber semejanza. Pero la busqué total, por así decir, no parcial, y consistente en pocas palabras, lo que he aprendido a hacer después de leer a La Condamine.

Por lo demás, la razón de él es fortísima. Puesto que los americanos, cuyas lenguas, al menos muchas, son muy distintas de las de nuestro continente, no pueden usar nuestras palabras en nuestro sentido sino porque las oyeron en nuestro mundo antes de su marcha a aquel otro, y puede decirse [150] que tuvieron trato al menos con algunos orientales y con los griegos, no habiendo ocurrido nunca que hayan alterado las palabras de semejantes naciones sino en pequeña parte.

Capítulo IV

Observaciones generales sobre las lenguas del Orinoco.

Veamos otras cosas. I) Todas las palabras, exceptuadas quizá las de los guamos, terminan constantemente en vocal. He aquí la muestra en tres lenguas, que no teniendo ninguna relación entre sí pueden llamarse matrices. *Chónego, anda kuiquaquá tandemá?*, esto es: amigo, ¿qué comerás tú mañana? Así dicen los sálivas. En tamanaco se dice: *Panari, chonbé manapuchí coronáre?* En maipure: *Nunaunári iti pare péccari upié?*

En esta lengua, diga lo que quiera en contrario el docto autor del espectáculo de la naturaleza,[1] se descubre suavidad, y se asemeja mucho a la nuestra.

II) Los tamanacos, para hacer su hablar más corriente y más vivo, quitan a menudo las vocales que están al fin de la palabra. Presento para mayor claridad los ejemplos, que para que sean mejor conocidos distingo con el acostumbrado apóstrofo: *Cabruť poná ndái*, se ha ido a Cabruta. Sería lentitud odiosa en su lengua decir entero Cabruta, como exigiría la naturaleza de las palabras. *Uóto uor' yave* es decir: cuando se mata el pez. Sería desabrido, como quien insiste al hablar, [151] el decir: *Uóto uori yave. Apalikiám' caraminári*, el hablar de los hombres. Aquí se quita a la voz *apalikiamo* la letra *o*.

Discúrrase por esta muestra del resto. Véase también que los indios no hablan tan bárbaramente como algunos se imaginan. Mas ¿por qué no llamarlos hasta elegantes y que se expresan agradablemente? Soy de este parecer yo también, pero ahora no trato de ello.

III) La lengua de los maipures es más rígida, y no hay en ella caso en que se disminuya o reduzca un poco en sus palabras, sino que tal cual son separadamente o tomadas por sí solas, son también unidas y dispuestas con cuidado formando sentido.

IV) Pasando del fin de las palabras al principio, y al medio, en todas las lenguas, como también dice Gumilla,[2] falta alguna de

---

1 El abate Pluché.

2 *Hist. del Orinoco*, tomo II, cap. 29.

las consonantes. Ninguna de las orinoquenses, excepto el guamo, tiene la *f*. Esta lengua, según lo que de ella pude ver, la tiene en abundancia. Parece también que no termine, al uso de las orinoquenses, como he señalado más arriba, en vocal. Pero los guamos, aunque habitan hoy en el Orinoco, vinieron del alto Apure. La tienen también en abundancia la lengua de los situfos, de los jirares y de otros, pero estos son forasteros y habitan en el Casanare.

Los verdaderos orinoquenses, según me parece, no tienen la *f*. Puedo afirmarlo de los tamanacos, de los maipures, y de sus respectivos dialectos. Excepto que existe la voz *Carína* (Caribe) que al oirla pronunciar por los tamanacos me pareció que era *Carifna*. En tanto número de voces tamanacas es acaso la única que puede aducirse, bien débilmente, como ejemplo.

[152] Puede también decirse que los tamanacos no tienen la *b*, puesto que aunque algunas voces parece que la usen, no es naturalmente *b*, sino *p*, cambiada en *b* por costumbre de la lengua. La *t* les es más natural que la *d*. Confunden la *l* con la *r*. La *s* no la tienen en absoluto. Es verdad que en conjunto las susodichas letras aparecen incidentalmente. Así por ejemplo se dice: *Uoto uorbaké tunaché ure*, he hecho el día pescando. Pero la *b* que se usa aquí no es más que para hacer rápido el hablar y evitar el hiato. Originalmente la partícula postpuesta al verbo *uóri* no es *baké*, sino *paké*. Así se dice más frecuentemente.

V) Los orinoquenses no redoblan ordinariamente las letras. Pero en la lengua de los maipures hay excepción, porque usan muy frecuentemente la *r* doble: *arráu*, *nukirri*, etc.

VI) Las letras juntas forman las sílabas. Las sílabas *ſa*, *ſe*, *ſi*, etc., frecuentísimas en la lengua caribe, en la tamanaca, aunque su hija, no se hallan nunca, y todo lo que el caribe expresa por *ſa*, etc., los tamanacos lo dicen con *chá*. Así por ejemplo, la escudilla que los caribes llaman *ſaréra* los tamanacos la llaman *charéra*. Es también dialecto de la lengua caribe el pareca. Pero estos indios, dejando a los tamanacos y caribes, dicen suavemente, al modo francés, *ſharéra*.[1] Conjetúrese por esta palabra de las otras.

VII) La lengua tamanaca, no menos que la de los avaricotos y parecas, aborrece las sílabas *da*, *de*, *ga*, *go*, *gu*, etc. Es verdad

1 [Usamos el grupo *ſh* para el sonido de *ch* francesa, fricativa palatal sorda.]

que a veces las usan, pero apenas apuntadas y porque así lo pide el concurso de otras consonantes. Por su [153] naturaleza, tanto la una, como la otra lengua, están privadas de ellas. Estas sílabas sin embargo son frecuentísimas en otras lenguas. En güipunave *dema* tabaco, en avaricoto *ada* losa en que se cuece el pan indio, en sáliva *nudé* primo, en otomaco *gandianda* el hambre, etc.

VIII) Esta diversa pronunciación hace que los orinoquenses estropeen toda palabra extranjera que oyen. Tomemos por ejemplo la voz española *Dios*. Todos, sin exceptuar uno, la terminan en vocal, según el genio de su lengua. Pero no pudiendo muchos pronunciar la primera letra, la sustituyen por la *p*, y pronuncian *Piosu*. Así los maipures. *Diosu* dicen los avanes, *Tiochi* los tamanacos, *Ilóshi* los parecas, y otros de otra manera. Por todos los indios las palabras españolas que terminan en *n* son acabadas en *a:* capitán, *capitána;* catalán, *catalána*, etc.

IX) La dificultad en pronunciar algunas letras o sílabas parece el verdadero origen de muchos dialectos indios. Imagínese algún hombre con defecto de lengua, que con su mujer e hijos pequeños, empiece a estar solo en algúna sabana sin comunicar con otros. He aquí como en algunos años, a ejemplo del jefe de la casa, todos toman el defecto de lengua, y reducen las voces primitivas y se crea con el vicio de pronunciación una lengua nueva, y en consecuencia una nueva nación.

[154] Capítulo V

De la pronunciación de las lenguas orinoquenses.

Puede preguntarse si son difíciles de pronunciar para los extranjeros las lenguas de los orinoquenses. A mi, piense otro lo que quiera, no me han parecido difíciles, ni sé entender por qué razón Gumilla[1] dice que es ininteligible la lengua de los otomacos, ya que no hay nación que hable más distintamente que ésta. Pero a Gumilla, que estuvo poco tiempo entre ellos, pudo parecerle la

1 *Hist. del Orinoco*, tomo II, cap. 29.

lengua de los otomacos como a algunos les parece la francesa antes de que se dispongan a aprenderla. En ésta, y en toda otra lengua, si no se sabe nada de ella, se encuentra al principio confusión grandísima. Pero si al menos entendemos una voz, o varias, entre mil palabras desconocidas, pronto descubrimos las que hemos aprendido.

La lengua de los otomacos es del carácter de todas las demás. Pero articulando estos indios mejor que todos sus palabras, se halla poca dificultad en aprenderlas. Añádase que las palabras otomacas son ordinariamente cortas y no están enredadas con consonantes difíciles de pronunciar. He aquí algunas: *poga* la tierra, *caga* el cielo, *yoga* el río, *ía* el agua, *onnóna* el maíz, *akéa* la tortuga, etc. Habrá sin duda otras de dura y molesta pronunciación. Pero hablando generalmente no es así. Lengua ciertamente áspera y que no sabría a cuál de nuestras pronunciaciones comparar es la de los piaroas. Así la oía, comparándola al balar de las ovejas, [155] el P. González, su misionero, muy versado en las lenguas de los maipures y de los sálivas. Después de la muerte de él me tocaron a mi los piaroas, y por confesarlo con toda claridad, no entendía yo ni una brizna de su lengua. Vienen después de los piaroas los quaquas del Cuchivero. Pero las otras lenguas, si se toma alguna ayuda de las pronunciaciones de nuestras diversas provincias, no son muy difíciles.

La tamanaca tiene muchas palabras que requieren boca acostumbrada no de ligero a la pronunciación latina; v. gr. *ptate* pie, *ptatpeté* huella, *yanépterí* hundirse, *yopcárí* romper, etc. Unas requieren la italiana y otras la española. No debe olvidarse tampoco la francesa. Y por decir en primer lugar de la italiana, la lengua de los tamanacos tiene, frecuentísima y tal como la pronunciamos, la letra *g*. Así se dice en las voces *yamgíli*[1] hija mia, *temgiaré* todos, etc. Tienen esta misma pronunciación los parecas, pero más apretada, a la manera toscana o francesa.[2] Y este modo italiano de pronunciar la *g* no se encuentra sólo en los dialectos de la lengua

1 [Parece referirse el autor a una pronunciación africada de la *g*, como en italiano o inglés, es decir, lo que podríamos indicar con *dj*, según hacemos en otros casos; es posible que la pronunciación « más apretada » a que se refiere en el texto sea la *g* fricativa como en francés o catalán.]

2 [Véase lo dicho en la nota anterior, con la duda de que el toscano tiene pronunciación africada *dj* y no simplemente fricativa.]

caribe, cual son los recién nombrados y otros muchos. Se encuentra también en otras lenguas muy diversas de las antedichas. Los sálivas pronuncian la *g* de la misma manera: *giomu* el maíz, etc.; y del mismo modo los otomacos: *chóppagirúra* poco, etc. Las voces tamanacas *mdate* boca, *ndái* marchó, *nbutúi* supo, etc., tienen necesidad del italiano, porque requieren la pronunciación que se adquiere leyendo en nuestros autores *allo nferno, lo mperadore*, etc.

Pasemos a las palabras que requieren pronunciación española. Muchas no pueden pronunciarse sin la ayuda de la jota propia de esta lengua. [156] En la lengua de los tamanacos no existe semejante modo de pronunciar. En la de los maipures se encuentra algunas veces. Pero en el aván, dialecto del maipure, y en otras lenguas, es frecuentísimo: *nujutuá yema* fumo el tabaco, *nujacáu* me voy, *quajijí* el tigre, etc. Otras lenguas, en fin, son francesas en la pronunciación. En el tamanaco hay sólo cuatro palabras (según me parece) que tienen necesidad de la pronunciación de esta lengua: *peune* el pez llamado caribito; *peuru* el sapo. En estas dos palabras debe pronunciarse a la francesa el diptongo *eu*. En la tercera y en la cuarta palabra, *puti* mujer, *ueve* hacha, la *u* es completamente francesa. En el maipure son naturales no menos que frecuentes los diptongos *ai* y *au: napai* padre, *tamau* marchó, etc. Estos diptongos son pronunciados por los verdaderos maipures con exactitud y equivalen a las voces *napé, tamó*, etc. Pero los avanes, gente ruda y más grosera, los deshacen con bastante frecuencia, y dicen a boca llena *napái, tamáu*, etc.

De estas pronunciaciones diversas de los indios podría nacer una cuestión, y es la de en qué ortografía deben escribirse sus lenguas. Me parece que se han de escribir en la que se usa en nuestras lenguas. Me explicaré. Quien hace gramáticas de las lenguas americanas en español, debe, en cuanto se puede, seguir la naturaleza de esta lengua. Así hice yo en las dos gramáticas, tamanaca y maipure, en los respectivos diccionarios y en las diversas instrucciones por mi compuestas en las susodichas lenguas. Me acomodé comunmente a la pronunciación de los españoles.

Pero como en su lengua falta nuestra *g*, que muchos indios usan, dije que se debe [157] pronunciar a la catalana, es decir, como nosotros la pronunciamos. Para no multiplicar sin ninguna ventaja las letras que escribo en este nuevo libro con *g*, las escribí antiguamente con la *j*, que entre catalanes vale lo mismo que nuestra *g*, y v. gr. escribí entonces *yamjíli* y ahora *jamgíli*, antes

uojopcarí y ahora *uogiopcarí*, etc. Las palabras puestas en el antiguo manuscrito con la *y* las escribo ahora con la *j*.[1] Escribí a la española *yenequé*, *uoiché*, etc. Escribo ahora *jeneché*, *uóicce*, etc.

Por esto se ve bien que me acomodo a nuestra lengua italiana en cuanto puedo. Para no errar al pronunciar las palabras aducidas por mi, hagan mis lectores lo mismo. Anotaré aquellas a las que conviene pronunciación extranjera. En el tamanaco, entre muchas letras adecuadas a nuestra boca, hay una dificilísima, y al principio, para imitar bien el sonido de los indios, se hace mucho esfuerzo, y no se aprende sino con exquisita diligencia. Para dársela a entender de alguna manera a los que desean saberla, añado dos palabras, esto es, *anecpé* y *vepuicre*. En estas y semejantes palabras, en las que a la *c* sigue otra consonante, debe la *c* pronunciarse guturalmente, aunque no siempre. Por lo cual, en mi gramática manuscrita distinguí siempre con el acento circunflejo la *c* gutural, nueva incluso para los mismos españoles, y no habiendo en nuestra lengua semejante pronunciación, he hecho interponer una rayita así -, a fin de distinguirla. Sirva la advertencia de ilustración. Escribo por consiguiente *anec-pe*, *vepui-cre*, etc.

Quien escriba en otras lenguas, por ejemplo en la portuguesa o francesa, parece que ha de hacer lo mismo. Pero es bastante difícil, si no es luego [158] de mucho tiempo, acomodar a nuestras bocas el acento indio. Los tamanacos tienen un habla más bien blanda y afeminada; el de los maipures es corrido y alegre, y destacan maravillosamente cada sílaba. Es arrogante pronunciando el caribe, tosco y bufonesco el otomaco. El sáliva habla a cada momento por la nariz. El guamo parece un alemán. El quaqua parece una mujer que en voz baja se divierte con una amiga confidente. En suma, siguiendo cada nación el carácter no menos de su lengua que de las pasiones nativas y más dominantes, las pronunciaciones, los acentos y los diversos gestos mímicos son bastante distintos en cada tribu orinoquense.

---

1 [En cuanto hemos podido, hemos regularizado la escritura, para mayor comodidad del lector, sirviéndonos del valor de las letras en nuestra lengua, pero con algunas convenciones corrientes entre fonéticos: la *g* es siempre para nosotros velar sonora, también delante de *e*, *i*.]

Capítulo VI

Observaciones más particulares sobre las lenguas orinoquenses, donde se trata de las partes de la oración, y en primer lugar del nombre.

Puede preguntarse si son simples las voces de los orinoquenses o compuestas. Sobre lo cual, si reflexiono atentamente, llamando a la memoria todas o muchas de las palabras orinoquenses que sé, no puedo menos de referir una nueva que ha de producir mucha admiración en los estudiosos de lenguas exóticas. No hay duda en primer lugar de que en cada lengua orinoquense hay muchas palabras que son sencillísimas y cortas. Ya he transcrito arriba algunas palabras otomacas que son bastante breves. He aquí otras que son monosílabas: *ga* el pájaro rara, *gi*[1] el tabaco, *no* yo, *i* tú, *de* dos, etc.

En las lenguas de los tamanacos y maipures, que yo recuerde, no se hallan palabras tan cortas. [159] Pero las bisílabas son muchísimas en ambas, especialmente en los nombres que parecen representar las primeras ideas que un hombre aún rudo gusta naturalmente de desarrollar. Demos alguna muestra:

En español	en tamanaco	en maipure
tierra	*nono*	*peni*
cielo	*capu*	*eno*
agua	*tuna*	*veni*
padre	*papa*	*napé*
madre	*ochu*	*iná*
sol	*veyu*	*kié*
fuego	*uaptó*	*catti*
pan	*ute*	*ussi.*

Pero no es que esto se pueda decir en todos los casos. Hay palabras igualmente obvias que no tienen dimensión igual en todas las lenguas orinoquenses, sino que son o trisílabas, o cuadrisílabas, y más largas aún. Pero universalmente son más largas de lo acostumbrado las que se refieren a cosas menos frecuentes o que requieren más especulación. *Amalivacá, yolakiámo, anekiamgotó,*

1 [El valor de esta *g* es de velar: en el original, con la ortografía italiana, *ghi.*]

voces tamanacas que indican el Ser supremo, el demonio, el animal, lo confirman manifiestamente. Pero tampoco esta es regla general en todo y sin excepción, como se ve por las voces maipures *Purrunaminári, uasúri, kueti,* que indican lo mismo que las antedichas. Sea como sea, toda lengua de las que conozco tiene palabras de varia dimensión, y estoy por decir que en esta parte son muy semejantes a las nuestras. Lo que parece indicio ciertísimo de antigüedad y [160] que hayan llegado poco a poco a aquella mucha o poca perfección en que se hallan al presente. Y yo no dudo de que la lengua caribe, madre fecundísima de muchas otras, y en especial de la tamanaca, se convertiría en poco tiempo en bellísima si la hablaran literatos. Lo mismo se dice de la sáliva por los que la saben. Lo mismo se podría acaso decir de otras.

Pero aquello de que muchas veces me maravillé sumamente en el Orinoco es de que estas lenguas, que nosotros creemos salvajes, abundan mucho en palabras compuestas. Entre las innumerables que hay, doy algunas como ejemplo:

En español	en tamanaco	en maipure
quien tiene padre	*timge*	*cakivacanékiní*
quien tiene madre	*yanekéme*	*cattukiní*
quien tiene mujer	*puchéme*	*caanítukiní*
quien tiene hijos	*timnekéme*	*caanikiní.*

Quien no tiene ni padre, ni madre, ni mujer, ni hijos, en tamanaco *imupuní, yanepuní, ipupuní, imnepuní.* En maipure *makivacanétení, matutení, maanitutení, maanitení.* De las cuales palabras, si quisiera anatomizar la composición, sería demasiado largo y sin provecho.

Pero si con más placer de mis lectores busco las causas de este modo de hablar, encuentro especialmente dos. La primera es el amor por el laconismo, que domina sumamente en toda nación india. La segunda, la antigüedad de la lengua, que no llega a estas formas de hablar sino gradualmente y después de larguísimas experiencias. « La primera [161] lengua — dice un docto inglés[1] — no debe haber tenido más que sonidos y palabras simples sin ninguna composición ». Pero esta composición, que no es poca, se desva-

1 SHUCKFORD, *Histoire du Monde sacrée et profane.*

necerá en comparación con aquella que los tamanacos, como veremos enseguida, usan en varios verbos.

Pasemos a otras dos afecciones de nombres. Ordinariamente los nombres orinoquenses no tienen géneros distintos. *Patcurbe* significa en tamanaco no menos bueno que buena; *rakeké* amarillo y amarilla, *taremuc-ne* blanco y blanca, etc. Pero si les faltan los géneros, tienen sin embargo partículas que distinguen el sexo de los que hablan. Los varones tamanacos, por ejemplo, intercalan siempre al hablar la partícula *ué: patcurbe ure ué* yo soy bueno; *maye ué* vamos, etc. Sus mujeres por el contrario acostumbran el *me: maye me*, etc. Los varones caribes por partícula distintiva tienen el *se*, los avaricotos el *che*. *Nau* o *no* es el distintivo de los maipures, *máu* o *mó* es el de sus mujeres. Atendiendo a esto, creo que los otros indios también tienen expresiones semejantes en sus lenguas.

Además de esto, hay algunas voces en el tamanaco que estando bien en la boca de los varones, serían muy ridículas en las de las mujeres. *Luí* hermano mayor; *yacomnóne* el menor; *nachútu* mi hermana; *yamdjíli* mi hija, son en la lengua de los tamanacos palabras de varón. He aquí las femeninas: *pipi* mi hermano; *pachi* mi hermana mayor; *piti* la menor, etc.

Tampoco los maipures, hablando en general, tienen géneros, y aquellas palabras en que los usan, no convienen más que a los seres vivos [162] racionales. A los seres irracionales no se dignan concederles estas variaciones, y la misma palabra que por ejemplo se usa para decir dulce a un melón se usa también para llamar dulce a una manzana. Pero hablándose de persona no raras veces las tienen. *Curricátiuári* compasivo, *curricátiuáu* compasiva; *tumetekí* niño, *tumautokí* niña; *capéru* viejo, *capecáu* vieja, etc. En las cuales voces se descubre claramente el distinto género.

Pero de ordinario la desinencia *ke* es de macho, la *cau* de hembra. *Sonirriké* es bueno, *sonirricáu* es buena; *pinavaké* míralo, *pinavacáu* mírala. Los maipures (cosa quizá novísima en el hablar) tienen los diversos géneros en los mismos verbos. Pero de ello hablaremos en su lugar. Hay que notar finalmente que algunas palabras, que en nuestro hablar son muy diferentes entre sí, tanto en el género como en su disposición, en el de los orinoquenses tienen mucha semejanza. *Ayí*, nombre maipure, significa hermano, *ayau* hermana. *Andua* en otomaco es el hombre, y *ondua* la mujer, etc.

En ninguna lengua orinoquense se declinan los nombres al uso griego o latino, y no tienen más que las dos terminaciones del singular y plural, como en la lengua italiana. No es esto de poco alivio para los misioneros, que entre tantas dificultades de la lengua no tendrán que aturdirse para aprender los diversos casos de los nombres. Las dos solas inflexiones que hay se verán en su lugar.

Para los vivientes irracionales no se usa el número plural. Pero para indicar el número se añaden palabras con que se especifica. He visto por ejemplo dos tigres, tres, muchos, etc. El número que indica muchos está además en uso para expresar los seres no sensitivos; por ejemplo, *mata* el campo, *matac-ne* los campos, *chene* [163] esta cosa, *chenec-ne* estas cosas, etc., según los tamanacos. Este modo de declinar los nombres parece facilísimo.

Pero cuanto es fácil llegar a conocer la flexión de un nombre, por así decirlo, absoluto, y no ligado a persona, es tan difícil y sumamente espinoso aprender las diversas y nunca imaginadas flexiones de los nombres contractos. Más abajo hablaremos de los pronombres primitivos y de las partículas que los distinguen. Pero hablándose ahora de la flexión de los nombres, es necesario decir las muchas que tienen aquellos que he llamado *contractos*.

Tomemos, pues, una palabra que comience con vocal. *Apóto* cacique. Hasta aquí es voz absoluta e independiente. Para contraerla con las partículas de los pronombres posesivos se declina, por decirlo así, de esta manera:

yapotói mi cacique
avapotói tu cacique
itapotói su cacique.

Y hasta ahora va todo no sólo claro, sino ordenadísimo. Comienzan los embrollos para los novatos en esta lengua. *Yumna yapotói* nuestro cacique: pero este nuestro no es palabra que pueda usarse igualmente en todo sentido, y si se usa en algunas ocasiones, no debe sin embargo usarse en todas. Pongamos para explicar esta metafísica especulación un ejemplo.

Dice cuando nos habla a nosotros un tamanaco: nuestro cacique es bueno, y dice en su lengua: *yumnayapotói patcurbe*. La expresión es justa y pulida. Pero si habla a sus connacionales ¿debe decir lo mismo? No por cierto. Si su conversación va dirigida a uno solo, debe decir *capotói*, esto es, nuestro de nosotros dos. En el cual caso aparece el dual de los griegos.

[164] Pero puede el mismo hablante dirigir a muchos connacionales suyos la oración, y entonces ya no sirve el *capotói*. Se necesita otra palabra que toque de manera a las personas a las que se habla, que no pueda adoptarse a otras, esto es: *capotói-kemó* el cacique de nosotros solos. Estas precisiones son más que de bárbaro. No es nuevo a los eruditos el dual. Pero será hasta ahora quizá desconocido un plural que corresponda sólo a personas determinadas, como descubrimos en la voz *capotói-kemó* y semejantes. Yo, en mi gramática tamanaca manuscrita llamé a este modo de hablar plural determinado.[1]

Sigamos declinando el número plural en las otras personas: *avapotói-kemó* vuestros caciques, sin otras precisiones ni en esta ni en la siguiente persona. *Itapotói-kemó* sus caciques (de ellos), etcétera. El cual modo de declinar los nombres contractos ordinariamente es regular en todos los que comienzan por vocal.

Pero esta flexión es un poco distinta en los nombres que comienzan en consonante. *Mata* el campo:

matarí mi campo
amatarí tu campo
imatarí su campo
yumna matarí nuestro campo en el sentido ya dicho [exclusivo]
ki matarí el campo de nosotros dos
ki-matargemó el campo de nosotros determinados [inclusivo]
imatargemó su campo (de ellos).

Luego el dual y el plural determinado vienen, como de raíz, de diversas voces que significan en apariencia lo mismo. *Yumna* quiere decir nosotros, pero hablando a otros que no nos pertenecen. *Kive* significa nosotros dos, y *kikemó*, al fin, nosotros, pero determinadamente.

[165] Los maipures son más sencillos en su hablar. *Anití* hijo, se declina así:

nuáni mi hijo
piáni tu hijo

---

1 [Como luego veremos, el nombre de plural inclusivo, usado en la gramática quechua, ha predominado en vez del determinado propuesto por el autor antes de hacer sus estudios comparativos.]

ani su hijo
uaáni nuestro hijo
niáni vuestro hijo y el de ellos.

Pero hay que notar dos cosas. La primera es que en la tercera persona del singular, *ani*, por ejemplo, se dice bien si se habla de un varón, por ejemplo, del hijo de Pedro, etc. Pero si tiene relación con hembra se debe decir *yuáni*, su hijo o el hijo de ella. La segunda cosa es que las partículas que indican la segunda persona y tercera del número plural son siempre las mismas y no se distingue el cambio de sentido sino de las circunstancias.

Diré una cosa extrañísima, pero sin embargo verdadera. En la lengua de los tamanacos también los adverbios y otras partes de la oración se declinan, con tal de que vayan unidas a los pronombres posesivos, como diremos en el capítulo IX § 6.

Rigurosamente hablando, los orinoquenses no tienen nombres superlativos. Hacen, sí, uso de ciertas partículas que postpuestas a nombres los hacen superlativos. Las partículas, por decirlo así, superlativas son diversas. Los maipures usan la partícula *miné: cuné* dulce, *cune-miné* dulcísimo. Los otomacos, en vez de la partícula *miné*, usan la postposición *amó*. *Tenúna* bueno, *tenúna-amó* buenísimo. Los tamanacos ponen para ello *tivá*, v. gr. *patcurbe-tivá*. Pero la dicha partícula, según el genio de su lengua, más que superlativos hace aumentativos. *Ottomácu-tivá* un otomaco grande, *yeye-tivá* un árbol grande, etc.

[166] Los orinoquenses carecen aún de comparativos, y su lengua se parece en esta especie de nombres al hebreo. Universalmente, cuando una persona es comparada con otra, lo sustituyen con las negaciones, y en vez de decir fulano es mejor que el otro, dicen fulano es bueno, mengano es malo. Aunque por decirlo todo, también en esta suerte de nombres tienen ciertas partículas que acaso usan para realzar mejor la confrontación de una cosa con otra. Los tamanacos se sirven de la partícula *yepóye* encima; por ejemplo, *patcurbe amáre taurekemó yepóye* tú eres bueno por encima de los otros. En el maipure corresponde a *yepóye* la partícula *ituá*. *Cuné piturá pauria camonée ituá* tú hablas más dulcemente que los otros.

Son en cierto modo franceses los diminutivos de los orinoquenses. *Tiniokí-isi* mujer pequeña; *maipuri-isi* maipure pe-

queño, etc. Las cuales partículas diminutivas proceden del adjetivo *matísi* pequeño. Dígase lo mismo de los tamanacos, a cuya lengua, para quitar la confusión, traduzco las antedichas palabras: *aicá-putke, maipur'butké,* etc. Pero estas no son en sustancia sino las últimas sílabas de la palabra *cuyuputké* pequeño. De su sinónima *cuyupchá* forman otras que usan como hipocorísticos y de mimo: *mure-chá* niñito, *aute-chá* casita, etc.

Ninguna nación orinoquense que yo sepa, excepto la tamanaca, tiene nombres peyorativos. Su señal es la partícula postpositiva *taye: aicá-táye* mujerona, *maipúri-taye* maipure despreciable, etc. Y he aquí en estas palabras un escollo en el que la honestidad del hablar orinoquense, privado, como ya dije, de imprecaciones y blasfemias, peligra muchas veces. Es tan frecuente en boca de los tamanacos el dicho *taye,* que la edad tierna, acostumbrada siempre a [167] oirlo, no tiene repugnancia de usarlo para desahogar la ira incluso contra las personas más respetables. *Ochu-taye* madraza, *papa-taye* padrote, *nachútu-taye* hermanota, etc.

Los relativos el cual, la cual, etc., no los conocen los orinoquenses. Sin embargo usan en vez de ellos expresiones tales que equivalen muy bien a las nuestras. En tamanaco hace las veces de relativo la partícula *manechí,* v. gr. *Pare Cabruť-po manechí patcurbe* el Padre que está en Cabruta es bueno. Pero acaso por laconismo usan el final solo, v. gr. *Chongaic-pe itedjeti Pare nepúi nechí?* ¿cómo es el nombre del Padre que ha venido? Los maipures, en vez de la susodicha, usan la partícula *ri,* v. gr. *maisuiniri caniacáu, tacáu catti-ke* quien es malo va al infierno. Finalmente, tanto tamanacos como maipures y otros, tienen tanta abundancia de participios que pueden enlazar una parte de la oración con la otra más fácilmente que nosotros.

Suplen de modo semejante con partículas el distributivo cada. En tamanaco se dice *pené,* v. gr. *maria cannuchí tevin-pené auanaréc-ne* daré a cada uno un cuchillo. En maipure: *nutáa nike mánuri pakiáta nipinuá,* etc.

[168] ## Capítulo VII

De los pronombres, de los verbos y de los participios.

El amor a la brevedad en cosa por sí extensísima debe hacerme necesariamente oscuro alguna vez. Lo veo, pero yo doy un ensayo de las lenguas orinoquenses, no compongo gramáticas. Por esta razón, dejando los pronombres llamados primitivos para otro lugar, comienzo a hablar de los posesivos. Ninguna nación tiene comunmente los pronombres posesivos, al menos claros y separados. Dije comunmente para exceptuar a los maipures, que los tienen: *nuke* mio, *pike* tuyo, etc.

Hay, pues, ciertas partículas afijadas a las palabras que indican el posesivo. Estando en la lengua de los sálivas al principio de las palabras, fueron llamadas por los primeros compiladores de esta lengua partículas iniciales. Pero pudiendo estar en otras lenguas indias también al fin, yo les doy el nombre de partículas de los posesivos, o las llamo signo de estos.

I) En primer lugar en muchas palabras tamanacas los signos pronominales se hallan al fin. *Yeye* árbol, *yeye-ri* mi árbol; *maria* el cuchillo, *maria-ri* mi cuchillo, etc.

II) Las voces que comienzan por vocal tienen las partículas del posesivo al principio y al fin. *Apoc cháne* maza o macana, *yapoc-chanári* mi maza, etc.

Si en todas las palabras se pudiera seguir esta regla, la fatiga para quien las aprende, sería en parte ligera por la uniformidad. Pero no es siempre así. Es preciso exceptuar muchos otros vocablos. *Aute* casa, *jéuti* mi casa; *aponde* silla, *yapóni* mi silla, etc.

[169] III) Indicio del posesivo tuyo es la letra *a* prefijada a las palabras como de la tercera persona es signo la *i*. *Amariari* tu cuchillo, *imariari* su cuchillo. Estas partículas de posesivo en la lengua de los tamanacos sirven también para el número plural, el cual únicamente se descubre en la terminación de las palabras. Véase en el capítulo VI la inflexión de la palabra *apóto*. No es tan complicada la lengua de los maipures, al menos en muchas de sus palabras, y la señal del posesivo la tienen generalmente sólo al principio. *Nuáni* mi hijo, *piáni* tu hijo, etc., como se ve por la flexión presentada en el citado capítulo. Las iniciales *nu*, *pi*, etc., son las primeras sílabas de los primitivos *nuya*, yo, *pia* tú, etc.

Es tan familiar para los orinoquenses contraer con esta clase de pronombres toda palabra, que raras veces se oye una expresión que se pueda decir absoluta. No dicen nunca, por ejemplo, me duele la cabeza, sino mi cabeza me duele, me duele mi ojo, etc. He aquí la traducción en maipure: *cavi nukirri, cavi nupurikí.* Algunos han creído, por consiguiente, que estas lenguas están privadas de expresiones absolutas. Pero eso no es verdad, y las tienen muy bien, como nosotros. Sólo que por propiedad de hablar, y por amor a la brevedad, las usan contraídas. En lo cual, según me parece, imitan a nuestros campesinos, para los que, a semejanza de los orinoquenses, son familiares las palabras *mogliema, moglieta,* etc. Ya veo que estas son rechazadas por los letrados. Pero en las lenguas orinoquenses son buenas, conforme a su carácter y aprobadas por el uso.

Por lo demás los orinoquenses tienen por cierto los nombres absolutos. Comencemos por los tamanacos, en cuya lengua terminan comunmente en *te. Maute* [170] boca, *mdari* mi boca; *pete* frente, *peri* mi frente, etc. Pero no se infiere de esto que todas las palabras deban terminarse en sentido absoluto con *te.* También terminan de modo distinto. *Itóto* indio, *uapto* fuego, *capu* cielo, etc. Pero deben terminarse con *te* sólo aquellas voces que comunmente se usan contractas por los indios y distinguidas con los signos del posesivo. Tales son las aducidas arriba, a las cuales, si han de contraerse, se les quita la sílaba *te.*

En vez de esta los maipures usan la sílaba *ti,* v. gr. *arrutí* vestido, *nuarru* mi vestido; *yavatí* hacha, *nuyava* mi hacha, etc. He aquí, pues, que tanto los tamanacos como los maipures tienen voces absolutas en sus lenguas. Y he aquí también que al contraerlas, tanto los unos como los otros, usan partículas al principio. Para comprender ahora que las lenguas del Orinoco son en gran parte uniformes, hay que notar que en el idioma de los maipures se usan a veces también al fin de la palabra. Pero siendo varias las terminaciones, se requiere buena memoria para recordarlas. *Yucuá* lengua, *nuyucuáre* mi lengua; *camonée* gente, *nucamonerre* mi gente; *mánuri* cuchillo, *numánure* mi cuchillo; *cuyarúta* papel, *nucuyaruté* mi papel; *menití* campo, *numenéne* mi campo, etc. Tenemos, pues, que tanto el tamanaco, como el maipure, lenguas hermosísimas entre las orinoquenses, son semejantes en esto.

La terminación de los absolutos tamanacos en *te* me trae a la mente una cuestión que oí tratar varias veces por los misioneros.

Y es si los orinoquenses tienen nombres sustantivos abstractos, v. gr. blancura, belleza, etc. Se funda la duda en el uso, frecuente entre los indios, de contraer las palabras con los pronombres. Pero yo sé por cierto (aunque otro piense lo que quiera) [171] que algunos orinoquenses los tienen. He aquí ejemplos clarísimos en las palabras tamanacas *kechíte* y *keictiváte* grandeza, *aremutunde* blancura, etc. Hélas aquí contractas: *veróro tenéi akére cáidje ikechilí*[1] he visto un perro, como el tigre su grandeza, esto es, de la grandeza del tigre. *Cáreta cáidje itaremùtunú* como el papel su blancura. Los maipures, que yo recuerde, no hacen uso de los abstractos. Su habla, aunque graciosísima, es más sencilla que la de los tamanacos. Y baste esto acerca de los pronombres. Digamos algo de los verbos.

Los maipures no tienen más que dos conjugaciones. La primera es de los activos. La segunda abraza los pasivos, a la cual reducen los neutros también. Por el contrario, la lengua de los tamanacos requiere una enorme fatiga para aprender los verbos. Las conjugaciones son múltiples. Tiene verbos que terminan de modo uniforme, y otros que diferentemente. Los irregulares son no menos intrincados que numerosos, y hay tanta dificultad en todo, que en el tiempo que se aprende la tamanaca, se podrían aprender hasta diez lenguas semejantes a la maipure.

En primer lugar los tamanacos (lo que no usan los maipures) tienen verbos frecuentativos: *iterí* ir, *iteptarí* ir frecuentemente; *yacáramarí* decir, *yacaramaptarí* decir frecuentemente, etc. En segundo lugar los verbos terminan de diversas maneras: en *ri* como los antedichos, en *ru* como *yuru* dar, *yumecúru* barrer, etc. En tercer lugar, hay muchos verbos compuestos, y son de varias clases. Algunos tienen la composición al fin. Tales son los terminados en *potirí*. *Yeneri* mirar, *yepneotirí* mirar varias veces, etc. Otros tienen la composición en el medio. [172] *Yeméri* comer, *yemepóri* dar de comer, o decir a otro que coma; *yenéri* mirar, *yenepóri* decir a otro que mire, etc. En estos y semejantes verbos la partícula *po* es no menos concisa que viva y enérgica. Pero no son menos agradables las otras interpolaciones.

Ma es una partícula que significa acción; como se ve por ejemplo en el verbo *yepelmarí*, que quiere decir en resumen lo que decimos

1 [Usamos, como ya indicamos antes, la grafía *dj* para indicar la palatal sonora africada que el autor escribe a la italiana con *g*.]

en muchas palabras: hacer fructífero. *Anec-pe yeye nepelmái?* ¿Quién ha hecho fructífero al árbol? *Ca* o *ga* significa quitar, v. gr. *anec-pe yeye nepelgái?* ¿Quién ha quitado el fruto del árbol? *Ta* significa neutramente una cosa, v. gr. *chongaic-pé yeye nepetái?* ¿Cómo se ha convertido en fructífero el árbol?

En cuarto lugar: de todo nombre se puede hacer un verbo: *patcurbe* bueno, *patcutarí* hacerse bueno; *tamanacu* tamanaco, *tamanacútarí* hacerse tamanaco, etc. En quinto lugar el verbo comer en nuestra lengua, y en otras muchas, no es más que uno. En tamanaco es distinto según la cosa que se come. *Yacurú* comer pan o cazabe, *yemerí* comer frutos o miel, *yanerí* comer carne, etc.

En sexto lugar, son muy graciosos y expresivos los verbos compuestos de *ipiri* querer, v. gr. *yenéri* ver, *yeneripíri* querer ver, etc. En séptimo lugar, la partícula *re* tiene en tamanaco el mismo significado que en latín y en nuestra lengua: *tenechí* veré, *teneic-re* re-veré o volveré a ver; *techá* voy, *techaré* vuelvo, etc. En octavo lugar, son muy extraños y en nada conformes a nuestro modo de hablar los verbos negativos. En tamanaco no se dice no voy, no oigo, etc., sino no soy vidente, no soy oyente, etc. [173] He aquí los ejemplos: *eneprá uochíi, anitaprá uochíi,* etc.

En noveno lugar, supe por el P. Olmo, antiguo misionero de los yaruros, que este modo de hablar se usa en la lengua de estos también en las formas positivas, v. gr. *leeis* sois oyentes, *arais* sois arantes, etc. Infiérese de aquí que los yaruros, fuera del sustantivo no tienen otros verbos conjugables. Finalmente los tamanacos tienen el participio, como lo usan los griegos, también en los verbos sustantivos.

Capítulo VIII

De las otras partes de la oración.

Las partículas indeclinables que se anteponen a los nombres y que llamamos en nuestra lengua preposiciones, en las lenguas orinoquenses son constantemente postpuestas, y se deben llamar postposiciones. Pero según los diversos lenguajes son varias. Demos alguna muestra: en Roma, *Roma-po* en tamanaco, *Roma-ki* dicen los maipures, etc.

Pero las partículas postpositivas son tantas cuantas son de ordinario las cosas a que convienen, y es necesaria mucha memoria para retenerlas. Una se usa en un caso, otras en otros. *Pépuri-icutí* en el prado, *yapa-ibatí* en el monte, *aa-pakití* en el árbol, *ipiná-iatí* en la plaza, *aamaike* en la selva, etc. Así dicen los maipures.

Los adverbios, que en nuestra lengua se forman de los adjetivos, en las lenguas del Orinoco no son diversos de los nombres. *Cuné* dulce y dulcemente, *sonirri* bueno y bien, etc. Y lo que digo de las citadas voces maipures dígase lo mismo de las tamanacas y de las otras. Usan también [174] adverbialmente algunas voces que no vienen de los adjetivos: *upié* mañana, *aaraári* aquí, etc.

Pero postponen también muchos adverbios al modo de proposiciones: *nunava nicapí* lo he visto acaso, *nunavápanicá* plegue al cielo que él venga, etc. Adverbios comparativos y superlativos no los hay en estas lenguas sino en el sentido que hemos explicado en el capítulo VI. *Sonirri-miné* significa también muy bien, *cuneminé* muy dulcemente etc. Estas maneras de superlativizar se suplen en tamanaco con una partícula afijada al fin de las palabras: *patcurbe* bueno y bien, *parcurbéne* muy bien; *tic-poré* dulce, *tic-poréne* dulcísimamente, etc.

Los maipures han separado el adverbio *solamente*, v. gr. *ussi piná* solamente cazabe. En el tamanaco es una partícula afijada a las palabras: *ute* el cazabe, *utetpe* solamente el cazabe, etc. El adverbio hoy significa también ahora. De aquí nacen acaso oscuridades al hablar. Los tamanacos, después de haber dicho *amenáre* hoy, si quieren decir en esta hora, añaden *chenérepé*, esto es, en este punto. Los adverbios interrogativos por qué, etc., no son sino un compuesto de palabras. *Iti pare umári* es el por qué de los maipures, y quiere decir qué cosa es lo que hace, v. gr. *íti pare umári nuca pitacáu?* ¿Qué cosa hace que no vas? En tamanaco se dice *chonuarái-paké*, y quiere decir a semejanza de qué, v. gr. *chonuarái-paké iteprá machíi?* ¿A semejanza de qué no has ido?

El adverbio afirmativo *sí* lo tienen pocas naciones. Los avanes, y por imitación algunos de los maipures, dicen *saye*, o también, al uso alemán, *ya*. Los payures *ayé*. Pero estos, si no me equivoco, son los únicos que entre tantas naciones tienen un modo de afirmar [175] articulado. Universalmente el afirmar de los otros es semejante al de los campesinos o al de persona que tiene vergüenza de hablar. Cuando tienen que decir que sí levantan los ojos como muchachos,

o salen del apuro con cualquier vocal, sola o redoblada. Los otomacos dicen *aa*, los maipures, más animosos, *u u*, o también *u u ya*, los tamanacos *u* simplemente.

Los maipures tienen el adverbio *no*, y se dice *nuca*, v. gr. *nuca nuyása* no quiero. Los tamanacos no lo tienen separado y subsistente por sí solo, sino que de la voz *ipurá*, que quiere decir no hay, sacan la partícula negativa *prá*, y para hacer uso de ella hay que saber otras muchas voces. No quiero *anipiprá*, y entra el verbo *ipirí* querer, *utéripiprá* no quiero ir, y se compone del verbo *iterí* ir, etc. En suma, no dicen nunca no sino por largos ambages.

Las partículas negativas son siempre afijadas a las palabras principales, y tanto los tamanacos como los maipures tienen de ellas hasta hartarse. *Uotoprá* no hay pescado, *uoto punire moche* esto no es pescado, *tamdjúne ure uoto mnarbaké* tengo hambre porque no hay pescado. En la primera entra la partícula negativa *pra*. En la segunda, *puní*. En la tercera, *mna*. Y todas son tamanacas. Los maipures tienen las partículas negativas *ma* y *teni*. Hélas unidas en una sola palabra: *maarrutení* que no ha vestido; *manumacutení* que no tiene boca. *Pama* y *maca* son también partículas negativas.

En una nación de niños, como son los orinoquenses, parece que habrían de ser muchas las interjecciones. Y sin embargo, con sorpresa mia, son muy pocas. Las indicaré todas en su lugar.

[176] El hablar orinoquense, como conciso y lacónico, no tiene necesidad de demasiadas conjunciones. Las copulativas con *e y* en tamanaco valen lo mismo. *Amare ite Antonio yakére* ve tú y Antonio, esto es, con Antonio. Los maipures tienen separada la partícula todavía, v. gr. *nuya niacá* yo aún. Los tamanacos no la tienen en la manera susodicha, y hace las veces de dicha conjunción una partícula postpositiva añadida a las palabras. *Ure* yo, *uretpere* yo aún. Las disyuntivas o, o sea, etc. no las tiene ninguna nación. En vez de decir vaya Pedro o Juan, los tamanacos dicen: *Pedro itechí; crere itemnár-yave Juani itechí*, esto es, irá Pedro, si él no va, irá Juan. A modo también de postposición tienen la conjunción suspensiva aunque. Tienen el si, pero no es distinto del cuando, v. gr. *utemnar-yave Cabrut-pona, uoto uoché techí* si no voy a Cabruta (es decir, cuando yo no vaya a C.), iré a pescar. Algunas otras conjunciones se tocarán más abajo.

Capítulo IX

Ensayo de la lengua tamanaca.

§ 1. – Del nombre.

Las declinaciones de los nombres son siete. La primera termina en el singular en *e*, en el plural en *nemó*. *Notpe* vieja, *notpe-nemó* viejas; *tambake* viejo, *tambagénemó* viejos. La segunda tiene el singular terminado en *o*, y el plural en *nomó: paitó* joven, *paitonomó* jóvenes; *apóto* cacique, *apótonomó* caciques. La tercera tiene el número [177] singular con terminaciones diversas, pero el plural termina constantemente en *kemó: tamanacu* un tamanaco, *tamanackemó* los tamanacos; *taurére* otro, *taurekemó* los otros.

La cuarta es de los nombres que terminan en el singular en *eme*, en *ke* o también en *ge*,[1] los cuales tienen el plural en *amo: taremuc-néme* blanco, *taremuc-námo* blancos; *pongéme* español, *pongámo* españoles; *tonnaké* el que tiene nariz, *tonnacámo* los que tienen nariz, etc. A estos se reducen *moche* este y esta, *moc-chámo* esto y estas; *patcurbe* bueno y buena, *patukiámo* buenos y buenas. La quinta tiene el plural en *ptui: cuyupchá* pequeño, *cuyuptúi* pequeños; *mure* niño, *mneptúi* niños.

La sexta es sólo de cosas inanimadas, y tiene el plural terminado en *cne*. *Chene* esta cosa, *chenéc-ne* estas cosas; *taurére* otra cosa, *taureréc-ne* otras cosas; *yeye* árbol, *yeyéc-ne* árboles. Estos mismos nombres, por lo demás, si se contraen con las partículas de los posesivos, deben terminar en el número plural en *kemó: yeyergemó* mis árboles, *matargemó* mis tierras, etc. La séptima declinación es de los pronombres relativos él, etc. Estas palabras tienen el singular en *re* y el plural en *moro*. *Nare* o también *crere* él, *namóro* o *kiamóro* ellos, etc. Es irregular el nombre *mneri* hijo, cuyo plural es *múcuru* hijos.

Las partículas equivalentes a los pronombres hacen las veces de nuestros artículos y signos de caso. En el nominativo unido a los aoristos, de los que hablaremos más adelante, se usa la partícula *uyá*, v. gr. *apóto uyá teneché* el cacique ha visto, etc. El

---

1 [No hay que decir que esta *g* es la velar sonora, con el mismo valor que delante de *a*, *o* en nuestra lengua.]

genitivo de posesión todas las naciones del Orinoco tienen la costumbre de anteponerlo [178] al modo latino. Por lo cual el campo del cacique v. gr. se dice *apóto matarí*. La primera palabra significa cacique; la segunda es tanto como decir mi campo, y resulta en consecuencia que la partícula posesiva *rí* hace las veces del artículo del. En el dativo suple de modo semejante la partícula *uyá*. *Pare uyá nacaramái* se lo ha dicho al Padre, etc. En el acusativo no se usan artículos: *pare nenéi amatarí* el Padre ha visto tu campo. Nótese en la voz *pare* sin artículo que el nominativo no tiene necesidad de él sino en los aoristos solamente. En el vocativo no se usa ningún artículo, pero en el ablativo sirve para distinguirlo la partícula *vine*, v. gr. *pare vine vepúi* fui a casa del Padre.

Ya hemos hablado de las partículas que suplen a los pronombres relativos de persona. Mas para las cosas inanimadas sirve la partícula *maíri*. o bien la última sílaba, v. gr. *chonbé more taremuc-ne maíri?* ¿Qué cosa es aquello que blanquea? *Tecapé maría tanáre nachiíri?* ¿Dónde está el cuchillo que estaba aquí? etc.

§ 2. – Del pronombre.

Primitivos: *ure* yo, *amare* tú, *make* aquel, *yumna* nosotros, *amñamóro* vosotros, *mukiamo* aquellos. Además de estos hay otros como segundos pronombres primitivos, equivalentes en muchas cosas a los ya dichos: *uyá* yo, *a mí*, le o la; *auyá* tú, a ti; *iteuyá* él, ella, a él, a ella; *yumna uyá* nosotros, nos; *auyac-ne* vosotros, os; *iteuyac-ne* aquellos, aquellas, a ellos, a ellas. Sobre los posesivos que comienzan en consonante reléase el [179] capítulo VI, y para los que comienzan en vocal el capítulo V, en el que está la palabra *apóto* reducida a todas las flexiones que tiene.

§ 3. – De los verbos.

Las conjugaciones de los activos son siete, cuatro de las cuales son regulares. La primera comienza con su infinitivo en *ya* y termina en *ri: yacaramarí* avisar, *yatterí* cortar, etc. La segunda tiene el principio en *ye*, v. gr. *yenéri* ver, *yeméri* comer, etc. La tercera principia con *yo*, v. gr. *yopcarí* romper los leños, *yocori* cortar carne, etc. Comienza la cuarta con *yu*, pero termina en el infinitivo con *ru*, v. gr. *yúru* dar, *yumecúru* barrer, etc.

Es irregular, pero reducible al *yi* la quinta conjugación de los verbos activos, que terminando en *ri* tienen el comienzo con la letra *i*, v. gr. *ipiri* querer, a la cual se reduce también el verbo neutro *itimurí* llorar. Sería yo inacabable, y más que historiador un minucioso gramático si, para aburrimiento de los lectores ordinarios, presentase también un esbozo de estas conjugaciones.

Demos sólo una muestra en uno de los pretéritos, abrazando en poco lo mucho que se podría decir. *Tacaramái* he avisado, *tenéi* he visto, *tocói* he cortado, *tui* he dado. En esta primera persona el verbo *ipirí* hace *ipii* he querido. *Macaramai* has dicho o avisado, *menéi* has visto, *mocói* has cortado, *mui* has dado, *mipii* has querido. *Nacaramái* ha dicho, etc. Y nótese que la tercera persona tiene siempre el distintivo en *na*, o bien el *ya*, el *ne*, *ni*, *no*, *nu*, según la cualidad de los verbos.

[180] La sexta conjugación es irregular y comienza por consonantes diversas: *puturú* pensar, *maic-carí* burlar, etc. Redúcese sin embargo a las otras: *putúi* he pensado, *mbutúi* has pensado, etc. Los pasivos son de dos clases, y forman la séptima conjugación y la octava. La primera clase de pasivos se conoce por las primeras sílabas, que son ordinariamente estas: *uachá*, *ueché*, *uochó*, etc., y estas sílabas iniciales se ponen cuando los activos regulares se vuelven pasivos. *Yatterí* romper, *uachatterí* romperse, etc. La segunda conjugación es la de aquellos pasivos que se forman de los verbos activos que comienzan por consonantes. *Puturú* saber, *uatputurú* saberse; *tucurú* terminar, *uotucurú* terminarse.

Los neutros terminan de ordinario en *murí*, pero son reducibles a las conjugaciones de los activos o de los pasivos. *Itimurí* llorar, *uaitimurí* andar, *uarétimurí* bailar, etc. Reduzcamos los segundos: *uarérimúi* he bailado, *muarérimúi* has bailado, etc.; *uaitimúi* he andado, *muáitimúi* has andado, etc.

Por el comienzo de un verbo se conoce, como he dicho, la voz pasiva, y no es más que la inicial del verbo sustantivo *uochirí* ser, combinada diversamente. Lo que sucede también en la lengua maipure, y quizá también en todas las otras del Orinoco, si bien se mira. El antedicho verbo sustantivo se hace semejante al *fio* latino cuando en vez de *uochirí* se dice *uoic tarí*, y es la raíz, digámoslo así, de los verbos terminados en *tarí*, v. gr. *pongémtarí* hacerse español, *tamanácutarí* hacerse tamanaco.

Los modos de los verbos orinoquenses son de muchas formas. Hay en ellos todos los nuestros, y tienen también otros que en nuestras lenguas no se usan. Además del imperativo hay el prohibitivo. *Yaccaramaké* [181] di tú, *tanaccaramái* no digas, etc. Como además los verbos comienzan de modos diversos en el singular, según la diversidad de las personas, también en el plural son diversos en la terminación y también en el comienzo. *Taccaramái* dije, *maccaramái* dijiste, *naccaramái* dijo, *maccaramattéve* dijísteis, *naccaramatomne* dijeron.

He dejado de lado con intención la primera persona del plural para hablar de ella aquí con más detalle. Ya se acuerdan mis lectores de lo que en otro lugar hemos dicho sobre los diversos números de los nombres tamanacos. Y lo mismo ocurre ni más ni menos con los verbos. Y he aquí el ejemplo en la voz arriba aducida: *yumna naccaramái* dijimos o manifestamos, dirigiéndose a persona que no nos toca. *Kek-chacaramói* nosotros dos dijimos, *kek-chacaramatéve* nosotros determinadamente dijimos, etc.

Los tiempos de los verbos son admirables y de una precisión indecible. El presente de indicativo es de dos clases. Los pretéritos son cuatro. Digamos algo de estos. El primero se usa para las cosas que han sucedido en un día: *tenéi* he visto, exactamente como en italiano. *Teneyac-ne* vi. Tampoco nos separamos demasiado los italianos en esto. Pero debe advertirse que este pretérito no se adapta sino a cosas pasadas en el curso de dos o tres semanas.

Si lo que se dice está más alejado, v. gr. uno, dos, tres, seis o más meses, hay que acudir al tercer pretérito: *tenéine* vi antes. Pero si las cosas que se cuentan están muy alejadas de los tiempos que corren (como ocurre no raras veces en los relatos de los viejos), si se quiere hablar esmeradamente, es preciso un cuarto pretérito para referirlas, v. gr. *murepé* [182] *uochir-yave tenerimyac-ne* vi en mi infancia, etc. En mi gramática manuscrita llamé próximo al primer pretérito, remoto al segundo, más remoto al tercero y remotísimo al cuarto.

El aoristo de los griegos significa un tiempo pretérito, pero indefinido. También este lo tienen los tamanacos, pero sin flexión alguna: *teneché uyá* he visto, *auyá teneché* has visto, etc., como más arriba en los pronombres. Los futuros son de tres clases, pero para quien no escribe gramáticas son demasiado largos de repetir.

§ 4. – De los participios.

No hay acaso ninguna otra lengua tan abundante en participios como las orinoquenses. He aquí los activos: *yenenéi* el que ve, *yeneinnamó* los que ven. Este participio es no menos de presente que de futuro, y vale como en latín tanto el *videns* como el *visurus*. He aquí otro desconocido para los antiguos latinos: *nenéri* lo que veo, *anenéri* lo que ves, etc. El siguiente fue conocido, pero no tuvo una extensión tan grande: *nenetpe* lo que vi, *anenetpe* lo que viste, etc. *Nenedjéti* lo que vi varias veces, etc.

Para los pretéritos de voz pasiva tomemos los ejemplos del verbo sustantivo, que se conjuga de la misma forma. *Uoichéme* el que es, *uoichámo* los que son. *Ac-nei*, y en plural *achiinnamó*, es participio no menos de pretérito que de futuro. *Uoc-chéti* y *uochitpe* son sólo de pretérito y significan el que ha sido.

[183] § 5. – De las postposiciones.

Pau-pó en la isla, *pau-poná* a la isla, *pau-vine* desde la isla, *pau-póire* para la isla. La postposición *po* es raíz de muchos nombres: *pau-ponó* isleño, *nono-poné* terrestre, *cap-ponó* celeste. *Aute-yave* en casa, *aute-yacá* a la casa, *aute-vine* desde la casa, *aute-yákere* para la casa, etc. *Tuna-quove* en el río, *tuna-uacá* al río, *tuna-vine* desde el río, *tuna quákere* por el río. De aquí nacen también otros nombres adjetivos: *yuc yaonó* silvestre, *tuna quaonó* acuático, etc.

§ 6. – De los adverbios y de las partículas.

Los adverbios que vienen de los adjetivos, como ya he dicho, no son distintos de los nombres, pero lo son los otros. *Cure* pronto, *achaváre* despacio, etc. Los maipures no tienen los adverbios de número, pero los hay en la lengua de los tamanacos: *tevinimnaretpe* una vez, *ac-chakemnaretpe* dos veces, etc. El adverbio *paké* encima, como también la postposición *yakére* con, tienen una especie de plural.

Yakére conmigo
avakére contigo
itakére con él o ella
cakére con nosotros dos

cakérec-ne con nosotros, siendo personas determinadas
avakérec-ne con vosotros
itakérec-ne con ellos.

[184] Dígase lo mismo de la partícula *paké*, etc. Se usa también en sentido absoluto: *akéreté, pakéte*, etc.

Frecuentemente se oye en boca de los tamanacos el adverbio por favor. En su lengua se dice *paye*. Llamadlos, entonces, bárbaros. *Cure paye mepuchí* por favor vendrás enseguida, *patcurbe paye yacaramaké* por favor cuéntame bien esto, etc.

Pero lo más hermoso de esta lengua, y de todas las demás del Orinoco, son las partículas. *Papa-puní* mi difunto padre. Cuando se especifica el nombre de un difunto se usa otra, esto es, la partícula *panó*, v. gr. *Caravána-panó* el difunto Caravana, *Aramacotto-panó* el difunto Aramacoto, etc. La partícula *tpo* cambia mucho los sentidos de las palabras y los varía con mucha gracia. *Mata* campo habitualmente cultivado, *matatpe* un campo abandonado, *yatkemóri* mi ropa, *yatkemóritpe* la ropa que fue mia.

La partícula *ne* da a las palabras un sentido gracioso y conciso: *puitte ure, puitté-ne* soy sabio, y sabio de verdad. En las lenguas orinoquenses hay de modo semejante la partícula interrogativa (en latín *ne*). En tamanaco se dice *ca*, v. gr. *Pedro-ca nachíi?* ¿Acaso fue Pedro? Así la explico para darle algún sentido en nuestro hablar. Pero si la cosa lleva consigo duda y es necesario el adverbio acaso, también usan este los tamanacos con mucha gracia, y hélo aquí literalmente en el ejemplo aducido más arriba: *Pedro-ta maná nachíi?*

§ 7. – De las interjecciones y de las conjunciones.

No sé, ni he oído nunca, sino sólo tres interjecciones. *Ca* o *uá* es interjección de quien se [185] maravilla. En los dolores súbitos dicen *acayá*, y estas son, como digo, las únicas. Sino que por interjección o por mimo las mujeres dicen bastante frecuentemente *me*.

De las conjunciones dijimos mucho en el capítulo octavo. He aquí otra: *yuc yavére patcúru cristiano, petkebra adjiptaprá* un buen cristiano, aunque esté en el monte, no hace el mal. Toda la fuerza de la partícula adversativa está en el *re* postpuesto al *yave*. Pero digamos la verdad: las lenguas orinoquenses, aunque muy graciosas, no tienen demasiadas conjunciones aptas para sostener una frase durante largo tiempo.

Capítulo X

Ensayo de la lengua maipure.

La lengua maipure, aunque según el común pensar más sea graciosa y expresiva que todas las demás orinoquenses, no es sin embargo tan rica como la tamanaca ni tan necesitada de reglas. He aquí las principales.

§ 1. – Del nombre.

Las declinaciones de los nombres maipures son tres: dos de los absolutos y una de los contractos. La primera termina de diversas maneras en el número singular, pero en el plural termina constantemente en *ne*. *Otomacu* un otomaco, *otomacuné* los otomacos; *pecanáti* un cacique, *pecanátiné* los caciques. La segunda en el número plural tiene la desinencia en *tepé*, v. gr. [186] *tumetekí* muchacho, *tumenetepé* muchachos, *mattisi* pequeño, *mattitapé* pequeños, etc.

La tercera, que he llamado de los nombres contractos, está siempre ligada a los pronombres, primitivos o posesivos, y termina de ordinario en *ani* o también en *ni*. *Numinári* mi amo, *numináni* mis amos; *nutétacaná* mi compañero, *nutétacanáni* mis compañeros; *umakí* el que hace, *umakiní* los que hacen.

También en esta lengua las partículas iniciales de los pronombres, tanto posesivos como primitivos, hacen las veces de los artículos, pero sólo en el dativo y en el genitivo de posesión, como más arriba se dijo de los tamanacos, y como puede verse en los siguientes ejemplos: *ma nuke* me ha dicho, *pecanáti yuke* le ha dicho al cacique, etc. He aquí que el *nuke* y el *yuke*, mio y suyo, hacen aquí las veces de artículo. *Yucuá* lengua, *maipuri yucuáre* lengua de los maipures. Y en este ejemplo de la partícula postpositiva *re* tómese regla para los genitivos de posesión: esto es, que las partículas que indican el posesivo algunas veces están en vez de artículos.

§ 2. – De los pronombres.

Pronombres primitivos: *nuya* yo, *pía* tu, *ía* aquel, *yuya* aquella, *uaya* nosotros, *nia* vosotros, la cual voz significa también ellos y ellas. Equivalente a los primitivos son los siguientes pronombres:

caná yo, me o a mi, *capí* tú, te o a ti, *ke* él o le, *cau* ella o le; *cavi* nosotros y nos, *caní* vosotros, ellos, os, los, las, les. Evito la molestia de dar los ejemplos. De estos segundos pronombres a veces no usan más que la [187] sílaba final: *pinavá maré na?* ¿me has visto? *Navá mare pi?* ¿te ha visto?, etc.

Pronombres posesivos: *nuke* mio, *pike* tuyo, *yuke* suyo, *uaíke, veké* o *uayuké* nuestro, *nike* vuestro y suyo. Pero si estos posesivos se unen a cualquier nombre se usan reducidos, y se descubre el signo del posesivo en las primeras sílabas. Así por ejemplo no se dice *nuke anítu, nuke ani,* etc. Reléase el capítulo V, al fin.

En la tercera persona del número plural, como se ve por los ejemplos dados, los maipures no tienen una partícula diferente de la de la segunda persona del mismo número. Pero esta falta, que parece sustancial a primera vista, en la práctica no produce ninguna confusión. *Pare tarió nitámi* el Padre que vino con vosotros, si se habla a compañeros de viaje, si se habla a otros significará con ellos.

§ 3. – Del verbo.

Son sólo dos las conjugaciones de los verbos maipures, una de los activos, una de los pasivos, la cual sirve también para los neutros. Los activos terminan de ordinario en *a: navá* ver, *paá* tocar, *murruá* cavar, etc. Los pasivos se terminan en *au,* y toman esta desinencia del verbo sustantivo *caniacáu* ser o estar. He aquí en breve reducida a todos sus modos una conjugación de los verbos activos de los maipures.

Indicativo: *nunavá* veo, *pinavá* ves, *navá* ve, *uanavá* vemos, *ninavá* veis y ellos ven. He aquí el presente, [188] que se vuelve pretérito con el solo añadido de *ma. Nunavamá* he visto, vi, etc. Se hace futuro añadiendo la partícula *macú,* o bien *kiacó: nunavamacú* o *nunavá kiacó* veré, etc.

Imperativo. No es en nada distinto del presente de indicativo: *pinavá* mira, *ninavá* mirad. Pero también los maipures tienen el prohibitivo, como los tamanacos, y es la partícula *macá* postpuesta al verbo: *pinavá macá* no mires, *ninavá macá* no mireis.

Optativo. La partícula *panicá* (en latín *utinam*) hace el modo optativo: *nunavá panicá* Dios quisiera que yo viera, *pinavá panicá* etc. Esta forma de hablar, sin embargo, no se extiende al pre-

térito como en nuestras lenguas, sino que siempre significa una cosa futura. Lo mismo acaece también en la lengua de los tamanacos.

Subjuntivo. Este modo es muy restringido en las lenguas de todos los orinoquenses. El de los maipures tiene sólo dos partículas, esto es, *naá* y *macumá*. La primera equivale a nuestro si, la otra sirve para indicar tanto el tiempo pretérito como el futuro. He aquí ambas recogidas en una oración: *naá nutacáu aáma ike, nutúca-macumá pike catti* si hubiera ido o fuera al monte, te habría llevado o te llevaría leña. El cuando se expresa con la partícula postpositiva *uati*, v. gr. *numiári-uati timakí* cuando mate al pez, etc.

Infinitivo: *navá* ver. Si el infinitivo se une a otro verbo, dejan toda partícula, al modo de los franceses: *tacáu navá* ha ido a ver. Para ver se dice *navá nauná*, v. gr. *pitaá nuke sapo, nunavá-nauná nupuricú* dame el espejo [189] para mirar mi rostro. *Navá nicutí* una cosa en la que se ve, v. gr. *pitaá nuke anteojo nunavá nicú urrúpu* dame el anteojo para mirar las estrellas.

En el uso de los verbos maipures debemos notar varias cosas. I) Pocos verbos activos son los que terminan en *a*. Se exceptúan *vanacaré* mandar, *secánuni* saber, etc. Pero su conjugación no es diferente de la de los terminados en *a*. *Nusecácuni* yo sé, *pisecácuni* sabes, etc. II) En la tercera persona de todos los verbos, tanto activos como pasivos o neutros, los maipures tienen géneros, como en los nombres: *navá* él ve, se dice de un hombre, de las mujeres se dice *yunavá*. III) Todas las personas de ambos números tienen partículas pronominales por las que se distinguen entre sí, pero la tercera del singular, exceptuado el género femenino, no tiene ninguna señal distintiva, lo cual sucede también con los nombres: *nuáni* mi hijo, *piáni* tu hijo, *áni* el hijo de él, *yuáni* el hijo de ella, etc.

Esto no obstante, tanto en los nombres como en los verbos se usa a veces partícula postpositiva también en la tercera persona, v. gr. *nuca panavá. Keyápi, nuca paviá yucuáre*, etc. Pero este modo de hablar equivale a un verbo pasivo, o bien neutropasivo, y significa lo mismo que decir: no se ve la luna, no se entiende la lengua, etc.

Dígase de modo semejante de los nombres. La tercera persona sin ninguna preposición significa una cosa determinada, v. gr. *Pedro nuca turá ani-yuke* Pedro no habla a su hijo. Pero siendo cosa indeterminada que no pertenezca a persona particular, se añade al nombre la partícula *pa;* v. gr. *sonicaperri cristiano veyá*

paáni un buen cristiano reprende [190] a su hijo. IV) El verbo pasivo o neutro-pasivo, no es de conjugación más difícil que los activos. Tomemos el ejemplo del verbo sustantivo, a semejanza del cual se conjugan todos: *nucaniacáu* estoy, *picaniacáu* estás, *caniacáu* él está, *yucaniacáu* ella está, *uacaniacáu* estamos, *nicaniacáu* vosotros, ellos, ellas están; *nucaniamáu* estuve, *nucaniamacú* estaré, etc.

§ 4. – De las postposiciones.

Roma-icutí en Roma, *Roma-ike* a Roma, *Roma-iquá* desde Roma y para Roma; *peni-iatí* en tierra, *aá-epití* debajo del árbol, *cuyarúta ipatí* en el papel, etc. De estas postposiciones forman nombres también los maipures: *icutirri* lo que está dentro, *epitirri* lo que está debajo, etc.

§ 5. – De los adverbios, de las interjecciones y de las conjunciones.

Sobre las partes de la oración de que ahora tratamos los maipures tienen los mismos defectos que los tamanacos. Los adverbios sacados de los adjetivos no son distintos de los nombres. Son rarísimas las interjecciones, y poco o nada diferentes de las de los tamanacos. La partícula *niacá* « aún » equivale algunas veces al *e* subjuntivo. Lo que sirve de mucho para hacer no menos unida que fácil la lengua de los maipures.

Capítulo XI

Reflexiones sobre las lenguas orinoquenses.

Después de indicar de alguna manera tolerable las lenguas tanto de los maipures como de los tamanacos, no será fuera de propósito que yo haga algunas reflexiones sobre su belleza. Y si nos atenemos a la opinión de estos indios, no hay cosa más agra-

dable que sus lenguas. Toda nación orinoquesa sin embargo está sumamente enamorada del hablar que le tocó en suerte al nacer, y sea con razón o sin ella, lo prefiere tenazmente a cualquier otro.

Ya en esto son semejantes a todos nosotros. Pero al motejar a los otros lenguajes, su acento y los más menudos particulares, son singularísimos, llamándolos ininteligibles, sin gracia, bestiales e inadecuados al hombre. Así por ejemplo los tamanacos se burlan de los parecas y de los quaquas; los maipures de los avanes; los sálivas de los atures y de los piaroas; los caribes de todos los orinoquenses juntos.

Y en verdad no digo que en el considerar como vil la lengua ajena (que esto son debilidades de mente inexperta), sino en apreciar cada uno la propia lengua, tienen razón, si bien vista por ellos rudamente. Los misioneros que se han aplicado a aprenderlas, todos las alaban, y ninguno hay, con tal de que la sepa, que no la estime sumamente. Alaban en ellas principalmente la energía, la vivacidad de la expresión, el buen orden, la conexión y cuanto se admira en las más hermosas lenguas. He tratado a no pocas personas [192] que no las creen inferiores en nada a las nuestras.

Por mi parte, tengo pasión por ellas, y creo tener razón. No menos por necesidad de mi ministerio que por gusto que en ello sentía, las he hablado muchos años. Y aunque no encuentro en ellas todas las gracias que en las nuestras, manejadas por los doctos desde hace tanto tiempo, encuentro tales méritos, que no dudo de llamarlas bastante hermosas; y no creo que haya de oponérseme nadie que las conozca al menos suficientemente.

Es majestuosa la lengua de los tamanacos, abundante en declinaciones varias, y en conjugaciones diversas. Y en esto no son por cierto mejores nuestras lenguas. Como hemos dicho antes, no es tan copiosa la lengua de los maipures, es más bien muy breve. Pero esto no le quita un punto a su gracia ni a la estima en que se encuentra merecidamente ante todos. De la sáliva, que fue la primera conocida por los misioneros, oí siempre grandes alabanzas. Diría lo mismo, si se supieran perfectamente, de las otras lenguas.

Sin embargo todas estas lenguas no son perfectas en todas sus partes. Lo cual no debe producir maravilla en naciones que carecen tanto de libros como de maestros para instruirse, y de escuelas. Siendo todavía niña la república romana no tenía el latín el esplendor a que fue llevado por Cicerón y por otros contemporáneos de éste. La lengua italiana misma tendría todavía sus defectos si

hubieran faltado los estudios de los literatos para ilustrarla. Si se hiciera lo mismo con las lenguas indias, ¡qué pulimento no podría darse a sus expresiones! Yo no me las doy de indiferente para éstas [193] lenguas, sino que las alabo abiertamente, y acaso seré tenido por parcial. Pero oigan mis lectores las reflexiones que voy a hacer sobre ellas, y decidan libremente.

I) El hablar de los orinoquenses no es ordinariamente figurado, pero hay muchas voces primitivas que no pueden usarse sino por metáfora. A las partes diversas de los árboles les dan el nombre mismo que se suele dar a los miembros de un hombre. Llaman cabellos a sus hojas, brazos a sus ramas, nervios y fibras a sus raíces; y hablando de una planta, parece que hablen completamente de un hombre. Los tamanacos llaman a los dedos los hijos de la mano. Los mapoyes toman el nombre de los vegetales y los llaman los frutos.

Mas universalmente el hablar de los orinoquenses es escaso de figuras y de embellecimientos retóricos. Pero como el bello decir depende, más que de los preceptos, del genio de los oradores, algunos orinoquenses más ingeniosos usan a menudo de metáforas. Son recibidas con gusto por los otros, y si el autor logra favor, tienen luego boga entre todos. Yo las usaba, si bien parcamente, en las instrucciones que les hacía. Me abstuve de los tropos y de las figuras que saltando demasiado a la vista parecían afectadas aun a la gente más ruda. Pero por lo demás, me servía felizmente de ellas en los grandes asuntos, y cuando mis pobres salvajes parecían más conmovidos de lo acostumbrado.

II) El verbo decir es puesto por todos los salvajes dentro del período, o bien al final de éste. Esta manera de hablar se parece al latín, y es muy linda, pero así sólo se usa, y nunca al principio de una frase.

[194] III) No tienen partículas que lleven el subjuntivo, como en nuestra lengua, pero sin embargo son necesarias, atendida la naturaleza de su lengua.

IV) Tanto tamanacos como maipures, cuando cuentan una cosa que no han visto interponen una partícula por la que se conoce que la han oído, y equivale a nuestro se dice. *Ti* es la partícula de los tamanacos, *paré* o *paráu*, la de los maipures. Ejemplo del primero: *uóto uoché ti ndái*. Ejemplo del segundo: *ta paráu miá*

timakí. Las cuales expresiones literalmente traducidas vienen a significar: a pescar, se dice, ha ido. De estas partículas de los maipures, una se usa para los verbos activos, y es *paré*, la otra para los neutros simples y para los pasivos, y es *paráu*.

V) Generalmente hablando, soy del parecer de M. la Condamine[1] por lo que se refiere a la falta de algunas palabras, que como él dice, no se hallan en las lenguas de los americanos. Digo generalmente hablando porque las hay entre los mejicanos, según sé por persona eruditísima en la lengua de ellos.[2] Las lenguas orinoquenses, como encerradas entre montes, son pobres. Espacio, duración, sustancia, materia y semejantes son nombres que no se hallan. Los nombres de los entes metafísicos y también los de los morales, como también dice el citado señor, requieren varias palabras para explicarlos. No hay nombre propio que responda exactamente a los de virtud, justicia, libertad, etc. Todo es muy verdad. Pero debe también notarse que lo que de la ciencia de las palabras de los caciques en el alto Perú ha sido supuesto por M. la Condamine, puede también decirse de los indios del Orinoco.

[195] Algunos en el Orinoco, singularmente los piaches, hablan muy bien, y tienen voces no menos expresivas que propias, las cuales no saben los otros indios. La gente menuda, en las discusiones sobre la pureza en el hablar, que no son raras incluso en aquellos lugares, se remite al parecer de los elocuentes, y aunque pueda verdaderamente decirse que ciertas palabras no están en uso entre muchos indios, ninguno puede decir que no existan. Para dar una recta opinión, como faltan entre ellos libros, sería necesario haber hablado de todo y con todos.

Cada boca tiene sus palabras. Es escaso el lenguaje de los muchachos y de los jóvenes; más elocuente, más puro y más nuevo para quien lo escucha, es el hablar de los viejos, en cuyas bocas se oyen palabras de las que todos les creerían carentes. Es necesario ir en busca de asuntos varios de conversación para descubrir las palabras que se desea, y aunque con grandes esfuerzos, después de largos rodeos, se consiguen. No supe sino después de algunos años de vivir entre los tamanacos el verbo *yemnerí* alabar, y según

---

1 *Voyage à l'Amér. Mérid.*

2 El señor abate Gaspar Miraglia.

supe esta palabra, quizá se hallarían otras de las cuales, porque no nos son conocidas, decimos que no las hay. Supe también antes *uóite* envidia, *uónde* ligereza, etc. Y sin embargo no faltan personas que digan que son voces bárbaras para los orinoquenses.

VI) Todos los orinoquenses en las cosas que conocen son muy ricos en expresiones varias. Quedé muchas veces admirado de que gente educada en las selvas hablase tan bien. Son ordenadísimas sus lenguas, y llenas de graciosa armonía; y en todo su hablar demuestran un intelecto no sólo bueno, sino que su lengua, como las otras matrices, desciende de una antigua e intacta fuente. No raras veces comparo a los orinoquenses [196] a nuestros campesinos, pero en todo lo que no es lenguaje. Este se oye con placer a cualquiera.

Me pareció a mi mismo muchas veces que aquellos razonamientos que yo les hacía sobre la fe y sobre las costumbres cristianas no hubiera podido hacerlo mejores en la lengua española, que sin embargo se me había vuelto familiarísima. Es verdad que estas lenguas, por falta o por escasez de partículas conjuntivas, son por lo común inadecuadas para hablar periódicamente. Pero para el género de hablar por incisos son maravillosísimas, y sus expresiones son aptas para persuadir, llenas de jugo oratorio y de fuego. De este carácter son las tiradas que llaman *mirrái*. Los relatos sobre los varios puntos de historia, bien fabulosa, bien verdadera, que tienen de sus antepasados, y que conservan tenazmente en sus mente, son en todas sus partes hermosísimos.

VII) Los dichos proverbiales, aunque frecuentísimos entre campesinos, son del todo desusados entre los orinoquenses. Pero el hablar por semejanzas es frecuentísimo: *veróro cáidje iveñíti* tiene rabia de perro, etc.

VIII) Ciertas locuciones o propiedades específicas de las lenguas, llamadas por los doctos idiotismos, son muy perceptibles en las lenguas del Orinoco. Callar en tamanaco se dice *estar así*. *Ti catáve aic-ké* estate callado. El verbo doler falta en el tamanaco y en el maipure. El *caví* que se usa para significar el dolor por los maipure y el *moróne* de los tamanacos no son verbos, sino nombres. Nombre también es *uayocóre ure* yo febricitante. En maipure es verbo, pero equívoco: *numavacá* estoy mal o muero. Herir y matar es lo mismo en ambas lenguas: *miá caní* les ha herido o les ha ma-

tado. Lo que ocasiona a [197] veces confusión, y para quitarla añaden de persona muerta *mine mé* ya no existe.

Me alegro de verte se dice en maipure: *puite nunikiní nunavá capí* mi corazón contento, te miro. La expresión de los yaruros, que me ha sido comunicada por su exmisionero,[1] es muy semejante a ésta. Pero en vez de corazón alegre dicen corazón dulce, v. gr. *ma gei di coá dare meá* mi corazón está dulce de verte, etc.

Con mucho gusto, si viera la ventaja de ello, continuaría anotando los idiotismos no sólo de los yaruros, sino también de otros indios, si las locuciones indicadas no fueran bastante para conocer la índole de estas lenguas. Pero me abstengo de hablar más de ello. Mas pudiendo mi historia ir a parar a las manos de misioneros nuevos, no es supérfluo añadir que emprendiendo el estudio de las lenguas indias, no se crean encontrarlas semejantes a aquellas que derivan de la latina.

El francés, el español, el italiano, son lenguas venidas de una fuente común, y semejantes en mucho a la lengua madre. Pero de las lenguas indias no se sabe aún bien el origen, ni por qué medio ni cómo pasaron del antiguo continente a América. Por lo cual es necesario aprenderlas de manera que dejando toda especie de latinismo, no se crea que hay que obligarlas a servir a este contra la voluntad de ellas mismas. Yo, cuando comencé a aprender el tamanaco, fingí que no tenía idea de otras lenguas, y me resultó bien.

IX) Las lenguas del Orinoco: parece que han tenido variaciones no sólo con dividirse en varios dialectos, sino también en ciertas palabras usadas [198] por los antiguos indios y abandonadas después por los posteriores. Pero estas palabras, anticuadas en el habla común, son usadas todavía en los cantos y en los viejos relatos, que no cambiaron. Son también de antigua fecha los nombres de varios lugares. Entre los tamanacos terminan en *ima*. *Pavichíma* es un lugar de paujíes o de pavos reales orinoquenses, *Creponoíma* lugar de ánades, *Ponéima* lugar de caribitos, etc. Hoy día se dice *Pavichí-patalí*, *Creponó-patalí*, etc. Es palabra de igual modo antigua *Caricur-yéni*. Ahora se dice *Caricur-yéuti*,

1 El señor abate José María Forneri.

esto es, la casa de oro, etc. *Anavéni*[1] y todos los nombres así terminados son también antiquísimos en la lengua de los maipures. Hoy en vez de *veni* se añade la terminación *maná*.

Capítulo XII

Si las lenguas orinoquenses son muchas.

No hay duda de que las lenguas del Orinoco son muchas, si se habla en general; ya que no hay ninguna tribu salvaje que no tenga una lengua particular y distinta de las otras indias en muchas cosas. Es por consecuencia enormísima la fatiga que es necesaria para aprenderlas. Pero no es todo el mal. Cuando después de mucho esfuerzo se sabe finalmente una lengua, con ella no se puede servir sino a muy pocos salvajes que la hablen. De querer servir a otros, una vez aprendida la primera, es preciso volver a sudar para saber también las otras.

[199] Si en el Orinoco, como sucede en otras partes, hubiese una lengua general que supieran todos, sería cosa tolerable trabajar allí de misionero. Quien no fuera llevado del genio o de la naturaleza a aprender varias lenguas, una vez sabida aquella, podría decentemente servir a sus prójimos. Es universal en Quito y en el Perú, y se extiende hasta el alto Marañón, la antigua lengua de los Incas. Hubo semejantemente en el Brasil y en las mismas proximidades del Río Negro, una lengua usada generalmente por todos, y no sólo la hablan los indios y los misioneros, sino los mismos restantes europeos. Me aseguran que tanto esta lengua entre las portuguesas americanas, como la de los Incas entre las damas peruanas, están de moda en las conversaciones. Y dada la gracia de aquellas lenguas, las compadezco.

No tiene el Orinoco lengua ninguna que entiendan todos universalmente. Pero la lengua de los maipures, fácil entre todas las

---

1 *Anaveni* quiere decir un lugar donde hay maderos buenos para hacer morteros.

orinoquenses, y elegante, se podría hacer común, si se quisiera. Los indios del alto Orinoco por lo común la saben todos. Los del bajo, como entre ellos están los maipures, la aprenden fácilmente. En realidad no hay reducción alguna de las que antaño pertenecieron a los jesuítas en la que no sea de utilidad esta lengua, y no sabiendo comunmente las otras, muchos al menos entienden esta. Los soldados mismos y sus familias la hablan muy bien. Por lo cual, si se quisiera quitar el obstáculo de tantas lenguas, y disminuir a los misioneros la fatiga, esta sería bastante a propósito para hacer de ella una lengua general.

Entre tanto, teniéndose que instruir muchas naciones en lengua diversa, la fatiga de aprenderlas, como he dicho, es grandísima, y siendo tantas y tan varias, [200] son bastante pocos los misioneros que las sepan, al menos con perfección. Ya he hecho la lista de las naciones.[1] Pues todas se nos ponen delante con diversos vocablos y acentos. Es necesario distribuirles el pan evangélico, que al contrario del pan material, se reparte con más gusto a muchos que a pocos. Es realmente una pena después de haber aprendido una lengua, no verse uno delante sino un puñado de personas, que hacen para el misionero un círculo no menos privativo que pequeño.

Tómese por ejemplo la nación de los voqueares. No eran en mi tiempo más de una sesentena de almas. Extinguió el furor de las armas orinoquenses y las enfermedades a la nación tiáu, que habitaba no lejos de los tamanacos, a los cuales oí el relato. Que venga, como es costumbre en aquellos lugares, una epidemia y se lleve también a los voqueares. Perece con ellos su lengua, y el misionero se queda no menos apenado que mudo.

A tan gran mal, si lo considero sin la debida reflexión, no hallo remedio alguno, pero lo tengo pronto si la lengua de los voqueares tiene su raíz en alguna otra viva. Aunque no tenía al principio más que 125 tamanacos, que podían fácilmente perecer, creí que me fatigaba en vano en aprender su lengua. Después poco a poco me di cuenta de que en esta lengua tenía, por decirlo así, la clave de todas las naciones del mediodía. Descubrí la afinidad de hablar que hay entre ellas, y en el solo lenguaje de los tamanacos me parecía haber comprendido también los otros.

---

1 Tomo I, pág. xxxv.

Digamos con más justeza. Los dialectos son infinitos, pero las lenguas matrices en un país tan grande no son [201] muchas. Y hablando en primer lugar de los dialectos, toda nación, como yo decía, tiene su propia lengua, pero si se hace la comparación con las otras, muchas lenguas distintas a primera vista, sustancialmente y en el fondo, digámoslo así, del hablar, se descubre que son hermanas. Otras, pues (por aducir un ejemplo no menos verdadero que conocido), tienen entre sí la diferencia que se descubre en los dialectos italianos, que con pequeño esfuerzo se entienden por aquellos que saben el toscano. El toscano mismo, ¿quién no lo comprende en Italia, al menos en gran parte?

He aquí, pues, de qué carácter son muchas lenguas del Orinoco. Se asemejan entre sí y son casi las mismas, como es entre nosotros el dialecto genovés, el boloñés, el veneciano, napolitano y semejantes. Quien sabe el tamanaco, comprende también el pareca. Más diferente del de los tamanacos es la lengua de los avaricotos, pero también, sabida la primera, resulta inteligible. Se me indicó la suposición de que los kirikirípos hablaran como los tamanacos, y así también las mujeres solas, o sea, como ya dije, las amazonas del Cuchivero. No son demasiado diferentes los mapoyes y los otros que enumeraremos más abajo.

Hasta aquí la dificultad de aprender las lenguas es ligera. Pero hay otros dialectos que tienen entre sí la diferencia que se halla por ejemplo entre la lengua italiana y la francesa. También los maquiritares y los areverianos y los cumanacotos y los habitantes de la costa de Paria pueden decirse tamanacos. Pero su lenguaje, aunque afín al tamanaco, exige mayor atención para aprenderlo.

[202] Dígase proporcionalmente de los maipures. Quien sabe su lengua puede fácilmente hablar con los avanes. Le costará más entender a los cáveres, los güipunaves, los parenes y algunos otros. Pero el fondo de estas lenguas es el mismo, como es el mismo aquel de que deriva nuestra lengua y la de los franceses.

Para quien desee saber de alguna manera la diferencia que hay entre estos dialectos, he aquí una muestra de pocas palabras:

Español	caribe	payure	tamanaco	avaricoto
yo	*au*	*yú*	*ure*	*ure*
tú	*amóro*	*amá*	*amáre*	*amuére*
cazabe	*arépa*	*u*	*ute*	*akéyu.*

Por esto se descubre claramente que algunas palabras en los cuatro dialectos citados son poco diferentes de las otras, y algunos, por el contrario, diferentísimas. Pero esta variación, a poco trato que se tenga con una nación, se aprende sin mucho esfuerzo.

En la lengua de los maipures y en sus dialectos veo una coherencia mayor. He aquí los ejemplos:

Español	maipure	güipunave	cávere
tabaco	*yema*	*dema*	*shema*[1]
monte	*yapa*	*dapa*	*shapa.*

Esta correspondencia es grande. Pero en los acentos y en algunas palabras son tan diferentes entre sí, que al que no se fija, le parecen del todo diversos.

Son los orinoquenses una prueba sensible de las muchas alteraciones que puede hacer con el paso de los años una lengua. Voy entre mí pensando que entre [203] gentes de la misma nación surgiese cualquier discordia. Cortaron todo comercio con sus enemigos, separándose los unos de los otros, y de esta manera, con el curso del tiempo, hicieron un aborto de su lengua. La lengua de los avanes no se diferencia de la de los maipures sino en estos rasgos. Es ruda la primera, de pronunciación gutural, y por decirlo brevemente, estropeada en todo. La segunda es gentil, de bella y agradable pronunciación, y tal en suma, que parece tener la señal de candor primitivo. Lo que se ve claramente en las siguientes palabras:

Español	maipure	avane
yo	*nuya*	*nuxa*[2]
yo voy	*nutacáu*	*nuxacáu*
mujer	*tiniokí*	*inioxí*
hacha	*yavatí*	*yavaxí*
cazabe (pan indio)	*ussi*	*pussi*
tigre	*quatikí*	*quaxixí*
arañazo	*aya*	*ada.*

1 [Cambiamos la ortografía italiana de esta palabra y la siguiente por la *sh* para indicar la palatal fricativa sorda, como en inglés.]

2 La letra *x* en esta y en las siguientes palabras es pronunciada gutural-mente, como en algunas palabras españolas.

La lengua que pongo en la tercera columna es para el que la oye carente de toda gracia. Y sin embargo los avanes, más que cualquier otra nación, están orgullosos de su jerga, y aludiendo a la naturaleza del lenguaje de los maipures los llaman por burla *metimetikiní*, formando con esta palabra un modelo de las diversas sílabas de que constan las palabras de los maipures.

[204] Digamos en fin de las lenguas que parecen matrices. En toda la extensión del grande Orinoco no hay más que nueve. Estas mismas tienen quizá semejanza con otras lenguas, o del Marañón o del Brasil o de otras partes que no sabemos aún. Doy la lista de las matrices orinoquenses, contando entre ellas la lengua de los caribes, que creo que es no sólo aquella de donde viene la tamanaca y otras muchas, sino una de las más hermosas lenguas del Orinoco.

I) La caribe que yo sepa tiene los siguientes dialectos: tamanaco, pareca, uokeári, uaracá-pachilí, uara-múcuru, mujeres solas, payuro, kikirípa, mapoye, oye, akerecoto, avaricoto, pariacoto, cumanacoto, guanero, guaikíri, palenco, maquiritare, areveriana.

Estas, como se dice allí, son veinte naciones. Sé que con las acostumbradas diferencias pequeñas se usa la misma lengua en la costa de Paria, en las cercanías de Caracas, y quizá también en otras partes. Siendo yo todavía novato en las lenguas orinoquenses tuve una lista de varias palabras de los caníbales de las islas Antillas, y si aún la tuviera, encontraría semejanza quizá con la de los caribes de Tierra firme, que se cree que han pasado allí desde aquellas islas en las primeras conquistas.

Al embajador del rey Antioco, que hizo antaño gran encomio de las escuadras conducidas desde Asia contra los romanos, y de los nombres no menos inauditos que bárbaros de las naciones de que estaban compuestas, le dijo al hábil cónsul Quincio: « Yo sé bien que esos celebrados Daos, Medos, Caduros y Elimeos no eran [205] más que sirios ».[1] Otro tanto hemos de decir también de muchas tribus indias. Tamanacos, mapoyes, parecas, avaricotos y otros muchos, si bien se mira, son todos caribes. Y yo tengo la opinión de que en una gran parte de Tierra firme, aunque algo variada en los dialectos, se habla su lengua.

II) Después de la lengua caribe viene la sáliva, que tiene tres dialectos, el ature, el piaroa y el quaqua.

---

1 Livio, *Hist. Rom.* XXXV, 36.

III) La maipure tiene los siguientes: el avane, el meepure, el cávere, el parene, el güipunave, el kirrupa, y muchos otros lenguajes escondidos en el alto Orinoco, en el Río Negro y en el Marañón. Es cierto aún, y así lo pensó ya Gumilla, que el achagua es un dialecto del maipure.

IV) La lengua otomaca tiene por hija a la taparíta.

V) La guama, que yo sepa, no tiene más que el dialecto quaquáro.

VI) La guahiba no es desemejante de la chiricoa.

VII) La lengua de los yaruros se cree que es también matriz, y las voces que hay en ella mezcladas de los otomacos se piensa que han venido del trato de los yaruros con esta nación.

VIII) y IX) No tengo conocimiento del guaraúno y del aruáco, pero semejan dos lenguas diversas. Por lo demás estas nueve lenguas son tales que quien entiende la una no comprende en absoluto la otra.

[206] Pero hemos reducido a un puñado la decantada multitud de las lenguas orinoquenses, y no hay que dudar de que su número (hablo de las matrices) no es tan sorprendente como algunos han querido. El P. Gumilla, que fue muy práctico en las lenguas del río Casanare, las cuales también se dice son muchas, es de opinión que todas se pueden reducir a dos, o sea, la de los betoyes y la de los jiraras. Las otras no pocas que él mismo cita[1] no son más que dialectos de estas dos.

También circunscritas así estas lenguas matrices del Casanare y del Orinoco, me parecen demasiadas. Porque si a proporción de los varios reinos de América crecen también las lenguas, tendremos un número mayor que aquel que parece conforme con las sagradas escrituras. Esta cuestión, dificilísima a primera vista, he determinado tratarla en otra parte. Mas para no creerlas tantas, debemos acordarnos del catálogo que he hecho de las orinoquenses, y de que éstas, que parecían al principio infinitas, no son más que nueve. Un viajero cuidadoso nos esclarecerá con el tiempo que muchas en otros lugares son semejantes a éstas.

---

1 *Hist. del Orinoco,* tomo II, cap. 29.

[207] CAPÍTULO XIII

Muestra de dos breves razonamientos en las lenguas de los orinoquenses.

He dado frecuentemente pequeñas muestras de las palabras orinoquenses, y según pienso habrán merecido de algunos la aprobación y de otros también el desprecio, y esto no me produce ningún asombro. De las voces extranjeras nunca se tiene un concepto justo, excepto por parte de aquellos que o las sepan perfectamente o al menos las vean unidas en varias frases. Para formar algún juicio, aun las personas sin letras, haría falta tener ante los ojos un discurso seguido, del cual deducir la calidad. Yo en la lengua de los maipures y de los tamanacos tuve relatos hermosísimos transcritos por mi, es decir, aquellos mismos que con las mismas palabras oyeron ellos a sus ancianos. En estos relatos se descubre una gracia particularísima en hablar, la cual podré yo imitar de alguna manera, pero nunca de aquella con que los oí en boca de los indios. Escojo, pues, a falta de mejores monumentos, dos breves discursos, y ambos contendrán en dos lenguas diversas lo mismo.

[208] RAZONAMIENTO EN MAIPURE SOBRE LA CREACIÓN DEL HOMBRE

Nupuriacá niyucuáre. Yuániké pieta; *naumarí nuturá nike piáu.* Piósuké *umári-vi: náumari uacaniacáu. Naya nuca umá caví, nuca uacaniámacumáu. Nuca seccácuni camonée nupá manáni.* Piósu *piné camonée umakírri. Papuyatámi nuca camonée nicaniacáu. Niapá yasa caví: naumarí uma caví. Nuca umamacumá ebacarí camonée: avanumé piná umá. Umá cayarrakiní* Atáni-rri *iti. Umá niacá tiniokí: taá yuti* Eva. *Nuá caní* Paraíso Terrestre *icutí. Sonirri-miné nicaniacáu ike. Naá niturrúpa* Piósu *yucuáre, nuca nimavámacumá.* Piósu *puriacá niyucuáre: ununá neca, ma nike. Niapá icaké nike aá tinacá sonirri-miné. Nuca necaké, ma níke; nimavámacúmá. Necari uati, nimavá-kiacó. Naá piná uáti turá. Taináu niapá niituá.* Eva *taináu yunavá naucaretí. Yunuá yuví aa-tinacá; nemaké,* Piosu *mapucúmi uati. Cuné miné yunáva-ké. Uati yunávari uati, uméni numacú-ike tapuná Vasúri. Iquá turá yuke: ma yuke, cuné-minéké. Nucamá, yumá yuke papuyá* Eva: *Uamavá-*

macumá. Nuca nimavacá, ma, meniacáu Vasúri. Naumarí yacaké Eva. *Niapá yutacáu yutúca purená yuccápi-ike. Yuicaké* Atani *yuke.* Atani *niacá, yutáa-macumá yunikiní anítu, uati nuca ecarí uati, ecaké. Niapá* Piósu, *merracáu nike. Uacáti paré-pi,* Atani, *ma yuke. Nunecacáu, ma* Atani; *naumarí numeniquacáu: maárrutení caná, ma. Iti icari pike, maárratuní capí? ma yuke* Piósu: *nuca piturrúpa nuyucuáre, ma ike; naumarí piviá maárrutení capí: pimavá-kiacó; maisuíni kiacó picaniacáu; piyatánapá-kiacó peca, ma íke. Turá niacá* Eva *yuke, veyacáu. Uméni meniá caná, yumá* Eva; *naumarí naca. Cavi kiacó-pi pinupá, ma yuke* Piosu, *sapáni pimasavá caná. Niapá uanacaré* Angeli *terruá caní* Paraiso-*iquá ike peni uaccaniário iatí. Naá niturrúpa* Piósu *yucúare pacatiá nicániacáu sonirri: nuca nimavá-macumá; Yacápi uamavacá uayá nitianimí, sapáni, nuca nitturúpa* Piósui-*ke.*

[209] TRADUCCIÓN LITERAL

Os hablo. Está cerca la fiesta, por eso os hablo a vosotros primero. Es de Dios de quien os hablo. Existe Dios que nos hizo: por eso existimos. Si no nos hubiera hecho, no existiríamos. No sabe el hombre nacer de sí. Dios solo es el creador del hombre. Antiguamente no hubo hombres. Después quiso que nosotros (existiéramos): por eso nos hizo. No hizo muchos hombres. Hizo sólo dos. Hizo el varón, Adán su nombre. Hizo también a la mujer. Le dió su nombre de Eva. Los puso en el Paraíso terrestre. Estaban muy bien allí. Si hubieran respondido (obedecido) a la palabra de Dios, no habrían muerto. Dios les habló: comed de todo, les dijo. Después les mostró el fruto de un árbol hermosísimo. No comais de él, les dijo, para que no murais. Cuando comais de él, morireis. Así habló. Se fue luego de ellos (se alejó de ellos). Eva fue a ver el país. Se encontró con el fruto del árbol del que Dios había dicho: no comais. Agradabilísimo lo vio. Viéndolo, el demonio entró en la boca de una serpiente. Desde allí le habló a ella: cómelo, le dijo, es muy sabroso. No, dijo al principio Eva, temo que muramos. No morireis, dijo engañándola el demonio. Esto hizo (por eso) que lo comió Eva. Después fue a llevar los parientes (otros frutos semejantes) en su mano. Los mostró a Adán. Adán aún temiendo que no su mujer no diera el corazón (no se contristase) no comiendo de ellos, los comió. Después Dios se les

apareció. ¿Dónde estás, Adán, le dijo. Me avergüenzo, dijo Adán; por eso me he escondido. Estoy sin vestido, dijo. ¿Quién te ha enseñado que estás sin vestido?, le dijo. No has obedecido mi palabra, le dijo; por eso sabes que estás sin vestido. Morirás, estarás mal, sudarás para comer, le dijo. Habló aún a Eva, reprendiéndola. La serpiente me ha engañado, dijo Eva; por eso he comido. Con dolor parirás, le dijo Dios, en pago de haberme desobedecido. Después ordenó a un angel que los expulsara del Paraíso terrestre a la tierra en que estamos. Si hubieran obedecido a Dios, siempre habrían estado bien: no habrían muerto. Ahora morimos nosotros, sus hijos, en pago de haber ellos desobedecido a Dios.

[210] El mismo razonamiento en tamanaco

Caramáne pac-ure auyac-ne: pieta *uocheppóne-paké. Morevoráipaké caramanarimne pac-ure itavapó.* Tióchire *aichí caramanarimdepo. Nare nachíine Camanéinam'-gemó: morevoráipaké yoiche kikemó. Kikemó yamanemnar'-yave iteuyá, ipurá kiuchilgemorbe. Itauyáre itóto adjipta-prá.* Tiochitpe *Amanené. Penaréne itótoprá nachíine: moreretpepé* Tióchi *ipíine kikemó: morevarái paké kikemó yamanéine. Tane itóto anamaneprá: ac-chaketpe namenéine. Apaliké namanéine* Atani *taro-tepó. Aicá namanéine* Eva *itedjéti Ac-chakére íine* Paraíso Terrestre *tarotepcháve. Patcurberé naictómne itáve.* Tióchi *caramanári yacrer'-yave iteuyác-ne, attakepuprá iuochilgemórbe.* Tióchi *ngaramanárimúine iteuyácne: temdjiaré manaptechí, táine. Moreretpepé nenepóine iteuyac-ne yeye-yepéru. Keic-pe patcúrbe nachíine. Anemaprá maic-techí, táine, avattagepurgam-yaváponó. Auyác-ne yemer'yáve, avattagepúr-gemó. Chen' caidjetpe táine itetepcháve.* Eva *ndáine pata yeneché. Necheporíine yeye yeper' yakére, tenemetéve, tarotpe iteuyac-ne* Tióchi. *Tic-poréne nenéine. Iteuyá yenér'-yáve akkéi-yacá nuomúine Yolokiámo. Imdáve ngaramanárimúine iteuyá: yemeké, táine, tic-poréne. Aneméripiprá ure, tainerbe penaréne* Eva*: attagemnénu. Attagepuprá avachilgemó, taine yangupter-bé iteuyá yemetec-pé. Yemetekemné ndáine iprép'yareché iño uyá. Crerétpere yeméine ipúti uoc-chémar'yavaponó, yememnaryáve iteuyá. Morereтpe-pé nepúine* Tiochi. *Tecapé amáre,* Atani? *táine. Tipchapámdje ure táiné; morevorái-paké uotonamdjé: inepómna ure. Anec-pe nbutpóine auyá inepómna avachilí? taine. Caramanári anacreprá machíi; morevoraipaké auyá puc-ché inepomna avachilí. Avattagepúri, petkebra avachilí, uochepucreché ananapúri*

yanápúri auyá, táine. Eva *uyatpere ngaramanárimáine; iteuyá tanummaché. Akkéi uyá ure tangupteché, táine, uyá yemetc-pé. Moróne auómnecarí, táine* Tióchi, *caramanári yeucmatpe yepetpé. Morereipepé, inonnokirbe,* Angeli *yonnókkíine taurec-na; taurére pata-yacá, taró uyá, kikemó amenáre itáve maíri. Iteuyac-ne yacrer'yáve* Tióchi *caramanári, ipakére iuochilgemórbe, attagepuprá. Kikemó amenáre uattagepuptáké, yepétpe iteuyác-ne yeuc-matpe* Tióchi *caramanari.*

[211] TRADUCCIÓN LITERAL

Yo estoy en la acción de hablaros (esto es: os hablo). La fiesta se acerca. Por eso os hablo antes de ella. Dios será de lo que os hable. El fue nuestro Creador. A semejanza de esto (por esto) nosotros existimos. Si él no nos hubiera hecho, no existiríamos. Por sí mismo el hombre no existe. Solamente Dios es el Creador. Antes (antiguamente) no existió el hombre. Después de esto Dios quiso que nosotros (existiéramos): por eso nos hizo. Muchos hombres no hizo: dos seres hizo. Hizo el varón, Adán llamado. A la mujer hizo, Eva su nombre. A ambos los puso en el llamado Paraíso Terrestre. Muy bien estaban allí. De Dios la palabra observando, no estarían muertos. Dios les habló. Todo comereis, dijo. Después de esto les mostró un fruto. Era bastante hermoso. No lo comereis, dijo, para que no murais. Si de él comeis, morireis. Así dijo antes de marcharse. Eva fue a ver el país (lugar donde habitaban). Se encontró con el fruto del que Dios les había dicho: no comereis de él. Lo miró con gusto. Mirándolo ella, entró en una sierpe el demonio. En la boca de ella le habló. Come, dijo, es sabroso. No quiero comer, habría dicho primero Eva (esto es: dijo primeramente Eva, pero . . .), para que yo no muera. No morireis, dijo, engañándola, para que lo comiese. Después de haber comido, fue a llevar los parientes (otros frutos semejantes) a su marido. También él comió, para que no se contristase su mujer no comiendo él. Después de esto vino Dios. ¿Dónde estás, tú, Adán?, dijo. Tengo vergüenza, dijo; por eso me he escondido; estoy sin vestido. ¿Quién te ha enseñado que estás sin vestido? dijo. No has observado mi palabra, por eso tú sabes que estás desnudo. Morirás, estarás mal, sudado (sudando) comerás tu alimento, dijo. También habló a Eva. La reprendió. La serpiente me ha engañado, dijo, para co-

merlo. Con dolor parirás, dijo Dios, en castigo de mi palabra desobedecida. Después de esto, por orden de él un ángel los mandó a otra parte; a otro lugar, digo yo, donde estamos ahora. Observando ellos la palabra de él no habrían muerto, habrían sido siempre. Nosotros ahora morimos en pago (en pena) de haber ellos desobedecido la palabra de él.

[212-13] CATALOGO

de algunas voces en cinco lenguas matrices, del Orinoco, para conocer su diversidad.

Español	sáliva	yaruro	tamanaco	maipure	otomaco
cielo	*mumeseké*[1]	*andé*	*capu*	*eno*	*caga*
sol	*mumeseké cocco*[2]	*do*	*veyu*	*kié*	—
estrella	*sipodi*	*boéboé*	*chiricá*	*urrúpu*	*chiríca*
tierra	*seké*	*dabú*	*nono*	*peni*	*poga*
agua	*caguá*	*uí*	*túna*	*veni*	*ia*
fuego	*egussá*	*condé*	*uaptó*	*catti*	*núa*
hombre	*cocco*	*pumé*	*apaliké*	*cayarrakiní*	*andua*
mujer	*ñacu*	*ibi*	*aicá*	*tiniokí*	*ondua*
tigre	*impii*	*yoppanemé*	*akkére*	*quatikí*	*maéma*
ciervo	*ñama*	*beá*	*yáma*	*mayarro*	*yáma*
cocodrilo	*cuípoo*	*ñacancá*	*arué*	*amaná*	*yondía*
río	*okée*	*necná*	*tuna*	*veni*	*yóga*
maíz	*djómu*	*pue*	*ac-naché*	*yomukí*	*onnóna*
plátano	*paratuná*	*paratuná*	*parúru*	*aráta*	*parúru*
cazabe	*péibe*	*també*	*ute*	*usi*	*pérega.*

1 Quiere decir tierra de arriba.

2 El hombre del cielo.

[214] APENDICE I

De los remedios de algunos males usados por los misioneros de Tierra firme.

Prometí antes anotar separadamente en un apéndice algunos remedios más escogidos, y hélos aquí en pocas palabras.

Gangrena. — El jugo de la cucuísa, descrita por mi en otra parte,[1] es uno de los más poderosos remedios que se encuentran para la gangrena.

Uso: se toman las hojas de la cucuísa, pónense bajo la brasa y se calientan bien. Se exprime el jugo retorciéndola con la mano, y con él se moja la carne mortificada, envolviéndola con un paño de lino igualmente empapado en dicho jugo. *Virtud:* en poco tiempo este remedio consume la carne estropeada renovando la misma operación en cuanto se seca el paño de lino. *Efecto:* al principio el paciente no siente ningún dolor. Lo que es señal cierta de que la carne está muerta que va consumiéndose. Cuando después comienza a sentirse el dolor es señal de que ha llegado a la carne viva la fuerza del antedicho jugo. Con todo, debe seguirse adelante con la [215] cura, hasta que haya desaparecido toda putrefacción. Una vez cesada ésta, lavando algunas veces la parte con el jugo líquido, se pone en vez de él el cocido a fuego lento y casi reducido a miel. Este último jugo cocido se llama miel de cucuísa, y al fin quita todo mal.

Roña. — La hay en el Orinoco y los tamanacos la llaman *coro.* También la cucuísa es un buen remedio para curarla. *Uso:* tómase la cucuísa y calentada del modo antes dicho, se la machaca y se aplica caliente a la parte infectada de roña.

---

1 Tomo I, lib. IV, cap. 6. Otros la llaman maguey.

Quemaduras. — Del jugo de las cañas de azúcar se hace una miel, cociéndolo lentamente. Por grande que sea el dolor de las quemaduras, poniendo por ejemplo la mano quemada dentro de la miel que acabamos de citar, se saca inmediatamente y no se siente más.

Rubeola y viruela. — Los indios no pueden soportar el gran calor febril que llevan consigo estos dos males, y para quitárselo de sus miembros se lanzan de buena gana a los ríos. Lo que impide la erupción. *Remedio:* Tómese leche de vaca en la cantidad que se quiera, mézclese un poco de estiércol de buey, de modo que apenas se tiña de él; hiérvase por algún tiempo, y estando aún caliente dese de beber al enfermo. *Efecto:* enseguida se rompe a sudar y brota la viruela o rubeola que el baño mantenía dentro.

Disenterías. — Para quitar las disenterías, aunque sean sanguinolentas, se tuestan cinco o seis granos de cacao, y reducidos a polvo y una vez mezclados con agua caliente, se dan a beber al paciente. *Efecto:* repitiéndose algunas veces este remedio, cesan las disenterías.

[216] *Secundina.* — Los partos de las indias son por lo general felicísimos. Pero si la secundina tardara en salir más de lo acostumbrado, se usan fumigaciones de la goma de peramán. Este remedio, que se dice es excelente y rápido, fue descubierto casualmente en Cabruta hacia el año 1765.

Ulceras y heridas. — No he nombrado nunca en mi historia el bálsamo llamado católico, porque no lo vi nunca, ni sabría yo decir sus particularidades. Pero sé por persona dignísima de todo crédito[1] que este se halla en la Guayana. Se dice que es el mejor de cuantos se han descubierto hasta ahora. *Uso y virtud:* se unta con él la llaga y al cabo de 24 horas queda perfectamente sana.

Cálculos, males de orina, asma, ética, etc. — Muchos son los remedios que Nuestro Señor nos ha concedido en la *márana,* que en Italia llamamos copaibe. En la célebre receta inglesa hay hasta trece. He aquí otros maravillosos, no señalados en la susodicha lista, pero muy seguros por las muchas experiencias hechas con ellos. *Uso:* se toman dos yemas de huevo, media onza de copaibe, dos de

1 El señor abate Salillas.

miel y ocho de buen vino. Se mezcla todo junto, y por la mañana en ayunas, y por la noche al ir a dormir se toma una o dos cucharadas de ello. *Virtud:* este medicamente expulsa los cálculos o pequeñas piedras, sirve para las incomodidades de la orina, para el asma, para la ética, si se aplica al principio del mal, y cuando no está demasiado arraigada, para limpiar el pecho y los riñones, y para otras enfermedades internas.

Epilepsia. — Tómanse raspaduras de la uña de danta,[1] de la frutilla de San Ignacio y [217] de la lengua del pájaro piapuco[2] y dase a beber en vino. *Efecto:* el paciente vuelve enseguida en sí y queda perfectamente libre. El exmisionero por mi citado hizo la experiencia en cierto muchacho negro, que le fue traído por su madre, y le resultó felicísimo.

Hay que decir algo de la lengua del piapoco. « Vd. sabe — me dice en carta de 24 de noviembre de 1780 — que el piapoco tiene el pico casi del mismo tamaño que el resto del cuerpo. Su lengua parece una punta de raya[3] y termina en un manojito de pequeñas cerdas. Es muy estimada por los ingleses, sobre todo la del piapoco de montaña ».

Fiebres tercianas. — Se toman dos onzas de jugo de naranja, dos de azúcar y dos de vino. *Efecto:* todo esto mezclado junto y tomado en ayunas tres o cuatro mañanas seguidas se dice que cura perfectamente las fiebres.

Fiebres malignas y males de costado. — Añado por último algunos remedios, que aunque en Italia puedan parecer al cabo inútiles, y aun desproporcionados y bárbaros, en el Orinoco sin embargo fueron oportunísimos. Pues en los males antedichos, y particularmente en las fiebres con náusea, se dan a los febricitantes una o dos cucharadas de aceite de oliva, y luego en abundancia agua tibia para excitar el vómito. *Efecto:* si nosotros, como es natural, creemos a Forneri, persona de sumo mérito, así tratados por él curaron todos los yaruros, y curaron enseguida. El mismo remedio aplicó [218] para curar los males de costado, a los que

1 Ya hablamos de ella tomo I, lib. V, cap. 7.

2 Otros lo llaman *kiapocó*. Los españoles lo llaman Dios-te-dé.

3 Véase tomo I, lib. II, cap. 2.

por los frecuentes baños están tan expuestos los orinoquenses, y produjo el mismo efecto.

Fuera de que al fin faltóle el aceite operador de tales prodigios. El se contristó muchísimo. Y discurriendo entre sí sobre la analogía que se encuentra entre una y otra cosa, al fin halló uno nuevo nada inferior al antiguo. Pero está bien decirlo con sus mismas palabras: « Sucedió el caso de haber enfermos de dolor de costado en mi reducción y que yo no tuviera aceite de oliva. Por lo que filosofando a mi modo, vine a deducir que hacía falta un remedio que impidiera la coagulación de la sangre... Pensé, pues... un usar un remedio que me había sido dado por aquellas parturientas que no pueden echar fuera la secundina; esto es, machacar un poco de carbón bien fino, y ponerlo en agua a hervir por algún tiempo. Y como el carbón es por su naturaleza astringente, creí que podía secar y quitar aquella coagulación de sangre originada por el mal de punzada. Les di entonces esta bebida, con la sola diferencia de que el aceite de oliva se lo daba una sola vez, y esta que ahora digo, hasta dos veces, y surtía el mismo efecto. Desde que hice felizmente la experiencia en mi reducción, se la participé a otros misioneros. Y ellos también experimentaron la eficacia ».

Dolores del lomo y de los riñones. — Las costillas del manatí, que son muy semejantes a las del buey, tienen la virtud de quitar los dolores de lomos y de los riñones, aplicándolas a la parte dolorida un poco calentadas al fuego.

[219]

APENDICE II

De las más famosas lenguas americanas.

Ya es tiempo de dejar el estrecho campo del Orinoco, en que nos hemos entretenido hasta ahora, y de hacer una no inútil excursión por las otras comarcas de América. Ya he prometido antes dar algunos extractos de las lenguas más famosas de aquel vastísimo continente. Prometí, si lo conseguía, descubrir su origen. Héme ahora en el cumplimiento de la palabra dada de antemano. Y sin más, paso a tratar brevemente de ambas cosas.

[220]

PARTE I

Extractos de varias lenguas americanas.

Capítulo I

De la lengua haitiana.

La isla de Santo Domingo, celebérrima antes entre las Antillas, tanto por el descubrimiento que de ella hizo Colón, como por la acogida que le dio después de que hubo atravesado el Atlántico, llamóse con nombre indio Haití, y quieren los historiadores que estuviera entonces pobladísima. Hoy sé por persona que ha estado allí largo tiempo que no había más que una sola población india, y en ella una sola familia bien pequeña del antiguo linaje

puro, mientras que todas las demás estaban degeneradas por mezcla de sangre en mestizos y zambos y otras gentes de semejante clase, de las que hablaremos también en su lugar.

No me es conocido si aquellos pocos indios conservan aún su lengua. Pero me consta que, con extraño fenómeno, aquella tierra que fue madre fecunda de tan gran pueblo, no admite allí a vivir a ningún indio forastero con el que pudiera volverse a propagar el lenguaje. Apenas pone allí el pie, cuando muere, o dura a lo sumo sólo dos años.[1] Por lo cual esta lengua, cuyo perfecto conocimiento [221] ayudaría mucho a la historia, puede decirse casi muerta, o muerta acaso del todo.

Yo así la creí, y quedé dolido contra Oviedo, que la había sepultado en el olvido. Pero reflexionando atentamente, hallo en su historia, algunas muestras, si no de sintaxis y de frases enteras, al menos de palabras sueltas, que no sólo subsisten en Santo Domingo, sino que se han propagado a todo el resto de América. De las cosas preciosas y antiguas son estimables hasta los fragmentos. Veneramos los de Varrón y César, los de Livio y Nepote, los de otros muchos. He aquí los de los haitianos, escogidos por mi,[2] y puestos en orden alfabético, en los cuales puede notarse también una muestra de aquel genio agradable que se dice fue propio de aquella nación.

A

age raíz que otros llaman ñame.
agí pimiento.
Aína río de la Española.
Aíti, v. *Haíti.*
Amajauna nombre de una gruta en Santo Domingo.
anón fruto delicado de la Española.
areitos canto indio, versos, etc.

---

1 Así cuenta el señor abate Colom, que ha estado largo tiempo en aquella isla.

2 Las siguientes palabras están sacadas de Oviedo, de Pedro Mártir, de Acosta, del Inca Garcilaso, del P. Charlevoix y de la *Práctica* de Andrés de León, protomédico de Felipe II; al darlas se ha seguido generalmente la ortografía española, no sabiéndose ya la cierta.

B

bagua mar.
Bauám un río de la Española.
[222] *Bainóa* una provincia de la Española.
báigua hierba con que se mata el pescado.
balsa.
barbacoa enrejado de madera o de cañas.
batea instrumento con que se limpia el oro.
bateos juego del balón.
batata raíz de buen sabor.
Beónico un monte en la Española.
bixa en el Orinoco se dice *anóto,* otros lo llaman *achote.*
bihao, otros dicen *bijado,* hierba de grandes hojas.
boniáma el fruto que llamamos ananás.
boa casa.
bohitís médicos antiguos de la Española.
burán placa de barro cocido para cocer el cazabe.
buhío una especie de cabaña.

C

cabóye raíz comestible.
cabúya especie de hierba con que se hacen cuerdas, y se usa también para nombrar la misma cuerda.
Cacábo una provincia de la Española.
Caiguanos montes de la Española.
caizímu frente o principio.
caimíto fruta conocida en América.
cajaríma nalgas.
canéi especie de cabaña.
canóa barca india.
Caonáo un lugar de la Española.
caóba madera estimadísima.
casique, los españoles escriben *cacique,* reyezuelo.
casábi, hoy escriben *casáve* o *cazabe,* conocido pan.
cemi ídolos de los haitianos.
Cepi nombre de un río.
[223] *chicha* bebida india.
cibucán, v. sibucán.
cibáyo raíz comestible.

Cipanga uno de los nombres con que fue llamada la Española.
cocuyo luciérnaga grande.
comején hormiga devoradora, yo la llamo *nuke*.
conuco campo, lugar sembrado.
cori un animal de la Española.
Cotúi un río de la Española.
coiba tabaco.
copéi un árbol de cuyas hojas los españoles se sirvieron para escribir con un punzón, a falta de papel.

D

Duïheyuiquén significa río rico.

G

gaguéi un árbol de la Española.
Giamíco río vecino a las minas de Cibao.
guayacán madera con la que se cura el morbo gálico.
guanábano árbol de agradable fruta.
guayába fruta sabrosa.
guáma algarroba americana.
Guariágua una aldea de la Española.
Guacayaríma provincia de la Española.
guainara morbo gálico.

H

Haíti nombre de la Española a la llegada de Colón.
hamaca cama colgada.
[224] *hava* cesta hecha con la hierba bijado.
henequén nombre de una hierba con cuyo hilo se dice que los indios cortan el hierro.
hico, otros escriben *jico*, cuerdas con que se ata la hamaca.
hicotea, icotea tortuga de tierra.
Higuey una provincia de la Española.
hicaco, jicaco fruto de buen sabor.
hobo, jobo ciruelas amarillas vilestres.
huracán o *uracán* el viento de este nombre.
Huábo una provincia de la Española.

huibo significa altura.
hutia un animal de la Española.

I, J

jajágua una especie de ananá.
jajáma una especie de ananá.
jarúma, otros dicen *jaurúmo,* árbol silvestre.
Jacíga un río de la Española.
jején una especie de mosquito.
iguana gran lagarto comestible.
Jovauaboina una cueva de la Española.
Jucatos indios a tramontana de la Española.

M

macana maza india.
maguey aloe vulgar.
Macóri río de la Española.
maguacocho gente vestida.
maíz maíz.
mamey fruta sabrosa.
[225] *mangle* árbol que se encuentra junto al mar.
manatí pez conocido.[1]

---

1 Esta palabra la pongo entre las haitianas. Aunque Oviedo en la *Hist. nat. de las Indias*, lib. XII, cap. 10, diga: « Tiene solas dos manos o brazos . . . e por eso los cristianos le llamaron *manatí* », me parece que incurre en error, y que con él incurre también el P. Charlevoix, *Hist. de S. Domingue,* lib. I, y el Sr. Muller en su viaje de los rusos. Pues ¿quién, si sabe el español, creerá que esta palabra se haya formado por los primeros cristianos para expresar un animal acuático que tiene dos brazos, o sólo las patas anteriores? Nadie por cierto. Dígase a un español que no haya estado en América: He visto al manatí, y sin duda dirá: ¿Y cuál es este animal? Jamás dirá: ¿Y cuál es este animal de dos brazos? El león marino en M. D'ANSON, *Voyage autour du monde,* lib. II, cap. 2, es un animal sin pies de atrás y con sólo dos delante. ¿Y quién entre los españoles lo llamará manatí, y no león, como lo llaman todos los demás? Soy, pues, de opinión que Oviedo, escritor por lo demás muy cuidadoso, pero llegado a Santo Domingo algunos años después de los primeros conquistadores, sin investigar el fondo, tomó el sobredicho vocablo por español, fijándose en el breve sonido *mana.* El *tí* no significa nada. Por lo demás la voz manatí es toda india y no tiene ni jota de españolismo.

maní hierba que da fruto semejante a las avellanas.
mohui un animal de la Española.

N

nae remo de canoa.
Naïba río de la Española.
Nicao río de la Española.
nigua pulgas que se meten en la carne.

O

Ocóa río de la Española.
Ozan río principal de la Española.

P

pitahaya, otros escriben *pitajaya,* fruto sabroso de cierto cardo.

Q

quemi animal de la Española.
Quiábon nombre de un río.
[226] *Quizqueia* nombre antiguo de la Española.

S

savána o *zavána* prado.
séïba o *céïba* árbol silvestre.
sibucán instrumento con que se exprime la yuca.

T

tabaco instrumento de que se servían los haitianos para fumar.
taína morbo gálico.
tuna higo de las Indias.
tuíra el demonio.

Y

yca morbo gálico.
yebipa lo mismo.
yuca arbusto de cuya raíz se hace el cazabe.
Yuna un río de la Española.

Nombres propios

Aquaimóta hija de Anacaóna.
Anacaóna una cacique de Santo Domingo.
Beecho nombre de un cacique de la Española.
Beuquio un hermano de Anacaóna.
Bonávo un cacique de la Española.
Cayagóa nombre de un cacique.
Caunobóa nombre de un cacique.
Goaxanagari nombre de un cacique.
Guarionéx un cacique de la Española.

Deidades

Attabeíra nombre de la Madre de Dios.
Yella otro nombre de la Madre de Dios.
Yocáuna nombre del primer motor.
Mamóna otro nombre de la Madre de Dios.

[227] Estas palabras son todas haitianas, y como ya dije antes, se han extendido de tal manera por toda la América, sobre todo meridional, que no hay español alguno que no las use. Universales también pero de origen incierto son las siguientes palabras: *pirágua* gran barco indio, *caimán* cocodrilo, *tutuma* media calabaza vacía, o vaso de beber, *auyáma* una especie de calabaza americanas, bastante buenas de comer, etc.

Pedro Mártir en su sumario de las Indias occidentales nos ha conservado una partícula que los indios de Santo Domingo tenían costumbre de poner al principio de los nombres propios, y es la sílaba *guá*. Así se distingue el nombre de los caciques Guarionex y Guacanarillo, así también el de un río llamado Guacayarima. A la antedicha partícula le da el nombre de artículo. Y si es la cosa como él escribe, sería graciosa novedad oir el Rionex, el Canarillo, etc., y sería deseable saber si además de este helenismo,[1] hay alguna otra variación de artículos para distinguir los restantes casos. Pero yo soy de parecer que el *guá* debió ser una partícula

1 [El autor considera helenismo la existencia del artículo, que falta, como se sabe, en latín, pero se desarrolló ya en el griego clásico.]

de las muchísimas que se hallan en las lenguas indias, antepuestas, intercaladas o también puestas al fin, para que suene con gracia, para distinción entre unas palabras y otras, o bien por capricho.

Anoto finalmente que los nombres de algunos frutos, de los varios granos y de lo demás que no había en Santo Domingo, fueron acaso tomados de los indios de Tierra firme. Oviedo no habla de la papaya, de la chirimoya, del aguacate o cura, y de otras muchísimas frutas conocidas hoy en toda América. Tampoco el nombre de páramo, que significa un monte [228] friísimo, se encuentra en su historia; tampoco se encuentra *tarabita*, especie de puente, ni otras voces comunes, aunque conocidísimas de los hispanoamericanos.

Si me preguntan de qué lengua creo que se hayan sumado a la española estas palabras susodichas, yo diría que especialmente de la del Nuevo Reino, o sea de las provincias de Tierra firme. Puesto que estas, después de la adquisición de la isla haitiana, estuvieron entre las primeras de que se apoderaron los españoles, y en ellas se encuentran los montes fríos y todas las frutas por nosotros nombradas. Pero decir hoy que fueron tomadas, por ejemplo, de los de Cartagena, de los de Coro, de los del río de la Magdalena, etc., es cosa, si no imposible, dificilísima. Pero baste de la lengua haitiana.

Capítulo II

De la lengua mejicana.

Los habitantes de Méjico no están demasiado alejados de la isla de Haití. Y aunque miran ya a la América septentrional, debemos hacerles una visita en compañía de un excelente hablante de su lengua.[1] Esta lengua, cuyo carácter para nosotros los italianos puede parecer más bien áspero, se dice por los que la saben que no sólo es abundante, sino hermosa. Y sea lo que sea de la

1 El señor abate Gaspar Miraglia.

belleza, que es una cualidad, por decirlo así, relativa, de su abundancia no dudo nada. Una lengua hablada por monarcas, sacerdotes, astrónomos, soldados no despreciables, profesores de varias artes tanto liberales como mecánicas, que abarca lo político, [229] lo sacro, lo erudito, lo militar, lo económico, etc. debió ciertamente ser por lo menos abundante y apta para explicarlo todo. Así se dice que no se halla en ella pobreza de palabras abstractas, espirituales y científicas, la cual es casi necesaria en las lenguas salvajes. He aquí un breve extracto, reducido a la ortografía que usamos.[1] Pero debo anotar primero la pronunciación de algunas letras o sílabas, que no se halla, por lo menos en todo, en nuestra lengua.

§ 1. – De la pronunciación.

La sílaba, o digámoslo así, semisílaba *c'* se halla muy a menudo en las palabras mejicanas, v. gr. *ken mac'*, etc. Sépase que esta *c* apostrofada así por mi para mayor claridad debe pronunciarse no como en la sílaba *ce* o *ci* [*che* o *chi* en trascripción española], sino comenzando sólo y profiriendo hasta la mitad.

§ 2. – El nombre y sus variaciones.

El nombre no tiene otra inflexión que la que sirve para distinguir el singular del plural, como en nuestra lengua, pero las terminaciones son varias. He aquí algunas: *tlácatl* hombre, *tlaca* hombres, *síuatl* mujer, *siua* mujeres; *tlacátecólotl* demonio, *tlatlácatecólo* demonios; *maséualli* indio, *maseuáltin* indios; *téotl* Dios, *tetéo* dioses, etc.

Los diminutivos se hacen por lo general anteponiendo al [230] nombre la palabra *tepíton* pequeño. Pero además de esto hay diminutivos de otras dos clases. La partícula *tzintli* forma un diminutivo de estimación, de amor y de afecto: por ejemplo *pilli* muchacho, *piltzintli* muchachito, etc. La partícula *tontli* por el contrario es un diminutivo de desprecio; v. gr. *tilmátli* herrero, *tilma-tontli* herrerucho, etc.

---

1 [Hemos reducido la ortografía del náhuatl a la normal, corrigiendo las adaptaciones al italiano del autor.]

Además de esta especie de diminutivo que llamaremos despectivo, hay también el peyorativo, que termina en *pol;* v. gr. *nótlatlácol* mi pecado, *nótlatlacólpol* mi mal pecado, etc.

La partícula *senca* significa bastante; muchísimo significa la partícula *uel-senca*, y con las dos antepuestas al nombre se forma el superlativo, v. gr. *qualli* bueno, *uel-senca qualli* buenísimo.

Los comparativos se hacen no con una nueva voz distinta en todo del nombre positivo, sino con el adverbio *ocachi*, que significa más: v. gr. *in téuatl ocachi tiqualli* tú eres mejor que él.

§ 3. – Del pronombre.

Los hay de muchas especies. Esto son comunísimos, y son posesivos: *no* mio, *mo* tuyo, *i* suyo, *to* nuestro, *amo* vuestro, *in* o *im* de ellos. Pero adviértase (como ya dije en mi ensayo de la lengua tamanaca) que estas partículas pronominales nunca se usan solas, sino siempre antepuestas, y afijadas al nombre, como en la inflexión que sigue: *cali* casa, *nócal* mi casa, *mócal* tu casa, *ical* la suya, *tocal* la nuestra, *amócal* la vuestra, *incal* la de ellos. Y nótese aquí de paso [231] que las voces absolutas al unirse con las partículas pronominales pierden las últimas sílabas, que son estas: *tli, li, in,* como puede verse en la voz *calli* que hemos presentado.

He aquí los pronombres primitivos: *néuatl* yo, *téuatl* tú, *yéuatl* él, *teuántin* nosotros, *ameuántin* vosotros, *yeuántin* ellos.

§ 4. – Del verbo.

Antes de hablar del verbo debemos anotar las partículas pronominales, que prefijadas a él para conjugarlo, sirven para distinguir las personas, y son del modo que sigue: *ni* partícula de la primera persona; *ti* de la segunda; la tercera no tiene ninguna. Y he aquí dicho el singular del verbo. El plural tiene delante de la primera persona la partícula pronominal *ti;* delante de la segunda *an* o *am;* la tercera carece, como en el singular. Y esta escasez, que ni siquiera se encuentra en las del Orinoco, parece que hace poco honor a la de los mejicanos. Con todo esto, no los pongo detrás de los orinoquenses, porque tienen otras partículas llamadas reverenciales, que distinguen a maravilla toda persona, sin que se eche de menos ni una. Las omitimos por brevedad.

En lo demás de la lengua mejicana, como en todas las demás, hay verbos irregulares y anómalos, para saber los cuales es precisa gran memoria. Pero si quitamos estos, una lengua de por sí abundantísima no tiene más que una conjugación. Me agrada presentarla [232] por extenso, a fin de que se considere su artificio. Tomemos el verbo *tlasótla* amar.

Nitlasótla amo, *titlasótla* amas, *tlasótla* ama, *titlasótla* amamos, *anlasótla* amais, *tlasótla* aman. *Nitlasotláya* yo amaba. Las demás personas se conjugan como más arriba, excepto la adición de la partícula al final *ya*. Pero el pretérito perfecto, además de la distinta final, tiene también algunas variaciones al principio. *Onitlasótlac* yo amé, etc. En el plural de este tiempo hay también una pequeña partícula adjunta al fin del verbo. V. gr. *otitlasotláke* nosotros hemos amado, etc. He aquí el modo imperativo: *xitlasótla*[1] ama tú, *xitlasotlácan* amad. Hay también el prohibitivo, como en las lenguas orinoquenses, y es indicado por la partícula *macámo* antepuesta al verbo, v. gr. *macámo shitlasótla* no ames, etc.

Los otros modos no son menos abundantes que los ya descritos, pues no falta en esta lengua ninguna de las partículas que sirven para distinguir el subjuntivo.

§ 5. – Del verbo pasivo, de los participios, de las conjunciones, interjecciones, etc.

El verbo se vuelve pasivo añadiéndole al fin la sílaba *lo;* v. gr. *tlasótla* amar, *tlasotlálo* ser amado; *itta* ver, *ittálo* ser visto; *póua* contar, *pouálo* ser contado.

Participio: amante *in tetlasotláni*, amantes *in tetlasotlaníme;* amado *tetlasótli;* digno de ser amado, en latín amandus, *inic-tetlasotlálo*, etc., puesto que dejo los demás por amor a la brevedad. Los adverbios [233] de nombre son tan escasos y tan imperfectos como los del Orinoco. *Tzopélic* significa dulce y dulcemente, *qualli* bueno y bien, y para hacerlos superlativos se les antepone la partícula *uel*, o bien *uel-senca*, como hemos dicho de los nombres.

---

1 [En el náhuatl se usa la *x* con el valor que tenía en español del siglo XVI, es decir, como *ch* francesa, palatal fricativa sorda.]

Las interjeceiones. *Iyoyaué* es una interjección que designa el afecto de quien se duele, de quien se alegra y de quien se maravilla, y parece la única de los mejicanos. En lo cual convienen mucho con la penuria de los orinoquenses. Pero en las conjunciones no son inferiores ni siquiera a nosotros: *iuan* significa y, v. gr. Pedro y Pablo *P. iuan P.* La disyuntiva o se dice *anóso* o *noso*, v. gr. *néuatl nóso távatl* yo o tú.

Capítulo III

De la lengua general de los Incas.

En toda la América meridional no hay una lengua que se extendiera más que la de los Incas. Nació, como las otras, o se conservó al menos mucho tiempo, en un país reducidísimo; esto es, por lo que yo conjeturo, en los alrededores de Cuzco. Pero habiéndose extendido después junto con el imperio, y habiéndose quizá embellecido con el paso de los años, se hizo común a pueblos innumerables. Todas las naciones salvajes desbravadas en el espacio de cerca de 400 años y añadidas a sus dominios por los Incas, fueron obligadas a hablarla. Pero no es gran cosa, aunque singular en pueblos alejadísimos de nuestras costumbres. En todas las provincias (lo que no hizo nunca Roma, antaño señora del mundo) había maestros de lengua enviados a propósito desde el Cuzco para que en todos [234] fuera pulido el hablar y no se distinguiera ni en el acento del usado por los Incas. Por lo cual habló su lengua el Perú, todo lo largo que es desde tramontana a mediodía, o sea desde Quito hasta el reino de Chile. La habló el Tucumán y también el Chaco. Pero ¿por qué digo que la hablaron, como si tratáramos de una lengua existente sólo en los papeles muertos? Hoy también, aunque no es tan universal como la española, la lengua de los Incas es general en todos aquellos lugares, habiéndose añadido a sus antiguos hablantes también los forasteros españoles, entre los que hay muchos que la alaban sumamente por su energía y dulzura y por otras apreciabilísimas cualidades.

Es así en realidad, y esta lengua, más que toda otra americana, merece ser descrita por nosotros siguiendo las huellas de persona practiquísima, que me ha favorecido con el resumen.[1]

§ 1. – De las letras del alfabeto de los Incas.

Debo comenzar por una cosa, que pareciendo en nuestro italiano un defecto, no lo es en el habla de los Incas. No conocen ni tienen ninguna necesidad de las consonantes *b, d, f, x*. La letra *l* al comienzo de palabra no se usa nunca; en medio, como en la voz *llama, chainalla,* etc.[2] es rarísima. La *r* con la que comienzan algunas palabras, se pronuncia suavemente, no redoblada al uso español. Hay también una *c* gutural semejante a la de los tamanacos. Se halla ora [235] al principio de palabra, como en la voz *ccari* hombre, ora al fin, como en el participio *rímac* que habla. Siendo por tanto fácil de conocerse por cualquiera, no la distingo, como hice con la de los tamanacos con el signo.

§ 2. – Del nombre y de sus artículos.

La lengua de los incas no tiene varias flexiones de nombres, como la latina y la griega. Mas para distinguir los casos se sirve de ciertas graciosísimas partículas postpuestas a los nombres, que llamaremos artículos. He aquí un ejemplo con la voz *yaya*, regla ciertísima de todas las otras terminadas en vocal: *yaya* el padre, *yáyap* del padre, *yayápac* para el padre, *yayáta* al padre, *a yaya* oh padre, *yayáuan* desde el padre, *yayacúna* los padres, *yayacúnap* de los padres, *yayacunápac* para los padres, *yayacunáta* a los padres, *a yayacúna* oh padres, *yayacunáuan* desde los padres.

He aquí las variaciones de los artículos en los nombres terminados en consonante. *Cápac* rico, *capacpa* del rico, *capácpac* el rico, *capácta* al rico, *a capac* oh rico, *capacuán* desde el rico, *Capaccuna* los ricos, *capac-cunáta* a los ricos, *a cápac-cuna* oh ricos, *capac-cunáuan* desde los ricos.

Los diminutivos se hacen con la añadidura de la voz *utulla*, que significa pequeño; v. gr. *utúlla uasi* casita, etc. Los superla-

1 El señor abate Gaspar Xuarez.

2 [En quechua hay *ll* pero no *l;* se comprenderá lo que dice el autor porque él escribe *llama* a la italiana, *gliáma,* y no queda inicial el signo *l.*]

tivos se conocen por el adverbio *ancha* muy, antepuesto al positivo. *Sumac* hermoso, *ancha sumac* hermosísimo. El cual modo de hacer superlativos los nombres se adopta también a los adverbios que vienen de adjetivos; v. gr. *miski* dulce y dulcemente, *ancha miski* dulcísimo y dulcísimamente. [236] El comparativo se forma con la partícula *astáuan*, v. gr. *Pedro astáuan alli Juan* P. es mejor que J.

§ 3. – Del pronombre.

Primitivo: *ñoca* yo, *cam* tú, *chay* él, *ñoca-cuna* nosotros, *cam-cuna* vosotros, *chay-cuna* ellos. Nótese sin embargo (lo cual dijimos también de la lengua tamanaca) que el pronombre nosotros se dice de dos maneras. Si con él son incluídos los otros a quien se habla, v. gr. nosotros, los italianos, amamos la literatura, este sentido, cuando se habla con otros italianos, se expresa con el pronombre *ñocanchis*. Pero si el nosotros se dirige a extraños, debe decirse *ñocaicu*.

Estos pronombres primitivos (lo cual no se usa en las lenguas orinoquesas) se declinan al uso de los latinos: *ñoca* ego, *ñocap* mei, etc., como más arriba. La lengua de los incas tiene pronombres posesivos separados, como la de los maipures: *ñocapni* mio, *cam-papni* tuyo, etc. Pero además de este usa también, y acaso más frecuentemente, partículas prenominales añadidas a los nombres; v. gr. *yayai* mi padre, *yayáiki* tu padre, *yayan* su padre, *yayanchis* nuestro padre, cuando se incluye a otro, *yayáicu*, cuando se excluye; *yayáikíchis* vuestro padre, *yayancu* el padre de ellos. Dejo otros pronombres que son menos fáciles de aprender que los indicados.

§ 4. – Del verbo.

La misma facilidad de habla se descubre también en la calidad de los verbos, que todos se conjugan [237] de una sola manera. Tomemos el ejemplo del verbo *munári* querer, y para ser más breve quitemos también los pronombres. Presente de indicativo: *munáni* quiero, *munanki* quieres, *múnan* quiere, *munanchis* queremos, *munankíchis* quereis, *munáncu* quieren. Pretérito único de esta lengua: *munarcáni* yo quería, *munarcanki* querías, *munarca* quería, *munarcanchis* queríamos, *munarcankíchis* queríais, *mu-*

narcáncu querían. Nótese sin embargo que el verbo en la primera persona del plural tiene la misma variación que hemos dicho del pronombre nosotros. La palabra *munanchis, munarcanchis,* etc. incluye la persona o personas con quien se habla. El excluyente es *munáicu, munarcáicu,* etc. Lo mismo se observa también en el futuro y en cualquier otro tiempo. Nosotros, para no cansar más a los lectores, nos contentaremos con este bosquejo.

§ 5. – De los adverbios, de las conjunciones y de las interjecciones.

En la lengua de los incas hay toda clase de adverbios, de lugar, v. gr. *caipí* aquí, *chaipí* allá, *cáita* de aquí, *chacáita* de allá, *máita* ¿de qué parte? De tiempo, *cúnan* ahora, *aicáp* ¿cuándo?, *caya* mañana, *caya-mincha* pasado mañana, etc. La conjunción copulativa se forma con estas partículas: *pas, uan,* v. gr. *ñocá pas camuan* yo y tú, etc. La disyuntiva o, o sea, etc., se forma con la partícula *cairi,* v. gr. *San Pedro-ta múchay cáiri San Pablo-ta* que quiere decir: rogad a S. P. o a S. P.

[238] Nada me parece más precioso en la lengua de los incas que la abundancia de las interjecciones, escasísimas en las otras lenguas americanas. *Attáy* o *attatáy* es una interjección de horror y de disgusto, *munáilla* de placer y de amor; *ata* o *atáya* es de dolor; *hai, hai, hïhi,* de llanto, etc.

Capítulo IV

De la lengua de los mojos.

Antes de dejar el Perú, en la amable compañía de un misionero nativo de aquel amplísimo reino, debemos trasladarnos a una provincia llamada por los españoles Mojos. Esta, que se dice no fue conocida antiguamente por los incas, es una de las provincias del moderno Perú, y es tan semejante al Orinoco, que no puede ser más. Humedad de clima, calor excesivo, grandes inundaciones de ríos, he aquí sus cualidades físicas. Pero las morales de los indios son con mucho mejores que las de los orinoquenses; ni tanto de

fatiga costaron sus muchos miles a los que les anunciaron el Evangelio cuanto a mí y a otros misioneros los pocos centenares del Orinoco.

Su lengua, en especial la que se llama moxa, es toda del amable carácter de los indios. Aunque hay otra confinante con ellos y en el mismo clima que, por el contrario, es asperísima. Se llama movíma, y causó siempre gran extrañeza a los misioneros que siendo la lengua moxa tan dulce, fuera las de los movimas tan áspera. De lo cual encuentro también mucha semejanza en [239] las agradables lenguas del Orinoco opuestas a la aspereza de la de los guamos, que viven en el msmo clima. Pero en ninguna parte más se parece la dicha provincia de los mojos al Orinoco que en la lengua de aquellos indios, semejante a la de los maipures. Esto parecerá extrano con tanta distancia de los lugares. Pero he aquí mientras el resumen de su lengua. Será puesta después en comparación con la de los maipures.

§ 1. – Del alfabeto mojo.

En la lengua de los mojos faltan tres letras consonantes, es decir, *d, f, l.* Lo que dio lugar a la broma de que algunos dijeran que estos indios habían sido hallados sin Dios, sin fe y sin ley. Pero la realidad es que esta lengua no tiene ninguna necesidad de las susodichas letras, bastando para su perfección las otras consonantes, que dulcemente mezcla con las vocales, sin jamás redoblarlas.

§ 2. – De los pronombres.

Para el conocimiento de esta lengua importa mucho saber los pronombres, de los cuales en gran parte depende su estructura. He aquí los primitivos: *nuti* yo, *piti* tú, *ema* él (pero esta palabra es de un hombre que hable a otro; las mujeres dicen *eñi*). Ella se dice *esu*, nosotros *biti*, vosotros *eti*, ellos y ellas *eno*. Con las partículas de estos pronombres se componen nombres y verbos sin variación [240] alguna, excepto la tercera persona; v. gr. *nuri* yo bueno, *píuri* tú bueno, *tíuri* él bueno, *bíuri* o *bíurionó* nosotros buenos, *éuri* o *éuri onó* vosotros buenos, *tíurionó* aquellos buenos. Y nótese que la partícula *onó* es la que determina el número plural.

En los verbos y en los nombres negativos las sobredichas partículas pronominales se cambian en otras, esto es, el *nu* en *na*, el *pi* en *pa* y el *ti* en *ta*, v. gr. *voi náuri* yo no bueno, *voi páuri* tú no bueno.

Pronombres posesivos. *Nuyée* mío, *pijée* tuyo, *mayée* de él. Pero esta palabra es de hombre; la mujer dice *niyée*. Sigamos adelante. *Suyée* de ella, *biyée* o *biyéenó* nuestro, *eyée* o *eyéenó* vuestro, *nayée* o *nayéenó* de ellos.

Debo también decir alguna cosa de los pronombres demostrativos de persona, de los que abunda muchísimo toda nación índica que yo conozca. *Ema* significa aquel, si él está presente, y el hombre solamente usa de este modo de hablar. La mujer en lugar de *ema* dice *ñica*. De uno ausente se dice *mécani*, pero esta voz es masculina; la femenina es así: *ñícani*. Ella, cuando se llama a persona presente, debe decirse *suca;* de una ausente *súcani*. El dicho de persona presente, sean varones, sean hembras, *naca*, de ausentes, *nácani*. Dejo los demostrativos de cosas irracionales e inanimadas, muy diferentes de los sobredichos, para pasar a hablar del verbo.

§ 3. – Del verbo.

Todos los verbos de la lengua moja pueden reducirse a dos conjugaciones, siendo unos [241] afirmativos, digámoslo así, y otros negativos. Los primeros, de los que trataremos ahora, tienen dos terminaciones, pues algunos terminan en *ro*, v. gr. *nubóro* quiero; algunos en *co*, v. gr. *nemúnacó* amo. Esta regla es constantísima en ambas clases dichas de verbos. Mas para saberlos conjugar bien es preciso acordarse siempre de su desinencia. Pues si esta es un *ro*, deben anteponerse al verbo las partículas que indican persona de la siguiente manera: *nu*, *pi*, etc.

Mas si por el contrario el verbo termina con la sílaba *co*, las partículas antedichas se cambian en las siguientes: *ni* o *ne*, *pi* o *pe*, etc. Lo que abiertamente se ve en la conjugación del verbo *nemúnacó* amo, *pemúnacó* amas, *temunacó* ama, etc.; *nímoco* duermo, *pímoco* duermes, *tímoco* duerme, etc. Debe notarse que en este verbo que termina en *co* es indicio de tercera persona la partícula *ti* o *te*, tanto respecto a los hombres como a las mujeres.

El verbo negativo que hemos indicado más arriba se conjuga diferentemente; esto es, las partículas que indican persona son diversas de las que hemos dicho. Por eso en los verbos terminados

en *ro* la partícula *nu* se cambia en *na;* v. gr. *voi náboro* no quiero. En los verbos terminados en *co* hay que notar dos cosas. La primera es que la partícula de persona no es distinta de la del afirmativo, la otra es la mutación de la última letra de la forma afirmativa; v. gr. *nemunacó* yo amo, *voi nemúnaca* no amo, etc.; *nímoco* duermo, *voi nímoca* no duermo. Nótese aquí que *voi* antepuesto al verbo es lo que lo hace negativo.

[242] § 4. – De la conjugación del verbo.

De lo dicho hasta aquí se deduce que no es demasiado difícil conjugar los verbos mojos. He aquí el presente de indicativo tanto del verbo afirmativo como del negativo. *Nubóro* quiero, *pibóro* quieres, *mabóro* quiere, *bibóro* queremos, *ebóro* quereis, *nabórono* quieren. El del negativo: *voi náboro* no quiero, *voi páboro* no quieres, *voi máboro* o *táboro* no quiere, *voi báboro* no queremos, *voi áboro* no quereis, *voi náborono* no quieren, o también *voi táborono.*

Al pretérito se le une al fin la partícula *ini;* v. gr. *nemínaco ini* yo amé, etc. Al futuro la de *yavói,* v. gr. *nemúnaco-yavói* amaré; la cual palabra final se dice que sirve también para el optativo. El imperativo en los verbos terminados en *co* acaba en *ca,* v.gr. *pemúnaca* ama tú; en los verbos terminados en *ro,* el *pi* primitivo se cambia en *pa,* v. gr. *pabóro* quiere tú, etc. El prohibitivo se forma interponiendo en el imperativo la partícula *cu;* v. gr. *picúboro* no quieras, *picuemúnaca* no ames, *picuenímaca* no duermas, etc.

El participio se conoce por la partícula *rai* postpuesta al verbo, v. gr. *tenúnaco-rai* amante, *tímoco-rai* durmiente, etc. Se usa poco entre los mojos el verbo pasivo, pero es de un carácter muy caprichoso, pues no se emplea más que con las cosas que producen dolor. Los otros verbos, que no son de tal naturaleza, no tienen voz pasiva. Por lo que no se halla en el verbo amar, en el verbo querer, etc. He aquí algunos, en los que para mayor claridad pondremos delante [243] la voz activa: *necétaco* golpeo, *nucasáetá* soy golpeado; crucifico *netátacó, nucáetatá* soy crucificado, *nucasúico* soy desterrado, etc.

En esta lengua se usa mucha el verbo frecuentativo, que se forma añadiendo al verbo la partícula *póroco,* v. gr. *nubóro-póroco* quiero frecuentemente, *nímoco-póroco* duermo frecuentemente, etc. Ya hemos dicho de las partículas de tercera persona antepuestas

al verbo. Pero aquellas son masculinas, esto es, *mabóro, tibóro, temúnacó,* etc. He aquí las femeninas del mismo verbo pertenecientes a la tercera persona: *subóro, suemúnaco,* etc., que se hacen negativas de la siguiente manera: *voi sáboro, voi suímoca,* etc.

Terminemos con el modo de contar, que es bastante semejante al de los orinoquenses. « Indicaré, dice el amabilísimo compilador, algo sobre el modo de contar. *Etóna* significa uno, *apína* dos, *mopóna* tres, etc. El cuatro lo explican diciendo *apína-cocó,* esto es, dos con dos. Dígase lo mismo del seis, esto es, *mopóna-cocó,* que quiere decir tres con tres. El resto de los numerales, sigue él diciendo, se indica con los dedos de las manos y de los pies. Pero en este modo de contar hay una variación grandísima. Dos hombres o dos mujeres se dice *apína,* dos animales *apío,* dos palos o dos árboles *apíki,* dos hilos, dos cañas o dos cabezas *apísi,* dos huevos *apioá,* etc. ».

[244]

Capítulo V

De la lengua de los chiquitos.

A la provincia de los chiquitos somos llevados por una persona célebre por muchas útiles ciencias, y no sólo por la lengua de estos indios, la cual supo perfectamente.[1] Y en realidad no teníamos más remedio que decir algo de ella. Tantos son los laberintos, por así decir, de su lengua, tanta la amplitud, tanta la dificultad. Antes de coger en mi mano los extractos bien copiosos que me ha dado, creía yo que no había en el mundo lengua más amplia y más difícil que la tamanaca. Me retracto de buen grado después de compararla con la lengua chiquita, respecto de la cual aquella no conserva para mí la figura de antes.

No soy capaz (lo confieso ingenuamente) de poderla reducir al orden de las otras lenguas por mi investigadas. El mismo que la compiló para mi y la aprendió (según sé por otra parte) en tiempo bastante corto, él, y quizá nadie más estaría en condiciones

1 El señor abate Joaquín Camaño.

de empresa tan difícil. Voy, pues, a decir, apartándome de lo acostumbrado, algunas cosas de las más sustanciales.

I) La lengua de los chiquitos es de tal artificio y de abundancia tan extraña, que el citado señor compilador dice que conoció a varios misioneros que después de un asiduo estudio de 15 años para aprenderla, apenas la supieron medianamente.

II) La pronunciación por lo demás es clara y suave, aunque tenga algo de nasal y de gutural [245] y de mixto de ambas cosas. Los chiquitos no reduplican nunca las consonantes ni las unen entre sí, y muy raras veces las vocales. Lo que hace que el hablar discurra fácilmente. Para lo cual ayuda también mucho el uso de la elisión en algunas finales, ni más ni menos que en la lengua italiana.

Aunque en nuestro idioma este modo de acortar las palabras no cuesta ningún esfuerzo. ¡Pero cuánto exige el acortamiento de las palabras chiquitas! Nótese en esta frase: *yasaca icarity* lo veo, que acortada se pronuncia *yasaki carity*, con incluso mudar las letras, que no ya sólo dejar alguna. Más claro se ve el uso de las letras abreviadas en la frase siguiente: *chamá apipáca n'ura ipoosty Tupás*, que quiere decir: suficientemente sabes la lengua de la casa de Dios, esto es, de la Iglesia.

III) Una de las singularidades más extravagantes de esta lengua es el habla mujeril, muy distinto del del hombre. Hay dos flexiones, una de hombre, y otra de mujer. Las mujeres no pueden servirse de aquella que no compete a su sexo sino en el caso de que cuenten lo dicho por un hombre y hablen representando a otra persona.

El hablar de los hombres es una complicación aún más rara. Usan ambas flexiones tanto en los nombres como en los verbos, y la usan en el plural y también en el singular, pero las usan de modo distinto. Se sirven de la flexión masculina si hablan de Dios, de las personas divinas, de los ángeles, de los hombres y semejantes. Pero hablando de cualquier otra cosa (extrañísima invención de estos hablantes americanos) usan la femenina.

[246] Explica excelentemente Camaño esta diversidad de habla chiquita diciendo que si se tomara del latín en préstamo esta frase: *mortuus est frater meus, qui Servatorem nostrum summo amore colebat*, sería en todo una frase de varón. Pero ¿deben decirla así las mujeres? De ninguna manera: he aquí que su expresión

sería *mortua est frater mea, quae Servatorem nostram summa amore colebat.*

IV) El nombre chiquito no tiene casos como el latino. Pero unido a posesivos se hace tan variado por la diferencia de las partículas pronominales que se le anteponen, que puede decirse que tiene hasta cinco declinaciones. De las cuales por brevedad presento una sola, que es la primera, aunque advirtiendo antes que en esta lengua hay en la primera persona del plural el número llamado incluyente y el que se llama excluyente, ni más ni menos que en la lengua de los incas. Esto supuesto, he aquí la declinación prometida, y para explicarla tómese la palabra *poos* casa.

Ipoo mi casa.
apoo tu casa
ipoosti la casa de él
ipoos la casa de ella
opoo nuestra casa, en número incluyente
zoipoo[1] nuestra casa, en el número excluyente
aupoo vuestra casa
ipoosma la casa de ellos
yópoos la casa de ellas.

V) El verbo chiquito puede reducirse como el nuestro a cinco conjugaciones. En el mismo verbo no hay, propiamente hablando, voz activa y pasiva, [247] aunque para cualquier otro verbo haya dos voces, esto es, la directa, digámoslo así, que significa la acción del verbo, y la relativa, que además de esta, incluye el pronombre en significación no activa, o bien el relativo, v. gr. *isamutée* yo lo hago, *n'isamuteé* lo que yo hago. Los cuales verbos respectivos se reducen a tres clases, es decir, a tres conjugaciones diferentísimas.

VI) Los adjetivos chiquitos son de cuatro especies, dos de las cuales pertenecen a la clase de los nombres, y dos a la de los verbos. No hay nombres comparativos y superlativos. Pero los primeros se forman de algún modo con adverbios, con partículas y con verbos apropiados para exagerar una cosa. Por lo cual, para decir:

---

1 La letra *z* en la lengua chiquita se pronuncia a la italiana [es decir, como africada apical sonora.]

mi casa es mejor que la de Pedro, dicen: mi casa es muy buena en comparación con la de Pedro. Así también ponen remedio a la pobreza de superlativos poniendo delante del positivo la partícula *apoézo*, que quiere decir mucho.

VII) En la lengua chiquita no hay ni cardinales ni ordinales con que poder contar dos, tres, etc., primero, segundo, tercero, etc. Lo que parece una cosa bien rara en una lengua tan abundante. Por lo cual han tomado los antedichos nombres de los españoles. También falta en chiquito el verbo sustantivo, pero lo suplen con los pronombres y de otras formas. Lo cual aumenta sumamente las dificultades de esta lengua.

VIII) Acerca de los pronombres podría decirse que la lengua chiquita tiene palabras que son meros pronombres, palabras que son meras preposiciones, y voces que son casos. Pero propiamente no es así, y sólo puede decirse que una palabra declinada o conjugada con las notas de persona es pronombre, porque [248] incluye el significado de los pronombre latinos; es preposición latina, y es finalmente caso, porque no incluye el sentido del pronombre latino en abstracto, digámoslo así, sino reducido a un caso determinado.

Capítulo VI

De la lengua de los guaraníes.

He aquí una lengua americana de la que el eruditísimo Padre Vanthiennen no dudó afirmar[1] que no le había parecido inferior en nada a las muchas que él sabía de Europa antes de su partida para las Indias Occidentales; ni a la griega, ni a la latina, ni a la hebrea, las cuales supo muy bien. No nos maraville, pues, que esta lengua se hable con gusto en varias regiones de América, y que tantas naciones índicas, casi abandonadas sus lenguas, prefieran mejor que ellas el idioma de los guaraníes.

---

1 En Spagni, *De signis id.*, part. IV, art. 4.

Si bien la lengua guaraní no está limitada, por decirlo así, a languidecer entre los indios solos. Es la gran lengua de moda de los paraguayos, la de los portugueses del Brasil, también la de los del Marañón. Tan vasto es su reino. ¿Quién por saber un poco de ella no atravesaría de buena gana el mar Atlántico, como antaño los romanos, para aprender mejor el griego, pasaron alegres el Jónico? Mas he aquí que sin miedo a los océanos, no menos incógnitos que fieros, nos es traída a Italia por persona de sumo mérito.[1] El me ha hecho el favor del extracto, con gran gentileza, y hélo aquí en pocos párrafos.

[249] § 1. – De la ortografía y del acento guaraní.

Para escribir el guaraní del modo más adecuado al hablar de los indios sus misioneros han sido obligados a encontrar notas para conocer los varios acentos. Pero el uso de éstas es más propio de la pluma que de la imprenta. He aquí las que he conseguido poner, aunque distintas del original que me ha sido remitido de Faenza.

I) El acento circunflejo puesto sobre vocales, v. gr. *tâtâ*, etc. indica la pronunciación nasal.

II) El mismo acento, pero estirado encima a modo de una *v* en el manuscrito, es signo de pronunciación gutural. Lo que no pudiéndose indicar con la imprenta, en las vocales de esta clase hemos puesto una diéresis, quitándole su ordinario significado, y aplicándole el de significar una letra que se pronuncia con la garganta. Escribimos, pues, así: *taïra*, etc. Donde se halle el acento, pronúnciase del modo acostumbrado.

III) La tercera pronunciación, que es una mezcla de nasal y de gutural se usa al expresar la letra *y*.[2] También esta letra en el manuscrito es distinguida con nota especial. Mas para nosotros italianos, a los que esta letra no nos sirve de nada, bastará verla para saber cómo se pronuncia por los guaraníes. Por lo que escribo solamente así: *ayrô*, etc.

---

1 El señor abate Francisco Legal.

2 [En el núm. II el autor llama gutural a una vocal que en guaraní puede definirse como alta y central, es decir, intermedia entre *i* y *u*, sin redondear los labios, pero central como la *a*. Lo que el autor representa por *y* es esta misma vocal nasalizada].

IV) La cuarta pronunciación es gutural, pero no cae sobre una *i* simple, como la que acabamos de indicar, sino sobre dos que van juntos, el primero de los cuales se profiere con la garganta. Y este también, para que se conozca, será notado con la diéresis, v. gr. *teïî*, etc.

[250] En la lengua italiana hay algunas voces en las cuales, aunque escritas con *h*, no se oye nada de aspiración. Pero en la guaraní la *h* se debe aspirar un poco, aunque sin violencia y sin confundirla con la *j* española. Este singularísimo embrollo de pronunciar de tan distintas maneras las palabras, dice nuestro ilustre compilador, no es de ningún estorbo a los guaraníes, cuyo hablar es suave, desenvuelto, libre y muy agradable.

Diremos ahora un poco sobre el uso de algunas consonantes y sobre la cantidad de las letras finales, o sea, el modo de pronunciarlas, omitiendo por lo demás las largas excepciones a las reglas generales.

1° En principio de dicción no se escribe *b*, sino cuando va delante la *m*, v. gr. *mbac* quien, *mbaípï* polenta, *mbocá* fusil, etc. Se exceptúan las palabras *biñâ* pero, *bïte* sin embargo, etc.

2° Generalmente hablando, en todo nombre guaraní es larga[1] la última sílaba, v. gr. *cuñâ* mujer, *aó* tela, *teá* ojos, *torï* alegría, *rïrú* vaso, etc. Pero son breves las siguientes: *amôme* a veces, *aâni*, no, etc. Las letras *ï*, *y* son siempre largas, v. gr. *tabï* engaño, *yukï* sal, *atey* perozoso, etc. Pero la *i* de los verbos y de los nombres negativos es breve, como *ndahai* no fuí, *ndayápoi* no hice. Todo gerundio y supino, de cualquier manera que termine, es breve en la última sílaba, v. gr. *iquatiábo* a pintarlo, *hecháca* a verlo, etc. Todo verbo tiene larga la última sílaba del infinitivo: *acarú* comer, *abébé* volar, *abîbï* rizarse, *abobóg* reventarse, *abú* respirar. Los diptongos *ai*, *au*, *ei*, *eu*, *ïi*, *oi*, *ui*, con que terminan algunos verbos, se pronuncian en un solo tiempo, v. gr. *acai* me quemo, *amongarau* dislocarse, *ayohei* lavar, etc.

La justa pausa al pronunciar las sílabas, y ciertas como paradas al expresarlas, todos saben [251] cuánta fuerza tienen en todas las lenguas para conocer bien el significado de las palabras, y cuanta oscuridad por el contrario ocasiona un cierto recortamiento y casi

---

1 [El autor llama larga a la vocal acentuada.]

confusión de sílabas sin ninguna distinción entre unas y otras. Pero en la lengua guaraní este cuidado con la pronunciación es acaso más necesario que en nuestra lengua, como se ve en las siguientes palabras: *añêmboé* así escrito significa limpiarse o adornarse, escrito y pronunciado de la siguiente manera: *añêmbo-é* significa lo mismo que aprender. *Peruoú* quiere decir Pedro vino; con pausa y casi distinción de la final, v. gr. *Peruo-ú* significa como Pedro comió. *Oyapoïmá* quiere decir yo lo hice; *oyapoï-ma* significa hace mucho tiempo que lo hice. Dicho esto brevemente antes, digamos ahora casi con las mismas palabras del ilustre compilador lo que él escribe sobre las diversas partes de la oración guaraní.

§ 2. – De la declinación de los nombres.

El nombre sustantivo se flexiona así: *abaré* el sacerdote, *abarémbaé* del sacerdote, *abaréupé* o para el sacerdote, *abaré* al sacerdote, *abaré* oh sacerdote, *abaregi*[1] desde el sacerdote. El número plural no tiene notas diversas del que se llama singular. Para indicar la multitud los guaraníes usan la voz *hetá* muchos, o también numerales, de los que diremos más tarde.

El nombre adjetivo se declina postponiéndolo al sustantivo de esta manera: *abaré mârângatú* el sacerdote bueno, *abaré mârângatumbaé* del sacerdote bueno, *abaré mârângatúupé* al sacerdote bueno. El acusativo y el vocativo no cambian respecto del nominativo. *Abaré mârângatúgï* por el sacerdote bueno. Declinación de los [252] pronombres: *che* yo, *chémbáe* de mi, *chébe* a mi, *che* me, *chébegí* por mi. *Oré* significa nosotros, pero esta voz se usa cuando se excluye en el hablar la persona a la que uno se dirige; si se incluye, debe decirse *ñandé*. Nótese esta diversidad para no repetir inútilmente lo mismo en semejantes casos.

Todos los pronombres, además del ya dicho, son declinables. Por lo que comenzando por el plural, de nosotros se dice *orémbaé*, o bien *ñândembaé; orébe* o *ñandébe* a o para nosotros; *oré* o *ñandé* a nosotros; *oréhegí* o *ñândéhegí* por nosotros. De la misma manera dígase del pronombre tú. *Ndé* tú, *ndémbaé* de ti, *ndebe* a o para ti, *ndé* a ti, te, *ndéhegí* desde ti. Igualmente se declina la segunda

1 [La *g* representa en estas transcripciones del guaraní el mismo sonido de velar sonora, igualmente en *ga go* que en *ge gi*.]

persona del número plural. Vosotros *peê*, de vostros *pembaé*, a o para vosotros *pêeme*, vosotros en acusativo *peê*, por vosotros *pehégí*, etc.

Del comparativo. Hay varias maneras de hacerlo. Pero la ordinaria es la de unir al nombre, o en realidad al verbo, la partícula *be*, que significa más, añadiendo al fin la partícula *gi*, que fuera de composición no tiene ningún sentido. He aquí dos ejemplos clarísimos: *chemârângatubé ndéhegí* yo soy mejor que tú; *accarúbé ndéhegí* como más que tú. Las partículas *eté*, o bien *mateté*, hacen el superlativo; v. gr. *chemârângatú eté* soy buenísimo; *cheangaipá mateté* soy grandísimo pecador. Además de los cuales modos de hacer los superlativos, hay también otros dos. Pero los dejamos para no fatigar a los lectores.

El diminutivo se hace con la adición de una *i* al final de la palabra; v. gr. *mitâng-î* niñito, *abaî* hombrecillo, etc. Del numeral « causa maravilla, dice nuestro amabilísimo compilador, que esta lengua, abundantísima en lo demás, sea defectuosa en los numerales, que no son más de cuatro ». Hélos aquí todos: *peteî* uno, *môcoî* dos, *mbohápï* tres, *irûndï* cuatro. « Estos indios, sigue él diciendo, en su gentilidad tenían el uso [253] de explicar un número mayor por medio también de los dedos de las manos y de los pies. A los convertidos a la fe se les ha enseñado a contar en español los números restantes, esto es, cinco, seis, etc. ».

Pero en esta, como en toda otra lengua india, hay palabras que indican multitud, las cuales de alguna manera suplen el defecto de los numerales. He aquí algunas: *hetá* o *heïi* significa muchos, *mdipahábi* innumerables, *hetá eteí* muchísimos, *hetábé* bastante más, *mîriñôte* pocos, *mírîbé* pocos más, *opáeatuí* todos.

Los ordinales se distinguen por las partículas *i*, *mo;* v. gr. *imômôcôî* el segundo, *imômbóhápï* el tercero, etc. Hay también otro modo de hacer los ordinales, y es por medio de las partículas *haba* y *mô;* v. gr. *imôirûndihaba* el cuarto, *imôcincohaba* el quinto, *imôseihaba* el sexto, etc. El nombre partitivo es de muchos modos, pero el más común es el de postponerles la partícula *gí;* v. gr. *ore môcôîgí petêî* uno de nosotros, *pêê môcôîgí petêî* uno de vosotros dos, etc. Con la repetición de las últimas dos sílabas de los numerales se forma el distributivo, v. gr. *petêîtêî* de uno en uno, *irûndírûndi* de cuatro en cuatro, etc.

El uso del posesivo y del relativo es graciosísimo en la lengua guaraní. Para dar una prueba sirvan los siguientes ejemplos to-

mados de la voz *téra*, que significa nombre. *Cheréra* mi nombre, *héra* el nombre de él, *géra* su nombre. *Tenôndé* delante, *cherenôndé* delante de mi, *henôndé* delante de él, *génôndé* delante de si, etc. El modo, por así decir, de declinar algunos otros posesivos o recíprocos es diferente del antedicho, como se ve por el ejemplo siguiente: *iâra* amo, *cheiâra* mi amo, *yiâra* el amo de él, *oiara* su amo. « El uso de los recíprocos y de los relativos, añade nuestro compilador, es en esta lengua una de las cosas más elegantes y agradables para los que la saben, porque por medio de ellos se evita [254] toda aquella ambigüedad de hablar que no raras veces vemos en alguna de nuestras lenguas ».

§ 3. – Del verbo guaraní.

Digamos ahora del verbo activo, para tratar después de los pasivos y de los neutros; todos los cuales se conjugan por medio de siete notas. Las del singular son las siguientes, tres, según el número de las personas: *a, ere, o*. Pero las del plural, dadas las variaciones ya conocidas del pronombre nosotros, son cuatro: *oro, ya, pe, o*. Esto supuesto, he aquí la conjugación del verbo activo: *amboé* yo enseño, *eremboé* tú enseñas, *omboé* él enseña, *oromboé* o bien *ñâmboé* (nótese que la partícula *ya* aquí se cambia en *ña*, y es de pronunciación nasal) nosotros enseñamos, *pemboé* vosotros enseñais, *omboé* ellos enseñan. Sería largo decir de las varias notas o partículas requeridas para la formación de los pretéritos, imperfecto, perfecto, pluscuamperfecto y futuro perfecto, y por eso se pasan por alto.

Futuro imperfecto: *amboéne* enseñaré, *eremboéne* enseñarás, *omboéne* enseñará, *oromboéne* o *ñamboéne* enseñaremos, *pemboéne* enseñareis, *omboéne* enseñarán. Modo imperativo: *emboé* o bien *teremboé* enseña tú, *tomboé* enseñe él, *pemboé* o *tapemboé* enseñad vosotros, *tomboé* enseñen ellos.

Los modos, tanto optativo como subjuntivo, son muy hermosos, como los que hemos descrito. Pero son reducidos, y no tan generalmente varios como en nuestras lenguas. Lo que también he anotado sobre las lenguas orinoquenses. Por lo cual, con la misma voz conjugada con alguna partícula se hace el tiempo pasado, el presente y el futuro, según diremos enseguida, añadiendo [255] las palabras latinas a las guaraníes, para que se entiendan mejor. *Amboé tamô* « utinam doceam, docerem, docuissem », *eremboé tamô*

« utinam doceas », etc., *omboé tamô* « utinam doceat », etc., *oromboé tamô* o *ñamboé tamô* « utinam doceamus », etc., *pemboé tamô* « utinam doceatis », etc., *omboé tamô* « utinam doceant », etc.

Subjuntivo: *amboérâmô* « cum doceam, docerem, docuissem »; *eremboérâmô* « cum doceas », etc.; *omboérâmô* « cum doceat », etc.; *oromboérâmô* o *ñamboérâmô* « cum doceamus », etc.; *pemboérâmô* « cum doceatis », etc.; *omboérâmô* « cum doceant », etc.

Pero antes de dejar estos modos, comunísimos en toda lengua, no debemos callar otro que en la lengua guaraní se llama permisivo, y es como sigue: *tamboé* enseñe yo, o permítaseme enseñar, *teremboé* enseña tú, o permítasete, etc., *tamboé* enseñe él, etc., *toromboé* o *tiñamboé* o también *chamboé* permítasenos enseñar, *tapemboé* permítaseos, *tomboé* permítaseles.

Modo infinitivo: *mboé* enseñar, *mboéhagéra* haber enseñado. Las varias clases de gerundios y de supinos equivalentes a las de la lengua latina, junto con los adjetivos, tienen la misma terminación, que por lo demás es distinta en diversos verbos. Pónese por ejemplo, como la más general, la desinencia en *bo:* v. gr. *ahái-mboébo* voy a enseñarles, *checaneô ïmboébo* estoy cansado de enseñarles, *agîyeteî imboébo* cosa digna de ser enseñada.

En tres modos, es decir, con tres diferentes partículas postpuestas o intercaladas en el verbo, pueden formarse los participios que son hermosísimos. El primero se forma con la partícula *hara* de esta manera: *mboéhara* el que enseña; *mboéharéra* que enseñó; *mboéharâmá* el que debe enseñar; *mboéhérângéra* el que debía haber enseñado. El segundo se distingue por [256] la partícula *bae:* v. gr. *omboébae* que enseña, *omboébaé-cuéra* que enseñó; *omboébaerâmâ* que debe enseñar; *omboébaerângéra* que debía haber enseñado. El tercer participio se llama *temi* por la interposición que se hace de esta partícula, la cual por lo demás, como dice el señor compilador, en la composición cambia la *t* en *r*. He aquí el ejemplo: *cheremïmboé* « is, quem ego doceo »; *cheremïmboécuéra* « is, quem ego docui »; *cheremïmboérâma* « is, quem docturus sum »; *cheremïmboérângéra* « is, quem ego docturus eram ».

De tres clases son también los verbos llamados neutros. Los primeros se conjugan con las notas de los activos, *a, ere, o,* etc., y tienen los mismos tiempos. Pero por lo demás carecen del participio llamado *temi* y de la voz pasiva *pira*. Estos verbos en el gerundio y en el supino tienen estas notas, que son de singular: *gi, e, o*. En el plural tienen estas otras: *oro* o *ya, pe, o*. Para la de-

claración de esta teoría el señor compilador pone juntas la voz *ahá*, que quiere decir ir, y la de *âmamô* morir, que es propia del gerundio y supino, y las conjuga así: *ahágbimânômô* voy a morir, *erehó emânômô* vas a morir, *ohó amânômô* va a morir, *orohó oromânômô* o *yahá yamânômô* vamos a morir, *pehó pemânômôohô* vais a morir, *ohó omânômôche* van a morir, etc.

Los neutros de la segunda clase, en vez de las partículas antedichas admiten los pronombres *che, ndé*, etc., y tienen todos los tiempos arriba descritos. Anotemos solamente el presente de indicativo: *chemâênduá* me acuerdo, *nde mâênduá* te acuerdas, *imâênduá* se acuerda, *oremâênduá* o bien *ñândemâênduá* nos acordamos, *pemâênduá* os acordais, *imâênduá* se acuerdan, etc.

La tercera especie es la que se hace con los nombres sustantivos o adjetivos, unidos a los pronombres *che, nde*, etc., [257] v. gr. *che mârângatú* yo bueno, *nde mârângatú* tú bueno, etc. Y esta precisamente, dice el señor compilador, es la conjugación del verbo sustantivo ser. Pues todos los nombres conjugados con los pronombres se convierten en verbos e incluyen el verbo sustantivo ». Pero sobre este punto tendré que decir lo que pienso en las reflexiones añadidas a los extractos.

Nos queda por decir por último del verbo pasivo, que en esta lengua se forma con la partícula *pira* postpuesta al verbo, a la cual además se le pone delante la letra *i*. Esto se entenderá mejor por los ejemplos que añado, que traduciremos palabra por palabra. *Imboépïra che* yo soy instruído. En la cual frase deben notarse tres cosas: es decir, la *i* antepuesta al verbo *mboé* enseñar, la partícula *pira*, que hace pasivo al verbo, y al fin el pronombre, el cual no se omite nunca, como se puede ver al conjugar las otras personas. *Imboépïra nde* eres instruído tú, *imboépïra cuibae* es instruído él, *imboépïra oré* o *ñandé* somos instruídos nosotros, *imboépïra pêê* sois instruídos vosotros, *imboépïra cuibae* son instruídos ellos. Pretérito: *imboépïréra che* fui instruído, *imboépïréra nde* fuiste instruído, etc. *Imboépïrâmâ che* seré instruído yo, etc.

§ 4. – De la repetición de algunas sílabas.

Una de las cosas más lindas de la lengua guaraní es el repetir algunas sílabas de sus palabras. La cual repetición no es un capricho o un defecto de los que hablan, sino un indicio cierto de diversa graciosísima significación de las mismas palabras. Esto,

que parece insólito en otras lenguas, se entenderá mejor por los ejemplos siguientes: *ayoheí* lavar, [258] *ayohéyoheí* lavar frecuentemente; *acarú* comer, *acarúcarú* comer frecuentemente; *aheyí* rascar, *aheyheyí* rascar contínuamente; *ahênôï* llamar, *ahênôhênôï* llamar muchas veces; *ayerúré* preguntar, *áyerúrérúré* preguntar a menudo; *aipïcuí* revolver, *aipïcúpïcuí* revolver frecuentemente; *ayoyaí* reir, *ayoyáyoyaí* reir muchas veces; *amyí* moverse, *amymyí* moverse continuamente; *amôcôg* tragar, *amôcômôcôg* tragar deprisa; *asê* salir, *asêsê* salir muchas veces; *apó* saltar, *apopó* dar saltitos, etc.

« Adviértase, dice aquí oportunamente nuestro compilador, que cada ejemplo por mi aducido es conjugable en todos los tiempos y en todos los modos de los verbos. Yo no he presentado más que la primera persona del singular del indicativo, aunque con las palabras del infinitivo, para no separarme del uso común. Por lo demás, *apopó*, propiamente hablando quiere decir doy saltos, y continuando la conjugación se dirá: *erepopó* das saltitos, *opópó* da saltitos, etc. No digo nada, continúa diciendo, de los verbos compuestos, nada tampoco de los irregulares y defectivos, tanto porque no son muy usados, como por no engolfarme en un casi océano que no se puede navegar con pequeña barca ».

§ 5. – De las postposiciones.

Así precisamente, y no preposiciones, se llaman aquellas partículas que yendo en nuestra lengua antepuestas al nombre, en la de los guaraníes se postponen. Esta postposición es conocidísima por lo que ya dije de las lenguas del Orinoco. Por lo que no queda otra cosa que presentar ejemplos, distinguiendo por lo demás las partículas, para que sean mejor [259] entendidas. *Asosé* sobre: *che asosé* mi sobre o sobre mi; *cotï* hacia, *ïbá cotï* cielo hacia o hacia el cielo. Estas dos frases las he traducido así para mayor claridad de lo que tenemos entre manos. En lo restante seguiremos el carácter de nuestra lengua.

Amon-gotï (aquí la *c* de *cotï* se cambia en *g*) hacia allí. Las partículas *agi* y *gi* significan de, v. gr. *cherogagí ayú* vengo de casa; *be* significa de aquí, v. gr. *kié agi ïbápebé* de aquí al cielo; *pe* vale lo mismo que nuestro a de movimiento: *ahá cherope* voy a mi casa. Significa también estar en un lugar; v. gr. *cherope aicó* estoy en mi casa. *Rupí* es partícula que significa por, v. gr. *perïbïrupí aicó* voy por tierra, etc.

§ 6. – Del adverbio.

Cito brevemente algunos adverbios, comenzando por los de tiempo. *Mânâmô* ¿cuándo?, *ang* ahora, *ang bïterí* hasta ahora, *ang râmô* ahora otra vez, *curî* de repente, *curî curî nâbô* cada momento, *poyyé* después, *corômô* después de algún tiempo, *acoírâmô* entonces, *coérâmô* al amanecer, *asáyérâmô* a mediodía, *caarúrâmô* la primera hora de la tarde, *pïháyérâmô* a media noche, *yepï* siempre, *imá* antiguamente.

Adverbios de lugar: *mamôpe* ¿dónde?, *kié* aquí, *ape* aquí o allá, *pé* allá, *pépé* allá lejos, pero hasta donde llega la vista, *cúpe*, allá donde no llega, etc. A estos añado algunos otros adverbios. *Tá* significa si, pero es voz de hombre, la mujer dice *hee*. *Aání* no, *na*, *niâ* o *nangâ* ciertamente, *ayeté* verdaderamente. El adverbio he aquí se dice de cuatro maneras, es decir: *chanicó*, *chatepé*, *chaterô*, *chatepacó*. *Teí* en vano, *nandeteí* muchísimo, etc.

[260] § 7. – De las interjecciones y de las conjunciones.

Cese ahora de maravillarse de la escasez de las interjecciones americanas el que lea la larga lista de las del guaraní. *Tú*, *toú*, *totoí*, *tuharí*, *ataí*, *atataí* son interjecciones de un hombre que se asombra. *Heá*, *heaí*, *eaí*, *ecaí* son expresiones de mujer que se maravilla; *atâi* expresión del que se admira de algo hermoso; *haritî* de quien se asombra a la vista de cosa pequeña; *acheí*, o *acacheí*, o también *aí*, son interjecciones de hombre que llora. Las de mujer que llora son estas: *akï* o *acaí*. *Gûâeté* interjección de dolor; *achú* de quien tiene frío; *eú* o *eúmaé* es una interjección de mujer que compadece; *egûá* de mujer que desprecia; *hahá* de hombre que ríe; *heheí* de mujer que ríe; *tutuí* de hombre que se enoja; *heú* de mujer desdeñosa; *aa* de quien exclama; *namômeí* expresión de quien se acuerda del pasado.

He aquí en fin las palabras que pueden servir para unir las partes de la oración. *Aaé* es la conjunción copulativa y; *abé*, *nô*, o bien *abénô* significa aún; *eotêrâ* o *cotenipó* es la partícula disyuntiva o. *Ró*, *rombï*, *haérâmô* son partículas colectivas, que equivalen a nuestras finalmente, en suma, etc. *Ndaroyaí*, *ndaeroyaí*, *ndeiteé* son partículas ilativas, equivalentes a por tanto, por eso, etc.

La graciosa variedad de las partículas interrogativas me obligo a poner todavía estas, que son seis: 1° *pa*, v. gr. *chepa aháné?* ¿deba

ir yo? 2° *pângâ*, v. gr. *amânôpângâné?* ¿he de morir yo? 3° *pe*, v. gr. *chepé chêrênoí* ¿me llaman a mi? 4° *pîâ*, v. gr. *ereyapó pîáné* ¿debes tú hacerlo? 5° *pi*, v. gr. *arúpichené* ¿he de traerlo? [261] yo? 6° *raé* es una partícula que sirve para el pretérito perfecto, y se usa en pequeñas frases, v. gr. *ahóraé* ¿fuese ya? Pero en las frases más largas, aunque se use la susodicha partícula, va acompañada sin embargo de otras, y se pone al fin; v. gr. *eremboé ïmapângâ nderembïmboéraé* ¿has enseñado ya a tus alumnos?

Faltaría hablar de la mutación de algunas letras consonantes, las cuales en la oración entera se cambian en otras. Mas para nosotros, que damos una pequeña muestra de esta lengua, no para instruir en todo a los lectores, sino para compararlas con otras, baste lo dicho hasta aquí.

Capítulo VII

De la lengua araucana.

Al dar el extracto de la lengua araucana, que se habla universalmente en todo Chile, creería hacer injusticia al insigne autor que la compiló con cambiar ni una sílaba. Hélo, pues, en los mismos términos en que lo dio en su diligentísimo compendio de la historia de Chile,[1] parte II, § 1, núm. VI.

«Su lengua, que no es diferente de la general de Chile, es quizá una de las más admirables que se hallen en el mundo. Es dulce, expresiva, abundante y compuesta con una armonía y mecanismo tan artificioso, que parece inventada después de estudio contínuo por personas doctas e inteligentes en las ciencias geométricas. Su alfabeto tiene dos letras más, desconocidas a los europeos, esto es una *g* nasal y una *th* que se pronuncia tocando el paladar [262] con la lengua. Hay también dos *v*, como en el alfabeto francés. La *f* y la *z* no se encuentran en ninguna de sus palabras, a no ser

1 [Trátase sin duda de la obra del antiguo jesuíta Juan Ignacio Molina, *Saggio sulla storia naturale del Cili*, Bolonia, 1782, trad. española de Domingo J. Arquellada Mendoza, Madrid, 1788.]

que se quiera hacer *f* la *v* consonante. Todos los nombres se declinan por una declinación, y todos los verbos por una conjugación. La maravilla mayor es que en la abundancia prodigiosa de nombres y de verbos de esta lengua, no se encuentra un nombre ni tampoco un verbo defectivo o anómalo. Por lo que se pueden escribir todos los preceptos en un papel, y aprender la teoría en ocho días. Como la lengua griega, tiene dual en los nombres, y en los verbos en las tres personas del plural, aoristos, y el uso frecuente de los participios y de las composiciones, en las que es más rica aún que aquella lengua. Como la latina, tiene todos los otros tiempos y modos, y la voz activa y pasiva. Los casos de los nombres y las personas de los verbos se distinguen por las partículas postpuestas. Los tiempos y los modos por medio de otras partículas infijadas. Las partículas que terminan las personas del presente del indicativo terminan también las personas de los otros tiempos del mismo indicativo, los cuales no varían entre sí sino por la partícula característica de cada tiempo. Lo mismo sucede en los otros modos. El indicativo del verbo *elun*, que significa dar, nos servirá de muestra de tal artificio.

Presente, singular *elun* doy
eluimi das
elui da

dual *elulu* nosotros dos damos
eluimu vosotros dos dais
eluighu ellos dos dan

plural *eluiñ* damos
eluimn dais
eluigen dan.

[263] La partícula característica del imperfecto es *vu*, del perfecto *ye*, del futuro *a*, las cuales colocadas delante de la *n* final de la primera persona del verbo forman las primeras de estos tiempos, v. gr. *eluvun*, *eluyen*, *eluan*. Después dejando la *n*, toman las partículas postpuestas de las otras personas para el presente, v. gr. *eluvuimi*, *eluyeimi*, *eluaimi* y así sucesivamente. Como el pluscuamperfecto participa en su significación del imperfecto y del perfecto, se forma con las partículas de ambos: *eluyeavun* yo había dado. El futuro perfecto, de modo semejante, se compone

de las partículas del futuro y del pretérito perfecto. *Eluyean* habré dado. Los aoristos después reciben las partículas de aquellos tiempos a que más se aproximan en el modo de significar, esto es, el primero las del futuro y el imperfecto, v. gr. *eluavun*, y el segundo las del pretérito perfecto, futuro y pretérito imperfecto, v. gr. *eluyeavun*. Este mismo orden se observa con las mismas finales en la voz pasiva, de la que la partícula *ge*, colocada entre la *n* o las otras desinencias de las personas es la característica: v. gr. *elugen, elugeimi*, yo soy dado, tú eres dado. *Eluvugen, eluyegen*, yo era dado, yo fui dado.

« Todo verbo en esta artificiosa lengua se hace con la interposición de varias partículas de otros verbos y de los nombres, raíz de millares de verbos. Las partículas *pran* en vano, *la* no, *pe* acaso, *clo* juntamento, *pa* venir, *val* poder, forman con el susodicho verbo *elun* los verbos siguientes: *elupran* doy en vano, *elulan* no doy, *elupen* acaso doy, *eluclon* doy junto con otro, *elupan* vengo a dar, *eluvaln* puedo dar. Pueden también formarse otros verbos con dos o más de estas partículas, v. gr. *elupelan* acaso no doy. Hay otras infinitas partículas [264] que con una gracia indecible producen con este método nuevos verbos. Esta lengua, sobremanera amante de las composiciones, ordinariamente se complace en hacer con los verbos y con sus acusativos otros verbos compuestos, v. gr. con el verbo *elun* y con el nombre *ruca*, que quiere decir la casa, forma el verbo *elurucan* doy la casa. Además de ésto, convierte a todos los nombres en verbos y a todos los verbos en nombres, de todos los nombres deduce verbos y de todos los verbos nombres, v. gr. *ruca* la casa, *rucan* hacer la casa; *cuye* la luna, *cuyen* brillar la luna; *cume* bueno, *cumen* ser bueno; *cudau* fatiga, *cudaun* soportar la fatiga; *antu* el día, *antun* hacerse de día; *duamen* entender, *duam* la inteligencia. Con la misma libertad se unen dos o tres nombres sin ningún enlace intermedio, y se forma otro; v. gr. *loncomilla* cabeza de oro viene de las palabras *lonco* cabeza y *milla* oro. Muchas veces reduce todo un período a una sola palabra, por ejemplo, para decir ayudadme a decirles la verdad se sirve del solo verbo *mupicolelen;* y del verbo *rucatunmaclopaen* para decir hacedme el favor de venir a ayudarme a hacer una casa. Sus verbos no solamente representan las acciones en general, sino también bajo diversas modificaciones: v. gr. el verbo *thanthun* significa tirar o echar, *huithan* tirar hacia sí, *huithun* tirar al contrario, *huichunthun* hacia la tierra ».

[265]

Capítulo VIII

De la lengua algonquina y hurona.

Al fin que me propuesto de comparar entre sí las lenguas americanas, después de las meridionales convendría mucho cierta comparación de las septentrionales. Pero fuera de la mejicana, ya esbozada, no tengo ninguna persona a quien preguntar por ellas, ni libros de que hacer extractos. Me he afanado mucho por encontrarlos, pero siempre en vano. Pues no todos lo podemos todo. Este trabajo que he comenzado es casi un bosquejo de la gran obra que se espera de personas mejor instruídas. Mientras tanto doy un compendio de las lenguas algonquina y hurona que se encuentra en las memorias del barón La Hontan,[1] el cual si no es en todo perfecto, al menos parece que puede contentar, ya que faltan otros. Dice así:

« No hay más que dos lenguas madres en toda la extensión del Canadá, que yo establezco que llega hasta las orillas del gran río Misisipi. Más allá de él hay infinidad de otras lenguas que pocos europeos han podido aprender hasta el presente, por causa del poco comercio que han tenido con los salvajes que allí habitan.

« Estas dos lenguas madres son la hurona y la algonquina. La primera es usada por los iroqueses, y no hay entre ella y la de los hurones otra diferencia que la que [266] hay entre la normanda y la francesa. Hay de modo semejante habitantes salvajes en las costas de Nueva York que aproximadamente tienen la misma lengua. Los Andastogerones, los Torontogerones, los Erriorones, y otras semejantes naciones salvajes, destruídas por completo por los iroqueses, hablaban la misma lengua, entendiéndose los unos con los otros perfectamente.

« La segunda lengua es tan apreciada en aquellas regiones, cuanto en Europa la latina y la griega, aunque parezca que los algonquinos, de los que es nativa, la deshonren por la poca gente que queda de esta nación, reducida a lo más a 200 personas.

« Conviene observar que todas las lenguas del Canadá, excepto aquella de que he hablado, no difieren tanto de la algonquina cuanto

---

1 *Mem. de l'Amér. Sept.*, al fin.

la italiana de la española. Por lo cual todos los guerreros y todos los ancianos de tan variados pueblos se pican de hablarla con todo cuidado. Es talmente necesaria para viajar por aquellos países, que a cualquier parte que se vaya, hay la seguridad de hacerse entender con ella por todos los salvajes; sea en la Acadia, sea en la Bahía de Hudson y en los lagos, sea hasta entre los iroqueses, de los cuales se encuentra gran cantidad que la han aprendido por razón de estado, aunque entre la suya y la algonquina haya más diferencia que entre la noche y el día.

« La lengua algonquina no tiene ni tonos ni acentos, y es tan fácil de pronunciar como de escribir, no habiendo ninguna letra inútil en sus palabras. No es muy abundante, como tampoco otras lenguas americanas. Puesto [267] que los pueblos de este continente no tienen el conocimiento de las ciencias y de las artes. No saben los términos para las ceremonias y los cumplidos y muchas otras palabras de que los europeos se sirven para dar más energía a sus discursos. No saben hablar más que para saber vivir, por lo que no tienen ninguna palabra inútil ni supérflua. He puesto al fin cuatro tiempos del indicativo del verbo amar. El indicativo se forma del infinitivo, añadiéndole la nota personal *ni* que quiere decir al cabo yo o me; de tal manera que *sakia* significa amar, y con la adición de esta nota de persona *ni*, se hace *ni-sakia* yo amo. Lo mismo acaece en todos los verbos.

« Es fácil conjugar todos los verbos en esta lengua una vez que se sabe el presente de indicativo. Se añade para el imperfecto *ban*, la cual partícula hace *sakiaban*, que significa yo amaba. Al perfecto se le pone una *i* junto a la nota de persona, por ejemplo, *ni isakia* yo amé. De modo semejante se hace el futuro, al que se le pone delante la partícula *ga*, v. gr. *ni gasakia*, o bien, *nin gasakia* amaré. Se pueden hacer todos los otros tiempos de un verbo con el presente de indicativo, por ejemplo: yo amaría *ni gosakiaban*, yo hubiera amado *ni kiosakiaban*, etc. En una palabra, cuando se sabe bien el presente de indicativo y las partículas que deben añadirse a los otros tiempos, esta lengua se aprende en poquísimo tiempo. Por lo que se refiere al imperativo, se forma con una *a* que se pone al principio del infinitivo: *sakia* amar, *asakia* ama tú. Pero el plural amemos nosotros se forma añadiendo *ta* al infinitivo, v. gr. *sakiata*. No nos quedan [268] más que las notas de persona que son las siguientes: *nir* yo o me, *kir* tú o te, *ouir* él o le, *niraoueint* nosotros, *kiraoua* vosotros, *kiraoueint* vos-

otros y nosotros (esto parece el número que en los extractos más arriba aducidos se dice incluyente), *ouiraoua* ellos ».

Después de estos pronombres por mí presentados según la ortografía francesa bien conocida de todos, el barón La Hontan pone un pequeño vocabulario algonquino, del que diremos más adelante. Por ahora veamos como se conjuga el verbo *sakia*, tanto en el indicativo, como en el imperativo, etc.

Presente

amo *nisakia*
amas *ki sakia*
ama *ou sakia*
amamos *ni sakiamin*
amais *kisakiaoua*
nosotros y vosotros amamos *kisakiaminaoua*
aman *sakiaouak.*

Imperfecto

yo amaba *ni sakiaban*
amabas *ki sakiaban*
amaba *ou sakiaban*
amábamos *ni sakiaminaban*
amábais *ki sakiaouaban*
nosotros y vosotros amábamos *ki sakiminouaban*
amaban *sakiabanik.*

[Perfecto]

amé *ni kisakia*
amaste *ki kisakia*
amó *ou kisakia*
amamos *ni kisakiamin*
amásteis *ki kiasakiamin.*
[269] nosotros y vosotros amamos *ki kisakiaminaoua.*
amaron *kisakiaouac.*

[Pluscuamperfecto]

yo había amado *ningasakia*
tú habías amado *ki gasakia*
él había amado *ou gasakia*

habíamos amado *nin gasakiamin*
habíais amado *ki gasakiaoua*
nosotros y vosotros habíamos amado *ki gasakiaminaoua*
habían amado *gasakiaouak.*

[Imperativo]

ama tú *asakia*
ame él *asakiata.*

« Respecto de los nombres, sigue diciendo La Hontan, no se declinan. El plural de los nombres terminados en vocal se hace con una *k;* por ejemplo, *alisinape* un hombre, *alisinapek* los hombres. Pero si el nombre termina en consonante, no hay otras cosa que hacer sino añadirle un *ik*, v. gr. *minis* isla, *minisik* islas; *paskisigan* fusil, *paskisiganik* los fusiles.

Del contar de los algonquinos, etc.

uno *pegik*
dos *ninch*
tres *nissoue*
cuatro *neou*
cinco *naran*
seis *ningoutouassou*
siete *ninchouassou*
ocho *nissouassou*
nueve *changassou*
diez *mitassou*
once *mitassou achi pegik*
[270] doce *mitassou achi ninch*
trece *mitassou achi nissoue*
catorce *mitassou achi neou*
quince *mitassou achi naran*
diez y seis *mitassou achi ningoutouassou*
diez y siete *mitassou achi ninchouassou*
diez y ocho *mitassou achi nissouassou*
diez y nueve *mitassou achi changassou*
veinte *ninchtana*
veintiuno *ninchtana achi pegik*
veintidos *ninchtana achi ninch*

veintitres *ninchtana achi nissou*
veinticuatro *ninchtana achi neou*
veinticinco *ninchtana achi naran*
veintiseis *ninchtana achi ningoutouassou*
veintisiete *ninchtana achi ninchouassou*
veintiocho *ninchtana achi nissoasso*
veintinueve *ninchtana achi changasso*
treinta *nissouemitana*
treinta y uno *nissouemitana achi pegi*, etc.
cuarenta *neoumitana*
cincuenta *naran mitana*
sesenta *ningoutouassou mitana*
setenta *ninchouassou mitana*
ochenta *nissouassou mitana*
noventa *changassou mitana*
ciento *mitassou mitana*
mil *mitassou mitassou mitana.*

« Si se sabe contar hasta cien, se podrá fácilmente contar por decenas de mil hasta cien mil, número casi desconocido por los salvajes y por consecuencia inusitado en su lengua.

[271] « Por lo demás es preciso poner mucha atención para pronunciar todas las letras de las palabras y detenerse en la *a* que se halla a su fin. Lo que no cuesta mucho hacer, ya que no hay letras guturales ni de paladar como la *j* de los españoles, ni como su *g* o x, ni como la *th* de los ingleses, que ponen a tormento la lengua de los extranjeros.

« Diré de la lengua de los hurones y de los iroqueses una cosa muy curiosa, y es que en ella no se encuentran las letras labiales *b, p, f, m.* Esto no obstante, la lengua de los hurones parece ser hermosísima y de sonido agradable, aunque al hablar no cierren nunca los labios . . . Digo, pues, de los hurones que no teniendo ni ellos ni los iroqueses letras labiales, es cosa casi imposible que los unos y los otros aprendan bien el francés. He pasado cuatro días para hacer pronunciar a los hurones las letras labiales, pero sin poder lograrlo, y creo que en diez años no podrían decir las palabras *bon, fils, monsieur, pontchartrain,* porque en lugar de decir *bon* dirían *ouon,* en lugar de *fils* pronunciarían *rils,* en vez de *monsieur caonsieur,* y en vez de *pontchartrain contchartrain.*

« He puesto aquí algunas palabras de su lengua, para que se vea la diferencia que hay entre ella y la algonquina . . . Por lo demás es hablada con mucha gravedad, y casi todas sus palabras son aspiradas, debiéndose pronunciar la *j* lo más que se pueda.

« No sé que ninguna lengua salvaje del Canadá tenga la *f*. Es verdad que los essanapeses [272] y los ñacsitares la tienen. Pero como habitan a la otra orilla del Misisipi, en el río largo, están más allá de los confines del Canadá ». Hasta aquí La Hontan. El pequeño catálogo de las voces huronas que añade a este relato, lo pondremos en lugar más adecuado.

Y he aquí cuanto por ahora he conseguido recoger de las lenguas americanas más célebres, sin desconfiar por lo demás de hallar otras cosas con el tiempo, comunicándolas cuando sea necesario al público, también en los dos restantes volúmenes de la historia de América desbravada, o sea en la de las restantes provincias de Tierra firme.

Entre tanto cerremos esta parte con suprimir una laudable curiosidad. La lengua española, dirá alguno ¿cómo está bien entre tan distintos lenguajes? Puede fácilmente pensarse. Los indios y los negros, excepto muy pocos, la hablan peor de lo que se hablaría la latina en los reinos bárbaros. Mas entre los hispanoamericanos mantiene el nativo esplendor, ni más ni menos que en Europa. Mas no es que entre tantas lenguas indias no haya adoptado de ellas ni siquiera una palabra, hay incluso muchas, pero todas necesarias para explicar los nuevos objetos hallados, o para hacerse al menos entender por los antiguos habitantes.

[273]

PARTE II

Reflexiones sobre las lenguas americanas.

Capítulo I

De su principio y aumento.

Nada acaso se ha buscado, en los antiguos y en nuestros tiempos, ni con más curiosidad, que el origen de las lenguas. Y de esta cuestión, aunque se trate de meras palabras, y parezca quizá inútil a muchos, hemos dicho ya en otra parte lo que no podía en una historia americana dejarse a un lado sin que el lector se diera cuenta, y, estaría por decir, sin que se enojase. Aquella genealogía, pues, que dimos a las lenguas orinoquenses, dése también a los otras. Pero además del origen, la variedad de las lenguas que se hallan en el Nuevo Mundo llama naturalmente la atención para considerar también los progresos y [274] cómo casi de leves principios hayan llegado a aquella especie de perfección que tienen al presente. Y he aquí sobre esto lo que yo pienso.

Que las lenguas de América, como cualquier otra de las nuestras, hayan crecido en el curso de largo tiempo, y que hayan tomado un desarrollo, por así decirlo, distinto en mucho de aquel que tenían primero, es cosa para mi ciertísima. Pero como no pudieron desde su principio tener tan infinita abundancia de palabras como tienen actualmente, sino aquellas solas que podían servir para explicar las reducidísimas ideas de un pueblo viajero y casi confinado de contínuo en los bosques.

Alimentarse, convivir juntos, al menos los parientes y amigos, debió dar lugar al desarrollo de las primeras ideas de una vida, aunque para salvajes, social de alguna manera. No debió tampoco retardarse que además de las necesidades de la vida, aparecieran también las diversiones, y que surgiera el que se pusiera a bailar sin orden ni concierto, el que dirigiera casi por capricho a los nuevos bailarines, el que al placer del baile uniera el del canto. Y he aquí también en esto nuevas ideas y voces de nuevo cuño para nombrarlas. La caza, la pesca, la guerra con los de diferente

lenguaje dieron ocasión a nuevos vocablos, a otros los instrumentos de arte encontrados poco a poco, a otros el comercio, etc. Tanta variedad de animales nunca antes vistos, de tantas plantas y metales, debió también dar lugar a la invención de nuevas voces para explicarlos.

Esto me parece ciertísimo. Aunque sea para mi indudable que las [275] lenguas que llamamos matrices tuvieron su primer comienzo en Babel, no es en modo alguno creíble que desde entonces fueran perfectísimas. Lo que habría de concederse contra toda buena razón si los hombres, además de aquellas palabras desacostumbradas que, según la divina voluntad, sirvieron para separarlos entre sí, hubieran recibido del Omnipotente aptas, parece, para expresar cualquier objeto. ¿Quién no ve que en tal caso todo hombre habría sido sapientísimo, teniendo, como se supone, en las voces recién imbuídas en sus mentes, las señales ciertas de toda cosa recóndita? Dígase, pues, que sólo recibieron de Dios aquellas que sirvieron para la necesidad presente, y que las otras han sido adquiridas por el hombre, y formadas por él poco a poco, a imitación de las divinas.

Sobre este fundamento, yo, contra el parecer de persona sapientísima,[1] que antes de que se imprimieran vio algunas cosas por mi escritas sobre las lenguas del Orinoco y amablemente las alabó por encima de mi mérito, yo, digo, sobre este fundamento diría que son matrices no sólo algunas lenguas americanas, sino incluso la latina, pareciéndome primitiva la de los Duilios, de los Pacuvios y de los Ennios, secundaria, diríamos, y ciceroniana, cesariana o liviana, la que se habló después, singularmente en el siglo de oro. La una es hija de la otra, pero en forma, como ahora nos parece, más linda y más agradable. Lo que para aquellos a quienes lengua vulgar les parece más hermosa que aun la latina,[2] de la que por lo demás deriva, no es ciertamente una novedad nunca oída.

[276] Volvamos a nuestro propósito. Parece cosa ciertísima que las lenguas americanas se hayan acrecido con el tiempo, y que ello no se deba a otros que a los indios. Negarles un privilegio que se concede aun a nuestros campesinos más rudos, paréceme una

---

1 El señor abate Spagni en su insigne obra *De signis idearum*.

2 *Vocab. della Crusca*, en el prefacio.

necedad. Ya he dicho muchas veces del ingenio despierto de los indios vulgares, por no hablar de los piaches, sus maestros, a los cuales les cuesta bien poco formar nuevas palabras a imitación de las otras antiguas. Así que el acrecimiento de las lenguas debe sin más atribuírseles, y no parece que esto sea cosa para dudar de ella. Pero búscase, además de esto, si los americanos pueden también llamarse inventores de nuevas lenguas, y si alguna de aquellas que ahora se hablan entre ellos ha sido producida por otro que por el Omnipotente.

Capítulo II

Las lenguas americanas no han sido inventadas ni por los indios ni por el demonio.

No es creíble en qué horribles imaginaciones hayan venido a dar algunos antiguos escritores de América, aturdidos, por decirlo así, por el número innumerable de las lenguas y de los diversos modos de hablar que en ella se hallan. Y no sabiendo, o no pudiendo acaso por falta de tiempo, dar con su número preciso, ya que no con su verdadero origen, dijeron que son infinitas las lenguas americanas, y que su autor es el demonio, y ya no los indios. El celebrado número de sus lenguas requiere un capítulo separado. Veamos en este si el demonio, o algunos indios, han sido los inventores de ellas.

[277] El P. Gregorio García, persona por lo demás de mérito, no tiene ninguna dificultad en conceder al demonio la invención de algunas lenguas. Y para que no parezca que digo esto en el aire, he aquí sus palabras en el texto vulgar: « A esta objeción respondo — dice[1] — que el Demonio, como tiene tan buen entendimiento, sabía por conjeturas, que la Lei Evangélica havía de ser predicada en aquellos reinos; y así, para que los Predicadores de ella hallasen grande dificultad en predicarla, de suerte que los

1 *Origen de los indios*, lib. II, cap. 2.

Indios la entendiesen, i de aquí resultase su conversión, embidioso del bien del Hombre, i mirando la pérdida de su interés i honra, ... procuró inducir a estos Indios a que inventasen nuevas lenguas, aiudándoles él con su buena habilidad, para que también con la multitud de ellas y su diferencia, fuesen los miserables Indios perpetuos Esclavos suios ».

He aquí, además de la antigua Babel, otra nueva fundada en América. Pero ¿quién podrá creerlo sin una insólita violencia? Si fuera así la cosa, ¿por qué no decir obra también infernal las muchas lenguas de Asia y de Africa? ¿por qué no decir lo mismo de nuestros, casi diría innumerables dialectos? Mas dígase la verdad. Para entender las divinas enseñanzas que nos proponen los predicadores, basta en Italia la lengua toscana, suficientemente entendida por todos, basta para convertir a muchos en América una lengua de aquellas que llaman generales, la de los guaraníes, por ejemplo, o bien la de los incas. Pero sea cuan restringido se quiera el campo en que se habla una lengua. ¿Y no habrá después de algún tiempo un misionero capaz de poder [278] predicar en ella el Evangelio? ¡Cuántos ha habido que, con fatiga o sin ella, supieron muchas lenguas! Me acuerdo haber leído en Montenegro[1] de cierto jesuíta italiano, que en la costa llamada de Santa Bárbara aprendió hasta veinte. Y luego las lenguas indias son extrañas para nosotros por la novedad, pero no son dificilísimas de ordinario, y si así fueran sin embargo, los misioneros *linguis loquentur novis*.[2]

No negaré sin embargo que en las lenguas indias no haya sido alguna palabra introducida por el demonio. Sí, lo concedo, atendiendo a lo que a menudo me dijeron los tamanacos.[3] Y no creo por eso incurrir justamente en la intemperante censura de nuestros críticos, que para quitar la operación del demonio de algunas cosas que pueden ser naturales, la quitan violentemente de todas. Yo, aunque no sé ahora que palabras pueden atribuirle, me acuerdo haberlas oído. Pero que haya formado una lengua desde sus cimientos, o que haya instigado a los indios a formarla, no lo creo en absoluto.

---

1 *Párroco de indios.*

2 MARCOS, cap. 16.

3 Lib. I, cap. 3.

Y he aquí otra extravagancia que se halla entre los antiguos escritores de América, sobre la cual paso brevemente a exponer mi opinión. I) Es conocidísimo de todos el amor de los indios por su lengua. ¿Qué extraña causa hizo que dejando la primera formaran después otra? ¿Cómo se unieron para tan gran obra? Mientras salían del cuño las nuevas palabras, ¿cómo hablaron entre sí? ¿Estuvieron acaso mudos? II) Conocí entre los tamanacos a un viejo llamado Peta, que era de genio amenísimo. [279] Este, por la libertad que en toda nación se consiente a los viejos, quiso entre sus compatriotas introducir la palabra *chocló* para expresar menos incómodamente el adverbio afirmativo sí. No hubo entre tantos ni uno que le hiciera caso, y aun que no se riera de él como si estuviera loco. Así que soy de la opinión que el acrecimiento de las lenguas descrito por mi más arriba ha sido hecho de modo insensible, no ya contra la voluntad de los indios, sino sin que se dieran cuenta de ello.

Ni conviene alegar en contra que el P. Acosta[1] diga que se extendió de repente en Méjico la lengua de los michoacaneses. El lo cuenta por cierto, pero sobre la fe de los indios que se lo dijeron, no porque muestre creerlo. Mucho menos debe decirse con Garcilaso que los incas, además de la lengua general, tuvieran otra particular, llamada también *divina*, inventada por ellos mismos y para tratar en secreto los asuntos políticos. No, esto son bromas. Y si lo damos por verdadero, tomemos en nuestra mano el libro de este nada despreciable historiador.

La primera mención que hace de la lengua particular de los incas se halla en el libro I cap. 24 de sus *Comentarios*, y dice expresamente así: « Manco es nombre propio, no sabemos qué signifique en la lengua general del Perú, aunque en la particular que los Incas tenían para hablar unos con otros . . . debía de tener alguna significación, porque por la mayor parte todos los nombres de los reyes la tenían ».

Y he aquí uno de los castillos que decimos fundados en el aire.

[280] El nombre Manco ¿no se sabe qué significa? Acaso no significa nada, como otros cien nombres propios en otras lenguas. El de Cápac, según Garcilaso, quiere decir sobrado de virtud, el de Inca, señor de sangre real, y para los dos encuentra precisa ex-

1 *Hist. nat. de las Ind.*, lib. VII, cap. 4.

plicación en la lengua general. Así, por que no la encuentra igual para el nombre Manco, ¿se ha de inventar otra lengua más? Repito de nuevo: son chanzas. Sería lo mismo decir que eran dos las lenguas latinas, porque hallándose alguna explicación para el nombre de César, acaso no hay ninguna del nombre Cayo ni del de Julio.

Pero oigamos de nuevo a Garcilaso:[1] « Entre otras cosas que los reyes Incas inventaron para buen gobierno de su imperio fue mandar que todos sus vasallos aprendiesen la lengua de su corte, que es la que hoy llaman lengua general; . . . y es de saber que los Incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla . . . Esta me escriben del Perú que se ha perdido totalmente ».

Mas ¿por qué no la llamó a la vida al menos él? ¿Por qué, además de estas generalidades, no escribió nada en particular de ella? ¿No era él de la sangre real de los incas? Garcilaso, aunque nacido de padre español, tuvo por madre a una ñusta, o sea princesa de la sangre, hija de Hualpa Tupac Inca Yupanqui, uno de los muchos hijos del rey Túpac Huaina Cápac, padre de Ataualpa y de Huascar, los grandes temas de la historia peruana.[2] Fue muy querido no sólo de los indios, que no le tuvieron nada [281] oculto, sino también de su tío materno, del cual, como amado sobrino, obtuvo los más misteriosos relatos de la casa de los Incas. Pues ¿quién creerá que le ocultase la divina lengua entonces vigente entre ellos? Conclúyase, pues, que esta lengua, si alguna vez existió, fue una especie, digámoslo así, de jerga, algunas pocas oscuras palabras inventadas a capricho entre los incas, nunca una lengua acabada de todo punto.

Capítulo III

Del número de las lenguas americanas.

No pretendo enumerar una por una todas las lenguas de América; no, no basto para tan gran obra. Pero si de las que en cada reino americano se hablan se hiciera un catálogo, pero sin exagerar,

---

1 Libro VII, cap. 1 de los *Coment. de los Incas.*

2 *Ibid.*, lib. VII, cap. 8.

sería un provecho increíble para la literatura. Yo lo he hecho de aquellas que se hablan en el Orinoco; y otros pocos también lo han hecho de las provincias que conocían. El P. Burriel, sujeto insigne entre los literatos españoles, siguiendo las huellas de los más acreditados misioneros, redujo las de California a sólo tres. El barón La Hontan[1] en toda la extensión del Canadá, que hace comenzar en el gran río Missisipi, no halla más que dos lenguas matrices, es decir, la algonquina y la hurona. Clavigero encuentra 35 en Méjico.[2] A estas, aparte las descritas por mi en la primera parte de este apéndice, puede añadirse la de los esquimales, que se habla en muchos [282] lugares, puede también añadirse alguna otra brasileña, y si así place, algunas más, pero siempre pocas.

Decir que las lenguas americanas son no sólo muchas, muchísimas, sino infinitas, innumerables, etc., me parecen términos insoportables, por no decir llenos de falsedad. Y sin embargo tantas han dicho que eran personas (si aquí queremos también hablar así) innumerables. En materia de ninguna utilidad, y aun de fatiga, contentémonos sólo con decir que el compendio de la descripción de las Indias[3] asegura que hay cincuenta mil en América, y que en Méjico, según Herrera,[4] en cada aldea de aquel vastísimo reino hubo una lengua diferente de la otra.

Nunca se habrían dicho tales despropósitos si los referidos autores y otros semejantes a ellos, hubieran distinguido las lenguas llamadas matrices de sus dialectos. Más bien parece que ni siquiera pensaron en ello, y que bajo el nombre de lenguas entendieron cualquier confusión de habla. En este sentido estoy de acuerdo con ellos. Pero a estas mescolanzas, digámoslo así, no las llamaría nunca lenguas sin añadir que son derivadas; si no queremos incurrir en el error de llamar infinitas a nuestras hablas italianas, ni aquello de Plinio[5] al decir que en Sebastópolis se reunían 300 naciones de diferente lengua, y que los romanos tenían no menos de 130 intérpretes para entenderlas.

---

1 *Mem. de l'Amér. Sept.*, tomo III, al fin.

2 *Hist. antigua de México*, tomo IV, disert. 1.

3 *Origen de los Indios*, lib. IV, § 15.

4 *Déc.* IV, lib. IX, cap. 5.

5 Lib. VI, cap. 5.

[283]

Capítulo IV

De los dialectos americanos y de sus causas.

He dado suficientemente a entender que los dialectos de América son muchísimos; y me parece en este género que nada hay más semejante a aquellos lugares que nuestra Italia, en cada uno de cuyos pequeños lugares, y no ya de cada provincia, se habla en alguna manera de modo diferente. ¿Y de qué se han derivado tantos y tan diversos dialectos? ¿Quién fue el inventor? Quizá el clima, quizá la casualidad, quizá la mezcla de las naciones, y todas o muchas de aquellas causas que, a partir de una sola lengua que se habló antaño en toda Italia, nos ha obligado hoy a oir tantas como hemos dicho. Pero no quiero mantenerme en generalidades. Hablemos sólo de América y digamos brevemente algunas de las causas.

I) Que el clima cambie las lenguas lo dicen muchos. Pero sea lo que sea de otras regiones del mundo, en el Orinoco al menos esta causa no me parece verosímil del todo. Nada menos se adscribe a la variedad de los climas que la dulzura o aspereza del habla. El Orinoco es un clima por todas partes calidísimo, y cálido también sumamente es el Apure. Sin embargo en estas dos comarcas hay diferencia grande no sólo de lengua, sino incluso de pronunciación, y como dijimos en otra parte, quién la tiene nasal, quién gutural, quién varonil, quién muelle, quién de otra manera. Méjico es un clima dulce, y áspero el de California más septentrional. Y sin embargo la lengua de los mejicanos no es más que un enredo de fastidiosas consonantes, al contrario de la de los californianos, a los cuales les es [284] más frecuente el uso de las vocales (Nota XI).

II) Una de las verdaderas causas de los dialectos me parece la que se toma de la diversidad de las comarcas en que están los hablantes de una misma lengua, sean ellas calientes, sean frías, sean montañosas, sean llanas. Así sucede en Italia, y así también en América. Los tamanacos, antes de mi llegada al Orinoco, estaban, como ya dije, en tres partes, alejados los unos de los otros, pero en el mismo clima. Pues todos, en algún modo, hablan diferentemente, y se burlaban de los otros en el acento y en el modo de hablar;

hasta que prevaleció en todos, como más elegante y más puro, el dialecto maitano, y dejaron el de Cratáima y el del Cuchivero.

III) Si además a la distancia de los hablantes entre sí se añade el trato o contínuo o frecuente con naciones extrañas, en este comercio hallamos nosotros, a mi parecer, una causa más verdadera de dialectos. ¡Cuántos oímos nosotros diariamente, que habiendo pasado de jóvenes a comarcas extrañas y habiendo vuelto después a las nuestras, donde nacieron, parecen franceses o españoles, o de otra nación semejante! Su habla, aunque mucho se esfuercen por hablar bien la antigua, no es ya aquella. Varía el acento prístino, varían las frases, hasta se confunden los sentidos. Lo dijo egregiamente Ovidio:[1]

Ipse mihi videor iam dedicisse Latine
nam didici Getice, Sarmaticeque loqui.

Pues este trato de naciones diversas entre sí, facilísimo de entender para cualquiera, es especialmente el que ha producido tan extraños dialectos en América. [285] Confieso la verdad. Hoy los americanos no tratan mucho entre sí. Pero ¿quién dirá que siempre así haya sido? A pura fuerza los indios están contenidos en su país, por enemistades, por guerra, por cualquier otro motivo. Pero antes, en cuanto creo, no debió de ser así, y uno habrá tomado de los amigos extraños una palabra, otro, otra, otro, un nuevo modo de pronunciar con los dientes apretados, otro con la boca más abierta, etc. Y he aquí una nueva habla desemejante en mucho de aquella de las naciones que siempre habían estado encerradas en sus selvas.

IV) Pero lo que yo creo que pueda más deprisa haber cooperado a la multiplicidad de nuevas lenguas, y por consecuencia de dialectos, es la mezcla de lenguas. Vemos cada día, hasta entre los sabios, que quien habla muchas, a veces, sin darse cuenta del error, confunde las unas con las otras. Me acuerdo de que predicando yo en el Orinoco en tres lenguas, hacía, aunque no a menudo, semejantes lapsus. Un ejemplo más vivo de lo que tenemos entre manos no puede hallarse. Imagínese, pues, una nación ruda,

1 *Trist.* V 12.

cuales son por lo general las de indios, imagínese que o por la necesidad de vivir, o porque haya sido llevada esclava a otro país por sus enemigos, se vea obligada a aprender también la lengua, He aquí a la lengua materna no ya olvidada del todo, no ya perdida enteramente, sino decaída al menos de su primer estado, y he aquí un dialecto diferente. Hablarán estos nuevos esclavos entre sí por amor de conservarla. Pero ¿con qué provecho? Las palabras extranjeras que a cada momento resuenan en la oreja de ellos la corromperán.

Así pienso que les haya sucedido a los areverianos, así a los maquiritares, así a algunos otros, [286] cuya lengua fue por mi comparada a la de los caribes. Su lengua es una mezcla de caribe y de maipure. En su principio, según mi opinión, fue caribe. Pero por estar continuamente entre maipures tomó también el sabor de la lengua de éstos. De la lengua de los mojos, lejanísima del Orinoco, como también diremos más adelante, pienso también lo mismo, pareciéndome que habiendo sido al principio maipure, se ha convertido después, por tratar los mojos con varios pueblos, casi en otra.

V) Dígase al fin, dejando otras muchas, una verdadera causa de los dialectos, y es la diversa disposición de los órganos del habla, en unos dóciles y muelles, en otros duros y rebeldes, e inobedientes al mando de los hablantes. Añádase el diferente oído que no raras veces pone el acento donde no es, con hacer levantar o bajar la voz impertinentemente, con hacer que una falsa palabra se tome a menudo por verdadera, a una verdadera por el contrario se crea falsa y adulterina. En estas cosas, fáciles de ocurrir entre los indios, hallamos una, como dije, manera de dialectos.

Instruid en nuestra lengua a un tamanaco, y decidle *sapiente:* os repetirá *chapiente.* Dígasele *indiano:* repetirá *intiano, fede* y dirá *pete,* etc. ¿Y quién diría, si no pensara en la diversidad de los órganos de la pronunciación, que *pete* viniera de nuestro *fede?* Así a mi parecer, del latín *eamus* vino en algunos de nuestros dialectos italianos el vulgar *andiamo,* en otros *andemo,* en otros *annamo,* en otros en fin también *jamo.* Pero ¿de dónde vino que los avanes cambiaron la palabra *yavatí,* v. gr. en aquella de *yavaxí,* y de limpia y neta, que era el principio, [287] la mancharon haciéndola gutural? Quizá por el largo trato con gente extranjera, quizá también por confusión; sin que me parezca increíble ni superior

a sus fuerzas que a imitación de esta palabra, dicha quizá por broma en algún baile, hayan formado después algunas otras voces de semejante desinencia.

Dos cosas debemos inferir de lo dicho. La primera es que siendo tantas las causas de los dialectos, es una sola la de las matrices, y podemos bien multiplicar aquellos, pero no estas sin temeridad. La otra es que cualquier confusión de las matrices entre sí se hizo acaso desde el mismo principio, antes de la total separación de los hombres. Aprender de una lengua algunas palabras sueltas, y aun adoptarlas, no es cosa difícil. Por lo que vista esta nueva escena de tan diferentes lenguajes, y oyendo que uno dice *pater*, otro *abba*, otro *papa*, tomando ligeramente el objeto aquellos que después se llamaron americanos, pudieron llevarlas consigo, y servirse primero de ellas como por burla, y después por necesidad, habiendo olvidado la primera palabra.

[288]

Capítulo V

Digresión sobre la antigüedad de la población de América.

Pero héme, como dije, lanzado fuera de camino. Y suponiendo desde ahora que en las lenguas americanas haya bien pocas palabras de las lenguas de este continente, que hemos creído primitivas, me inclino sobre esta base a creer que la población de América sea coetánea de la dispersión de las gentes después de la confusión de las lenguas. Esto quizá le parece demasiado a quien mi siquiera permite que los americanos procedan de un tronco común con nosotros. Mas he aquí las razones.

I) En las lenguas americanas existen las palabras *abba, papa, mamma*, etc.; por consiguiente las oyeron los americanos al primer nacer de las lenguas, y no puede esto negarse por quien discurra sanamente. Pero no hay en ellas otras muchas que componen nuestras lenguas, esto es, la siriaca por ejemplo, la griega, la ilírica, etc. Por consiguiente (atiéndase a la consecuencia), después de haber oído las primeras palabras, los americanos se marcharon y ya no tuvieron trata con nosotros.

Esta consecuencia, que me parece ciertísima, la demuestro yo así. Si entre ellos y nosotros hubiera habido comercio alguno después, sus lenguas y las nuestras serían abundantísimas en palabras semejantes. No lo son, y así después de la primera confusión de las lenguas, no ha habido ya comercio.

[289] Mas no quiero fatigar más a los lectores con hacer de dialéctico en una historia. Baste sólo reflexionar que el trato es el que ha hecho a nuestras lenguas no ya muy semejantes entre sí, sino que estoy por decir que casi las ha identificado. Tómese a Spagni[1] y se verá que de las tres celebradísimas lenguas siriaca, árabe y hebrea se duda si son varias matrices o una sola. La lengua latina se pretende hija de la griega por las muchas palabras que de ella tomó, la griega, de la egipcia, etc.

Pero dígase la verdad. La siriaca, la árabe, la griega, etc., fueron acaso matrices en su principio, y escasas de varias voces, como impone la naturaleza restringida de un lenguaje primitivo. Pero no habiéndose alejado mucho aquellos que las hablaban, sino tratando constantemente con sus vecinos, hicieron no menos cambio de varias mercancías que de palabras, enriqueciéndose mutuamente con voces que faltaban o eran escasas en su lengua. No sea, con todo, extraño que algunos pretendan que el latín ha venido del celta, y no del griego.

En la lengua latina, como en toda otra, hay de todo: siriaco, céltico, hispano, etrusco, etc., ni más ni menos que hoy en nuestro italiano, hay francés, español, alemán, y si mi historia es agradecida, habrá hasta orinoquense. Pero reflexiónese que estos son aumentos de lengua adaptados a la desinencia de sus voces, no lengua originaria; si no se quiere también decir que el Po, el Danubio, el Nilo, el Eufrates y el Ganges tengan tanta agua en sus principios, cuanta [290] en su curso hacia el mar y en su desembocadura. Adviértase que la gran abundancia de palabras se la debemos al comercio, nunca al origen de las lenguas.

Todo lo contrario ocurre con las pocas palabras que se encuentran en el Nuevo Mundo semejantes a las nuestras. Están producidas por un trato momentáneo de una nación, estoy por decir, que al decirse adios unos viajeros a otros. Significan las primeras

---

1 *De ideis hum. mentis.*

ideas, las cosas más obvias. Son palabras que salen de la boca sin darse cuenta. Se oye llorar a un hijo y volviéndose a la madre llamarla *mamma*. Otro grita *tata* o *papa*, etc. Y he aquí la causa de ir estas voces junto con los que marcharon a América.

Pero ¿cómo fue el *hena* de los griegos, que no parece palabra tan obvia? Hélo aquí: al alzar uno un dedo y decir uno. No menos fácilmente pudo ser llevado el *ite*, al oir a los latinos, cuya lengua yo supongo nacida ya entonces, invitar a sus paisanos a marchar con esta palabra. En realidad, esta palabra latina usada por los tamanacos se ve que es tal, no sólo en la frase que he aducido en otra parte, sino en el mismo futuro *itechí*, en el infinitivo *iterí*, etc., difiriendo sólo del puro latinismo en la flexión que después le fue dada por los tamanacos.

II) Esta simplicidad de voces primitivas trasfundidas del habla de nuestro continente al del otro desde el principio, y el no haber en el moderno habla de América palabras ningunas nuestras, que me parece que han nacido después, demuestra bastante la antigüedad del poblamiento de América. Pero no es menos fuerte la razón que yo deduzco de la cualidad de las lenguas americanas; entre las cuales sin embargo hay algunas que aún retienen mucho del habla primitiva y son escasas y simples; [291] hay sin embargo otras que han tomado casi una naturaleza nueva, y son compuestas y abundantísimas, de lo cual diremos más adelante.

Pero suponiendo mientras tanto que esto es verdad, al menos por gentileza de mis lectores, ¿quién no percibe que este argumento y este embellecimiento de lengua no podía obtenerse sino después de larguísimo tiempo, después de fundadas monarquías en el nuevo continente, después de introducirse en él las artes, después de la adquisición de algunas ciencias?

Se me dirá que en el Nuevo Mundo no se han hallado más que las dos monarquías de los reyes mejicanos y de los incas, pocas artes, ciencias aún débiles. Así es. Pero ¿quién nos informa sobre el infinito tiempo trascurrido desde el año 1757 del mundo, época de la dispersión de las gentes, hasta el 5942 del mismo mundo (sigo el cómputo de Usserio), en que descubrió la América nuestro inmortal Colón? En tantos años, esto es, en el espacio de 3736 años, venidos acaso a pelear entre ellos los monarcas americanos, ¿por qué no pudieron quemar tierras y castillos de sus enemigos? ¿por qué no incendiar las bibliotecas que suponemos de pinturas

y de jeroglíficos? ¿por qué no pudieron matar a los artistas, y a los literatos, y de esta manera olvidar toda memoria, no menos de las artes que de las ciencias?

No creo por cierto que cuando fueron los primeros habitantes de América ni siquiera supieran construir las casas al modo nuestro. Sería temeridad pensarlo de gente que por la suntuosidad del edificio iniciado antes de la dispersión, venció incluso a los romanos. De este estado florecientísimo pudieron decaer por muchas razones, que sería [292] superfluo repetir. En realidad, aunque restituídos al antiguo esplendor en Méjico y en el Perú, en las otras provincias, bajo una anarquía casi contínua, se habían convertido en apenas racionales. Pero está bien que han conservado al menos la lengua, cuyo carácter no vulgar nos obliga a afirmar que no debió de ser vulgar tampoco la grandeza de sus imperios en aquella vasta parte del mundo. Una nación siempre salvaje, nunca desbravada por el sabio gobierno y por el comercio y por las artes, no puede hablar tan bien.

Y no sirve decir que no todas las naciones indias sean igualmente grandes en el hablar. Con todo, aquellas mismas que hoy carecen de algunos términos pudieron tenerlos, y los tuvieron acaso muy bien en el tiempo de su prosperidad. Pero ¿a qué fin buscar tan escrupulosamente los accidentes, digamos así, de la lengua? Para acrecer las palabras es útil no sólo un docto, sino cualquier viejecilla, *si feret usus*. Pero la osamenta y contextura del hablar, que se ha dicho es maravillosa por aquellos que saben las lenguas americanas, es la que debe esperarse.

Así que yo, por la simplicidad de algunas voces primitivas que han pasado de nuestro mundo a América, y de las que después han añadido a las suyas primeras los americanos, y han formado tan bellas lenguas, creo deducir probabilísimamente, si no con evidencia, que el poblamiento de América se hizo al mismo comienzo de la dispersión de las gentes. No digo por lo demás que sea de alguna manera creíble que llegaran enseguida, no.

Pero llegaron por fin, y están en una parte del globo terrestre en la cual, según a ellos les son [293] desconocidas las vicisitudes de nuestro mundo, también a nosotros nos son desconocidas las del suyo. Si nos hubieran faltado a nosotros los divinos libros, y la historia humana de los tiempos pasados, ¿qué sabríamos nosotros de los asirios y de los persas y de los romanos y de los griegos y de tantas otras famosísimas naciones? Nada y después

nada. Y en lo que sabemos, ¿cuánto hay de oscuro y confuso, cuánto de incierto y fabuloso también? Pues si nosotros, no sólo rodeados, sino aplastados por los libros, somos obligados a confesar esta verdad, ¿qué maravilla es que los indios no sepan decir las cosas de sus antepasados sino en balbuceos? Con todo, las dicen como las saben, y debemos creer que las cosas por ellos contadas de algún modo existieron.

Además por la historia de Garcilaso y[1] por las de otros consta abiertamente que antes de los incas hubo en el Perú una nación cuyas construciones no fueron menos magníficas que las de aquellos monarcas. Omitimos por brevedad que las mismas señales de antigua magnificencia se dice que se han hallado también en la América septentrional (Nota XII).

Estas grandezas de América, para muchos desconocidas, unidas a las razones por nosotros deducidas, persuadirán fácilmente de que el paso de los hombres allá no es tan reciente como a algunos les ha parecido. La rudeza que se encuentra en algunas naciones puede haber provenido de la casi anarquía a que por capricho de libertad se redujeron. Pero la civilización hallada tanto entre los mejicanos como entre los peruanos nos dice también que la anarquía o débil gobierno de los caciques no debió existir contínuamente, sino que según las alternativas comunes también a nosotros, los americanos vivieron ora en [294] república, ora estuvieron bajo rey, ora también por capricho de vida libre huyeron de sus príncipes, se redujeron a hacer el salvaje y a pasarse los días entre comilonas y entre bailes.

Pero ¿desde dónde pasaron allá? Yo con Condamine alargo un hilo que si lo tenemos fuertemente en la mano, puede sacarnos de tal laberinto de alguna manera, y es la semejanza de las lenguas. Pero si esto no agrada, acúdase a las ideas no absurdas de aquellos que diciéndonos que América está separada de Asia por pequeño mar, envían a ella los hombres desde Kamchatka. Dígase, porque es cosa bastante verosímil, que antiguamente el Asia estuvo unida con América, separada luego de aquel continente por muy horribles terremotos. Dígase finalmente (y es esta opinión la que mejor se acomoda con la naturaleza de varios animales), dígase, repito, en

1 *Coment. de Incas*, lib. III, cap. 1.

fin, con el señor presidente de Brosses[1] que la punta meridional de Africa demuestra bastante que de aquella parte al Brasil hubo un istmo por el que pasaron. Estas, bien razones, bien conjeturas, apagan un poco nuestra curiosidad, no las ideas mal digeridas de los que quieran que se poblara un mundo tan vasto con pocos náufragos que a él vinieron a dar por casualidad, por fuerza de vientos contrarios, y semejantes increíbles circunstancias.

[295] Capítulo V

De la belleza de las lenguas americanas.

Uno como yo, no solamente parcial de la belleza de la lengua americana, sino que también se ha declarado tal varias veces, no debería volver a hablar de ello. Bien lo sé, pero se discurre de buena gana en lo que agrada. Sin embargo, si tratando de las lenguas del Orinoco dejé a mis lectores juzgar por si mismos, ahora no pretendo otra cosa sino que oigan parecer ajeno sobre las lenguas por mi descritas al cabo lo mejor que he podido, aunque no sabidas ni aun malamente. Pero este parecer, aunque autorizadísimo, para muchos no bastará. Querrán también razones que persuadan. Y héme puesto a decir brevemente ambas cosas.

Así, pues, óigase sobre la lengua chiquita a Camaño, persona no solamente adornada con muchas ciencias, sino muy capaz en varias nobles lenguas. Al comienzo de su cuidadosísimo extracto se pone a confrontarla con la latina. Y dando a esta las debidas y conocidas alabanzas, no la cree con todo superior a la chiquita sino por algún embellecimiento retórico que le han proporcionado sus hablantes. Lo que semejantemente prueba con el tiempo bien largo que se requiere para aprenderla. ¿Quién hay de intelecto tan tardo que puesto en una escuela de latinidad no sepa hasta las más raras bellezas de ella en tres, en cuatro, en cinco años? Pues según nuestro noble compilador, muchos misioneros de eximio talento, bajo la dirección del jesuíta Chome, famosísimo hablante

1 *Mem. de l'Acad. de belles-lettres*, tomo XXXVII.

de esta lengua, en medio de una nación que no usa [296] otra que la chiquita, con ganas bien grandes de aprenderla, en cinco, en diez, y aun, como ya dijimos, en quince años de estudio infatigable, no llegaron a saber tanto como para poder instruir, no ya elegante, sino tolerablemente, a sus indios.

Y no se diga que el chiquito es un lenguaje de difícil pronunciación. No: es incluso de clarísima, y más limpia que cualquier otro americano. Pero la gracia y el amaneramiento casi increíble de hablar requieren tiempo larguísimo para saber alguna cosa. Así piensa de la lengua chiquita Camaño.

Lo que del guaraní pensó Vanthienen, de la moja, de la peruana y de otras, muchos excelentes misioneros, no lo repito para no fastidiar a quien lee. La lengua de los betoyes y de los jiraras del río Casanare está confinada a lugares lagunosos, entre selvas, horribles como las del Orinoco. ¿Y qué creía de ellas Gumilla, persona ciertamente instruída? Conviene decirlo con sus palabras: « Esto es evidente — dice[1] — a los Padres Missioneros, quienes penetrado íntimamente el idioma y cotejado con la tosquedad de los que lo usan, al reconocer una regularidad tan formal como la del arte latino, ven que tiene superior fuente al caudal de aquella natural elocuencia; y recurren luego al prodigio con que Dios confundió una, dividiéndola en muchas lenguas ».

Y no se me diga, estaría por decir, impertinentemente, que estas alabanzas hayan sido hechas de las lenguas por misioneros, como si se quisiera con ello envilecer el mérito de ellas. Yo por amor al buen nombre [297] ajeno, si no al mio, no sabría contenerme ante tan débil acusación, ante una idea tan necia. Pues ¿de qué misioneros sacaron alabanzas tan grandes? ¿De aquellos que no las supieron acaso? ¿de aquellos que sin comprender el valor hablan al buen tuntún? De ningún modo. De hombres sapientísimos las sacaron, de personas consumadas en los estudios de varia literatura, de sujetos de valor por su conocimiento del latín y del griego y de otras celebradísimas lenguas. Además de que España, Italia, Alemania, Francia, Flandes, ¿no han dado siempre a las misiones de América hombres célebres en todo? Pues estos, no gente de mediano intelecto, reducidos a estar entre las selvas, nos han descubierto, aun no pensando en ello, tan noble tesoro, escon-

1 *Hist. del Orinoco*, tomo II, cap. 30.

dido como los más preciosos metales, entre las selvas, los precipicios, los montes alpestres del Paraguay, de Perú y de Chile, del Marañón, del Orinoco y de otras comercas americanas.

Bien comprendo yo que si el tiempo me lo permitiera podría añadir a los elogios de los misioneros los de otras personas no vulgares que supieron las lenguas americanas. Ya se ha oído del barón La Hontán en qué aprecio es tenido en el Canadá el lenguaje de los algonquinos. Saben todos en América cuánto es estimado por toda clase de personas el de los incas, y cuánto también el de los guaraníes y mejicanos. Pero yo no quiero estar al dictado de otro. Atengámonos a la razón.

¿Y qué más puede desearse en una lengua, sino que explique graciosamente? Es cierto que si hablamos con corrección, la primera cosa es suficientísima en cada lengua, no [298] teniendo otro fin hablar sino el de declararnos, y casi de ponernos al lado las cosas de que se trata. *Cum res adducere non possimus*, dice Aristóteles, *verba earum loco substituimus*. Ahora bien, ¿qué le falta en este particular a una lengua americana? ¿No son sus palabras aptas para explicar los objetos? Cierto, ciertísimo, y quien las ridiculizara no haría menos neciamente que cierto buen hombre al que yo conocí en el Orinoco, que al oir algunas voces otomacas, semejantes a las más bajas palabras españolas, se reía impertinentemente, como de cosa extrañísima para su débil pensar, mientras que cada uno debe saber, si nada sabe, que algunas palabras en una lengua significan una cosa, y en otra significan algo diferentísimo. En este punto muchas cosas recogió Escalígero,[1] aptas para desengañar al menos a aquellos que entienden un poco. Pero sacar de error a un necio es cosa difícil, si no imposible. Tengo el honor de hablar a quien piensa, y estoy persuadido de que la gloria de explicar con las palabras las cosas se debe atribuir no sólo a nuestras lenguas, sino también a las de los americanos.

Aunque esto es poco para mi. Quiero aún más, y es que las palabras americanas sean signos tan justos del interno pensar del hombre, que no quede duda alguna en quien oye. Pero bien me doy cuenta de que esto no se demuestra igualmente a quien entiende sus palabras que a los que no las entienden de modo alguno. Pero procuraré decir de ello lo que tenga menos dificultad.

---

1 *De causis linguae Latinae.*

I) No he conocido misionero alguno que no sea de esta opinión. Todos a porfía exaltan [299] hasta las estrellas una limpieza de expresión en las lenguas de los indios, una vivacidad, una claridad que enamora. Nunca se queda en duda de lo que dicen, sino cuando no se penetra el fondo de su lengua. Para lo que sirve de mucho también la costumbre de distinguir los sexos con partículas graciosísimas, la variedad de los participios muy claros, el casi ningún uso de equívocos.

Diga, por ejemplo, un maipure *tamáu* se fue. Yo enseguida sin esfuerzo sé que habla de un hombre. Un *yu* puesto delante me saca inmediatamente de confusión, y sé que se habla de una mujer. Si entiendo bien el tamanaco, al oir, v. gr. *ineméri yuc-yepéru ticporé*, atendiendo a la fuerza del participio *ineméri*, no tardo un momento en llegar a conocimiento de esta frase: el fruto salvaje que él come es sabroso. Quítese el *neméri* y póngase el *nemetpe*, y héme llevado a un tiempo pasado. Póngase por fin *inemedjéti*, y este participio me dice que el fruto comido no sólo era bueno, sino que lo había comido varias veces. Esta precisión, esta claridad de hablar, ¿no es sorprendente?

Añádase el casi ningún uso de palabras equívocas. Todas sus palabras son por lo común diversas las unas de las otras. Toda cosa, todos sus complementos, todas sus más mínimas variaciones, se explican diferentemente. En la lengua de los tamanacos, aunque me esfuerce mucho por encontrar palabras equívocas, no me acuerdo de ninguna. Había varias en el habla de los maipures, pero tales que no ocasionaban confusión a quien oía. Lo que fácilmente se ve por las frases siguientes, en las cuales a cada momento se repite la palabra *cavi*. I) *Pare* [300] *navá cavi* el Padre nos ve. II) *Cavi nukibucú* esto es, dolorida mi cabeza. III) *Cavi ninaucá* remate fuerte, etc.

Queda por decir de la gracia del hablar indio. Sobre lo cual, ¡cuánto podría escribir! Las palabras compuestas que te presentan juntas casi un grupo de ideas, ¿no son graciosísimas? La gracia del griego, ¿de qué resulta principalmente sino de esto? Pues tómese mi extracto de la lengua tamanaca, y se verá ante los ojos de cuántos graciosos modos se puede aderezar, por decirlo así, una palabra india. *Yenéri* mirar, *yenepóri* hacer mirar, *yenepotirí* remirar muchas veces, *yeneptarí* mirar frecuentemente.

No digo nada de ciertas partículas que puestas, ora al principio de un verbo, ora al medio, ora al fin, lo hacen no sólo agra-

dable, sino de diferentísima significación. ¡Qué bien dice en su hermosísimo extracto de la lengua guaraní el señor abate Legal! « La repetición de algunas sílabas de los verbos guaraníes es sumamente agradable y elegante . . . Que si a algunos no les parece tal, no será un defecto de esta lengua, sino del paladar de ellos . . . Puesto que los que bien la saben conocen también por experiencia, cuánto tiene de sabroso ».

¿Qué diremos luego de que la lengua guaraní es abundantísima en varias metáforas y en muchas locuciones figuradas? Pero no todos a las lenguas americanas les contrastan la belleza, sino que ponen en ridículo lo pobres que ellas son. Están bien vestidas, según algunos, pero son pobres. De este prejuicio, para mi solemnísimo, se trata separadamente en varios capítulos, para que se vea en qué débiles fundamentos se apoya.

[301] Capítulo VII

De los defectos de las lenguas americanas.

Demos principio a las acusaciones. Nada se calle de cuanto se ha dicho, ni tampoco de cuanto se ha escrito en contra. I) A algunos les parece rarísimo que en las lenguas de los americanos falten algunas de nuestras consonantes. Lo mismo da: también lo confieso yo. En la lengua mejicana, si se escribe con la ortografía de los italianos, faltan las siguientes letras: *b, g, f, s, z.* Hemos dicho de estas letras que no las hay en las lenguas del Orinoco, en las de los mojos y los incas, ni tampoco en las de los algonquinos. ¿Y por qué así? ¿Es que son menos buenas? Lo niego a pies juntillas. Si no se quiere también afirmar que la nuestra italiana sea menos perfecta porque, excepto en algunas palabras puramente latinas, no se halla nunca la *x;* o que la latina por el contrario carezca de toda perfección porque cuando se la habla puramente no se halla nunca la *z.* En sustancia: ¿para qué fin se han inventado las letras sino para indicar las palabras? Pues si para proferir las palabras de los indios son suficientes las que tienen, ¿habremos de reirnos de ellos? Esto sería una necedad. Desengañé-

monos, algunas que nos parecen a nosotros necesidades no son más que superfluidades de hablar, y si lo son a veces, no lo son en toda lengua. Nuestro hablar es gracioso, además de explicarlo bien todo, sin los seis casos latinos; el de los griegos tiene sólo cinco. ¿No sería uno muy necio si pudiendo justamente hablar en latín o en griego, con los casos susodichos, desease además [302] los de los ilirios,[1] que como dicen los entendidos en su lengua llegan hasta ocho? Conclúyase, pues, que a ciertas minucias, digámoslo así, de lengua no atienden los sabios. Unas en una lengua son hermosas, en otra son deformes y feas. Cada lengua se vistió a su modo, cada una en el reparto del mundo tomó su lugar separadamente, cada una, sin sujeción a la otra, es reina.

II) Estas mismas razones son concluyentísimas aun contra aquellos que en algunas lenguas americanas querrían el verbo *sum*, ni más ni menos que en la latina. Digo en algunas, y no en todas, como muchos piensan. En la tamanaca, por decir de una lengua conocidísima para mi, existe el verbo *uochilí*, sustantivo como el *esse* de los latinos. *Uochií* yo fui, *uochichí* seré, *uochiriribe* sería, etc. Pero se equivocaría grandemente quien lo quisiera en todo tiempo, como en la lengua italiana o latina.

Todos los indios conocidos por mi, no ya los tamanacos, nunca usan el verbo sustantivo en las frases en presente. Hélo aquí declarado en tres lenguas. En la de los tamanacos *patcurbe ure*, en la de los maipures *sonirri caná*, en la de los payures *repé yu*, las cuales expresiones no significan otra cosa que bueno yo. El *che marangatú* de los guaraníes es lo mismo; lo mismo el *irúpa au* de los caribes. ¿Y qué defecto es este para hacer tanto ruido? Ninguno, ninguno en absoluto. En la lengua latina acaso es una elegancia callar el verbo sustantivo; elegancia es también, pero no libre, en la de los indios. Si luego falta este verbo a algunos no ya en el presente, sino también en el pretérito y futuro, no debemos por eso decir [303] que sus expresiones sean defectuosas o mancas, sino sólo que son diversas de las usadas en nuestra lengua.

III) Pero el alboroto mayor contra las lenguas americanas se levanta porque en ellas no se encuentran las palabras propias de

---

1 [Bajo este nombre designa el autor, como muchos contemporáneos, el eslavo antiguo o eclesiástico, usado en el culto de las iglesias orientales: serbia, búlgara, rusa.]

las artes y de las ciencias conocidas en nuestro continente. ¡Verdaderamente el gran mal! Esta acusación en sustancia no quiere decir otra cosa sino que los americanos no saben todo, o al menos no tanto, de lo que saben los europeos. Pero no lo saben porque no lo han visto. Que lo vean o lo sepan una sola vez, y enseguida surgirán nuevas palabras, bien flexionando las extranjeras a su modo, bien por circunloquio, o de otra forma semejante, ni más ni menos que hicieron los latinos antaño, y hacemos también nosotros a la vista de nuevos objetos, y hacen todas las naciones.

Aunque yo, por lo demás, reconociendo que les faltan a los indios las palabras propias de las artes, no quiero decir o que no conozcan arte alguna, o que aquellas que se hallaban entre ellos antes de los europeos estuvieran sin nombre. Lo poco o mucho que en esto supieron es por ellos explicado no menos que todo lo demás. *Nono camnéi* el alfarero, *keteuáte camnéi*[1] el tejedor, *keteuáte yeic-poic-néi* el hilandero, etc. Estas son todas voces tamanacas muy propias. ¿Se quieren otras también referentes a nuestras artes, conocidas modernamente de ellos? Hélas aquí: *chapáto yaracamnéi* el zapatero, *neponde yaracamnéi* el sastre, *prata pocomanéi* el platero, etc. Y lo que digo en [304] tamanaco se diría igualmente bien en maipure y en otomaco y en cualquier otra lengua.

IV) Una acusación de mayor relieve parece la de la falta de números, no sólo aseverada por mi, sino por otros nobilísimos autores; esto es, los señores Camaño, Iraisos y Legal. Pero esto no es un mal de todas las lenguas americanas. La mejicana tiene todos los números, los tiene la peruana, tiene muchos, si no muchísimos, la algonquina, si se cree a La Hontan que lo cuenta. Por lo demás, para quien bien reflexiona, no debe servirle de maravilla esta tan celebrada falta. El estado de los salvajes no comerciantes no requiere más. Quizá los tuvieron en su estado más floreciente, cuando, como supuse más arriba, debían contar tropas de soldados y filas de pueblos sometidos, y contar las mercancías y las varias cosas de que abundaban.

Pero en la vida que llevan hoy, ¿para qué tan largas cuentas? En cuanto dice un salvaje maipure, por ejemplo, dame un cuchillo, dame dos, dame tres, parece que no le quede otra cosa que decir,

---

1 El verbo *capuri*, del que viene el participio *camnéi*, significa tejer.

y que junto con los deseos del corazón se agote también el deseo de manifestar más. Pero imagínese uno que por la multitud de sus hijos, de sus parientes y amigos, no se contente con tres cuchillos. ¿Contará minuciosamente los números? De manera alguna, sino pies, creerá significar bastante para su deseo con decir *ve napí pitaá*, esto es, dame otros tantos. Si quiere decir más, dirá: dame una caja llena, no ciento, no mil, no un millón. No, aquella vida, aunque acaso los tuvo, no tiene ahora estos números.

[305] Pero ¿por qué nos maravillamos de los americanos? De la misma manera son también los negros. Estaba yo una tarde hablando con los soldados de mi reducción, entre los que había un negro llamado Chepito. La fiesta celebrada en aquel día al arcángel San Miguel dio ocasión a hablar del número de los ángeles, y habiendo sido preguntado con curiosidad por los soldados, dije que son sin número, millones de millones, tantos como las estrellas, como las hojas de los árboles, como la arenas del mar. A lo cual, tras las maravillas de los españoles, no se conmovió nada Chepito, y me di yo cuenta de la causa. Por lo que le dije: « Oye, Chepito, son tantos los ángeles, que exceden el número de semillas de maíz que caben en una fanega ».[1] Y aquí si que el buen negro, oyendo un número no desconocido para él, porque el contar de los negros es por medio de montoncitos de maíz, aquí si que el negro se quedó atónito, y dijo tantas veces Jesús, que por la novedad del pensar se rieron de buena gana todos. Tanto es verdad que los números están adaptados a la vida que una nación lleva; muchos, si son muchas las ocasiones de usarlos, pocos, por el contrario, si pocas.

De modo excelente Camaño dice: « Tanta escasez de números en una lengua en todo lo demás abundantísima (habla de la chiquita) no puede atribuirse a otra cosa, según mi idea, que a la falta de comercio y a la pobreza suma de los chiquitos en el tiempo de su gentilidad. Divididos en pequeños grupos, consistentes cada uno en una sola familia, distantes, independientes, y fugitivos los unos de los otros, reducidos a vivir en la oscuridad de las selvas, [306] con pocas frutas, con un poco de maíz, con poca caza, y con pesca bastante sólo para el alimento del día, sin compras y sin ventas, sin comercio ni comunicación recíproca, sin espíritu de in-

1 Medida española que contiene la tercera parte de un *rubbio*.

terés y sin el de acumular y conservar, sin temor ninguno a los ladrones, porque lo poco que había era común a todos, en esta forma de vida, digo, ni tenían bienes que contar ni cuidado de numerar sus pocas cosas, ni ocasión alguna de hacer la cuenta. Por lo que no inventaron otras palabras numerales sino las que suficientes para contar las cosas en general, diciendo pocos, muchos, etc.

« Por la misma causa no tienen los nombres de pesos, de medidas, y otros que a las naciones cultas les dio el comercio de las unas con las otras. Si en los tiempos antiguos vivieron alguna vez en mayor unión, si en mayor abundancia de bienes, con codicia menos débil, y tuvieron algún comercio entre ellos, no dudo de que la necesidad de contar lo propio y lo ajeno, lo que se daba y lo que se recibía, lo que había de provecho y lo que poco a poco se iba acumulando, no dudo, que les hizo hallar números con que explicarse. Pero divididos después entre ellos, como he dicho, se perdieron totalmente por falta de uso ». Hasta aquí Camaño.

He aquí los defectos de las lenguas americanas, que tan decantados son por muchos, reducidos a humo finalmente, y sin mucho esfuerzo, porque no son verdaderos defectos. Los que puedo decir que parecen de mayor relieve son [307] éstos: I) Aunque las lenguas americanas sean, al decir de doctos misioneros, hermosísimas, no todas tienen el imperativo distinto del presente de indicativo. *Pinavá* en la lengua de los maipures significa miras y mira, *ninavá* mirais y mirad, etc. Pero este defecto no es de todas las lenguas. Los tamanacos y otros dan al imperativo una desinencia que no tiene el indicativo. *Amare yener-baké* tú miras, *yeneké* mira tú; *yeneteké* mirad vosotros, etc.

II) Un defecto mayor que este es el de los pocos tiempos del optativo y del subjuntivo. Ya hemos hablado de ello en el extracto de la lengua guaraní. Pero no son los únicos en sufrir de este mal. Los otros que yo conozco también son así. El *nunavá panicá* de los maipures, y el *teneré* de los tamanacos, es la única palabra de su optativo. Y aunque yo a veces la acomodase a tiempo aún pasado, no puedo sin embargo decir que ellos se sirvieran nunca de ella en este sentido. En realidad para quien comprende bien su lenguaje no parece tener otro significado sino este: *utinam videam,* nunca aquel otro de *utinam viderim, utinam vidissem.*

III) ¿Qué diremos del verbo negativo *utinam non videam*, etc.? Yo para esto, después de tantos años de asiduo estudio, no encuentro una expresión, al menos clara, sino un circunloquio.

IV) El subjuntivo tendría también los mismos defectos, si no fuera por las partículas que distinguen los tiempos. *Penáre uyá yanér-yave* « cum viderem vel vidissem antea »; *amenáre uyá yanér-yave* « cum videam nunc »; *acomne uyá yenér-yave* « cum postea videro ». Así los tamanacos, así también en sustancia los maipures.

[308] V) Pero el defecto máximo es el de no haber en las lenguas americanas (hablo al menos de las orinoquenses) las partículas conjuntivas y las disyuntivas. Lo que hace la traducción de nuestros libros dificilísima. No sé en verdad como entre tanta abundancia de palabras inventadas no tengan aún éstas. Por la falta de y es preciso no raras veces usar en vez de él el adverbio aún; y en el maipure no viene mal en algunos casos. Pero en tamanaco no es así. Por lo común se presenta contra nuestro deseo. El o disyuntivo no puede suplirse sino con la repetición de las mismas palabras, como hemos dicho en los extractos de las lenguas. Este defecto yo no lo querría. Me parece que es demasiado grande para predicar y para traducir libros en su habla.

Aunque para los indios, gente por lo común rápida y precisa en el decir, pero lenta a veces y difusa hasta el exceso, este defecto, según nos parece, es bien pequeño, y no es en absoluto defecto. Nosotros, por ejemplo, o por belleza o por necesidad de hablar nos expresamos así: vaya Pedro y Juan y Francisco, etc. El americano en estas ocasiones tiene más flema. Vayamos ante un reyezuelo tamanaco a pedirle remeros, y digamos que queremos diez. El, una vez que nos ha oído, se vuelve a sus súbditos y les dice, levantando las dos manos: *Catevenéne ti itetechí moche-yakére; moche Pedro, moche Cuani, moche Prantico*, etc. Es decir: tantos irán con éste, este Pedro, (y coge el primer dedo), este Juan (y toma el segundo), este Francisco (y aprieta el tercero), etc.

¿Qué decís de tanta superfluidad de palabras en tanta concisión de lengua? Mayor es la que se busca expresando el o disyuntivo. Si nuestro [309] buen cacique sabe el disgusto de sus súbditos por remar, con los ojos bajos dice: *Catavenéne ti itetechí moche-yakére; moche Pero, crere itemnár-yave, Cuáni iterí, Cuáni itemnár-yave, iterí Prancico*, etc., esto es, tantos irán con éste:

este Pedro, cuando él no vaya, irá Juan, cuando Juan no vaya, irá Francisco, y con su bendito « cuando no vaya » no acaba nunca.

No estoy aquí repitiendo aburridamente el defecto de palabras de cumplido, de las palabras de honor, y de otras semejantes que están en uso entre naciones civilizadas, de lo cual ya dijimos bastante en otra parte.[1] Pero si se quiere mi parecer sobre ello, digo que estas palabras son expresiones de la ocasión. ¡Qué carcajadas no dio Valerio Marcial[2] al oir que el pobre Sosibiano llamaba señor a su padre! Hasta lo trató de esclavo, pareciéndole tal modo de hablar no conveniente a otros que a gente de semejante calaña. Así se discurría en Roma en el I siglo de la era cristiana, así en el tiempo de los primeros césares. Hoy día quien no trata a sus padres con el título de señor es persona de la última ralea.

Esto mismo digo yo de los indios, especialmente salvajes. Acaso en los tiempos pasados fue moda entre ellos que hubiera muchas palabras de cumplido, cuando estuvieron todos juntos, cuando hubo entre ellos reyes. Hoy, creyéndose todos iguales, y hechos aún más libres con la rudeza, las tienen por supérfluas. Y no es, por otra parte, que todos sean de este humor. Los mejicanos usan de tales palabras hasta el exceso, con interponer y postponer [310] casi de contínuo en los nombres y en los adverbios y en los verbos la partícula *zin*, que en su habla se dice reverencial. Ya señalé entre los tamanacos el uso graciosísimo del adverbio *paye* por favor, que a cada momento repiten; y tendría también acaso mucho más que notar si supiese los usos de los caribes, cuyo lenguaje es en mi opinión acaso el más bello de todos los americanos.

---

1 Tomo II de mi historia, lib. IV, cap. 3.

2 *Epigr.* I 68.

Capítulo VIII

Del acento de las lenguas americanas.

Esta acusación es de bien pocos, y por lo común veo que es de aquellos sólo que nunca supieron bien las lenguas de los americanos. Y de estos tales, semejantes a muchos que blasonan audazmente de lo que no saben, no hay que hacer ningún caso; ni yo hablo a aquellos que de todo juzgan por prejuicio. Pero no puedo menos de maravillarme altamente del señor La Hontan, que por lo demás demuestra haber sabido suficientemente las lenguas de los hurones y de los algonquinos. Y sin embargo (¿quién lo creería de persona culta?) tiene la bondad de hacernos creer que estas lenguas no tienen ni acentos ni tonos. Y yo (confieso ingénuamente la verdad) me lo habría creído bajo su palabra si no presentara ninguna a las palabras indias por él sabidas. He aquí el motivo por el que habría caído en error.

En el Orinoco mismo hay dos naciones, es decir, la otomaca y la yarura, cuyas palabras, no todas, pero muchas ciertamente, son monosílabas. Ya hemos dicho en otro lugar de las otomacas. He aquí algunas yaruras: *do* el sol, *to* el árbol, *no* el camino, *lo* [311] casa, etc. Pero sin culpa mia habría quedado traicionado por mi práctica, y habría creído las palabras algonquinas semejantes a los de éstos, o a lo sumo las habría estimado bisílabas, imaginando que todas estuvieran sin acento, como nuestros *mamma, babbo, papa,* etc.

Pero leyendo después el catálogo de las palabras algonquinas que él añade, y viendo en ellas trisílabas y cuadrisílabas y pentasílabas, y no aquellas que yo había imaginado antes, grité enseguida: no es posible que sean sin acento alguno, sin ningún tono. Lo que dirán también conmigo, sin obligarme a demostrarlo, todos aquellos que reflexionan sobre los varios sonidos de las palabras de más de dos sílabas. El mismo señor La Hontan se dio cuenta al fin con decirnos que al pronunciar las palabras algonquinas debe hacerse pausa, o como él dice, apoyarse en la vocal *a*. ¿Es que este apoyo de la voz es otra cosa que el acento, que el tono? Mas baste de ésto. Todo sabio está seguro de que en todas las lenguas hay varios acentos. Veamos más bien cuáles son los de los americanos, y qué uso hacen de ellos.

El predilecto parece el acento agudo en las finales, a cambio del cual por la costumbre introducida, nosotros los italianos usamos el grave. Recitaré algunas palabras con el orden de que las primeras sean tamanacas y las segundas maipures. *Achemá* calle, *kitimú* red para dormir, *toronó* pájaro, *prutpeté* cabeza, etc. *Menití* campo, *yomukí* maíz, *tamaná* nube, *kipucú* viento, etc. Las partículas postpuestas a los nombres, siempre o casi siempre son largas: *tepupé* lugar pedregoso, *matacá* al campo, etc. Así los tamanacos. *Pináti-icutí* en la población, [312] *aá-pakití* en el árbol, etc. Estas son de los maipures.

Las voces bisílabas son comúnmente breves, tanto en la lengua de los tamanacos, como en la de los maipures. He aquí las primeras: *nata* la puerta, *pata* la población, *chike* la pulga nigua, *moto* el gusano, *cani* la tortuga terrestre, etc. He aquí las segundas: *veni* el agua, *pitu* tu madre, *iti pare piti* ¿cuál es tu nombre?

Hasta ahora hemos visto los acentos largos en las últimas letras, y también acentos breves. Pero no es este el único modo de usar de ellos. Los veremos también en otras sílabas. Las siguientes palabras tamanacas, al fin de las cuales añadiremos las maipures, los tienen en la penúltima: *catáve* así, *chenére* esta cosa, *morére* aquella cosa, etc.; *urrúpu* la estrella, *aráta* el plátano, *araári* aquí, etc. ¿Queremos verlos en la antepenúltima? Escuchémoselos a los tamanacos y bástennos estos: *urétpere tanéine pacamátiri*, etc., también yo bebí leche de vaca. No me acuerdo de otra clase de acentos en estas dos lenguas. Pero en la otomaca, de la que entiendo muy poco, esto es, las solas palabras que me dio ocasión de aprender el poco frecuente trato con ellos, oí decir a uno de sus misioneros[1] que hay también en ella acentos semejantes a los de nuestro italiano: *detérminano, mácinano, delíberano*, etcétera.

Pues esta variedad de tonos y de acentos es increíble la gracia que tiene en el hablar de los americanos, y cuánto podría servir para la composición de versos graciosísimos si entre ellos hubiera quien en ello pensase. Pero nada sería más fácil (tanto por los acentos y por la terminación semejante de [313] muchas palabras indias) que hacer versos con rima. Quien ha leído con alguna atención el extracto de la lengua de los incas, se da cuenta pronto

1 El difunto señor abate Polo.

de esta cualidad, la cual es por lo demás muy particular en las lenguas de los tamanacos y de los maipures. Oigamos un poco a los primeros: *yumecúru* barrer, *yuru* dar, etc.; *cancamúri* salamandra, *itimúri* llorar, etc. Oigamos a los segundos: *catikí* la yuca, *camonakí* la gente, etc., *kinití* el gusano, *urratí* el vientre, etc., *vacáti* donde, *pináti* población, etc. Hagamos aquí fin en una cosa que verdaderamente no lo tiene.

Con todo, aunque hacer versos en rima sea cosa naturalísima en toda nación, aun ruda, aunque las lenguas indias inviten a sus hablantes a usar de ella casi cada tres palabras, con todo, como hemos dicho en otra parte, esta clase de poesía no se usa, al menos en el Orinoco. Yo era todo ojos y también oídos para observar cualquier mínima particularidad de las lenguas. Esta no la vi nunca, excepto que los tamanacos no ya en los cantos, sino en el hablar ordinario, tienen frases rimadas. Anoto algunas, que para que los sabios las entiendan mejor traduciré al latín. *Chonuanéi amáre?* « quorsum tu? », *uoto uonéi* « piscem occisurus », *yeye manéi* « arborem caesurus », *peye yapoic-néi* « testudinem arrepturus », etc. En las cuales frases ruego a los lectores que adviertan la desinencia igual del « quorsum » con la respuesta de los indios. Ni más ni menos ocurre con el plural. *Chonuaninnamó amñamóro? uoto uoinnamó, yeye mainnamó,* etc.

Esta gracia de hablar, para quien la entiende paréceme bien grande. Sin embargo yo para la rima doy la preferencia a la lengua de los maipures, que es más sencilla y más manejable que la tamanaca.

[314] Capítulo IX

De la abundancia de las lenguas americanas.

Por lo dicho hasta aquí no parece que se deba más tomar en cuenta a aquellos que han ridiculizado tanto la pobreza de los americanos, por cosillas de nada, por mínimos defectillos, por motivos, en fin, por los que se podrían criticar no sólo sus lenguas, sino hasta las nuestras. En la lengua italiana, apreciabilísima para nosotros, ¿qué enormes defectos no creyó ver cierto dialo-

guista extranjero?[1] El francés, porque es lengua de moda, se traga sin examen. *Si je voulois*, desinencia semejante del todo al imperfecto de indicativo, se oye a diario también en el subjuntivo; se oye en tiempo diferentísimo, y se oye sin horror, y aun sin crítica. ¿Qué diremos del cuatro veintes en vez de ochenta, qué de otras tales expresiones?

Pero me interrumpo. Dígase también lo que se quiera. Estoy pronto para escuchar, me agrada la equidad. La lengua francesa, me dicen, es graciosa y elegante, es apta para expresar pulidamente todo. Aquellas expresiones suyas lejanas de nuestro modo de hablar son idiotismos, son gracias, son modos amables, ni más ni menos que en latín un *hoc aetatis sicophantari me pudet* de Plauto, un *res eodem est loci, quo reliquisti* de Tulio, y semejantes cosas, donde los gramáticos encontrarían solecismos.

Muy bien, me contento. Pero ¿por qué no se dice lo mismo de las lenguas americanas? ¿Por qué [315] se hace tanto ruido por no hallarse en ellas algunos modos de nuestro hablar? A oir a algunos que las lenguas americanas ni siquiera saben a primera flor de labios, en ellas todo es pobreza, todo sordidez, todo miseria suma. Si les creemos, por esta inconsistente razón de que les faltan nuestro modo de producir con la voz los conceptos, parece que aún estén con el *papa* y la *mama* en la boca, y que a manera de niños lactantes no sepan otra cosa sino las primeras voces más necesarias. Esto es necedad. Las lenguas americanas van vestidas, y pomposamente, pero no a nuestro uso. Su ornato es diverso, pero no es escaso.

Y héme aquí diciendo (tanta es la seguridad de mi causa) una cosa que parecerá extrañísima. Las lenguas de los tamanacos y de los maipures no tienen el verbo poder. Mas ¿qué importa? ¿Pues no tienen manera de expresarse de otro modo? Lo niego. He aquí el de los primeros, que es graciosísimo: *uomdec-pé* he de levantarme, *uomdec-pé prá* no he de levantarme. Más claro: « est mihi ut surgam, non est mihi ut surgam », aunque por elegancia y por costumbre no se expresa el verbo ser en las dichas frases. Hay otro más lindo y es éste: *yacaramár-yaráneprá ure* « non sum par dicendo », etc. El de los maipures es más fácil, pero también muy distinto de nuestros usos, esto es: *nuca nuvikína nukiecacáu*

---

1 Véase en MURATORI, *Della perf. poes.*, lib. III, cap. 9.

no termino de levantarme, *nuvikína nukiecacáu* termino de levantarme, *nuvikína nutirá* termino de hablar, o como nosotros decimos, puedo hablar.

[316] Para quien entiende muchas lenguas parece que se ha dicho con esto bastante que una cosa puede decirse de muchas maneras, y parece a la vez explicado que una lengua no debe decirse menos abundante que otra porque le falten las expresiones de ésta. Cada una tiene las suyas propias, las cuales puestas en comparación con las de otra no son ni menos numerosas, ni menos estimables. ¿Qué importa decir una cosa al uso latino, al uso indio, o también al uso griego, si en cada lengua extranjera me explico igualmente bien? Yo esta cualidad de habla la encuentro no menos, y acaso más, en las lenguas americanas que en las nuestras. Y digo sin punto de dificultad que son copiosísimas de varias expresiones, y no escasas, ni defectuosas, como pretende quien no las entiende. La materia es demasiado vasta. Reduzcámosla a pocos puntos, y decida el lector.

I) Me sirvo en primer lugar de la autoridad ajena; después añadiré mis razones. « De la lengua chiquita, dice Camaño en sus extractos, hay un vocabulario en folio del grueso de tres dedos y de letra pequeñísima. No hay en él voces griegas ni nombre alguno de dioses, de héroes, de musas, y de sabios, ni fábulas, ni historias, ni descripciones, ni disputas sobre la etimología y sobre la ortografía de las palabras, ni citas de autores, ni textos largos. El latín, si se quitaran estas palabras que hemos dicho, reducido a pura latinidad, dudo acaso que sea tan grande, a lo que añade que en el vocabulario chiquito se omiten muchos verbos y verbales cuya formación resulta conocida por las reglas de las [317] partículas, etc. Añádese también que le faltan además muchas frases y palabras que diariamente se oían a los indios y que se iban notando para formar un nuevo vocabulario más exacto ». Después de este autor tan estimable juzgo supérfluo aducir el parecer de otros insignes misioneros. Pero no dejaré de decir que yo pienso en todo lo mismo, y que las mismas opiniones tuve yo sobre el aumento de los diccionarios por mi compuestos en las lenguas de los tamanacos y de los maipures.

II) He aquí las razones. Los americanos, no menos que nosotros, y acaso aún más, tienen nombres propios para cada cosa; para los metales que conocen, para las hierbas, para las plantas, para

los frutos, para todo. Tan excelentes, por así decir, anatomistas de la naturaleza no los he conocido ni aun entre nosotros, excepto los que de intento se entregan al estudio de la botánica o de la química.

III) ¿Qué diremos de la abundancia prodigiosa de los verbos, qué de la de los varios tiempos y de los modos, qué de la de los participios? Hállase una lengua entre las lenguas que tenga más abundancia. Los tamanacos tienen el dual en la primera persona del plural, los araucanos lo tienen en todas. Los tamanacos, los guaraníes, los peruanos, los mejicanos, los algonquinos, etc., en el pronombre nosotros tienen dos significados nunca imaginados por nosotros. ¿No es lindo el modo permisivo? Nosotros no lo tenemos. ¿No es expresivo el verbo negativo y no es conciso? Lo tienen los tamanacos y otros. Pero tiento lo imposible con querer decir la variedad admirabilísima de los verbos indios. Una sola conjugación de los tamanacos, [318] que presentaré enseguida, sacará de dudas a todo hombre prudente.

IV) ¿Y qué diremos de que para explicar ciertas cosas diversas entre sí, en nuestras lenguas basta una sola palabra, y en las indias se requieren al menos dos? Así: con Pedro *Pero-yakére*, con palo *yeye-ké*. Estas son las tamanacas. Estas otras las maipures: *Pero-tami*, *suvi-iná*.

V) Los nombres de parentesco son como una mina de varias flexiones increíbles. Oigase a un tamanaco: *papa* mi padre, *emu* tu padre, *imu* su padre, etc. Hable un maipure: *napé* mi padre, *pïkivacané* el tuyo, etc. Que vuelva a hablar el tamanaco: *ochu* mi madre, *acháne* tu madre, *yane* la suya, etc. Que hable otra vez también el maipure: *iná* mi madre, *pitu* tu madre, *itu* la suya, etc.

VI) El género en la tercera persona de singular de los verbos y en la tercera de los nombres sirve de mucho para la claridad del decir. Mas para nosotros ¿de qué dificultad no es? Oigase al maipure, para quien es frecuente este modo de expresarse: *turá* habló, dícese del hombre; *yuturá* habló, dícese de la mujer. *Quata* una barquita, *nápua* mi barquita, *pépua* la tuya, *épua* la de él, *yápua* de ella, etc., *itu* la madre de él, *yutu* la madre de ella, etc.

VII) Las partículas que significan estado en un lugar o también movimiento de lugar a lugar, en cada lengua india son no sólo muchas, sino diferentísimas. Ya lo he anotado en los extractos, pero siempre con parsimonia para no cansar.

[319] VIII) El modo de contar no es por lo general ni difícil ni largo. Pero entre nosotros ¿dónde se hallarán naciones que hayan inventado decir en diversas formas, según la diversidad de las cosas, uno, dos, tres, cuatro, etc., como ya hemos dicho de los maipures y de los mojos, de los primeros en el tomo II de nuestra historia y de las segundas en el extracto de su lengua?

IX) Sobrepasa todo crédito lo que voy a decir. Los sálivas tienen adjetivos que cambian al cambiar las cosas a que se aplican. Si se dice *hermoso*, por ejemplo, una es la palabra para llamar hermoso a un hombre, otra para llamar hermoso a un potro, otra para llamar así a un pez, otra para un árbol, etc. Así aseguran los misioneros que han estado entre ellos en mi tiempo. No sé si a tanto se extiende el habla de los otomacos. De ello soy juez en pequeña parte. Pero me consta por lo demás como seguro que si decís *tenúna* bueno de un hombre, la voz es adecuada, mas si lo decís de un animal, se reirán todos y os dirán que el animal no es *tenúna*, sino *téa*. Baste de este vastísimo piélago, y dígase también sin escrúpulo alguno de ultrajar la verdad de la historia, que las lenguas americanas hasta ahora han sido juzgadas a ciegas. Lo que demostrará aún mejor la siguiente conjugación.

[320]

Capítulo X

De una conjugación de los verbos tamanacos.

Terminemos de desengañarnos de la portentosa abundancia de las lenguas americanas con presentar una conjugación de los verbos tamanacos, pero acompañada de las reflexiones necesarias para ser bien entendida. Elijo el verbo *yaréri* de la primera clase de los verbos activos más fáciles.

Presente de indicativo

yarer-bac-nre yo llevo
yarer-baké amare tú llevas, etc.

En este tiempo no hay otra variación que la de los pronombres que hemos descrito en el libro III. Nótense además tres cosas.

La primera, que en este, como en todo otro tiempo, hay el dual y el número que yo he llamado determinado; esto es, *kive yarer-baké* nosotros dos llevamos, *kikemó yarer-baké* nosotros solos llevamos. La segunda cosa, que este presente hace un sentido, por decirlo así, de actualidad, no siendo como nuestro llevo, que significa v. gr. no sólo el vestido que tengo ahora puesto, sino también el que llevé ayer y llevaré también mañana. Yo llevo tal vestido es en nuestro modo de hablar una frase de amplio significado; en el de los tamanacos es una cosa verdaderamente actual. Por lo que, por ejemplo, para decir llevo el rosario al cuello, no se expresaría bien con el verbo susodicho, sino que haría falta su frecuentativo, esto es: *rochario taréptac-ure uarór-yaye*. La tercera cosa finalmente es que el presente podría ser *permisivo*, [321] esto es, de uno que pide licencia o permiso para hacer una cosa. Y entonces, variando de alguna manera el sentido, cambia también el modo de hablar. En tamanaco este presente tiene dos solas formas, a saber:

Presente permisivo para cosas que están cerca:

tarechá llevo yo
yumna yarechá llevamos nosotros.

Presente permisivo para cosas alejadas:

tarettápi llevo o voy a llevar
yumna yarettápi llevamos o vamos a llevar.

Pretérito I para cosas de un día:

taréi he llevado
maréi has llevado
naréi o *yaréi* ha llevado
yumna-naréi hemos llevado
kek-charéi nosotros dos hemos llevado
kek-charetéve nosotros solos hemos llevado
maretéve vosotros habeis llevado
naratéve o *yaretéve* ellos han llevado

Pretérito II, para cosas que no sobrepasan una o dos semanas:

Este tiempo, como también los siguientes, para no cansar más con la repetición de semejantes palabras, los daremos sólo en la

lengua de los tamanacos. Mas para que no sea esto motivo de confusión, notaremos las diversas personas con los números correspondientes. 1 significará la primera, 2, la segunda, etc. D, dual, P.D., plural determinado.

[322]
Sing.
1. *tareyac-ne*
2. *mareyac-ne*
3. *nareyac-ne* o *yareyac-ne.*

Pl.
1. *yumna nareyac-ne* o *yareyac-ne*
D. *kek-chareyac-ne*
P.D. *kek-chareyateic-ne*
2. *mareyateic-ne*
3. *nareyateic-ne* o *yareyateic-ne.*

Pretérito III, para cosas de un mes, de dos, de tres, etc.:

Sing.
1. *taréine*
2. *maréine*
3. *naréine* o *yaréine*

Pl.
1. *yumna naréine*
D. *kek-charéine*
P.D. *kek-charetomne*
2. *maretomne*
3. *naretomne* o *yaretomne.*

Pretérito IV, para el relato de cosas antiguas:

Sing.
1. *tarérimyac-ne*
2. *marérimyac-ne*
3. *narérimyac-ne* o *yarerimyac-ne.*

Pl.
1. *yumna narérimyac-ne,* etc.
D. *kek-charérimyac-ne*
P.D. *kek-charérimyatéve*
2. *marérimyatéve*
3. *narérimyatéve,* etc.

Aoristo adaptable a todo pretérito:

Sing. [323]
1. *taraché uyá*
2. *auyá tareché*
3. *iteuyá tareché.*

Pl.
1. *yumna uyá tareché*
D. *kive uyá tareché*
P.D. *kikemó uyá tareché*
2. *auyac-ne tareché*
3. *iteuyac-ne tareché.*

Futuro I, semejante al nuestro:

Sing.
1. *tarechí*
2. *marechí*
3. *narechí* o *yarechí.*

Pl.
1. *yumna-yarechí*
D. *kek-chárechí*
P.D. *kek-cháretechí*
2. *marétechí*
3. *narétechí* o *yarétechí.*

Futuro II, para cosas alejadas:

Sing.
1. *taretámuchí*
2. *maretámuchí*
3. *naretámuchí* o *yaretámuchí.*

Pl.
1. *yumba yaretámuchí*
D. *kek-charetámuchí*
P.D. *kek-charetámdechí*
2. *maretámdechí*
3. *naretámdechí* o *yaretámdechí.*

De este futuro usan los tamanacos cuando una cosa no está cerca (pues para este caso se usa el primer futuro), sino cuando está alejada de los hablantes, y equivale a nuestro modo de hablar iré a llevar. El tercer futuro, del que enseguida [324] hablaremos, es también digno de observación, porque no se usa indiferentemente

para todos los sentidos, sino sólo cuando el futuro es casi dependiente de un verbo en otro tiempo que le precede, v. gr. dame de comer y viviré, frase que se traduce así en tamanaco: *nanapúri anúke, pemo uochídje*. En esta frase va notado el futuro *pemo uochidje* estaré vivo, a cuya semejanza se conjuga también otro verbo cualquiera. Esto supuesto, el tercer futuro de la conjugación presente se forma así:

Futuro III

Sing.	1.	*tareidje*
	2.	*maréidje*
	3.	*naréidje* o *yaréidje*.
Pl.	1.	*yumna yaréidje*
	D.	*kek-charéidje*
	P.D.	*kek-charetéidje*
	2.	*maretéidje*
	3.	*naretéidje* o *yaretéidje*.

Imperativo

Usase sólo en la segunda y en la tercera persona de todos los números; es decir, también en el que se llama dual, y también en el plural determinado, como se verá por lo que añado:

yareké lleva tú
yareteké llevad vosotros
crére naréi lleve él
kek charéne llevemos nosotros dos
kek chareténe llevemos nosotros solos
chamóro naretéve lleven ellos.

[325] En este modo de formar el imperativo, en la tercera persona, tanto del singular como del plural, hay algún defecto, porque, como fácilmente se ve, su flexión es semejante a la del primer pretérito. Pero este defecto es bien pequeño respecto de los muchos que algunos indios suelen tener en este modo, hasta confundirlo con el presente de indicativo. Los tamanacos, además de este imperativo, tienen también otro para cosas alejadas, y es éste:

yaretá lleva o ve a llevar
yaretamdeké llevad
crere naretamúi lleve él
kek-charetá llevemos nosotros dos
kek-charetámdené llevemos nosotros solos
kiamóro naretamdéve lleven ellos.

Modo prohibitivo

tanaréi no lleves
tanaretéve no lleveis.

Este prohibitivo es bien gracioso en el hablar de los tamanacos, y no incluye ninguna partícula, v. gr. no, nunca, etc., como veo ocurre por lo común en toda lengua india, excepto la de los mojos, que al formar el prohibitivo es semejante a la tamanaca. Por lo demás, el prohibitivo de los tamanacos no se extiende más que a la segunda persona de ambos números, porque si sucede que se hable también así en la tercera, se sirven de la expresión *anareprá aichí, anareprá aic-techí,* esto es, traduciendo la frase palabra por palabra: no portante será, [326] no portantes serán, el cual modo de decir en su lengua es hermosísimo.

Modo optativo

El modo optativo, que los latinos explicaron en diversos tiempos con la añadidura de la partícula *utinam,* en la lengua de los tamanacos, si se habla propiamente, no tiene más que un solo tiempo, y es el presente. Nunca se aplica nunca al pasado, nunca al futuro. He aquí el modo de usarlo.

1. *tareré* « utinam portem »
2. *mareré*
3. *nareré*
1. *yumna nareré*
D. *kek-chareré*
P.D. *kek-chareteré*
2. *mareteré.*

Tarerirbe es un pretérito de este modo correspondiente al latín *viderem* o *vidissem*, pero en esta última forma se usa muy pocas veces. En lo demás he aquí el modo de conjugarlo.

1. *tarerirbe* « portarem o portassem »
2. *marerirbe*
3. *narerirbe* o *yarerirbe*
1. *yumna yarerirbe*
D. *kek-charerirbe*
P.D. *kek-chareterirbe*
2. *mareterirbe*
3. *nareterirbe* o *yareterirbe*.

[327] He aquí los modos que preceden al subjuntivo, los cuales, conjugándose diversamente en los varios tiempos, son por lo común semejantes en las partículas de personas anotadas al principio del verbo. Estas partículas las he descrito cuidadosamente, a fin de que se vea el artificio, que me parece admirabilísimo en gente salvaje. Mas por brevedad he dejado algunas que pueden usarse y omitirse a gusto de los hablantes. Las anoto brevemente aquí: en la tercera persona del singular y del plural las partículas son hasta tres, es decir: *na*, *ya* o *ana*; ya se han dado ejemplos de las dos primeras, y he aquí de la tercera: *anarechí* llevará, *anaretechí* llevarán, *anareké* lleva, *anareteké* llevad, etc.

Modo subjuntivo

De este modo los indios se sirven añadiendo al verbo algunas partículas, así la de si o cuando, que por lo demás en su lengua no son de diferente significado, como se verá después.

1. *uyá yarer-yave* si yo, o cuando yo lleve, llevase o llevare
2. *auyá yarer-yave*
3. *iteuyá yarer-yave*
1. *yumna uyá yarer-yave*
D. *kiá yarer-yave*
P.D. *kiak-ne yarer-yave*
2. *auyac-ne yarer-yave*
3. *iteuyac-ne yarer-yave*.

Infinitivo

yaréri llevar; no hay correspondiente a haber llevado.

[328] Añado otros modos equivalentes a los gerundios, a los supinos, etc. *Yareché* quiere decir a llevar; *yaretepcháve* antes de llevar; *yaretpepé* después de llevar; *yaretekemné* poco después de haber llevado; *yaredjetpe* o *yaredjetpanó* para llevar; v. gr. *kittimú anuké uyá yaredjetpe peya poná* dame la red de dormir para llevarla al puerto. *Yare-tepó* significa también para llevar, pero en sentido distinto; o sea, cuando esta expresión incluye también el instrumento de llevar, v. gr. *camicha anúke, uya yare-tepó itáve akittimúri* dame una tela para llevar en ella tu red o tu hamaca. *Pama anúke uoto cuine-tepó* dame sal para sazonar el pescado, etc.

Además de los modos descritos, la lengua tamanaca, y acaso todas las demás del Orinoco, tiene otro que me parece propio de solas las lenguas americanas. Lo llamaremos modo apto para producir miedo, y es de dos clases. El primero, que se usa en las frases cortas y vibrantes, tiene la desinencia en *nenu*, así *carenénu*, y en el plural *caretengemó*, equivalente a la expresión latina « vide », o « cave ne te deferam », o también, « cavete ne vos deferam ». Pero puede también decirse en otra persona: *yarenénu* « caveo », o « vereor ne me deferas », *avarenénu iteuyá* « cave ne te deferat ».

El segundo modo se usa en las frases más bien largas, v. gr. *patcurbe uochirípche ure, uapto-yacá utér-yavaponó*. En la cual frase toda la fuerza de este modo está en la partícula *yavaponó*, y toda entera vale como decir: bueno quiero ser yo, al infierno de ir por miedo, etc.

Participios

arené o *areté* que lleva, en sentido absoluto
yarenéi que lleva, pero contracto con nombre
[329] *naréri* lo que yo llevo
narétpe lo que he llevado
naredjéti lo que he llevado a menudo
yaredjác-pe cosa llevada
yarechámo cosas llevadas
tarechéme lo que se lleva
tarechembé lo que puede llevarse.

Capítulo XI

De una conjugación de los verbos activos irregulares.

Añade el colmo a la dificultad de las lenguas americanas, si no a su abundancia, el conjugar los verbos irregulares. Presento la del verbo *taró* decir.

Modo indicativo

Presente 1. *taro pac-ure*
2. *taro paké amare,* etc.

Este primer presente, como ya dije, significa actualidad. Cuando se toma en otro modo, es decir, en el sentido casi habitual, se dice así:

1. *taró uyá*
2. *taró auyá,* etc.

Presente permisivo para cosas que están cerca

quachá digo yo
yumna quachá decimos nosotros.

Presente permisivo para cosas alejadas:

quattápi digo yo o voy a decir
yumna quattápi decimos nosotros o vamos a decir.

[330] Pretérito I

1. *quai*
2. *mgai*
3. *tai*
1. *yumna tai*
D. *kitcai*
P.D. *kitcatéve*
2. *mgatéve*
3. *tatéve.*

Pretérito II

1. *quayac-ne*
2. *mgayac-ne*
3. *channe.*
1. *yumna channe*
D. *kitcayac-ne*
P.D. *kitcayateic-ne*
2. *mgayateic-ne*
3. *cayateic-ne*

Pretérito III

1. *quáine*
2. *mgáine*
3. *táine*
1. *yumna táine*
D. *kitcáine*
P.D. *kitcáteine*
2. *mgatomne*
3. *tatomne.*

[331]

Pretérito IV

1. *quarimyanne*
2. *mgarimyanne*
3. *carimyanne*
1. *yumna carimyanne*
D. *kitcarimyanne*
P.D. *kitcarimyatéve*
2. *mgarimyatéve*
3. *carimyatéve.*

Falta en este verbo el aoristo.

Futuro I

1. *quachí*
2. *mgachí*
3. *cachí*

1. *yumna cachí*
D. *kitcachí*
P.D. *kitcatechí*
2. *mgatechí*
3. *catechí.*

Futuro II

1. *quáidje*
2. *mgáidje*
3. *cáidje*
1. *yumna cáidje*
D. *kitcáidje*
P.D. *kitcatéidje*
2. *mgatéidje*
3. *catéidje.*

[332]

Futuro III

1. *quattamuchí*
2. *mgattamuchí*
3. *cattamuchí*
1. *yumna cattamuchí*
D. *kitcattamuchí*
P.D. *kitkattamdechí*
2. *mgattamdechí*
3. *cattamdechí.*

Imperativo para cosas presentes

caic-ke di tú
catteké decid vosotros.

Imperativo para cosas lejanas

cattá di tú o ve a decir
cattamdeké decid vosotros o id a decir.

Prohibitivo

caprá aic-ké no digas, o no seas dicente
caprá aic-teké no digas, o no seais dicentes.

En este verbo no se usa optativo. Pero existe por lo demás el pretérito terminado en *rirbe,* como en los verbos regulares.

1. *quarirbe* « dicerem vel dixissem »
2. *mgarirbe*

[333]

3. *carirbe*
1. *yumna carirbe*
D. *kitcarirbe*
P.D. *kitcaterirbe*
2. *mgaterirbe*
3. *caterirbe.*

El modo subjuntivo se hace de esta manera:
1. *uyá taro yave* « cum dicerem vel si dicerem, dixissem vel cum dixero »

2. *auyá taro yave,* etc.

Infinitivo

raó decir, *taroché* a decir, *tarotepcháve* antes de decir,
tarotpepé después de haber dicho, *tarotekemné* poco después de haber dicho,
tarodjetpe por decir, *taretépó* para decir, en el sentido arriba explicado.

Participios

taronéi que dice, *taroinnamó* los que dicen
tarotpe lo que se ha dicho
tarodjéti lo que se ha dicho a menudo.

Todos los verbos pueden convertirse en negativos con la partícula *mna;* pero no se usan más que en subjuntivo; v. gr. *uyá yarémnar yave* no llevando yo, o si yo no llevo, etc., *uyá tarómnar yave* no diciendo yo, etc.

[334] ## Capítulo XII

De la abundancia maravillosa de la lengua chiquita.

Me place aducir las palabras mismas del señor abate Camaño, que doctamente y por extenso escribe sobre este punto en sus extractos manuscritos. Pero antes de comenzar a hablar debo advertir a los lectores que al presentar las palabras chiquitas, contra lo usado hasta ahora, sigo la ortografía española, no habiéndome sido dada nunca ocasión de tratar de viva voz este importante tema, para saber bien los acentos. Lo que advierto también para algunos catálogos de varias palabras americanas que van al fin de este apéndice, y me han sido cortesmente enviados de fuera de Roma por algunos señores exmisioneros españoles. Dicho esto brevemente, he aquí sobre lo que en torno a la abundancia de la lengua chiquita escribe Camaño:

« No querría decir palabra sobre la abundancia de nombres que hay en esta lengua, porque no habiendo sabido tanto de ella que baste a formar un concepto perfecto, y habiéndome además olvidado de la mayor parte de las palabras enseñadas por la costumbre, o por decir mejor, guardando yo solamente un pequeño resto en la memoria, es decir, sólo aquellas que son más obvias, no podré decir lo bastante para formar una idea justa de este particular. No obstante, diré algunas cosas que puedan servir para formar una prudente conjetura. Y en primer lugar, aunque no pocas veces falten en chiquito nombres correspondientes a los de los de los españoles, especialmente en materia [335] de artes y de ciencias no cultivadas por los indios, comunmente sin embargo no es así, puesto que a toda voz castellana le hallamos su correspondiente en la lengua de los chiquitos. Lo que debe entenderse también de aquellas palabras que expresan los afectos del ánimo. Por lo cual tenemos en esta lengua *cobiaekis*, esto es, aflicción o angustia, *suchekis* pasión de ánimo, *cotaraekis* melancolía, *areocos* llanto, *supuijkis* que significa el silencioso llorar en las angustias de ánimo, además de las varias palabras compuestas de los susodichos nombres, que expresan el modo de la aflicción, de la melancolía, etc.

« Para expresar el mal humor contra otro, además de la expresión general *inahiti n'ichuci moty* que significa el afecto malo,

hay igualmente otra particular, que es *zumamezoco*, esto es, mi disgusto, *izuoxoco* caerle mal a uno, *zubaca* mi desdén, *ichiboriki* mi ira, *ipocheneki* mi aburrimiento, y otras quizá, que no me vienen a la memoria, sin decir nada de las palabras compuestas, que no son pocas, especialmente las que vienen de la voz *zubaca*. Por lo cual van bastante lejos de la verdad los que no habiendo, por así decir, ni puesto el pie en el umbral de las lenguas americanas, las tachan de pobreza al expresar los afectos del ánimo, atribuyendo esto a defecto de los indios, cuya inteligencia, como ellos dicen, se detiene en la misma superficie del cuerpo. Si hubieran aprendido bien sus lenguas, si los hubieran tratado por largo tiempo, si tuvieran crítica para distinguir la rudeza de la incapacidad, no se atreverían [336] a hablar así, ni a imaginar que Dios tenga acepción alguna de naciones al repartir sus talentos.

« En segundo lugar, sigue diciendo Camaño, en la lengua chiquita hay no una, ni dos, ni tres, sino muchísimas palabras para las que difícilmente se encuentran semejantes en la castellana. Y por eso es menester explicarlas o con dos o con tres de nuestras palabras, o por medio de los infinitivos de los verbos, o de otra manera más conveniente ». Explica esto nuestro autor con aducir algunas que son como sigue: *izutakiki* estar uno de frente a otro, *ixarikiki* estar uno echado, *ızoru* o *ızorubo* el lugar donde duermo, *acorubo* el lugar donde tú duermes, etc., las cuales palabras son distintas de *iziru* mi cama, *akıru* tu cama, *izijxamanaucu* erizárseme el pelo de miedo, etc. A los cuales palabras se añaden estas otras: *bixucus* temor, *kitomitacas* espanto, etc., *ñeelonimiki* mi lavamiento de manos, *ñameeki* mi caminar o mi modo de andar. Y de esta manera hay tantos, según Camaño, que describiéndolos se podrían llenar varias hojas. Pero no hay que dejar de lado algunos nombres sustantivos, para traducir los cuales en castellano es necesario una oración entera: v. gr. *yacabo ñi* ¿dónde estoy yo?, *acab'hy* ¿de dónde vienes tú?, *yikibo ñi* ¿dónde voy yo?, *yıkiubopi ñy* ¿qué puedo o qué debo hacer yo? De esta clase de palabras las hay en tanta abundancia, como la hay de nombres sustantivos simples, que no tienen la composición de estos. He dicho composición porque esta última especie de palabras se forma con el nombre simple y con las partículas *bo* o *mo*, o también *o*, que [337] significan que la cosa que expresa el nombre se entiende que es de futuro.

Explícase esto con presentar la palabra *izoru*, que significa *mi pasar* por un lugar. Con ella, pues, se forma *izonumo*, cambiando la *r* en *m* y añadiendo al final la partícula *mo*. Este cambio de la palabra muda el sentido de manera que lo que antes era presente se convierte luego en futuro. Por lo que si yo digo *acoz'ibo izonumo*, es como si dijera: retírate allá para mi futuro paso. Lo que en buenos términos equivale a nuestro dicho: retírate ahí para que yo pase. A estas cosas que hemos dicho se sigue una cuidadísima explicación, acompañada de varios ejemplos, que nosotros, para no ser demasiado difusos, omitimos con la esperanza de que tan hermoso extracto sea algún día dado a luz pública.

En tercer lugar, en la lengua chiquita hay varias voces sinónimas para explicar una cosa. Así por ejemplo *ñoñema* e *izomiñaca* significan voluntad; además de la voz *xiñacas*, que equivale a deseo. *Saruciris*, *poós* son nombres de viejo o de anciano; *uuncus*, *emeocos*, *oopatacas bijyucus*, *ziki*, *icho* significan burla, befa, reproche, etc. ¡Abundancia verdaderamente portentosa! Pero anota sabiamente Camaño que las antedichas voces, aunque sean sinónimas en mucho, no son entre sí exactamente iguales de tal modo que el sentido de una sea el de la otra, y dice que no son diferentes de las tan conocidas de Tulio: *abiit*, *excessit*, *evasit*, *erupit*.

En cuarto lugar, hemos visto que con varias voces casi del mismo sentido se explica en la lengua chiquita una cosa. Veamos ahora por el contrario cómo para expresar cosas diversas, para las cuales en [338] nuestras lenguas es suficiente una sola palabra, en la de los chiquitos son necesarias muchas. Para nosotros, por ejemplo, la voz *altura* (aplíquese a la de un árbol, a la de un campanario, o de otra cosa) es siempre la misma. Pero en aquella, y en semejantes palabras, los chiquitos (ni más ni menos que lo que ya dijimos de los adjetivos de los sálivas y de los otomacos) han hallado precisiones increíbles para acrecer su lengua. La altura de un árbol se dice *abaikis*, la de un campanario *apetaiciris*, la de una casa *itacuiciris*, etc. Dígase lo mismo de las palabras longitud, anchura, igualdad, ligadura, adorno, y semejantes adjetivos o sustantivos que tienen relación con la figura u otras modificaciones de las cosas. Por lo cual entre los chiquitos se necesita una palabra para indicar, por ejemplo, la anchura de un río, otra para indicar la de un campo, de una tabla, de una tela, etc.

Más extrañas son aún las precisiones que se hallan para hablar de los colores. Pues además de la atención necesaria a la anchura,

la longitud, la rotundidad, y semejantes añadidos de una cosa coloreada, es preciso también atender a su blandura y flexibilidad. Así para decir amarillo de una cosa larga es necesaria la voz *kisurikis*. La amarillez de una cosa redonda se dice *tasurikis;* la de un vestido, una tela, un follaje, un árbol, *axisurikis*, etc.

La misma variedad se halla en las palabras que de alguna manera por nosotros no advertida tienen diverso objeto, las cuales crecen tanto más cuanto más se multiplican los objetos. Para decir me lavo la cara se requiere una palabra distinta de [339] la que dice me lavo las manos, los pies, etc. Para decir canto, ruido, etc. (¿quién lo soñaría?) es preciso fijarse si el canto es de hombre o de animal, si el ruido es hecho por unos que cantan, o por unos que andan o corren, para variar también la palabra. La misma minuciosa atención es necesaria, para no embrollar los nombres, con la persona de quien se habla. Camisa de un hombre, camisa de una mujer, vejez de hombre, vejez de mujer, o también de un vestido, calor del cuerpo, del fuego, del sol, del clima, son todo palabras diferentes.

Ni siquiera basta esto para hablar bien la lengua de los chiquitos, pues hay además palabras diferentísimas entre ellas no ya para la diversidad del objeto, sino para la del modo que ellos o conocen metafísicamente o se figuran diverso con mil inauditas reflexiones. Lo que especialmente se observa en los nombres de parentesco, en varios verbos y verbales, y en muchos casos que sería tedioso repetir. Repito de nuevo: dígase ahora que las lenguas indias son pobres de palabras.

[340] Capítulo XIII

Comparación de las lenguas americanas entre sí.

Por lo que hemos examinado hasta aquí no puede negarse que las lenguas americanas, aunque en lo más difieren entre ellas por la disposición de las palabras, no puede, digo, negarse, que no sean semejantes, y como si dijera hermanas en muchas cosas. Los defectos, si no las dotes, son semejantes, semejantes también ciertas formas de hablar, semejantes hasta los idiotismos. En

realidad, quien llega a saber bien una lengua americana, y no rehusa fatiga alguna para penetrar sus sentidos, aprende después fácilmente otra, con tal de que tenga una memoria bastante tenaz como para retener las palabras, ni más ni menos que lo que vemos a menudo acaecerles a los que, después de aprendido el latín, se dedican a aprender las lenguas de él derivadas.

Lo que por lo demás no prueba que una lengua americana sea dialecto de la otra, o que no puedan con razón llamarse matrices, bastando para este objeto, en mi opinión, la sola o total o casi total diversidad de las palabras. Digo casi total porque el hallar en algunas lenguas entre sí diferentísimas algunas palabras semejantes, no es al cabo otra cosa que haberse mezclado con el paso de los años. Y he aquí en esto una nueva confirmación de lo que arriba adelanté sobre el estado antiguo de América, pareciéndome que tanta semejanza de modo de hablar como he observado siempre en las diversas lenguas americanas no ha procedido de otra cosa sino de haber estado antiguamente los americanos bajo [341] reyes poderosos, y del comercio que pudieron entonces tener con las naciones del mismo continente.

Pues si los indios ahora salvajes hubieran estado siempre encerrados en sus madrigueras sin tratar con otros, o tratando sólo a aquellos que tenían más cerca, ¿de qué modo los orinoquenses, por ejemplo, tendrían las expresiones mismas de los algonquinos y de los mejicanos, y de qué manera las de los chilenos y de otras naciones alejadísimas de ellos? No se puede entender. Mas baste de esto, y veamos finalmente en qué se parecen entre sí las lenguas americanas.

I) La primera notabilísima semejanza se comprende fácilmente por lo dicho, y es la de la sintaxis, o sea la de la colocación de las palabras. Aunque si bien no puedo negar contra mi larga experiencia que en algunas lenguas más simples, cual es entre las orinoquesas la maipure, y quizá alguna otra, aunque, digo, no pueda negar que en algunas lenguas de América se sigue el orden natural al disponer las palabras, ni más ni menos que del que se jacta en su lengua el francés, universalmente esto no es verdad.

No debemos ser prolijos en una cosa para mi ciertísima. He aquí, pues, dos solos ejemplos de una misma frase en la lengua de los tamanacos y de los incas, de los cuales ejemplos evidentemente se deducirá cuál es por lo común la sintaxis de los ameri-

canos, y cuál sea ordinariamente o la anteposición o la postposición que hacen de sus palabras. *Curatop missanta* (estas son palabras de los incas) *uyaric iglesia-man rini.* Esta frase se traduce literalmente así: del cura la misa a oir en la iglesia voy. Ni más ni menos es la expresión de los tamanacos: [342] *Pare michiái yetaché iglechia-yacá techá,* en la cual hay el mismo orden de palabras que en la antedicha de los incas. Añádase esta: *apóto matarí machá* del cacique el campo trabajo, *matacá uténe pac-ure* al campo voy, etc. Me es dicho por persona entendida en la lengua de los incas que los indios que se sirven de esta lengua, preguntados por qué postponen a las otras partes de la oración el verbo, dan por respuesta que aquel es el que determina el sentido, por lo que debe ponerse al fin, y no al principio de las palabras, como se usa por nosotros.

II) Por lo que hace a la semejanza de varios idiotismos remito a mis lectores a lo que dije extensamente en el tomo II, lib. II, cap. VII.

III) La semejanza de las partículas de persona antepuestas, y a veces también postpuestas a los nombres y a los verbos, es conocidísima de todos. Pero estas partículas en algunos lenguajes muy diferentes entre sí son algunas veces semejantes, otras veces son distintas, pero poco. De la primera clase son por lo común las de los maipures y de los mojos, como uno puede ver claramente poniéndolas en comparación entre sí. De la segunda clase son las de los mejicanos y de los maipures en las partículas de primera persona. Lo que puede verse en la palabra mejicana *nócal* casa, puesta en comparación con la maipure *nupaná.* Las de los chiquitos convienen con las tamanacas en los signos de segunda persona. *Mata* campo, *amatarí* tu campo, son voces tamanacas. *Poos* casa, *apoo* tu casa, son chiquitas. La lengua tamanaca conviene con la mejicana en los signos de tercera persona: *ical* su casa es voz mejicana, *itéuti,* del mismo significado, es tamanaca. Otra semejanza [343] entre la mejicana y la maipure la encuentro igualmente en la partícula del modo prohibitivo, excepto que en la primera es antepuesta al verbo, diciendo *macámo xitlasótla* no amar, y en la segunda es postpuesta y se dice en el mismo sentido *piyása macá.*

IV) Excepto que esta última casi semejanza procede de diversa raíz, y es, diríamos, una casualidad que naciones entre ellas diferentísimas hayan adoptado las mismas letras iniciales. Las pa-

labras que voy a decir, siendo de naturaleza diferentísima de las anteriores, no pueden atribuirse a otra cosa que al comercio mutuo de las naciones americanas que existió en los tiempos pasados. Y pasando en silencio las voces tamanacas o caribes que hay en la lengua otomaca, que ya he anotado en el catálogo de las lenguas matrices del Orinoco, no puedo menos de maravillarme sumamente de que en la lengua maipure se hallen incluso las de los haitianos, pueblos distantísimos del Orinoco. Compárense las voces maipures *aí* pimiento, *nau* remo, *manatí* ternera de mar, con las de los indios que acabo de nombrar, y se verá si digo la verdad. Debe decirse lo mismo de la voz *yuana* usada por los tamanacos para indicar la serpiente por mi descrita, tomo I, lib. II, cap. IV.

Las de los incas, pocas o muchas, se hallan en toda lengua. La omagua tiene algunas, y también las otras tienen, y sería largo de decir. La papaya, uno de los frutos agradables de América, si creemos a Benzoni que lo dice,[1] cuando los españoles se apoderaron de Tierra firme, de las islas Antillas y de Méjico, no la había en ningún [344] lugar. Dióla, junto con el nombre, el Perú, donde él la comió por primera vez en Puerto Viejo. Por lo que no es maravilla que en todos los países indios, aunque un poco cambiado, tenga el mismo nombre. En la lengua de los maipures se oye decir *auca* traidor, en la de los tamanacos *maita*, y ambas palabras son de la lengua de los incas. Pero el primer vocablo en la de los maipures es nombre propio de un hombre, el segundo, en la de los tamanacos, es aplicado a una comarca. ¿Quién nos dirá si antiguamente los orinoquenses oyeron tales nombres a la gente de los incas, y si después se las apropiaron adoptándolas en su lengua?

V) Los nombres de algunos vegetales y de algunas semillas, como también los de algún animal, son semejantes en muchas lenguas americanas. Véase el tomo I de mi historia (Nota XIII). Aunque en las cosas dichas hasta aquí hallamos voces semejantes en naciones diversas, pero voces alistadas en la lengua, no voces propias; hallamos semejanza, no identidad. ¿Habría entre tantas de América una que fuera la otra, aunque hubiera variado algo con el tiempo, pero siendo sin embargo semejante a ella? Así lo creo de la lengua de los mojos y de la de los maipures. Los unos están entre los grados 14 y 18 de latitud meridional, los otros,

1 *Stor. del nuovo mondo*, lib. III.

según el mapa del señor Surville, estuvieron a 5 grados de latitud norte, y sin embargo parecen los mismos. Tómense los extractos de sus lenguas. Los mojos no usan expresiones que no estén contractas con los pronombres posesivos. Y así son igualmente los maipures. Pero esta razón es demasiado genérica. Bien: he aquí otras particulares. Primeramente los pronombres primitivos son con poca diferencia los mismos, como puede [345] verse en su lugar. En segundo lugar, el contar de los mojos es todo del mismo carácter que el de los maipures. si no queremos también decir que está concebido casi con las mismas palabras.

En tercer lugar, tanto en una como en la otra lengua, hay muchas palabras semejantes en la disposición y en el sentido. El *tímoca* de los mojos significa duerme, lo mismo igualmente significa el *imacá* de los maipures. ¿En qué se diferencian entre sí las palabras *naca* y *naía* aquel, sino en lo que el italiano *colui* y el francés *celui?* Pues la primera es de los mojos y la otra de los maipures. *Apína* es el dos de los primeros para contar las personas, *avanumé* el de los segundos. *Apíki* según los mojos significa dos palos, etc. Póngasele al lado el *apéki* de los maipures, que es también dos para cosas no animadas, y se sabrá si no es semejante.

Confieso por lo demás que en tanta identidad de lengua, no dejo de ver que tanto entre mojos como entre maipures hay también palabras diferentes entre sí, y acaso lo son la mayoría. ¿Pero qué importa esto para no decir que vienen de la misma fuente? En separarse las unas de las otras son tan variadas, y si agrada decirlo, adornadas de nuevos rasgos ganados en el trato, por habitar en parte distinta, u otras razones de las que hemos hablado en otra parte. Por lo demás, la lengua moja conserva todavía algunos rasgos de la maipure. Lo que podrá más claramente conocerse por el catálogo de las voces de las dos añadido al final.

Hermana también de ellas, como ya indiqué en el tercer libro de mi historia, me parece la lengua achágua, de cuyas palabras, no habiendo conseguido muchas para compararlas, pongo sólo los pronombres primitivos para que se vea la semejanza con los de los maipures.

[346] *Nuya* yo
giya tú[1]

1 La *g* se pronuncia al uso español.

piyá él
ruyá ella
guayá nosotros
iyá vosotros
mayá ellos.

Otras dos lenguas, entre tantas aducidas por nosotros, son semejantes, a saber, la guaraní y la omagua. Esta última, cuyo extracto sería sumamente apreciable, tiene muchas palabras guaraníes, y se cree uno de los dialectos de ella. El señor abate Camaño, que ha hecho la comparación de muchas, dice así en el catálogo de las palabras que me ha enviado de Faenza: « Las palabras marcadas con un asterisco, y otras muchas de la lengua omagua que no he examinado por falta de tiempo, son guaraníes. Digo lo mismo de algunos vocablos y verbos que no he puesto en el catálogo. Por lo cual aquella nación que habita en el Marañón y en las misiones llamadas de Mainas (y también en las misiones llamadas de la Quebradita) parece ser una tribu de guaraníes que se separó antiguamente del cuerpo de sus nacionales ».

[347]

Capítulo XIV

Comparación de las lenguas americanas con estas de nuestro continente.

De ver que una lengua se habla en muchas partes y en comarcas entre sí lejanísimas, como por ejemplo la de los maipures y de los mojos, la de los omaguas y de los guaraníes, y sobre todo la de los esquimales, que, como cuenta el señor Ellis,[1] es hablada no sólo en la Bahía de Hudson, y en los lugares más al norte de ella, sino incluso en Groenlandia, al ver esto, digo, ¿quién tendrá valor para dudar que alguna lengua de América no pueda ser usada también en nuestro continente, sea en Siberia, sea entre los pueblos de la Tartaria, sea en otra cualquiera parte? Ciertamente,

1 *Voyage à la Baye de Hudson*, tomo II.

al menos de alguna, yo no dudo nada. Y aunque me parezca, como también dije de las lenguas orinoquenses, que muchas de ellas hayan pasado del todo a América, no puedo por eso persuadirme a mí mismo de que todas dieran el último adiós a nuestro hemisferio, de forma que ninguna quedara en él.

Lleváronse, según yo creo, los americanos consigo algunos de nuestros vocablos. Parece que también nosotros tenemos algunos, y quizá muchos de los suyos. Pero decir dónde están esas buscadísimas palabras, y cuál deba ser al fin entre nuestras naciones aquella que algún día pueda tener la gloria de mostrar la semejanza y desengañar por este nuevo medio a los incrédulos, es cosa imposible, al menos por ahora. Aunque no otros, en mi opinión, [348] nos darán tan amabilísima nueva sino los rusos, dueños de inmensas tierras en Europa y en Asia, señores de vastísimos mares, por los que con breve trayecto se puede penetrar en América. ¡Oh! De qué placer será entonces decir a aquellos, que imaginan tantos principios del género humano cuantos son sus sueños: he aquí que aquellos que vosotros llamais preadamitas son de nuestra sangre. Yo deseo tan gran suerte, pero no sé si, dados mis años, la espero. Mientras tanto, ya que con la enorme fatiga que me he tomado hasta ahora comparando las lenguas, no tengo sin embargo el gusto de haberlas hallado semejantes en todo, diré sobre este punto las cosas que me parecen más dignas de ser presentadas al público.

I) Entre los maipures hay la costumbre de que cuando invitan a uno a comer con ellos le dicen: *péca ussi nuvikiní*, esto es (aunque tengan otras cosas también para comer), ven conmigo a comer el cazabe. Lo que, como se ve, se asemeja al modo de hablar hebreo.

II) Mayor me parece aún la semejanza con la lengua de los hebreos en usar el vocablo palabra (*verbum*) en lugar de novedad. Y es notable, en lo que me acuerdo, que siempre se toma por noticia funesta, nunca favorable. Los tamanacos dicen: *caramáne titaché uyá*, los maipures, *yucuá nucáca*, y ambas expresiones no sigmifican otra cosa sino: he oído una palabra.

III) Fuera de estos idiotismos yo no hallo otra conveniencia del modo de hablar americano con el nuestro sino aquellas pocas palabras anotadas por mí al principio, y algunas otras, aunque muy pocas, que se leerán en los catálogos que pondré al fin (Nota XIV).

[349] IV) Para no faltar a la verdad de la historia, y para no dar a la posteridad ocasión de formar sistemas sobre voces dudosas, me abstengo de adoptar las muchas que el P. Gregorio García creyó ver en el hablar americano semejante a las de nuestro continente, hasta darles (al no hallarles un sentido obvio y natural) también uno estirado a capricho, y aun latísimo y metafórico.

V) Por lo demás no hay que dudar, en mi opinión, de que en las lenguas de América, además de los vocablos por mi aducidos, haya aún otros nuestros. El largo tiempo transcurrido desde la dispersión de las gentes hasta nuestro siglo hace que yo lo crea así. ¡Cuántos, en tantos años, habrán arribado a América desde nuestro continente, bien de propósito, bien transportados por furiosísimos vientos! Pues estos, bien se quedaran allí, bien se repatriaran después de algún tiempo, dejaron por cierto algunas palabras suyas, tomadas por los indios incluso con avidez, o por recuerdo agradecido o por burla de los extranjeros. Parece cosa cierta por esta razón que en las lenguas americanas haya palabras de diversas naciones, y particularmente de las más septentrionales que nosotros, que están más cercanas a América. Si me lo permite el tiempo, yo haré un catálogo de las que da García, no ya para decidir un pleito, en el que en lo más sería juez incompetente, sino para ponerlas ante la vista de los doctos y para oir el parecer ajeno.

Esta me parece a mi cosa digna de los eruditos, no la de asegurar la identidad de una nación con la otra por la sola semejanza de alguna rarísima voz que se encuentre en ambas. Este, o sistema o problema, adoptado por el P. García [350] hasta ahora, yo, sin otro examen, lo doy por caprichoso y nulo. Una lengua puede cambiar mucho de aspecto, puede desfigurarse, pero no perderse ni cambiarse por completo en otra. No lo permitiría el amor innato por ella en toda nación, y mucho menos aún el de los americanos. La lengua maipure, en mi opinión, se ha convertido en moja, la guaraní se ha cambiado en omagua, la latina, según todos, en italiana. ¿No sería un milagro que la maipure se hubiera convertido en mejicana, la guaraní en peruana, la latina en alemana? Pues este portento tenemos que tragarnos, a creer con García que las lenguas de nuestro continente, cambiando del todo su naturaleza, hayan pasado a ser americanas.

Capítulo XV

Noticias recientes.

Aquí terminaba mi trabajo, fuera como fuera. Cuando a principios del pasado febrero llegó oportunamente a Roma el señor Augusto Ludovico Schlozer, profesor titular de la universidad de Gottinga, que por su innata amabilidad quiso preguntar por mi y por la obra por mi escrita. ¡Y qué placer tuve al reverenciar en él a uno de los grandes literatos de nuestra Europa! ¡Qué lengua, qué erudición, aun la más recóndita, no ha cultivado él con envidiable felicidad! La lengua latina, la griega, la hebrea, la árabe, le son familiarísimas, que no conocidísimas. Al conocimiento de estas célebres lenguas se añade la de las lenguas de las naciones más cultas, de las mismas gentes septentrionales menos conocidas, y hasta de las [351] americanas. Persona de tal carácter no podía menos de ser conocidísima en todo el septentrión. Y por sus eruditas producciones sobre las lenguas septentrionales ha atraído los universales aplausos de Petersburgo y de Stokolmo y de otras ilustres ciudades, y merece bien ganárselos de cualquiera.

Tuve la suerte de conversar con él casi diariamente durante su estancia en esta capital del mundo. Y de alguien, como yo, extrañamente curioso de saber el carácter de las lenguas septentrionales y las más estimables anécdotas de su conexión con las americanas, puede pensarse fácilmente qué nuevas preguntas le hice, especialmente en torno a las de Siberia. El las ha descrito extensamente y las cree diferentes de las americanas. Pero tanto en estas lenguas como en otras muchas aprendidas por él maravillosamente hay, según él, maneras de hablar semejantes a las de los americanos, y queda sólo por saber si además de esta semejanza con las nuestras hay en alguna otra región semejanza de palabras, lo que se sabrá bien cuando se haya descubierto un archipiélago de muchísimas islas, y junto a él una tierra continental, que se dice está enfrente del promontorio Chukchi, y que se cree llega hasta la California. Pero esto es mejor explicarlo con sus mismas palabras, que aquí pongo para eterna memoria de mi gratitud hacia un literato tan célebre.

[352] « Al clarísimo varón Fel. Salv. Gilij.[1]

« Augusto Ludovico Schlozer, profesor público ordinario de historia y política en la Universidad de Gottinga.

« Por tus escritos de las cosas del Orinoco te felicito, reverendo varón, a ti y a tu patria desde el fondo de mi alma, pues son dignos de que se los dedicaras al nombre augusto de Pio VI, pontífice máximo, famoso para toda la posteridad, y dignos de que todos los pueblos cultos curiosos de las cosas americanas los traduzcan a sus lenguas. Pues ciertamente tus libros son tan fecundos y tan ricos en cosas nuevas, que me atrevo a desearte muchos lectores, y entendidos, benévolos y agradecidos, en tu Italia, y en Francia, y a prometértelos en Inglaterra y en mi Alemania.

« Principalmente lo que dices en tu tomo tercero sobre las lenguas americanas nos llega en un tiempo oportunísimo. Pues hierve entre nosotros el estudio de las lenguas. Hace poco hemos recorrido las más septentrionales regiones de Europa y Asia, hemos investigado los idiomas de cada nación, hemos distinguido las lenguas matrices de los dialectos, y a las mismas naciones, teniendo en cuenta las lenguas, como ya había aconsejado nuestro Leibniz, las hemos distinguido en clases, órdenes y géneros. Quedaba el mundo americano. Tú nos lo abres, varón eruditísimo, y nos enseñas las lenguas de pueblos antes apenas conocidos de nombre; y no sólo nos las enseñas, sino que, lo que nadie hizo antes que tú, sobre ellas filosofas, y filosofas con sobriedad. [353] Muchas gracias te darán por esta habilidad tuya muchos sabios, pero principalmente Buttner, mi íntimo amigo y colega, que en esta clase de estudio ha envejecido rodeado de pública alabanza. Y habrá quienes no sólo te quedarán agradecidos, sino que te corresponderán: habrá quienes comparen tus descubrimientos con los de nuestros autores, y prueben que mucho que tú creías propio de tus americanos y de sus lenguas, se halla también particularmente en las de los finlandeses, eslavos, turcos, etc.

« Por lo demás, en cuanto a lo que amablemente me preguntas sobre el vínculo, tanto de lengua como de nación, que hay entre Europa y América, nada puedo aún decir de eso que tú no sepas. Que la lengua de los groenlandeses casi no se diferencia en nada, sino en la pronunciación, de la esquimal de la Tierra de Labrador,

1 [La siguiente carta está en latín en el original.]

es cosa conocida de antes, y puesta en plena luz por los misioneros de Herrnhuth. Desde la desconocida región de los chukches comienza la costa americana, la cual continúa bajando hasta la más conocida California, según es verosímil. En este trayecto hace poco los rusos han descubierto varias islas, llenas de habitantes no del todo salvajes. Pero la lengua de los chukches ni siquiera Krascheninnikov, autor, si bien me acuerdo, de la historia de los kamchadales, la presenta, ni nadie todavía ha dado a conocer la lengua de aquellos isleños; finalmente los americanos vecinos de ellos se ignora igualmente cuáles son y su idioma. Aplacemos, pues, si nos agrada, decidir sobre el vínculo entre el antiguo y el nuevo mundo. Tú mientras tanto, varón doctísimo, sigue descubriéndonos a las gentes americanas: el Asia media e inferior, [354] con las costas de Africa nos las descubrirá el ilustrísimo Borja, el cuidado de Asia septentrional quede a cargo de los rusos.

« Así, pues, tú, ilustre varón, y los muy doctos autores de las historias de Méjico y Chile, haceis magníficos funerales a vuestra orden moribunda, y lo que ya hace tiempo deseaban los hombres eruditos, que no dejarais morir con vosotros las noticias geográficas, históricas, físicas, etc., que del nuevo orbe llegaron con vosotros al antiguo, acabadlo excelentemente. Cuánto más sabiamente vosotros, de ese modo vuestro, atendeis a las cosas divinas y humanas que otros, que pierden en peleas y minucias su esfuerzo y sus vigilias. Pero mientras que a ellos le oprimirá la negra noche y el desprecio o el odio del género humano, el honor, el nombre y las alabanzas vuestras siempre durarán.

« Salve, mi buen amigo, y al ilustre Camaño, cuya singular amabilidad no percibí tanto antes en Faenza, y a quien debo las gramáticas de la lengua chiquita y guaraní y la amistad tuya y de otros varones a ti semejantes, salúdale atentamente de mi parte.

« En Roma, a 21 de febrero de 1782 ».

[355]

Capítulo XVI

Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio.

Varios señores misioneros que en señal de gratitud serán nombrados por mi sucesivamente me han favorecido con mandarme a pedido mío algunos catálogos de lenguas habladas en América. Pero antes de ponerlos a la vista de los literatos debo anotar algunas cosas.

I) Hay palabras indias de curiosísima significación. Estas serán señaladas con los números acostumbrados y explicadas al pie de página.

II) Una curiosidad más útil es la de saber cuáles y cuántas son las tribus o miembros separados de las naciones que hablan las lenguas de nuestros catálogos, y dónde están. Y a esto satisfaremos con poner al fin de todos los catálogos pequeñas notas distinguidas con letras mayúsculas. Y puesto ésto por delante, paso a la descripción de los catálogos.

Catálogo I

Lenguas regias americanas.

		Lengua de los incas (A)	Lengua mejicana (B)
	Dios	*Pacha-camac*	*Téotl*
	hombre	*ccári*	*tlácatl*
	mujer	*uármi*	*síuatl*
	padre	*yaya* o *tata*	*tatli*
	cielo	*anac-pácha*	*ilúícatl*
[356]	sol	*inti*	*tonátiuh*
	luna	*killa*	*méztli*
	estrella	*cóillur*	*sitlálin*
	arriba	*anácpi*	*aco*
	abajo	*urápi*	*tlazintlan*

	día	*puncháu*	*iluitl*
	noche	*tuta*	*youali*
	año	*uata*	*xúitl*
	mes	*killa*[1]	*meztli*
	claro	*illári*	*tlanéxtli*
	oscuro	*tutayasca*	*tlayoualli*
	viento	*uáira*	*eécatl*
	lluvia	*pára*	*kiuáitl*
	rayo	*illápa*	*tlauiteuíztli*
	lago	*cocha*	*atóyatl*
	casa	*uási*	*calli*
	miel	*miski*[2]	*neutetzáuac*
	animal	*llama*[3]	*yólcatl*
	pájaro	*pisco*	*pípil*
	fuego	*nina*	*tlétl*
	agua	*yacu*	*atl*
	maíz	*sara*	*tlaolli*
	pez	*chállua*	*michi*
	demonio	*súpai*	*tlacatecócotl*
	dulce	*miski*	*tzopélic*
	oloroso	*allásnac*	*acúyac*
	blanco	*yúrac*	*iztac*
	negro	*yána*	*tliltic*
	rojo	*púca*	*coztic*
	pimiento	*uchu*	*chili*
[357]	selva	*sácha*	*quáutla*
	roca	*rúmi*	*tétl*
	camino	*ñan*	*ótli*
	ahora	*cunan*	*ascan*
	esta tarde	*cunan tuta*	*tlaca*
	hoy	*cay puncháu*	*ipan in ilúitl*
	lejos	*caru*	—
	cerca	*challápi*	*amouéca*
	aquí	*cáipi*	*nican*

1 Nombre de la luna.

2 Nombre genérico, significa dulce.

3 Este nombre se da aún a una especie particular de animales peruanos.

mañana	*cáya*	*moztla*
ayer	*cáina*	*yemoztla*
antiguamente	*ñaupapacha*	*ca miec cáuitl*
	del Sr. Abate Xuárez	del Sr. Abate Miraglia.

Catálogo II

Lenguas salvajes americanas no inferiores a las regias.

	Lengua chiquita (C)	Lengua guaraní (D)
Dios	*Tupás*	*Tûpâ*
alma	*aucipís*	*anga*
demonio	*oichoboréz*	*añá*
hombre	*ñoñeis*	*abá*
mujer	*país*	*cuñá*
mujer	*izipoci*	*tembirecó*
marido	*ipoo*	*mê*
padre	*iyai, ixupu*	*tuba*
madre	*ipagi-ipapa*	*sï*
hijo	*zai*[1]	*taïra*[2]
[358] hija	*ichaquimoco*[3]	*rayi*[4]
niño	*yais*	*mita*
niña	*cupiquis*	*mita cuñá*
cielo	*apéz*	*ïbag*
tierra	*quïïs*	*ïbï*
sol	*suús*	*quarasi*
luna	*paâs*	*yasï*
estrella	*osutoñéz*	*yasï-tatá*

1 Esta voz es usada tanto por los hombres como por las mujeres.

2 *Taïre* es voz masculina. Las mujeres dicen *membi*.

3 Se dice también *ikize*, pero la mujer dice *izike*.

4 Voz varonil. La mujer llama *membi* también a la hija.

arriba	*ape*[1]	*ïbaté*
abajo	*aaqui*[2]	*ïbïpe*
día	*anenéz*	*ara*
noche	*itobís*	*pitû*
mediodía	*izapéz*	*ara-mbïté*
tarde	*timimís*	*caarú*
año	*nasuquibibéz*	*roï*[3]
mes	*paâs*	*yasï*
viento	*maquietís*	*ibïtú*
nube	*cuzaibós*	*ibïtí, âmâ*
lluvia	*taás*	*âmâ-ngï*
trueno	*iciu ntaás*	*âmâsunú*
rayo	*mapaezós*	*âmâ-tirí*
luz	*anetás*	*tata-endï*
fuego	*peéz*	*tatá*
agua	*tuús*	*ï*
río	*ocirús*	*ïacá*
lago	*arubaitús*	*i-upá*
monte	*iritús*	*ïbïtï*
piedra	*caás*	*ità*
[359] arena	*quiuzós*	*ïbï-cuîtî*
camino	*cotubiús*	*tape*
bosque	*jus*	*caá*
árbol	*soéz*	*ïbïraï*
fruto	*ita soéz*	*a*[4]
campo sembrado	*iñanaús*	*cog*
casa	*poós*	*og*
puerta	*turús*	*ochê*
hamaca	*baizís*	*chïa*
tinaja, jarro	*baucís*	*cambuchí*
olla	*auxi-peemacás*	*yapepepó*
maraca	*taropéz*	*mbaracá*

1 La palabra que damos es un adverbio; las preposiciones *super* y *subtus* son distintas de éstas.

2 Véase la nota precedente.

3 Quiere decir frío, y parece que al año le dan el nombre de invierno.

4 Esta letra se postpone al nombre con que se une, véase gr. *ibiraá* fruto del árbol.

	canoa	*tocós*	*ïgá*
	remo	*mapenetós*	*igá-pïcuitá*
	arco	*quimoméz*	*ibirapá*
	flecha	*payutós*	*hui*
	lanza	*quiutós*	*mîmbucú*
	plato	*cusabís*	*ñaembé*
	comida	*oôs*	*tembiú*
	chicha	*tabaís*	*câguî*
	maíz	*oseós*	*abatí*
	yuca	*tabás*	*mandió*
	harina de yuca	*zuta tabás*	*mandio-cuí*
	pimiento	*aris*	*chiy*
	calabaza	*paaxís*	*curapepé*
	carne	*añez*	*soo*
	tabaco	*pâis*	*pety*
	yerba	*boós*	*caa*
	caña	*guapás*	*taqua*
	caña de azúcar	*taconéz*	*taquar-eê*
	abeja	*oús*	*eirú*
[360]	miel	*oús*	*eireté*
	cera	*jopoo-nôús*	*iraitï*
	animal	*baús*	*mïmbá*
	pájaro	*utaús*	*gïrá*
	pez	*opiocós*	*pirá*
	anzuelo	*maatas*	*mohâ*
	claro, inteligible	*masuputacás*	*yeguacatú*
	claro, iluminado	*anetás*	*hesapepï*
	oscuro	*tomicaneneca*	*pitû*
	oloroso	*orio*	*hétu*
	hediondo	*zuuzabo*	*ine*
	amargo	*piciananene*	*rob*
	dulce	*ociña*	*eê*
	agrio	*ocoro*	*hai*
	blanco	*purucibi*	*moroti*
	negro	*quizibi*	*hû*
	rojo	*quituriqui*	*pita*
	turquí	*axicinana*	*hobi*
	amarillo	*axisuriqui*	*iyú*
	tigre	*oitimís*	*yaguareté*

	león	*oquituriquiós*	*yaguatî*
	perro	*utamocos*	*yaguá*
	batata	*quibichós*	*yetí*
	plátano	*pacobás*	*pacobá*
	papaya	*zapayús*	—
	maní	*naaquis*	*mandubi*
	fréjol	*quichioréz*	*cumandá*
	oso hormiguero	*upaichabís*	*tamanduá*
	hormiga	*ochepéz*	*tahï*
	danta o tapir	*oquitapaquis*	*mborebi*
	ciervo	*oibós*	*guasú*
	zorra	*umatucéz*	*aguará*
	gato	*oichebeis*	*mbaracayá*
[361]	mono	*oquiubís*	*caí*
	comadreja	*otiribiris*	*mbicuré*
	puerco	*upauchéz*	*tayasú*
	armadillo	*utacoos*	*tatú*
	caimán	*oquïrís*	*yacaré*
	tortuga	*opetás*	*carumbé*
	lobo	*umamenéz*	*aguaraguasú*
	rata	*oxixos*	*anguyá*
	topo	—	*anguyá-tutú*
	puerco anfibio	*oquis*	*capiguara*
	lobo anfibio	*opiños*	*guairaca*
	liebre	*oiyorús*	*kereruá*
	cuerpo	*quitipís*	*te*
	cabeza	*taanís*[1]	*acá*
	cuello	*tapeús*	*atuá*
	frente	*catacuús*	*sïbá*
	orejas	*umazus*	*nambí*
	ojos	*sutos*	*tesá*
	cejas	*saquez*	*tïbïtá*
	nariz	*iñas*	*tî*
	boca	*ais*	*yurú*
	diente	*oós*	*taî*

1 Esta palabra y las otras que indican las partes del cuerpo humano son absolutas, esto es, sin contraer con los pronombres posesivos, en el cual caso son muy diferentes de las aquí escritas.

	labio	*arús*	*tembé*
	lengua	*otús*	*cû*
	mejillas	*opecús*	*tanecá*
	rostro	*sus*	*toba*
	cuello	*tiis*	*ayu*
	pecho	*tucís*	*pïtia*
	corazón	*auzazís*	*mbia*
	brazo	*ipás*	*ïïba*
	codo	*patarís*	*tenïbangá*
[362]	mano	*eês*	*po*
	uña	*eequiquís*	*poapê*
	vientre	*quiporús*	*tïé*
	pie	*popéz*	*pï*
	pierna	*iis*	*teïmá*
	pantorrilla	*ocheús*	*teïma oó*
	rodilla	*ichás*	*tenïpïâ*
	nalga	*tapos*	*u*
	lagarto	*opiñez*	*teyú*
	ahora	*caimáa*	*curî*
	en este punto	*caimáa apézo*	*curîteteí*, etc.[1]
	pronto	*cáa-cáa apaézo*	*imânî*, etc.
	hoy	*au za n'anenéz*[2]	*co-ara-pípe*, etc.
	mañana	*tubáuca*	*curîcoê*, etc.
	ayer	*au zere n'anenéz*	*cucheteî*
	de día	*onúmo iqui suús*[3]	*araramo*, etc.
	de noche	*au n'itobís*	*pïtûrâmô*, etc.
	antiguamente	*ticañy*	*cârâmbohé*, etc.
	hace tiempo	*caoibói*, etc.	*ïmanï*, etc.
	hace poco	*coimóiña*, etc.	*angeñote*, etc.
	en verano	*au peecirís*, etc.	*quarasïpucuramo*[4]
	en invierno	*au xiximanéne*, etc.	*roiramo*, etc.

1 Las palabras guaraníes son muchas. Baste decir que esta se dice de más de cinco maneras. Nos contentaremos con una, y para indicar la abundancia pondremos el etc.

2 Quiere decir en este día.

3 Significa: siendo para nosotros todavía el sol.

4 Quiere decir en el tiempo del sol largo.

	largamente	*coibói*, etc.	*etaararupi*[1]
	por breve tiempo	*coimóiña*, etc.	*curîteî*
	por río	*isu tuus*	*ïacárupí*
	por tierra	*icu quïïs*	*ïbïrupi*
	aquí	*auná*	*ape*
[363]	allá	*taa*, etc.	*amó*, etc.
	lejos	*ichée*	*môмbïrï*, etc.
	cerca	*izái*	*côi*, etc.
	dentro	*au*[2]	*ípïpé*
	fuera	*nbéu*	*ocapé*

del señor Abate Camaño

Catálogo III

	Lengua lule (F)	Lengua vilela (G)
Dios[3]	—	—
alma	*iscet*	*gosé*
demonio	*icheló*	*goz*
hombre	*pelé*	*nitemoí*
mujer	*vacal*	*quislé*
marido	*cumueptitó*	*gûimá*
mujer	*lucueptitó*	*gûimá*
padre	*pe*	*op*[4]
madre	*umué*	*nané*
hijo	*cué*	*inaké*
hija	*cué*	*inaké*
niño	*cué*	*otís*

1 Esta palabra significa en el tiempo de los muchos días. *Etaroírupi* significa el tiempo de muchos años.

2 Es lo mismo que la preposición en. Pero aquí se toma adverbialmente.

3 En los extractos que me mandan de Faenza faltan estas palabras. [Para las lenguas lule y vilela respeto la ortografía del original, pues son lenguas poco conocidas.]

4 Se dice también *taté*.

	niña	*cué*	*bapús*
	cielo	*zó*	*laué*
	tierra	*a*	*baslé*
	sol	*inní*	*oló*
	luna	*allit*	*copí*
[364]	arriba	*zomá*	*laué*
	abajo	*fanmá*	*baslebé*
	día	*inní*	*oló*
	noche	*viyóc*	*ui*
	mediodía	*innítantaquí*	*oló-paté*
	tarde	*inníapesp*	*dusát*
	año	*vohó*	*sapé*
	mes	*allit*	*copí*
	viento	*voópú*	*uo*
	nube	*voótui*	*saké*
	lluvia	*mép*	*loué*
	luz	*aguemp*	*paué*
	fuego	*jucue*	*nié*
	agua	*fó*	*ma*
	río	*foyavaltó*	*itéls*
	lago	*foysí*	*ma-iep*
	monte	*ai-zú*	*uagose-móp*
	peña	*aí*	*uagosé*
	lugar pedregoso	*aiotzá*	*uagoselét*
	arena	*acciies*	*zu*
	camino	*vin*	*jagé*
	bosque	*etuí*	*cohuít*
	árbol	*e*	*quiré*
	fruto	*velep*	*peié*
	campo sembrado	*jacp*	*pemulbép*
	casa	*enú*	*guané*
	puerta	*enucá*	*guep*
	hamaca	*sipé*	*peuisagûét*
	tinaja	*col*	*jupé*
	olla	*capá*	*jupé*
	arco	*pines*	*aquép*
	flecha	*lahá*	*aqué*
	lanza	*eayé*	*iquén*

[365]	plato	*salá*	*duptóp*
	comida	*yamps*	*huaxbép*
	chicha	*zumá*	*suké*
	maíz	*pilis*	*anapeyé*
	pimiento	*ostó*	*quodai*
	fréjoles	*polotó*	*poroté*
	carne	*vaá*	*iqué*
	tabaco	*tabacó*[1]	*tusup*
	hierba	*nalhá*	*ané*
	caña	*nalhápulum*	*aqué*
	caña de azúcar	*nalháosamp*	*aqué dupmat*
	abeja	*yanaacuá*	*caxpa*
	miel	*yana*	*caxpa jané*
	cera	*mapá*	*lappá*
	animal	*vaá*	*moít*
	pájaro	*sotó*	*aleí*
	pez	*peas*	*aquép*
	anzuelo	*anzulú*	*corít*
	claro	*vóacquerap*	*pahué*
	oscuro	*vóuyóc*	*dupquisé*
	oloroso	*acquemeixp*	*pulelét*
	hediondo	*ayup*	*puslít iquét*
	amargo	*aasp*	*curít*
	dulce	*osaamp*	*dupmá*
	agrio	*aasp*	*curít*
	blanco	*pó*	*pop*
	negro	*celé*	*quirimít*
	rojo	*laps*	*suquét*
	amarillo	*zoóp*	*sananáp*
	tigre	*vauá*	*iquém*
	perro	*culé*	*huan-ocól*
[366]	hormiga	*opéopé*[2]	*zusulí*[3]
	ciervo	*cocs*	*quigí*
	gato	—	*missi*
	zorra	*cule elesí*	*ocól*

1 Esta palabra, como también la de anzuelo, parecen tomadas del español.

2 Una especie de hormigas.

3 El mismo sentido tiene la palabra vilela.

puerco	*maán*	*yinit*
cabeza	*toccó*	*nisconé*
oreja	*cusp*	*maslup*
ojos	*chú*	*toqué*
nariz	*nús*	*limíc*
boca	*cá*	*yep*
diente	*llú*	*lupé*
lengua	*lequí*	*lequíp*
mejillas	*jocs*[1]	*nilp*
cuello	*up*	*nipé*
pecho	*iné*	*gosé*
corazón	*iscet*	*gosé*
mano	*is*	*isíp*
uña	*islhú*	*valúp*
vientre	*ep*	*uúp*
pierna	*isep*	*dosé*
pie	*élú*	*apé*

del Sr. Abate José Ferragut — del Sr. Abate José Jolís

[367] CATÁLOGO IV

	Lengua mbayá (H)	Lengua moja (I)
Dios	*conoenalagodï*	*maimóna*
alma	*nïgïgo*	*núachánebó*
demonio	*agupelguagï*	*ereonó*
hombre	*uneleïgua*	*acháne*
mujer	*igualo*	*eséno*
esposa	*natonïgï*	*nujéno*
marido	*nodagua*	*níma*
padre	*elíodï*	*táta*
madre	*eïodo*	*méme*

1 Este mismo nombre dan también al rostro.

hijo	*yónïgï*	*nuchícha*
hija	*yónaga*	*nuchícha*
niño	*nïganigï*	*amójo*
niña	*nigana*	*amójo-esenoró*
cielo	*ytïtipigïme*	*anumó*
tierra	*ïïgodï*	*motejí*[1]
sol	*aligega*	*sáche*
luna	*epenaï*	*cóje*
estrella	*eótedi*	*jaráirikí*
arriba	*ytitipïgimedï*	anúkie
abajo	*icatinedï*	*epókie*
día	*nocco*	*sachéréi*
noche	*enuale*	jatti
mediodía	*nocco-eachogo*	*titupíriki-sache*
la tarde	*coquïdï*	*coperéi*
año	*lotabï*	*sácheréjonó*[2]
mes	*epenaï*	*cóje*[3]
[368] nube	*loladï*	*ucóji*
lluvia	*epíquím*	*tikíbo*
trueno	*dimïchogo epíquím*	*tíruruéco*
rayo	*nachacogonagadï*	*emárere*
luz	*natalenaga*	*tijárai*
fuego	*nuledï*	*júcu*
agua	*níogodï*	une
río	*natobagï*	*cajacuré*
lago	*idelogole*	*cakiúre*
monte	*iígo loyodaga*	*marijuécu*
peña	*getiga*	*mari*
lugar pedregoso	*getigaguenigï*	*márimári*
arena	*dotiguadï*	*ñañíriki*
camino	*naïgï*	*achéne*
bosque	*nialígï*	*siméno*
árbol	*niále*	*jucúki*
fruto	*niale ela*	*jucuki-oi*

1 Esta *j* y otras semejantes que se hallarán, se pronuncian a la española.

2 Quiere decir los soles.

3 Nombre de la luna.

	campo sembrado	*niyogotagï*	*essánati*
	casa	*dïmigï*	*peti*
	puerta	*epobágï*	*topájo*
	hamaca	*neladï*	*achu*
	tinaja	*naacagaïkï*	*júpi*
	olla	*noolígï*	*mesusí*
	canoa	*niguategï*	*pacúre*
	remo	*nolacanagadï*	náurupé
	arco	*nupitinigï*	*eziporocú*
	flecha	*analigo*	*tajirikí*
	lanza	*apoquenigi*	—
	plato	*ginogo*	*curúju*
	comida	*nïgueenigï*	*nuníru*
	chicha	*nudagï*	*ticásiomó*[1]
[369]	maíz	*eta coligï*	*sepóni*
	yuca	*eneguigï*	*cúju*
	harina de yuca	*eneguigi lamogo*	*cuju-pá*
	batata	*apigoye*	*coére*
	plátano	*banana*	*cuéreno*
	pimiento	*palodï*	*achéti*
	maní	*yolíque*	*curíkieré*
	fréjoles	*ediabaga*	*mopoco*
	carne	*eiyegagï*	*neche*
	tabaco	*nalodagadï*	*sabáre*
	yerba	*nadegogo*	*muíji*
	caña	*epogo*	*curíno*
	caña de azúcar	*naáïogo*	*ecúteno*
	abeja	*languedï*	*moposí*
	miel	*napígo*	*mopomó*
	cera	*nibuitegï*	*mópo*
	animal	*níguicadï*	*soráre*
	pájaro	*ylagagï*	*caiúre*
	pez	*nogoyegï*	*jímo*
	anzuelo	*numigo*	*enírobé*
	claro	*ligetege*	*tijárai*
	oscuro	*nichocaga*	*timópicú*

1 Significa licor ácido, y es el nombre genérico. La chicha de maíz se llama *sepóniomó*, la de yuca, *cajúomó*.

	oloroso	*laníg'ig'ï*	*tijéje*
	hediondo	*beag'ï lanig'ï*	*tijéche*
	dulce	*liidig'ï*	*títibe*
	agrio	*neladï*	*ticási*
	blanco	*napaguig'ï*	*tijápu*
	negro	*napidig'ï*	*tikíso*
	rojo	*lichagoteg'ï*	*tísi*
	azul	*nimagateg'ï*	*cobárarú*
	amarillo	*logoguigo*	*tiococó*
	tigre	*nigetiogo*	*ichíni*
	león	*eiyenígo*	*itioré*
[370]	perro	*nequenígo*	*tamúcu*
	oso hormiguero	*bidioní*	*aticuré*
	hormiga	*ïbichodï*	*cachíru*[1]
	danta	*apolicanag'iguaga*	*samo*
	ciervo	*gotícanígo*	*cojóbo*
	zorra	*caíchoque*	*chiúie*
	gato	*pigíchene*	*misítu*
	mono	*egeadï*	*io*[2]
	comadreja	*opagilogoba*	*churuisí*
	puerco	*nigítag'ï*	*simóru*
	armadillo	*gotoguag'ï*	—
	caimán	*niogoyeg'ï*	*méroméro*
	tortuga	*logoyenigo*	*sípu*
	viento	*niguocodï*	*tecatícóbo*
	cuerpo	*niboledï*	*nuókie*
	cabeza	*naguilo*	*nuchúti*
	oreja	*napagate*	*nuchóca*
	ojos	*nígecogee*	*nuki*
	nariz	*nionigo*	*nusíri*
	boca	*jóladï*	*nujáca*
	diente	*nogue*	*nuói*
	labio	*niguoladï*	*nusúmu*[3]
	lengua	*nogueïg'ï*	*nunéne*

1 Nombre específico.

2 Nombre específico.

3 Este nombre significa el labio de arriba; el de abajo se dice *núchéja*.

	mejillas	*nayïque*	*numíru*
	rostro	*natobï*	*numói*
	cuello	*nígíchodï*	*nuchépo*
	pecho	*natecogo*	*nutúpo*
	corazón	*nalegena*	*nusamuré*
	brazo	*nibaagadï ocagata*	*nubouré*
[371]	mano	*nibaagadï*	*nubóu*
	médico	—	*tipuchorái*
	uña	*inapachodï*	*nuyípoño*
	vientre	*neé*	*nujúe*
	pierna	*nitï*	*nupáe*
	pie	*nogonagï*	*nibopé*
		codicocolidï	*cajiúre*
	papaya	—	*upópojí*

Sr. Abate Juan García Sr. Abate Iraisós

N.B. — En el catálogo de las voces mojas hay algunas en letra redonda para indicar que son semejantes a las maipures. El acento grave se ha usado a veces en lugar del agudo, pero tómense siempre con el mismo valor.

Catálogo V

	Lengua guaraní	Lengua omagua (K)
Dios	*Tupá*	—
alma	*anga*	*sava*
demonio	*añá*	*mai*
hombre	*abá*	*ava*
mujer	*cuñá*	*huaina*[1]
esposa	*tembirecó*	*meriqua*

1 Este nombre lo usan los hombres [y es en realidad el quechua « joven, moza »]. Las mujeres dicen *cunia*.

	marido	*mê*	*mena*
	padre	*tuba*	*papa*
	madre	*sï*	mama[1]
	hijo	*taïra*	*teagra*[2]
[372]	hija	*rayi*	*taira*
	niño	*mita*	huahua
	niña	*mita cuñá*	huahua cunia
	cielo	*ïbag*	*ehuatemai ritama*[3]
	tierra	*ïbï*	*tuyuca*
	sol	*quarasi*	*huarassi*
	luna	*yasï*	*yase*
	estrella	*yasï-tatá*	*sesu*
	arriba	*ïbaté*	*ehuaté*
	abajo	*ïbïpe*	*uerepé*
	día	*ara*	*huarassi*
	noche	*pitû*	*epuessa*
	mediodía	*ara-mbïté*	*huarassi ipuama*
	tarde	*caarú*	*caruca*
	año	*roï*	*uni*
	mes	*yasï*	*yase*
	viento	*ibïtú*	*ehuetu*
	nube	*ibïti*	*ehuevaca*
	lluvia	*âmâ-ngï*	*amana*
	trueno	*âmâ-sunú*	*topa*
	rayo	*âmâ-tirí*	*sapua*
	luz	*tata-endï*	*cana*
	fuego	*tatá*	*tata*
	agua	*ï*	uni
	río	*ïacá*	*parana*[4]
	lago	*i-upá*	*epassu*
	monte	*ïbïtï*	*ehuata*
	plátano	*pacobá*	*panara*
	peña	*ita*	*ita*

1 Las palabras puestas en letra redonda son semejantes a las de los incas.

2 Es voz varonil.

3 Significa el país de arriba.

4 Quiere decir pariente del mar, el cual nombre es dado por los guaraníes a los grandes ríos.

[373]	lugar peñascoso	*ita-ti*	—
	arena	*ïbï-cuîtî*	*itini*
	camino	*tape*	*pe*
	selva	*caá*	*cava*
	árbol	*ïbïraï*	*ehuera*
	fruto	*a*	*ehuera-ia*
	campo sembrado	*cog*	*cu*
	casa	*og*	*uca*
	puerta	*ochê*	*yaquina*
	hamaca	*kïa*	*tucuine*
	tinaja	*cambuchí*	*murissu*
	olla	*yapepó*	*yucussi*
	canoa	*ïgá*	*eara*
	arco	*ibirapá*	*ieva*
	flecha	*ui*	*va*
	lanza	*mîmbucú*	—
	plato	*ñaembé*	*yamue*
	comida	*tembiú*	*eomai*
	remo	*igapicuitá*	*yapucuita*
	maíz	*abatí*	*ahuati*
	yuca	*mandió*	*yahuiri*
	batata	*yeti*	*ytica*
	pimiento	*chiy*	*equei*
	maní	*mundubi*	*munui*
	fréjoles	*cumanda*	puroto
	carne	*soo*	*zu*
	tabaco	*pety*	*petema*
	yerba	*caa*	*ca*
	caña	*taqua*	*vaheva*
	caña de azúcar	*taquar-eê*	*tacuera*
	abeja	*eirú*	mapa mama
	miel	*eireté*	*mapa cavi*
[374]	cera	*iraitï*	*mapa*
	animal	*mïmbá*	*mia*
	pájaro	*gïrá*	*huera*
	pez	*pirá*	*ipira*
	amargo	*rob*	*irava*
	dulce	*eê*	*see*
	agrio	*ai*	*zai*
	blanco	*moroti*	*tinimai*

	español	*mbai*	*mai*
	negro	*hû*	*sunimai*
	colorado	*pita*	*tururucai*
	amarillo	*iyú*	*íu-íù*
	tigre	*yaguareté*	*yahuara huassu*
	león	*yaguatî*	*yahuara huassu*
	perro	*yaguá*	*yahuara*
	oso hormiguero	*tamanduá*	*tamanua*
	ciervo	*guasú*	*eze huassu*
	puerco	*tayasú*	*tayassu*
	mono	*caí*	*caí*
	armadillo	*tatú*	*tatu*
	lobo	*aguaraguasú*	*yahuara puana*
	gato	*mbaracayá*	*missi*
	ratón	*anguyá*	*quiara*
	cabeza	*acá*	*yacae*
	frente	*sïbá*	*cehuape*
	orejas	*nambí*	*nami*
	ojos	*tesá*	*ssissa zaicana*
	nariz	*tî*	*tï*
	boca	*yurú*	*yuru*
	diente	*taî*	*zai*
	labio	*tembé*	*yuru*
	mejillas	*tanecá*	*cacu*
[375]	rostro	*toba*	*ssissa*
	garganta	*ayu*	*yassiuca*
	cuello	*atuá*	*atoa*
	pecho	*pïtia*	*putia*
	corazón	*mbia*	*ia*
	vientre	*tie*	*sehueca*
	brazo	*ïïba*	*iehua*
	codo	*tenïbangá*	*iehua senepua*
	mano	*po*	*pua*
	uña	*poapê*	*puesape*
	pie	*pï*	*pueta*
	plerna	*tetima*	*sotema*
	rodilla	*tenipia*	*senepua*

del S. Abate Francisco Legal

del S. Abate Camaño

Catálogo VI

	Lengua tamanaca (L)	Lengua maipure (M)
Dios	*amalivacá*	*purrúna-minari*
hombre	*apaliké*	*cayarrakiní*
mujer	*aicá*	*tiniokí*
padre	*papa*[1]	*napé*
madre	*ochu*	*iná*
hijo	*emuru*	*nuáni*
hija	*yamdjíli*	*nuáni*
niño	*mure*	*tumétekí*
niña	*mure*	*tumótokí*
alma	*nande*	*amitáminé*
demonio	*yolokiámo*	*vasúri*
[376] cielo	*capu*	*eno*
tierra	*nono*	*peni*
sol	*véyu*	*kié*
luna	*nuna*	*keyápi*
estrella	*chiríca*	*urrúpu*
arriba	*cave*	*aniúke*
abajo	*nono pó*	*peni-iatí*
día	*ano*	*pécumi*
noche	*coco*	*yatti*
mediodía	*puiréne veyu*[2]	*aarrapí kié*
esta tarde	*cocochá*	*tamámi*
año	*canepó*[3]	*camotí*
mes	*nuna*[4]	*keyápi*
viento	*pechéite*	*kipucú*
nube	*veréite*	*tamaná*
lluvia	*canepó*	*tia*

1 Esta voz se usa en la primera persona. *Imde* es la voz absoluta.

2 Quiere decir el sol derecho o perpendicular. La cual expresión es propia de todas las lenguas americanas.

3 Significa invierno o lluvia.

4 En estas dos lenguas, y en todas las otras americanas, el mes se llama con el nombre de la luna.

	trueno	*kineméru*	*eno*
	rayo	*kineméru-uaptorí*	*eno-imá*
	arco iris	*uyi*[1]	—
	fuego	*uaptó*	*catti*
	agua	*tuna*	*ueni*
	río	*tuna*	*ueni*
	lago	*icutpe*	*caviá*
	monte	*tipuíri*	*yapa*
	piedra	*tepu*	*kipa*
	lugar peñascoso	*tepu-panó*	*kipa-maná*
	arena	*chaccáu*	*cainá*
	camino	*achemá*	*anépu*
[377]	selva	*yutu*	*aáma*
	árbol	*yeye*	*aá*
	flor	*yeye-yorocopíri*	*aá-ivi*
	fruto de árbol	*yeye-yepéru*	*aá-tinacá*
	campo sembrado	*mata*	*menití*
	casa	*aute*	*panití*
	puerta	*nata*	*pénuma*
	hamaca	*caic-cató*	*amáca*
	tinaja	*mucra*	*veni-canianicú*
	olla	*arína*	*tiváu*
	maraca	*maracá*	—
	canoa	*curiára*	*quata*
	remo	*cranéti*	*nau*
	flecha	*préu*	*casaripí*
	lanza	*landja*	*uavémi-suviné*
	plato	*arimáke*	*tiváu*
	comida	*nanápi*	*ecatí*
	chicha	*uóki*	*ueni*
	maíz	*ac-naché*	*yomukí*
	yuca	*akéyu*	*cattikí*
	pimiento	*poméi*	*aí*
	calabaza	*cauyáma*	*aviamá*
	carne salada	*charáru*	*saráru*
	tabaco	*cavái*	*yema*
	yerba	*reta*	*catuviní*

1 El nombre de la serpiente llamada *buío*.

	caña de azúcar	*carná*	*mapa panacaré*[1]
	abeja	*uane-imu*[2]	*mapa-kivácané*
	miel	*uane*	*mapa*
	cera	*morópo*	*mapa-icá*
[378]	animal	*anekiamgotó*	*cueti*
	animal doméstico	*yakíni*[3]	*nupía*
	pájaro	*toronó*	*siu*
	pez	*uoto*	*timakí*
	anzuelo	*covéi*	*icuriá*
	claro	*tavéire*	*acanáni*
	oscuro	*taváneké*	*caténi*
	oloroso	*poic-ne*	*ivi-ké*
	hediondo	*coke*	*isi-ké*
	amargo	*tutúne*	—
	dulce	*tacuéke*	*cuné*
	agrio	*yec-ne*	—
	blanco	*taremuc-ne*	*marikiní*
	negro	*kinéme*	*curikiní*
	colorado	*toc-píre*	*cayuméni*
	azul	*kinéme*	*curikiní*
	amarillo	*taic-piréme*	*evakiní*
	verde	*rakeké*	—
	avaro	*tamané*	*séniki*
	bueno	*patcurbe*	*sonírri*
	malo	*petkébra*	*maisuíni*
	iracundo	*veñiche*	*uavírri*
	hermoso	*acurivané*	*sonirri*
	feo	*acurivané-prá*	*maisuíni*
	alto	*caonó*	*aubarí*
	bajo	*motic-pé*	*cavasakí*
	amigo	*panári*	*nunaunári*
	enemigo	*yatóye*	*nuipuní*
	tigre	*akére*	*quatikí*
	perro	*veroro*	*auri*
	batata	*ichácu*	*kéi*

1 Los maipures dan el mismo nombre a las cañas de azúcar que a la miel.

2 El padre de la miel.

3 Esta palabra es puesta en la primera persona, como también la de los maipures. Pero se usa también en sentido absoluto.

[379]	plátano	*parúru*	*aráta*
	papaya	*mapáya*[1]	*mapáya*
	merey	*uorói*	*urúi*
	árbol de la chica	*cráviri*	*kirráviri*
	fréjol	*kiki*	*urrúta*
	danta	*uariári*	*kiéma*
	hotmiga	*omîke*[2]	*cuki*[3]
	ciervo	*yama*	*mayárro*
	gato	*michi*	*misi*
	ratón	*munbe*	*urrúca*
	jabalí	*painca*	*apiá*
	armadillo	*caic-cámo*	*see*
	cocodrilo	*arué*	*amaná*
	tortuga	*peye*	*arráu*
	cuerpo	*pitpeté*[4]	*nuuaná*
	cabeza	*prutpe*[5]	*nukibucú*[6]
	frente	*peri*	*nuaukipá*
	oreja	*panári*	*nuakiní*
	ojos	*yanúru*	*nupúriki*
	nariz	*yonnári*	*nukírri*
	boca	*mdári*	*nunumacú*
	diente	*yeri*	*nati*
	lengua	*nuru*	*nuáre*
	rostro	*yanúru*	*nupuricú*
	cuello	*uarórí*	*nuinú*
[380]	corazón	*yaváni*	*nunikiní*
	brazo	*yaparí*	*nuaná*
	mano	*yamñari*	*nucápi*

1 Nótese la semejanza de esta y de las palabras siguientes.

2 Este nombre es específico.

3 Específico también este de los maipures. Un nombre genérico falta en ambas lenguas.

4 Esta palabra, que significa propiamente piel, se adapta también al cuerpo por metonimia india.

5 Este y los nombres siguientes, están puestos en primera persona, pero se dicen también en sentido absoluto, véase gr. *prutpeté, pete,* etc.

6 Estas también se ponen en primera persona: mi cabeza, mi frente, etc., y este es el modo más usado por los maipures.

	pie	*ptari*	*nukíi*
	rodilla	*yechekimúru*	*nucumárakí*
	nalga	*petti*	—
	mujer	*puti*	*nuanítu*[1]
	vestido	*neponde*	*arrutí*
	marido	*nio*	*nuáni-kivacané*
	casada	*tiñokéme*	*caánikivacanékiní*
	casado	*puchéme*	*caanítukiní*
	tiempo	*manca*	*yuví*
	vestido	*atkemó*	*nuápetí*
	hierro	*parári*	*síparári*
	fusil	*caracapucha*[2]	*eno*
	Orinoco	*Orinúcu*	*parráva*
	mar	*paráva*	*parána*
	playa	*chacáu*	*cainá*
	puerto	*peya*	*anumá*
	cascada del río	*uatápurutpe*	*ucá*
	candela	*croréta*	*cantirrití*
	tabaquera	*cavái-yéuti*[3]	*yema canianicú*
	mesa de comer	*nanap-yapóni*[4]	*ecatí-caniatá*
	candelero	*croretá-yapóni*	*cantirritícaniánicú*
	papel	*cáreta*[5]	*cuyarúta*
	guardabreviario	*previáriu-yéuti*	*previário-arru*[6]
	carpeta	*careta-yéuti*	*cuyarútacaniánicú*
	sal	*pama*	*sayo*[7]
[381]	espejo	*chipíkiri*	*sapo*
	aguja	*acucha*[8]	*yucuéti*

1 Significa la madre de mi hijo.

2 Voz tomada del español *arcabuz*.

3 La casa del tabaco.

4 La silla de los alimentos.

5 [Es interesante notar este italianismo, *carta*, sin duda introducido por el P. Gilij. Véase de este libro, más abajo, la pág. 415, sobre la influencia de los misioneros en las lenguas indígenas.]

6 El vestido del breviario.

7 Viene de la española *sal*. Antiguamente dijeron *ivi*.

8 De la española *aguja*.

silla	*aponde*	*sunuátatí*
tenazas	*verachí*	*pee*
cuchillo	*maría*	*mánuri*
hacha	*ueve*	*yavatí*
soldado	*choráru*[1]	*soráro*
español	*pongéme*[2]	*uavémi*
portugués	*portukechi*	*yaranávi*[3]
médico	*pchiáchi*	*marirri*
medicina	*apic-te*	*epenatí*
febricitante	*uayocóre*	*mavakió*
dolor de costado	*chacha*	*cavi nupaá*[4]
viruela	*kirichí*	*kirisí*[5]
morbo gálico	*chamarúni*	*masuári*
fiebre	*uayocóte*	*puakí*
catarro, resfrío	*atonó*	*túmutúmu*
fluxiones de los ojos	*ambíu*	*caví nupurikí*
bicho	*poriké*	*viso*[6]
muerte	*uatakemne*	*mavákití*
infierno	*yolokiámo-yéuti*	*vasúri-ima*
paraíso	*capu*	*eno*
siempre	*ipakére*	*pacátiá*
[382] después	*acomne*	*páuria-uáti*
antes	*penaréne*	*papuyá*
antiguamente	*penáre*	*papuyátámi*
entonces	*morér-yáve*[7]	*uáti-rri-uáti*[8]
ahora	*amenáre*	*yacápi*
en este punto	*chenérepé*	*yacápi-isi*

1 De la española *soldado.*

2 Significa gente vestida.

3 Ocultan el sentido de esta palabra los maipures. Parece significar los hijos de los músicos. *Yara* quiere decir flauta, *navi* hijos.

4 Significa me duele el costado.

5 Esta palabra y la siguiente están tomadas de la lengua caribe.

6 Los maipures no supieron el nombre preciso del bicho. Se sirven del español con la desinencia de su lengua.

7 Significa en aquel tiempo, Donde la partícula *yave* tiene un significado digno de notarse.

8 Tiene el mismo sentido.

pronto	*cure*	*aviní*
hoy	*amenáre*	*yacápi*
esta mañana	*coronaréne*	*irrávipé*
mañana	*coronáre*	*upié*
pasado mañana	*munére coronáre*	—
ayer	*coináre*	*técu*
de día	*ano*	*pécumi-epí*
de noche	*coco*	*yatti-epí*
largamente	*meca*	*veve*
aquí	*tanáre*	*aré-piná*
allá	*moro*	*akiá*
lejos	*teipó*	*icurikí*
cerca	*teipó-prá*	*yuáni-piná*
despacio	*achaváre*	*amápi*
de verdad	*auéne*	*aviní*
señor	*yechéme*	*numinári*
cacique	*apóto*	*pecanáti*
mujer cacique	*apóto-puti*	*pecanáti-anítu*

Del autor de esta Historia.

[383] CATÁLOGO VII

	Lengua sáliva (N)	Lengua araucana (O)
cielo	*mumeséke*	*huenu*
sol	*mumeséke-cocco*	*antú*
luna	*vexio*[1]	*cuyen*
estrella	*sípodi*	*guaglen*
tierra	*seké*	*mapu*
agua	*cagúa*	*co*
fuego	*egussa*	*cuthal*
hombre	*cocco*	*che*
mujer	*ñacu*	*domo*
viejo	*xencuai*	*vucha*

1 La *x* se pronuncia a la latina.

	vieja	*xencuo*	*cude*
	animal	*embeodi*	*ivun*
	pájaro	*ñendi*	*gunun*
	pez	*paji*[1]	*chalgua*
	río	*okée*	*leuvu*
	lago	*iboopú*	*mallin*
	selva	*sáápó*	*culven*
	árbol	*nonhué*	*alihuen*
	hierba	*dendea*	*gutan*
	población	*sucua*	*lov*
	carne	*debaá*	*ilon*
	serpiente	*jacui*	*vilu*
	mosca	*buretójoa*	*pullu*
	mosquito	*chaue*	*yali*
	cabellos	*iheé*	*thopel*
	rostro	*pavá*	*age*
	ojos	*pacuté*	*ge*
	orejas	*aicupana*	*pilun*
[384]	nariz	*incuu*	*yu*
	boca	*aajá*	*un*
	cuello	*uncua*	*pel*
	brazo	*ikekee*	*riun*
	mano	*immómó*	*cuu*
	dedo	*endeche*	*chagul*
	vientre	*teache*	*pue*
	corazón	*omañaa*	*piuke*
	nalga	*icooco*	*pulag*
	rodilla	*ñujui*	*lucu*
	pierna	*injua*	*chag*
	pie	*caabapa*	*namun*

Sr. Abate Roque Lubián.

Sacado de la Historia de Chile.

1 Esta *j* se pronuncia a la española.

Catálogo VIII

Sacado del tomo III de las Memorias del Barón La Hontán

		Lengua hurona (P) en ortografía francesa	Lengua algonquina (Q)
	espíritu, divinidad	*ocki*	*manitou*
	fuego	*tsista*	*scoute*
	hierro	*ouista*	*piouabi*
	mujer	*ontethien*	*ickoue*
	fusil	*ouraouenta*	*paskisignan*
	hombre	*onnonhoue*	*alisinape*
	ayer	*hiorheha*	*pichilago*
	lejos	*deheren*	*ouatsa*
	nutria	*taouinet*	*nikiki*
	no	*staa*	*ka*
	sí	*endae*	*mi*
[385]	pipa	*gannondaoua*	*poagan*
	cerca	*touskinua*	*pechouetch*
	soldado	*skenraguette*	*simaganich*
	zapatos	*arrachiou*	*mackisin*
	todos	*auetti*	*missoure*
	tabaco	*oyngoua*	*sema*[1]
	avaro	*onnonste*	*sasakissi*
	hermoso	*akouasti*	*olichichin*
	mucho	*atoronton*	*nibila*
	maíz	*onneha*	*mitamick*
	calzones	*arrhich*	*mitas*
	garrafa	*gatseta*	*chichigoue*
	valiente	*songuitehe*	*simaganis*
	hermano	*yatsi*	*nicanich*
	amigo	*yattaro*	*nitche*
	cielo	*toendi*	*spiminkakouin*[2]
	cabaña	*honnonchia*	*ouikiouan*

1 Los cáveres del Orinoco dicen *shema*.

2 Quiere decir tierra de encima.

cabellos	*eonhora*	*lissis*
capitán	*otcon*	*okima*
perro	*agnienon*	*alim*
despacio	*skenonha*	*peccabogo*
mañana	*alchetek*	*ouabank*

[386]

Catálogo IX

Hombre y sus partes

	en lengua tamanaca
hombre	*itoto*[1]
cuerpo o talle de la persona	*yepi*
rostro	*yanúru* o *peri*
cuerpo	*pitpe*
piel	*pitpe*
pelos	*chipotí*
carne	*punú*
grasa	*catti*
huesos	*yetpe*
costillas	*churári*
nervios	*mitti*
venas	*mitti*[2]
sangre	*michucúru*[3]
sudor	*yepucúru*
lágrimas	*en-yapchucúru*
saliva	*yattacúru*
moco	*onna-yapchéti*
corazón	*yaváni*
hígado	*yeréri*

1 Esta palabra es genérica, como la latina *homo*. Pero algunas veces significa indio, y más a menudo, gente extranjera. Las palabras siguientes van puestas en primera persona.

2 Esta palabra significa también las raíces. Más curiosa es la palabra de los maipures *nutirripé*, que quiere decir mis enredaderas.

3 Quiere decir la orina de mis raíces.

bazo	*chiri*
tripa	*podjéti*
lomos	*yavotti*
ingle	*yavoc-yatpe*
vejiga	*chuc-yéuti*
[387] cerebro	*pruptpe-yapchéti*
cabeza	*prutpe*
vértice de la cabeza	*nacaptári*
cabellos	*prutpe-yaréri*[1]
frente	*peri*
cejas	*yemeyári*
párpados	*yanúru-chipotí*
ojo	*yanúru*
globo del ojo	*yanúr-yatpe*
nariz	*yonnári*
boca	*mdari*
labios	*potári*
dientes	*yéri*
encías	*yeri-pchari*
lengua	*nuru*
oreja	*panári*
sienes	*pana-pchári*
mejillas	*petári*
mentón	*cara*
barba	*cara-chipotí*
garganta	*uarári*
cuello	*pumerí*
hombros	*mgói*
espina dorsal	*mgói-yetpe putranó*
pecho	*propíri*
teta	*mátiri*
leche	*mac-yécuru*
estómago	*yerepotári*
vientre	*veni*
ombligo	*coivéti*

1 Esta palabra, como pronto se verá, significa también las hojas. El mismo sentido tiene la palabra maipure *nuipana*.

[388]	costados	*yecunú*
	nalgas	*petti*
	rodillas	*yechekimúru*
	pierna	*poréri*
	pie	*ptari*
	dedos del pie	*ptari-mucuru*[1]
	planta del pie	*ptari-rari*
	parte superior del pie	*ptari-mgói*
	brazo	*yaparí*
	codo	*prechirí*
	muñecas	*yemécunú*
	mano	*yamñári*
	palma de la mano	*amña-rari*
	parte superior	*amña-mgói*
	dedos	*amña-múcuru*
	uñas	*amña-yembutpe*

Arbol y sus partes

	árbol	*yeye*[2]
	tronco	*itépi*[3]
	corteza	*ipitpe*
	copa del árbol	*yeye-panári*
	goma	*itepucúru*
	savia	*itécuru*
	ramos	*itáparí*
	follaje	*itaréri*
[389]	flores	*itorocopíri*[4]
	fruto	*itepéru*

1 Significa los hijos del pie. Dígase lo mismo de los dedos de la mano.

2 Esta voz, tanto en tamanaco como en maipure, es defectuosa. Significa árbol y madera [como en español de América *palo*].

3 Esta y las siguientes palabras van puestas en tercera persona para evitar la fatiga de la repetición. Así *itepi* etc. significa su tronco, etc.

4 Nunca pregunté a los indios por las partes más pequeñas de que constan las flores según los botánicos. Pero doy por indudable que si uno les preguntase, hallarían enseguida su nombre para los estambres, el pistilo, la antera y cualquier otra cosa. Lo que digo también de las varias partes del cuerpo humano, no pareciéndome que los anatómicos señalen más. He puesto las más comunes y aquellas de que me acuerdo con certeza.

pecíolo, rabo	*itonnéri*
semillas	*itatpe*
cáscara	*ipitpe*
raíces	*imitti.*

Verbos notables

nacer	*uac-tarí*
comenzar a reir	*yeurec-tarí*
echar los dientes	*yetári*
comenzar a hablar	*caramandarí*
destetar	*mat paké icarí*[1]
comenzar a entender	*puitondarí*
conocer	*puturú*
olvidar	*yevengamarí,* pasiva *vechivengamarí*
alabar	*yemnerí,* pasiva *uoc-chemnerí*
maltratar	*yechemari*
apoderarse	*yechemupterí*
perderse en las selvas	*marapámurí*
trabajar	*pocómarí,* pasiva *uapocomari*
pintar, escribir	*melerí*
borrar	*yakik-marí*
contar y medir	*yucurú.*

[390] NOTAS A LOS CATALOGOS

A – La lengua de los incas se llama aún quichua. En los extractos ya se ha dicho en qué lugares se habla. No consta que tenga dialectos.

B – La lengua mejicana, que se habla aún por los de Tlascala, se dice que tiene algunas variaciones en ciertos lugares.

C – La lengua de los chiquitos se habla en once poblaciones fundadas por los jesuítas en el obispado de Santa Cruz de la Sierra,

1 Quiere decir *ab ubere depellere; mat-paké uotcarí* significa dejar la leche.

en el que se cuentan hasta quince mil neófitos de esta nación. Hay con ellos algunas pequeñas naciones de diferente habla, que al agregarse al cristianismo han aprendido también la lengua chiquita y llegan al número de nueve mil almas. Los chiquitos, llamados además choropos por los ciudadanos de Santa Cruz, están divididos en varias tribus, llamadas sin ningún fundamento naciones por el P. Fernández en su historia en español, pues todas hablan la misma lengua.

D – Ninguna lengua americana se extiende a tantas partes como la guaraní. En los extractos ya hemos hablado de ella en general. He aquí sus particularidades. 1ª La lengua guaraní se habla en toda la provincia llamada propiamente del Paraguay, cuya capital es la ciudad de la Asunción. 2ª Se habla en las célebres misiones llamadas del Paraguay, de las que escribió Muratori. 3ª Se habla también en los dos ríos Paraná y Uruguay, en los cuales hay treinta grandes poblaciones. 4ª Hablóse también en las provincias de Tapé, Guáira e Itatín, abandonadas después por los guaraníes. 5ª Se habla en toda la costa del Brasil hasta Cayena, aunque en algunos lugares de esa costa haya habido o exista aún alguna otra lengua. 6ª La lengua guaraní es la misma que en el Brasil [391] se llama tupí, por el nombre de los indios que la usan. Se llama también la lengua general por haber sido hallada por los portugueses no sólo en la costa del mar, sino también en el interior. 7ª La lengua de los tupís es un dialecto de la guaraní, de la cual, por lo demás, según el señor abate Camaño, no se diferencia tanto como la española de la portuguesa, o de la italiana. Los ahora llamados tupís ocuparon la costa del Brasil desde el Río Grande o Puerto de San Pedro a los 32 grados, hasta el Río de San Francisco del Sur, y se extendieron tierra adentro por todo el gobierno o provincia de San Paulo de Piratinonga. Después de los tupí vienen los tupinambas, los temimíni, los tobayares y los tamoyas, todos también de la misma lengua que los primeros. Estos indios habitaron la costa desde el río de San Francisco del Sur hasta la Bahía de Todos los Santos y el río Camamu. Después hasta el río Guiricaré, que está hacia los 18 y 45 grados seguían los tupinacas, gente también de la misma lengua. Del cabo de San Agustín hasta el río llamado de San Francisco del Norte habitan los caétas, también de la misma lengua. Seguían después los potiguares. De la misma lengua eran también los rariguares, los

carijas, los arajares, los amoepigres, y otras varias tribus, nombradas por lo común a capricho de sus conquistadores, hoy reducidas a número pequeñísimo o mezcladas con otras naciones de lengua diferente. 8ª Mejor y más perfectamente que los indios citados hablan el guaraní los chiriguanos, famosa nación pagana, que se dice habita en 160 poblaciones más allá del río grande del Chaco y del Mapayo de Santa Cruz de la Sierra, en los valles que forman los Andes. Son belicosos y fieros. Se dice que llegan hasta 15 o 20 mil los que son aptos para el manejo de las armas. Tres solas son las poblaciones cristianas de estos indios, o sea, la del Rosario, en el corregimiento de Tarija, la de Santa Rosa, cerca de la ciudad de Santa Cruz, antes dirigidas [392] por los jesuitas, y otra que está también cerca de Santa Cruz bajo el cuidado de sacerdotes seculares llamada Porongo. 9ª Hablaron igualmente el guaraní ciertos indios llamados guarayos, de los cuales unos habitaron la parte occidental del lago Xaráyes, y otros el país que hay entre chiquitos y mojos. Pero llevados por los jesuítas a estar entre estas dos naciones, acaso han dejado la lengua materna.

F – A la lengua de los lules, convertidos también a la fe por los jesuítas, le fue dado lugar en dos poblaciones sobre el río Salado, y eran antes pertenecientes a las misiones del Chaco. Algunos de estos indios se llaman isistineses y otros toquistineses. Pero como se sirven de la misma lengua, todos son lules.

G – Los vileleas tienen sus poblados sobre el río Salado, y pertenecieron también al Chaco. Su lengua es hablada por varias tribus indias con pequeña variación. Los nombres de ellas son pasainas, chunípes, atalalas, omoampas, yeconóampas, vacais, ocolís, yecoanítas, yois, ipais.

H – La lengua mbayá, que se llama igualmente guaicura, es la que se usa por ciertos indios de semejante nombre, que habitan a una y otra banda del Paraguay, desde los grados 19 o 20 de latitud meridional hasta los 23 y 30 de la misma latitud. Son dialectos de esta lengua el hablar de los abipones, el de los tobas y el de los macóbis; parte de los cuales vagan todavía por las densas selvas del Chaco, de los cuales se espera en breve la historia compuesta por el señor abate Jolís; parte, reducidos a la fe por los jesuítas, están establecidos en seis o siete poblaciones.

I – Las misiones llamadas por los españoles Moxos fueron muy celebradas entre las del Perú. Eran diez y siete las poblaciones,

y los indios en ellas reducidos al cristianismo por los jesuítas se dice que llegaron hasta veinte mil. Son varias las naciones que las componen, esto es, [393] mojos propiamente dichos, mobimas, canisianos, etc. Tomo sólo las palabras de los primeros, que nos han sido comunicadas por el señor abate Iraisós, exmisionero de ellos.

K – La lengua omagua, que decimos es un dialecto de la guaraní, hoy se habla en la reducción de San Joaquín, establecida en la parte septentrional del Marañón, poco más abajo de la desembocadura del Ucayali. Allí el célebre jesuíta Samuel Fritz instaló a los omaguas, que habían partido con él de las islas del Marañón que están entre el río Napo y el Negro. Pero no es dudoso que algunos individuos de esta famosísima nación, dispersada por las batallas que les dieron los portugueses, habiten aún en otra parte. Los hay quizá entre los carmelitanos, a los que fueron entregados algunos de los aprisionados en la guerra. Los hay, como dije en el tomo I de mi historia, en San Juan de los Llanos, en la reducción llamada La Quebradita. Además de éstos, que son católicos, se dice que hay omaguas gentiles en el Putumayo y en el alto Napo, donde son llamados Yeti. Quizá también los cocámas, habitantes del río Ucayali y Yaguáre, hablan la lengua omagua.

L – Esta lengua la hemos reducido a extracto, y hemos dicho que es uno de los dialectos de la caribe.

M – Quien desee saber extensamente de esta lengua y de sus dialectos, vea su extracto en el libro III cap. X de nuestra historia.

N – Para saber de la nación de los sálivas, cuya lengua era muy apreciada por los misioneros, véase el tomo I de mi historia, lib. I, cap. VII y IX.

O – La lengua llamada araucana es la general de todo Chile. Reléase su extracto, apéndice II, parte I, cap. VII.

PQ – De la lengua algonquina y de sus dialectos, como también de la hurona, que se divide en varias ramas, hemos hablado bastante en el capítulo VIII de la parte I.

[394] ADICION AL TOMO II, NOTA XVIII

Merece ser correspondida por mí la gentileza del señor abate Camaño al mandarme el extracto de la lengua chiquita y los catálogos de varias lenguas americanas, dando a la luz pública una carta suya con la que se da una explicación perfecta de la descripción de la pelota americana. Dice así, traducida a nuestra habla vulgar del español:

« Carísimo primo don Juan Francisco Ocampo.

He recibido el tomo II del señor abate Gilij, en buenas condiciones e intacto, a pesar de las contínuas lluvias o diluvios. Agradezco no menos la elección del honrado y diligente portador, que vuestra premura en enviármelo enseguida. Tanto era mi deseo de leerlo, que antes de hacerlo encuadernar, casi todo lo leí en hojas sueltas. Me agrada mucho un escritor sobre América tan bien informado, detallado, sincero, exacto, no exagerado, y que lo que escribe lo adorna con útiles reflexiones. Cuando vayais a verlo, le significareis mi agradecimiento, diciéndole además que me desgrada un poco que habiendo ocasión de mandarme, no se haya servido de mi ayuda. En la nota XVIII muestra sentir que el Padre Patricio Fernández, no haya descrito el juego de la pelota usado por los chiquitos. [395] Esta descripción, de haber sabido su deseo, se la hubiera mandado yo enseguida. Y héla aquí ahora, que no tengo nada que escribir para llenar la hoja.

« Todos los chiquitos, tanto adultos como muchachos, usan una pequeña pelota del diámetro de tres pulgadas y media, más o menos, a la cual no es permitido dar sino con la parte anterior de la cabeza; siendo entre ellos falta golpearla con la mano, con el pie, o con cualquier otra parte; como también darle con la cabeza de manera que no se devuelva a aquellos que la tiraron. No se cuenta por lo demás entre las faltas que al saltar la pelota sea golpeada por dos o más personas, con tal que se golpee con la cabeza, y con que una de ellas la envíe al fin contra sus contrarios. Tampoco es falta que la pelota, antes de ser devuelta dé varios saltos en tierra; que caiga fuera del sitio del juego, o que no darle proceda del alto vuelo hecho sobre la cabeza de los jugadores, o porque al ser tirada se meta en cualquier agujero. Nada de esto es falta. Por lo que ningún jugador de pelota se toma el pensamiento de echarla a parte de donde no pueda ser devuelta, sino más bien

el de tirarla derecha y violenta, como una piedra, contra los pies o las nalgas de sus adversarios, para que estén obligados a inclinarse prontamente, a encoger el cuerpo, y a echarse de bruces en el suelo para devolverla con la cabeza, sin que les toque en ninguna otra parte de su cuerpo o del de sus compañeros. Por este motivo el lugar del juego no está señalado con líneas, como entre nosotros, ni es necesario que los jugadores corran acá y allá, o que ocupen varias partes. Por el contrario, para que incurran en falta no hay otro cuidado sino el de tirarles encima la pelota, en lo que son [396] muy diestros. Sean, pues, muchos los jugadores, sean pocos, siempre están a pie firme, esperando la pelota, para devolverla. El juego de la pelota se hace en las calles, en la plaza, en el patio de las casas de los misioneros, y en cualquier otro lugar limpio, llano, libre de piedrecillas, y no duro; si no es tal, le echan encima arena, para no hacerse daño en el rostro, porque son obligados a acercarlo a la tierra para hacer rebotar la pelota que les llega baja.

« Los jugadores se dividen en dos bandos o cuadrillas de número casi igual. Cuando juegan entre parientes y amigos por mera diversión (como suelen por lo común) de cada bando hay seis, ocho o diez jugadores. Cuando una comarca de la población, o bien una tribu desafía a otra a jugar, y se apuesta entre ellos una merienda, los jugadores suelen ser quince, veinte o treinta por cada parte. Pero si dan este festivo entretenimiento en gracia a algún misionero nuevo, de un gobernador, o de un obispo que visite su patria, el número llega hasta más de ciento por cada parte. Las dos cuadrillas se ponen la una frente a la otra a distancia de unos 24 palmos, y sus individuos se reparten en filas, los unos cerca de los otros, a modo de escuadra militar. En la primera fila se da lugar a los más ligeros y ágiles en tirarse por tierra, tanto para devolver la pelota que viene baja, como también para tirarse pronto, para que los de las filas de detrás les lancen la pelota derecha a ellos, sin tocar a los compañeros que tienen delante. En la última fila están los de cuello robusto, para devolver la pelota tirada alta, la cual por su vuelo elevado, llega con terrible ímpetu.

[397] « Así dispuestas las filas, se adelantan dos o tres jefes de la cuadrilla que lleva la pelota. Y hechos los acostumbrados saludos a las filas y visitada diligentemente su parte, escogen

entre todos al más hábil, y se le destina a primer jugador y se le coloca con solemnidad en el centro de la primera fila. Escogen después otro también hábil, y haciéndolo jugador segundo, le dan el puesto al lado del primero. Desde este momento la cuadrilla dueña de la pelota comienza a imitar el chillar de los monos en señal de la futura lucha, y para decir de este modo a los contrarios que estén alerta. Toma el segundo jugador la pelota en la mano, levanta el brazo, se la muestra a todos, y después la tira al alto de manera que cae perpendicularmente encima del primer jugador, el cual la recibe con la parte anterior de la cabeza, y golpeándola al mismo tiempo con fuerza, la tira alta hacia los contrarios, o bien baja, como le agrade.

« Este tiro es acompañado de un grito inarticulado de todos, que equivale a: Ahí está la pelota. El mismo grito dan igualmente los contrarios al devolver la pelota, y de esta forma alternan los que golpean y la devuelven los gritos hasta que alguno de ellos incurra en falta. Y en este momento comienza la cuadrilla contraria a levantar victoriosamente la voz, a reir y gritar de mil modos ridículos, levantando en alto las manos, batiéndolas, dándose palmadas en aquella parte del cuerpo donde ha tocado la pelota y semejantes cosas, que divirtiendo a los circunstantes, excitan la emulación de los vencidos.

Si la falta cometida es de la cuadrilla que dio principio al juego, la pelota debe enseguida [398] entregarse a los contrarios, los cuales eligen también a uno que la tire a lo alto y a uno que tenga que dispararla. Y una vez colocados en primera fila, como arriba se ha dicho, imitan también ellos el gritar de los monos. Pero si la falta no ha sido cometida por aquellos que empezaron el juego, de nuevo lo recomienzan estos del modo dicho, continuando los dos escogidos en el centro de la primera fila hasta que los cambian sus jefes; lo que en los juegos solemnes, para repartir entre muchos el honor de ser los primeros jugadores, se hace hasta dos o tres veces.

« A fin de saber cuál es el escuadrón que vence, detrás de ambos hay dos muchachos, uno de una parte, el otro de la otra, y enfrente de ellos en el medio un haz de varitas de maíz semejantes a las varillas o pajuelas de cáñamo empapadas en azufre. A cada falta que haga la escuadra A (digámoslo así) se mueve el muchacho del escuadrón B, y tomando una varita del haz, se lo tira al muchacho

contrario de él; y a cada falta que después cometa la escuadra B el muchacho de la escuadra A toma uno de los hacecillos que le ha tirado y se lo devuelve a su contrario, el cual lo vuelve a poner en el mazo. De esta forma, sin decir palabra, porque los muchachos no hablan nunca, ni tampoco los jugadores, se van contando y descontando las faltas de cada bando, y por el muchacho que cuando termina el juego queda con los haces en la mano se sabe el bando que ha hecho más faltas y ha quedado inferior al otro perdiendo. El juego, por mucho o poco que dure, no es más que una partida hasta que termina, debiendo dejarse, según lo acordado por los jugadores o al ponerse el sol o al llegar su sombra a una parte determinada.

[399] « Sobre la habilidad en el manejo de la pelota es cosa admirable en primer lugar la seguridad con que los dos primeros jugadores y después los otros (si la pelota les da tiempo de pensarlo) la dirigen o contra los contrarios o hacia cualquier otra parte. 2º La seguridad en conocer por el vuelo y por la dirección de la pelota a quién le corresponde devolverla, sin confundirse con la turba, no obstante estar unos tan cerca de otros, que apenas hay entre ellos el espacio libre de cuatro a seis palmos. 3º La agilidad en tirarse a tierra, devolver la pelota y levantarse en un momento. 4º La facilidad y ligereza en curvarse a un lado y a otro para devolver con la cabeza, aunque aquella no se extiende como el brazo, la pelota, que vuela a modo de una piedra. 5º La vivacidad y firmeza de los ojos, con los que a veces dos jugadores, puestos uno frente a otro y animándose mutuamente entre sí, agachados en el suelo devuelven por largo rato la pelota tan velozmente que los mismos espectadores no saben determinar si es una pelota devuelta u otra cosa, lo que vuela de cabeza a cabeza. 6º La destreza de que dan muestras, cuando sea por vanidad, sea por petición de los espectadores, tiran alta la pelota y se ve a esta girar de cabeza a cabeza, golpeada y vuelta a devolver un cuarto de hora o media hora, y aun más tiempo, si son muchos los jugadores, sin caer nunca en tierra. En una de tales ocasiones vi a un joven de la última fila de su escuadra, dar a la pelota un golpe tan grande, que pasando sobre los dos bandos, que ocupaban el espacio de 244 palmos, fue a caer donde ninguno podía devolverla.

« El árbol que diremos de la pelota es ramoso y grande como un nogal. Su fruto es semejante a la [400] ciruela y es muy sabroso

si se deja pasar un poco o si antes de comerlo se pone en agua un cuarto de hora para que deje en ella cierta leche cáustica semejante a la de los higos. Todo el árbol, y no sólo el fruto, abunda en esta leche, de la que se forma la pelota. Los chiquitos hacen en él un corte con el hacha, y con el jugo o leche que brota, untan su brazo. Este jugo se seca casi enseguida y se convierte en una especie de sutilísima tela. De allí a poco vuelven de nuevo a herir la planta del modo dicho, y a untar nuevamente el brazo con el licor indicado, hasta que se hayan formado tantas telillas como se necesitan para el fin propuesto. Hecho así, las ponen juntas, las envuelven, y las aplanan con las manos de la manera en que suelen hacerse las albóndigas.

Después, este globo informe de líquido congelado se pone a hervir en agua, y sacándolo de vez en cuando y volviendo a meterlo, le dan golpes sobre una losa bien lisa, para que se vuelva redondo e igualmente compacto por todos lados, para que sirva de pelota. Lo que he dicho hasta aquí es cosa, por así decir, vista por mi directamente, y el árbol de la pelota era precisamente uno de aquellos que en mi reducción me suministraba frutos para la mesa. Se dice que los chiquitos tomaron este juego de los curuminacas sus vecinos. Pero lo cierto es que los chiquitos dan al juego el nombre mismo del árbol, esto es, *batorós*. Los guaraníes llaman el árbol *mangai*, y su goma o licor *mangaisi*. *Mangaa* es el nombre del fruto. Así dice el Venerable Padre Montoya en su *Tesoro de la lengua guaraní*. Y basta. Faenza, 15 de diciembre de 1781.

« Vuestro afectísimo primo

Joaquín Camaño ».

NOTAS Y ACLARACIONES

del Tomo III

I. Amalivacá dijo a su hermano Uochí que quería hacer el Orinoco de la manera indicada por mí, para que no se cansaran los remeros por él *creados*, es decir, por usar las palabras precisas de los tamanacos, *inamanári apúcuprá uoc-chepte*. Este modo de hablar, no usado nunca en otros casos por los tamanacos, merece notarse. No usan la voz *imúcuru* (que significa sus hijos), que sin embargo en los relatos humanos sería la primera que les viniera a la boca, sino directamente la de *inamanári*, que no puede referirse sino a un creador. Por lo cual, hablando de él dicen también Camanéinamgemó, el que nos creó; las cuales palabras son de sanísimo sentido, y no expuestas a ningún error.

II. No quiero privar aquí a mis lectores de algunas noticias singularísimas sobre la religión de los otomacos, comunicadas por un ex-misionero de ellos:[1] [402] « Los otomacos — dice — tienen la costumbre de llorar a sus muertos dos horas antes de la aurora. Los cristianos van alrededor de la iglesia, y los gentiles, sin salir de casa, lloran sentados en sus redes: y para incitarse mutuamente al llanto cantan con voz quejumbrosa de la siguiente manera: Tales y cuales nos traían peces y tortugas para alimentarnos. Ahora no tenemos a ninguno que nos alimente. ¡Qué bueno fuiste con nosotros! Pero algún día nos veremos en el lugar de vuestro reposo. Estas últimas palabras a modo de estribillo las repiten a cada verso.

« Pregunté a un viejo — sigue diciendo el citado exmisionero — qué lugar sería aquel en que descansarían sus muertos. Y me respondió que había oído a sus antepasados que para los buenos estaba

---

1 El señor abate Enrique Roxas.

destinado un lugar delicioso, mas para los malos, por el contrario, uno tenebroso y lleno de tormentos.

Sobre la existencia de Dios es admirable lo que sigue: « En la reducción de Uruana había dos viejos que sobrepasaban los setenta años (cosa bien singular en el Orinoco). Me dijeron un día que querían ir a su tierra, y preguntando yo si tenían parientes, respondieron que tenían aún vivo a su abuelo, y que querían traerlo a la reducción, para que fuera bautizado, según él deseaba. Vino al fin el buen viejo llevado en una red por sus nietos. Y según el cálculo que fue hecho por personas entendidas, se creyó que tenía alrededor de 120 años. Lo catequicé, y hallándolo capaz, el día de la cátedra de San Pedro, es decir, el 22 de febrero de 1756, le administré el santo bautismo y le impuse el nombre del santo apóstol. Llamábase antes Yondía, es decir, el cocodrilo.

[403] « Este me dijo que había vivido siempre con estos principios: no hacer mal a nadie, tener una sola mujer y procurar que los hijos habidos de ella no fueran malos. Dijo además que sabía ya de antiguo, por sus antepasados, que hubo alguien que había creado todo, que premiaba a los buenos y castigaba a los malos, y que habiendo oído las mismas cosas también a sus nietos que estaban en la reducción, también había deseado venir, para oirlas mejor de mi boca. El buen viejo no tardó nada en morir. Y aunque daba en todo señales de decrepitud, y hasta le faltara la memoria en las cosas de la fe no le falló nunca y la tuvo siempre prontísima hasta el último aliento ». Hasta aquí el exmisionero citado.

III. El Barón La Hontan en las memorias de su viaje a la América septentrional,[1] al contarnos las noticias que aquellos indios tienen tanto sobre el Ser supremo como sobre el alma y lo demás que se refiere a la religión, ha encontrado una fuente tan extraña de estos conocimientos, que no sólo me parece falsa, sino inverosímil. Supone él en primer lugar la insubsistencia de la tradición, y de este pensamiento, para mi monstruoso, dice que es deudor a los salvajes del Canadá. « Je suis maintenant convainçu — dice — que la Tradition est trop suspecte, inconstante, obscure, incertaine, trompeuse et vague, pour se fier à elle; j'ai obligation de cette idée aux sauvages de Canadá, qui ignorant ce qui s'est

1 *Mém. de l'Amér. Sept.*, tomo III.

passé dans leur pays il y a deux cens ans, me font révoquer en doute la pureté et l'incorruptibilité de la Tradition ».

Muy bien. ¿Dónde tenemos que buscar tales [404] conocimientos, que M. la Hontan muestra sin embargo que no los cree verdaderos? Oigase lo que hasta ahora no ha pensado nadie que de alguna manera conozca a los americanos. En su razonar, en el especular y hasta en el cavilar y fantasear de ellos. En boca de aquellos rudos salvajes pone discursos tan sutiles y agudos, que nos cuesta esfuerzo oirlos aun a metafísicos. El alma, según ellos, es inmortal. Oigamos ahora por qué: « Ils disent — he aquí las palabras mismas de nuestro escritor — seulement que si l'ame étoit mortelle, tous les hommes seroient égalmente heureux dans cette vie, puisque Dieu étant tout parfait et tout sage, n'auroit pû créer les uns pour les rendre heureux et les autres malheureux. Ils prouvent donc l'immortalité de l'ame par les fâcheux accidens où la plûpart des hommes sont exposez durant cette vie, sur tout les plus honnêtes gens, lorsqu'ils sont tuez, estropiez, captifs, etc., car ils prétendent que Dieu veut par une conduite qui ne s'accorde pas avec nos lumieres, qu'un certain nombre de créatures souffrent en ce monde pour les en dédommager en l'autre; ce qui fait qu'ils ne peuvent souffrir que les Chrétiens disent qu'un tel a été bien malheureux d'être tué, brûle ou fait esclave, prétendant que ce que nous croyons malheur, n'est malheur que dans nos idées, puisque rien ne se fait par les decrets de cet être infiniment parfait, dont la conduite n'est si bizarre ni capricieuse, comme ils prétendent faussement que les Chrétiens le publient, et qu'au contraire c'est un bonheur qui arrive à ces gens qui sont tuez, brûlez, captifs, etc. ».

Esto es un discurrir bien raro para un salvaje, pero no es él solo. He aquí las pruebas que los canadienses aducen de la existencia de un Ser supremo, que en su lengua se llama *Kitchi manitou*. « Ils prouvent son Existence par la composition de l'Univers qui fait [405] remonter à un être supérieur et tout-puissant d'où il s'ensuit — disent ils — que l'homme n'a pas été fait par hasard, et qu'il est l'ouvrage d'un principe supérieur en sagesse et en conoissance, qu'ils appellent le Grand Esprit ou le Maître de la vie, et qu'ils adorent de la maniere du monde la plus abstraite . . . ils l'adorent en tout ce qui paroît au monde. Cela est si vrai que dès qu'il voyent quelque chose de beau, de curieux ou de surprenant, sur tout le soleil et les autres astres, ils s'écrient ainsi: O Grand

Esprit, nous te voyons partout. C'est de cette maniére qu'en réflechissant sur les moindres bagatelles, ils reconnoissant un être Créateur sous ce nom de Gran Esprit, ou de Maître de la vie ».

¡Lindos ingenios! Aunque hasta aquí son sólo especulativos. Hélos aquí cavilosos y fantásticos. Mas no. Dejemos sus discursos, y los de, como creo, La Hontan. Tan aburridos y tan insufribles son. Baste decir que no hay verdad ninguna en la religión revelada que él no la ponga en ridículo por medio de sus salvajes. He aquí en qué errores cae el que, suprimida la tradición, atribuye a los salvajes un pensar que en nada está de acuerdo con su rudeza.

Yo todos los conocimientos hallados entre ellos los atribuyo a la tradición, y sé que hará justicia a mi afirmación el que plenamente conozca que los americanos tienen ingenio, pero no reflexión. He preguntado muchas veces a los ta nanacos, que no son por cierto de los más insensatos, qué pensaban antiguamente acerca del cielo y si volviéndose a él consideraban que era aquel el lugar en que Dios especialmente reside. Y ellos sinceramente me respondían que no pensaban en nada.

El P. Gumilla[1] dice de los betoyes que cuando se [406] veían en algún apuro, volviendo los ojos al cielo, imploraban de él patrocinio. No parece esto increíble, al menos de algunos no viciosos. Pero que el común de los salvajes tenga estas reflexiones, no lo creo. Gracias al Señor que entre ellos, aunque muy desfigurada, se ha conservado la tradición, sin la cual sería acaso raro el que por sí solo discurriera en materias tan abstractas y lejanas de los sentidos.

Yo, pues, a la tradición doy el honor de las noticias que entre los indios parecen tener relación con la religión revelada, y digo no menos de la antigua, que de la del Evangelio. La noticia de aquella fue llevada a América por los que la poblaron, la de la nueva ley la tuvieron quizá por el apóstol Santo Tomás, que se dice estuvo allá, o también por algún cristiano que arribó allí antes que Colón y se quedó largamente entre ellos.

Los indios por lo común tienen ideas torcidísimas de las virtudes morales y de los vicios. Es según ellos bueno el que es generoso, de dulces maneras, etc.; por el contrario, malo, el que es rudo, iracundo, avaro, etc. Estas son las ideas comunes. Pero hay muchos

---

1 *Hist. del Orinoco,* tomo III, cap. 26.

entre ellos que o por una inteligencia más despierta o por una vida menos bestial que lleven, discurren de modo diverso, y conocen la verdadera virtud, conocen también el vicio, como ya dijimos al tomo II, libro III, cap. I, de nuestra historia. Y estos conocimientos justos yo igualmente los refundo con la tradición, y también en cuanto al uso de la razón, que en muchos es capaz de conocer el bien y aborrecer el mal.

IV. Ha quedado apuntado en otra parte[1] el modo, por así decir, de fumar el tabaco. He aquí otros particulares de este uso. I) Los envueltos en que los tamanacos meten la hoja desmenuzada son semejantes a los que los españoles [407] hacen de papel. Mas para este fin los tamanacos, y quizá también otros, se sirven de las hojas interiores de la panocha del maíz llamado yucatano, que son muy tiernas. Los maipures usan las de cierta yerba, propia de sus antiguos países, que también es sumamente suave. II) Aunque el uso de aspirar el humo del tabaco sea muy común a los hombres orinoquenses, y se extienda también a las mujeres de edad, no hay sin embargo ningún cuidado de que lo fumen las mujeres jóvenes si no es secretamente. Lo tienen por cosa de vieja, y por cosa sucia, que no debe usarse por persona que se precie de gentileza.

III) No hay nadie que mastique el tabaco; y nada les resulta tan nuevo como vérselo masticar, sea a blancos o a negros. Tampoco al principio comprenden siquiera que se trague el jugo y se escupa el resto. Creen que se come la hoja. ¡Pobres soldados! me dijo estupefacta al verlo una tamanaca, ¡pobres soldados! Están reducidos por el hambre a comer hasta tabaco. Rara simplicidad, diría el que hace tal uso. Pero no sé quién tiene más razón, si al que le da asco, y no ya sorpresa semejante moda, o por el contrario aquel que con necios pretextos de salud tiene la costumbre de masticarlo.

V. He creído bien mostrar que la costumbre de los orinoqueses de sacar fuego con trepanar velozmente leños secos no sólo es verdadero, sino en cierto modo común a otras naciones, tanto americanas como europeas.

---

1 Tomo I, lib. IV, cap. 9.

I) He aquí lo que a este propósito cuenta Oviedo:[1] « Quiero decir la manera de cómo los indios con palos encienden fuego... Toman un palo tan luego como dos palmos y tan grueso como el más delgado dedo de la mano, [408] o como es una saeta, y muy bien lavado y liso, de una madera muy fuerte que ya ellos tienen para aquello; y donde se paran para encender la lumbre toman dos palos de los secos y más livianos que hallan por tierra, y [átanlos] muy juntos el uno a par del otro, como los dedos apretados, y entre medias de los dos ponen de punta aquel palillo recio, y y entre las palmas tuercen recio, frotando muy continuadamente; y como lo bajo de este palillo está ludiendo a la redonda en los dos palos bajos que están tendidos en tierra, se encienden aquellos en poco espacio de tiempo, y de esta manera hacen lumbre ».

II) La misma costumbre tuvieron también los mejicanos, la misma los californianos, los esquimales y otros que omitimos por brevedad. Que no sea pesado sin embargo oir al ilustre viajero Enrique Ellis el modo como sacan fuego estos últimos:[2] « Les esquimaux ont une façon ingenieuse et très prompte pour allumer du feu. Ils prennent deux petits morceaux de bois sec, et les ayant applanis, ils font dans chacun un petit trou. Ils font entrer dans ces trous un petit morceau cylindrique de bois entortillé d'une corde ou sangle, moyennant la quelle ils le font tourner avec tant de rapidité, que le bois prend feu par le frottement. Ils appliquent ensuite le bois allumé à de la mousse seche, qui leur sert d'amorce, et ils font par ce moyen d'aussi grands feux qu'ils veulent ».

III) Pero a fin de que esta rústica usanza no parezca sólo americana, terminemos con las palabras de Plinio,[3] el cual dice que también fue europea: « Son calientes — dice — el moral, la hiedra, y todas las maderas de las que se hace el fuego. Pues [409] esto inventó la costumbre de los exploradores en los campamentos y de los pastores, porque para sacar fuego no siempre se halla la ocasión del pedernal. Así que se frota un leño con otro, y con el frotamiento surge el fuego, que se recibe fácilmente en una yesca

---

1 *Sumario de las Ind. Occ.*, cap. 79. [Suplimos entre corchetes una palabra que falta en la edición de México, 1950, y tomamos del italiano.]

2 *Voyage à la Baye de Hudson*, tomo II, p. 171 de la edición de París, 1749.

3 *Hist. nat.*, XV, cap. 41.

seca de hongos o de hojas. Pero nada es mejor que la hiedra si se frota con el laurel y frote a éste, » etc.

Pero ya se ha señalado, como él dice, que no todas las maderas son apropiadas para tal fin, sino sólo aquellas que él llama de naturaleza caliente, el tilo, el moral, el laurel, la hiedra, etc. Plinio no dice nada de si los maderos que se han de frotar para el uso de sacar fuego deben estar bien secos. Pero lo dice el buen sentido. Así son aquellos de que se sirven los orinoquenses. Pero el destinado, por así decirlo, a trepanar, es fino y duro y no se enciende nunca. El que está debajo es más bien grueso y blando y levanta a las pocas vueltas la llama.

VI. Algunas selvas, tanto del Orinoco como de los países vecinos, son tan espesas, que sin un machete en la mano con que cortar los tallos, no se puede entrar dentro. Pero esto no es nada. El P. Caulin cuenta[1] que en su excursión a los tomuzas caminó cinco días a pie por un camino hecho con machetes por los indios y los españoles que le precedían. « ¿Quién dirá — son sus palabras — que en cinco días no abanzaríamos veinte y cinco o treinta leguas de camino? Pues ello fue que volviéndonos despacio por la pica que dejamos abierta, andubimos en un día y medio el mismo camino, que apenas tendría diez leguas de distancia. Todo esto cuesta el caminar por estas ásperas e incultas montañas ».

VII. He citado a menudo los nombres de varios cargos de los indios. He aquí otra explicación más diligente. [410] I) Ya he hablado de los caciques, cuya dignidad, excepto en caso de rebelión contra su soberano, es siempre perpetua, y se propaga a sus descendientes. II) Después de los caciques vienen los alcaldes, bajo el cual nombre se comprenden los magistrados anuales de los poblados, y a ellos (si fueran capaces) les compete propiamente su inmediato gobierno. III) Los fiscales, como bastantes veces se ha notado al pie de página, son aquellos a quienes es encomendado el cuidado de los muchachos de la doctrina, de castigarlos en sus pequeñas faltas y de mantenerlos dentro de su obligación. Estos también cambian cada año.

VIII. Yo no debo, iba a decir, divagar infinitamente y contar aquí todas las gramáticas, los diccionarios y los varios libros hechos

1 *Hist. de la Nueva Andalucía,* lib. I, cap. XI.

por los misioneros en las lenguas americanas. Esto pertenecerá a otros. He aquí los que yo conozco de Tierra firme: el P. Daddei compuso e imprimió la gramática mosca. La lengua betoy fue reducida a gramática por el P. Gumilla, manuscrito. El P. Juan Ribero compuso la achagua, en manuscrito. El P. José Roxas recogió algunas cosas de la lengua guahiba y chiricoa, en manuscrito; algunas otras de la yarura Forneri y Olmo; del piaroa el P. González. El P. Anisson redujo a preceptos la lengua sáliva, en manuscrito. Yo la de los tamanacos y de los maipures en manuscrito. El P. Ruiz, de la orden de los observantes, es autor de la gramática impresa de los cumanagotos.

IX. La obligación gravísima de saber para instrucción de los pueblos su lengua es tan conocida de todo sabio, que si se entendiera, yo no debería hablar más largamente sobre este punto. Mas para cerrar la boca a muchos que de su desidia culpan a las órdenes de la Corte de España, es conveniente decir con las palabras de Felipe III, cuáles son sus intenciones con respecto a la justa instrucción de los indios. El, en una cédula expedida a 4 de [411] abril de 1609, después de haber establecido la forma de observarse en la colación de beneficios en América, y después de dada la orden de examinar exactamente a los concursantes, añade expresamente así: « Y de los así examinados escojan los Arzobispos y Obispos tres los más dignos, teniendo consideración a la suficiencia de la lengua para doctrinar y predicar ». Léese en Avendaño *Thes. Indici,* tomo II, tít. XVI, cap. I. ¿Qué habría dicho este piadosísimo rey para refrenar la indolencia de algunos misioneros mudos, que en medio de salvajes no saben otra lengua que la propia, cuando tanto celo demostró por la instrucción oportuna de los indios ya convertidos, esto es, de aquellos que ya entienden mucho del español?

X. Que los moscovitas, después y quizá antes del famoso navegante Bering, zarpando de Kamchatka o de otra parte de Siberia, hayan llegado a las costas vecinas de la California española, es cosa para mi ciertísima. Tantos son los que lo cuentan. Pero dónde han encontrado americanos del hablar de ellos, o al menos del de Siberia o de otra comarca de la suyas, no he conseguido hasta ahora hallarlo en ningún autor. Tengo un apunte manuscrito que me ha dado gentilmente el señor abate Gaspar

Miraglia, que estuvo muchos años en Méjico, el cual, si no toda, puede darnos al menos alguna luz:

« El año 1761 — dice — siendo virrey de Méjico el señor Marqués de las Amarillas, arribó a Loreto de California una pequeña nave moscovita tan maltratada y combatida que en breve tiempo se deshizo por sí misma. Dentro de esta nave se hallaron siete marineros moscovitas más muerto que vivos, y fueron llevados a casa del misionero para ser curados, y si se podía, instruídos en nuestra santa religión.

« Mientras tanto el gobernador de California dio parte [412] de lo sucedido al virrey de Méjico, el cual ordenó que fueran conducidos a aquella capital, donde llegaron los pocos que estaban aún vivos, esto es tres (los otros habían muerto en Loreto), no bien restablecidos aún de sus trabajos; y estos después de algunos meses murieron asistidos por mi en el público hospital, habiéndose antes reconciliado con la Iglesia Romana.

« Estos moscovitas, cuando comenzaron a hablar un poco de español dijeron que al mismo tiempo habían partido dos naves de un puerto de la Moscovia asiática, y que separándose apenas de tierra tuvieron una tempestad tan fuerte, que se vieron obligados a dejarse llevar del viento. Una de dichas naves pereció por la furia del temporal, y la otra, con los mástiles rotos, y reducida a algún resto de timón y de velas, llegó a Loreto. Estos marineros que yo traté nada entendían de mejicano, nada de californiano, en lo que yo supe ». Hasta aquí el señor abate citado.

XI. No voy aquí a repetir las palabras mejicanas de que se trata extensamente en mi historia, apéndice II, cap. II. He aquí algunas californianas sacadas al azar de la historia de California compilada por el P. Burriel, y reducidas a nuestro modo de escribir. Cochimi (estos son nombres de nación), pericú, guaicúra, uchiti, monki, etc. He aquí algunos otros nombres de sus supuestas divinidades: *Niparáya* el Creador, *Anayicóyondi* su mujer, de la cual (aunque no la posea por ser sin cuerpo, como dicen los californianos) tuvo sin embargo tres hijos; del uno de los cuales llamado Quayaip cuentan cosas muy admirables. *Uac-tuparán*, según los mismos, es cierto espíritu que en el cielo, con otros aliados suyos hizo guerra contra Niparáya. *Notú* significa cielo, o también arriba. *Dicuinocho* es el nombre de los médicos que en el Orinoco

se llaman piaches, etc. Compárense estas palabras con las mejicanas y se verá pronto la diversidad.

XII. He aquí para quienes las desean algunas memorias de antiguo esplendor anteriores a los reyes mejicanos en la América septentrional española. I) En Tabasco y en Teotihuacán, como cuenta García,[1] se hallaron grandes edificios ya en ruinas, pero con señales de gran antigüedad. II) Otros edificios vieron también los mejicanos en Nuevo Méjico cuando llegaron de los países septentrionales para poblar la tierra de Anáhuac. III) En los Cendales, cerca de un lugar llamado Ocosingo, hay ciertas construcciones antiguas, en las que se ven esculpidas en las piedras las figuras de hombres armados de gran estatura. IV) En Teotihuácan, como dice el continuador de García,[2] se conservan algunas pirámides de una longitud de más de sesenta varas españolas (que son poco más de tres palmos romanos cada una) y de 150 de altura, en cuya cúspide los indios pusieron las imágenes del sol y de la luna. Además de esto hay también grandes fragmentos de durísima piedra, de los cuales no se sabe de dónde pudieron ser traídos, porque en toda aquella comarca no las hay semejantes. Hay también pequeñas pirámides en las que según la tradición india eran sepultados los caciques y otros nobles de la nación. V) Me acuerdo haber leído en buen autor que se han hallado las señales de fortalezas antiquísimas también en la América inglesa. Pero yo no aventuro un hecho, y menos una circunstancia tan particular de hechos sin hallar los pasajes de los autores antes de darlos a la estampa. Mucho me he esforzado para hallar el texto preciso. Pero como no he conseguido hallarlo, dejaré el cuidado a los señores ingleses.

XIII. He enumerado algunas palabras que se hallan semejantes en las naciones americanas. Para quien quiera más, añado aún estas. I) El nombre *maráca*, que es [414] dado a un sonajero de calabaza usado en los bailes indios, se halla en todo el Orinoco; hállase también entre los guaraníes y otros, como puede comprobarse por los catálogos puestos al fin del segundo apéndice. II) Ya dijimos en el libro III, cap. XI, de ciertas voces tamanacas antiguas

1 *Origen de los indios*, lib. I, cap. I, § 4.

2 *Ibid.*, lib. IV, cap. XXIV, § 1.

terminadas en *ima*, con que son nombrados lugares: v. gr. *Cratáima* lugar de cañas para cervatana, etc. De esta clase de nombres se encuentran muchos también en las lenguas de los indios vecinos al río de la Magdalena; v. gr. *Tocáima, Coyáima, Natgáima, Dóima, Anapóima*, etc. Sé que hoy con las palabras dichas son nombrados ciertos indios, y no sus poblaciones. Pero este es uno de los muchos cambios que de las lenguas indias han hecho los primeros que las oyeron. *Ima* es sin duda un lugar, no el nombre de una nación. Cuál sea luego el significado de las otras sílabas de estas palabras compuestas no sé decirlo; pero paréceme que sean de un dialecto semejante al de los tamanacos.

XIV. La escasez de voces seguras nuestras en las lenguas americanas, al tiempo mismo que me confirma en la idea de que los indios fueron a América casi enseguida después del nacimiento de las lenguas, esta escasez, digo, me da ocasión para hacer algunas útiles reflexiones. I) Que en las lenguas americanas haya las palabras *abba, papa, mama, tata* es cosa que no ha de dudarse. Tantos son los testimonios de oído que la confirman.

II) Podría sin embargo dudarse de las dos últimas, dada su semejanza con las palabras de los conquistadores españoles; y parece que podría también decirse que fueron adoptadas en sus lenguas por los indios que las oyeron los primeros. Y verdaderamente si las dichas palabras se encontraran sólo en la lengua de los indios descubiertos antiguamente, no habría, en mi opinión, de hacerse gran caso de ellas. Pero la [415] cosa no es así. Naciones que apenas saben que haya españoles en América usan tales palabras; son propias de su lengua, y como pronto veremos, las usaron siempre.

III) De aquí se sigue una cosa para mi ciertísima, y es que las lenguas completamente salvajes, esto es, las que todavía están encerradas entre montes sin mezclarse con la española, son la verdadera y acaso la única forma de decidir de la semejanza o desemejanza de las palabras americanas con las nuestras; dado que es tan verdadera una palabra que se halle en ellas, como es dudosa la que se oye en las lenguas de los indios reducidos. Las lenguas de estos, especialmente las de los convertidos hace largo tiempo, son regla falacísima. Tienen sabor de la española con que conviven, tienen además el que les dieron los antiguos misioneros

y les dan cada día también los modernos. Por lo que yo, no sin razón, tengo la opinión de que las lenguas regias americanas, es decir, la de los mejicanos y la de los incas, hoy no han de ser consultadas para la decisión de tal disputa, sino mejor las llamadas salvajes, que, además de no haberse mezclado con otras, son acaso más copiosas y más hermosas.

Estas lenguas, diríamos, pues, vírgenes aún, deben ser las que nos desengañen en nuestras investigaciones, pero ésto se hace enseguida sin tardanza alguna. Puesto que pasados algunos años el misionero que sucede a aquel que instruyó primero a los indios salvajes, oyendo las palabras de éstos las creerá legítimas todas, y pensará que todas son de antiguo cuño. Y sin embargo no es así. ¿Quién a primera vista no diría indio el verbo *arresacá* que usan los maipures para recitar la doctrina cristiana? No parece que haya en él nada de peregrino.

Mas con todo, si se penetra en él, este verbo [416] viene del español *rezar*, y de decir en alta voz los fiscales, llamando a la doctrina a los niños *a rezar, a rezar*. De ahí el verbo *nuarresacá*, *piarresacá*, etc. De ahí el participio *arresakió*, y otras palabras que parecen nacidas entre los maipures cuando nacieron las demás. Es necesario, pues, tener cuidado para no equivocarse. Debe pesarse cada palabra americana, y pesarse con diligencia.

Lo que por otra parte no debe entenderse de la palabra *mama* y otras citadas arriba. Yo se la he oído a los parecas, que yo reduje, no la leí en vocabularios ajenos. Lo mismo digo de la voz *papa*, que también oí de boca de los tamanacos y de los parecas salvajes; lo mismo de otras por mi apuntadas en el Libro III de las lenguas orinoquesas, cap. III. A estas palabras podría añadir muchas de la lengua chiquita, que en la forma y el sentido parecen semejantes a las de los latinos y los griegos. Mas baste por ahora. Las restantes noticias, si a Dios place, se añadirán separadamente en las *Anécdotas americanas*.

INDICE DE COSAS NOTABLES

INDICE DE COSAS NOTABLES

Alcaldes, 410.

Alma, como la llaman los tamanacos, 12. Estado del alma según ellos después del paso de esta a la otra vida, *ibid.* Sus ocupaciones, *ibid.* Lo que sobre el alma piensan los maipures, los otomacos y otros orinoquenses, 13 s. Confunden algunas veces el nombre del alma separada del cuerpo con el del demonio, *ibid.*

Amálivacá, dios de los tamanacos, *v.* Ser supremo.

América, 288. Su poblamiento, coetáneo de la dispersión de las gentes, *ibid.* Primera razón de este pensamiento, *ibid.* y s. Segunda razón, 290. Memorias de antigua magnificencia halladas en ella, 293, 413. De qué parte fueron a América los primeros habitantes, 294.

Animales domésticos, su introducción en el Orinoco, 52. Cuáles se pueden tener allí, 54. Sobre todo son utilísimos los vacunos, *ibid.* y s. Su valor en el Orinoco, 55. Su aumento, *ibid.*

Araña grande del Orinoco, su descripción, 112.

Bálsamo católico, 216. Su rara virtud, *ibid.*

Balsas, explicación de esta palabra, 222.

Caciques, quienes son, 409.

Caminos, cómo son entre gentiles, 94.

Catálogo de las palabras matrices del Orinoco, 212. De las veces haitianas, 221. De las de los incas y los mejicanos, 355 s. De las de los chiquitos y los guaraníes, 357 s., de las de los lules

y de los vilelas, 363 s., de las de los mbayás y de los mojos, 367 s., de las de los omaguas, 371, de los tamanacos y de los maipures, 375, de los sálivas y de los araucanos, 383, de los hurones y de los algonquinos, 384, de palabras tamanacas notables, 386.

Confesión, afecto de los indios hacia este sacramento, 80.

Cultivo de los campos, de qué manera deba hacerse en el Orinoco, 55.

Delirios de los orinoquenses sobre algunas verdades, no son comunes a todos, 24 s. Son sus autores los mentirosos piaches, 25. No es el sentir de toda la nación, *ibid.* Modo de saber bien lo que los indios piensan de la religión, *ibid.*

Demonio, es conocido a los orinoquenses, 14 s. Cómo lo llaman, *ibid.* Cosas singulares que de él dicen los tamanacos, *ibid. Mavári* parece nombre del demonio, 16. Temor que le tenían los tamanacos, *ibid.* y s. Los orinoquenses dan algún culto al demonio, 17.

Descripción de la reducción de la Encaramada, 48.

Diluvio universal, conocido por los orinoquenses, 18. Lo que de él cuentan los tamanacos, 18 s. Su curiosísima fábula sobre este punto, *ibid.* y s. Relatos de los maipures, 20.

Dios, *v.* Ser supremo.

Encaramada, *v.* descripción.

Enfermos, cuidado que el misionero tiene que tener con ellos, 76. Caridad del P. Gumilla con ellos, *ibid.* La confesión es un medio para curar de las enfermedades, 77. El Evangelio recitado por los enfermos, *ibid.* y s.

Ensayo de la lengua tamanaca, 176. De la maipure, 185. Muestra de dos razonamientos en estas lenguas, 208 s.

Escuelas introducidas entre los orinoquenses, 50. Aprenden bien a leer y escribir, *ibid.* A cantar y tocar, 51. Y los trabajos de las artes, 52.

Fiscales, 410.

Fuego, modo de hacerlo los orinoquenses, 96. Este uso no es muy distinto del de otros americanos, 407.

Gato, su utilidad en el Orinoco, 52 s. Cómo caza murciélagos, 53. En los comienzos de una reducción no tiene hijos, *ibid.* y s.

Gobierno de las reducciones, a quién corresponde lo militar, 132. A quién lo económico. *ibid.* Cuáles son los nombres de los cargos indios, 409.

Gramáticas y vocabularios de las lenguas de Tierra firme, 410.

Guerra que hacen los gentiles a los cristianos reducidos, 125. Asalto a la reducción de Pararúma, 126. Firmeza cristiana del P. Román en esta ocasión, 128. Asalto a la reducción de San Juan Nepomuceno, valor demostrado por los güipunaves y habilidad en su combate, 130. Valor de algunos soldados españoles, 131.

Hontan, Señor barón La, su error sobre el acento de los indios, 310. Su error al pensar en la religión, 403.

Instrucción, modo de instruir a los niños en la doctrina. 62. Instrucción de los adultos, 67. Medios usados para hacerla agradable, 69 s. Su instrucción antes del bautismo, 73 s. Antes de la confesión, 74.

Juego de la pelota de los chiquitos, 395 s.

Kineméru, quién es entre los tamanacos, 28.

Lengua californesa, más suave que la mejicana, 412.

Lenguas americanas, lengua haitiana, 220. Mexicana, 228. Chiquita, 244. Guaraní, 248. Araucana, 261. Algonquina y hurona, 265. Las lenguas americanas nacieron en Babilonia, 273. Han sido aumentadas por los indios, 274. Al principio fueron pobrísimas, 275. Así parece haya sido también con la latina y toda otra lengua matriz, 275. No han sido inventadas del todo ni por el diablo ni por los indios, 276 s. Las matrices no son tan numerosas cuanto se dice, 281. Se enumeran algunas, *ibid.* y s. Los dialectos son muchísimos, 283. Cinco causas de esta multitud, *ibid.* y s. Belleza del modo de hablar americano, 295. Algunos defectos exagerados, 301 s. Algunos verdaderos pero perdonables, 308 s. Gracia y variedad de su acento, 311 s. Son apropiadas para hacer versos con rima, 312 s. Los indios no usan versos

rimados, 313. Abundancia singularísima de las lenguas americanas probada con autoridad, 316 s. Con la razón, 317 s. Con presentar dos conjugaciones de los verbos tamanacos, 320 s. Con la maravillosa abundancia de la lengua chiquita, 334. En quá se asemejan entre sí las lenguas americanas, 341. Semejanzas en la sintaxis, *ibid.* En los idiotismos, 342. En el uso de las partículas antepuestas al nombre o postpuestas, *ibid.* En el uso de algunas palabras de otras naciones americanas, 343. En la lengua maipure hay palabras haitianas, *ibid.* En la omagua, en la tamanaca, etc., las de los incas, *ibid.* y s. Los nombres de algunas plantas son semejantes en naciones de diversa lengua, 344. Identidad de la lengua de los maipures y de los mojos, *ibid.* y s. La lengua achagua es dialecto de la maipure, 345 s. La lengua omagua es dialecto del guaraní, 436. En las lenguas de nuestro continente hay probablemente palabras americanas, 347. Cuáles son las seguras, 414. Locuciones semejantes a las hebraicas, 348. Las palabras aducidas por el P. García son dudosas en parte, 349. Las palabras nuestras halladas en América entre los indios no son señal de ser miembros que se hayan separado de nuestras naciones, 349 s. De qué parte se puede saber si hay alguna nación que se nos parezca en el habla, 350 s.

Lenguas orinoquenses, su origen, 136. Muchas lenguas americanas parecen primitivas, y que de ellas no haya quedado nada en nuestro continente, 138. Otras pueden tener semejanza con nuestro modo de hablar, 138. El cargo de descubrirla corresponde particularmente a los misioneros, 139 s. Las lenguas orinoquenses no son semejantes a la actual española. 142. Es cosa dudosa si lo son a la vizcaína, 143 s. No son semejantes a la alemana, 144. Con qué lenguas podría hacerse la comparación, *ibid.* y s. No son semejantes al griego ni a otras lenguas orientales que conocemos, 145. Hay en ellas palabras semejantes a las nuestras, pero de diferente significado, *ibid.* y s. Hay también algunas que se parecen a otras americanas, *ibid.* Se aducen algunas semejantes en todo a las nuestras, 147 s. Las palabras orinoquenses terminan en vocal, 150. En todas faltan algunas letras consonantes, 151. Confusión de algunas letras y variedad de pronunciación en algunos dialectos orinoquenses, 152 s. No son difíciles de pronunciar por los europeos, 154. Modo de bien pronunciarlas y de escribirlas correctamente, 156 s. Las palabras orinoquesas son de varia extensión, 158 s. Las ordi-

narias son cortas, *ibid.* Las menos comunes generalmente son largas, 159. Muchas son compuestas, 160. Causa de esta composición, *ibid.* y s. Las tamanacas no tienen género, 161. Las maipures lo tienen algunas veces, *ibid.* y s. No tienen declinaciones de varios casos, 162. Número dual de los tamanacos, 163. Superlativos de los orinoquenses, 165. Sus comparativos, 166. Diminutivos, *ibid.* Peyorativos de los tamanacos, *ibid.* y s. Hipocorísticos, *ibid.* Pronombres, verbos y participios, 168. Postposiciones, adverbios e interjecciones, 173. Carácter de la lengua de los tamanacos y de los maipures, 192. Su modo de hablar de ordinario carece de figuras, 193. Las usé felizmente algunas veces, *ibid.* El verbo *decir* se pone dentro del periodo, *ibid.* Falta de algunas palabras, 194. Acaso las tienen, 195. En las cosas conocidas son muy elocuentes, *ibid.* y s. No tienen dichos proverbiales, 196. Gracia de sus idiotismos, *ibid.* y s. Como pueden aprenderse bien las lenguas orinoquesas, 197. En ellas hay algunas palabras anticuadas, 198. Los dialectos orinoquenses son muchos, 200. Su carácter, 201. Número de las matrices, 204 s.

Lenguas salvajes son las que deben decidir de la semejanza con las nuestras, 414.

Mavári, *v.* Demonio.

Misioneros orinoquenses. Su comida mísera en los comienzos, 56. Pueden tener leche de vaca, 57. Y carne fresca algunas veces, *ibid.* La salada es su comida ordinaria, *ibid.* y s. Esfuérzase por tener pescado, 58. Condimientos de sus alimentos, *ibid.* Varias clases de vinagre usadas por los misioneros, 58 s. El del plátano guineo es muy celebrado, 59. Modo de hacerlo, *ibid.* Qué sal usan, *ibid.* Sal de los otomacos y de los maipures, 59 s. Aceite de oliva no se ve sino raras veces, 60. Ensalada o menestra curiosísima de los misioneros, 60 s. Su bebida, 61. Sus frutas ordinarias después de desayunar, *ibid.* Sus viajes en busca de gentiles, 88. No todos son a propósito para hacerlos, *ibid.* y s. Se hacen a veces por medio de neófitos, 89. Elogio de dos excelentes misioneros, *ibid.* Modo de hacer con fruto los viajes a los países gentiles, 91 s. Viaje singularísimo a la nación betoy hecho por el ex-misionero Lubián, 99. Rios por él pasados, 100 s. Acogida que le fue hecha por el cacique Macatúa, 104. Viaje

del ex-misionero José Forneri a los piaroas, y sus particularidades, 109. Viaje del autor a la nación de los parecas, 115. Traición que le hizo el piache Carucuríma, 118. Fue recibido por los parecas con las armas, 119 s. Después acogido amorosamente, *ibid.*

Moscovitas, su arribo a la California española, 411.

Niños de la doctrina, 65. Medios para aficionarlos a la reducción, *ibid.* y s. Huyen algunas veces, 66.

Noticias sucintas de algunas naciones americanas y de sus lenguas, 390 s.

Ocupaciones ordinarias de los misioneros, 63 s. Origen que se dan a sí mismos los orinoquenses, 21 s. Relato admirable de los tamanacos en este punto, 22. Relato del régulo Caravána semejante al del Génesis, 23.

Orinoquenses, por lo común no saben de qué parte han ido a América, 25. Lo que de esto dicen los tamanacos, 26. No parecen de origen hebreo, *ibid.* No son idólatras, 27. No tributan culto a Kinemeru, que se dice lanza los rayos, 28. Por qué razón dan algún culto al demonio, 30. Por qué no se lo dan al Creador del mundo, *ibid.* Ignorancia grande de los orinoquenses sobre el destino de los malos, 31. La suerte de estos en la vida futura no la distinguen de la de los buenos, *ibid.* Causa de este error, 32. Son de buena inteligencia para entender las verdades cristianas, 36. Ejemplos varios de la bondad de su ingenio, *ibid* y s. Hecho singularísimo de Luis Uaite, 40 s. Su docilidad al abrazar el cristianismo, 41. Inconstancia en las buenas obras, *ibid.* y s. Su devoción en las funciones de semana santa, 81. No son insensibles al pensamiento de la otra vida, *ibid.*

Piache no es palabra que se adapte a ninguna divinidad, 9.

Piaroas, singularidad de sus selvas por varios árboles, 111. Allí se encuentra la canela, *ibid.* Son abundantes en pequeños jabalíes, *ibid.* Y en hormigas bachacas, *ibid.* y s. Los piaroas se comen a los parásitos, 113. En sus aldeas no hay tigres, *ibid.* Las aguas de su país son frescas, *ibid.* Sus países son templados, 114.

Pittinití, significado de esta palabra, 17.

Poblaciones cristianas y sus nombres, 44. Modo de construirlas, 45. Belleza de algunas reducciones, *ibid.* y s. Belleza de las iglesias, 48.

Prodigios. Visión singular de una mujer cristiana en Cabruta, 83 s. Curación imprevista de un joven maipure, 84 s. Curación de otro por medio de la confesión, 85 s. Gracia hecha por San Luis Gonzaga a una mujer tamanaca, 87.

Puentes de los indios gentiles, 95.

Purrúnaminári, Ser supremo, Significado de esta palabra, 7.

Relatos indios, son el medio como de algún modo se ha conservado la tradición. 18. Modo como los orinoquenses hacen los relatos, *ibid.* y s.

Relato singularísimo de un viejo otomaco convertido a la fe por el ex-misionero Roxas, 401 s.

Reducción, significado de este nombre, 44.

Remedio de la gangrena, 214. De la roña, 215. De las quemaduras, *ibid.* De la rubeola y de la viruela, *ibid.* De las disenterías, *ibid.* Remedio para sacar las secundinas, 216. Para las úlceras y heridas, 216. De los cálculos, de los males de orina, del asma, etc., *ibid.* De la epilepsia, *ibid.* De las fiebres tercianas, de las malignas y de los males de costado, 217 s. De los dolores de riñones, 218.

Selvas americanas, su espesura, 409.

Ser supremo, es conocido de todos los orinoquenses, 1 s. Nombre que le dan los tamanacos y otros, 3 s. Relatos de los tamanacos sobre el Ser supremo, 4 s. Nombre que le dan los maipures y sus relatos sobre él, 6 s. Relatos de los sálivas, de los otomacos, de los yaruros y de otros orinoquenses sobre este punto, 7 s. El piache no es el Dios de los orinoquenses, 9. Los orinoquenses no tributan ningún culto al Ser supremo, 10. Oración que los tamanacos hacían a cierto Yapituari, 11.

Sísiri, quien es, 6.

Soldados, en el Orinoco van con los misioneros en busca de gentiles, 91 s. Su devoción en estas excursiones, 93.

Solfeante, pájaro orinoqués, 111. Singularidad de su canto, *ibid.*

Tabaco. Los orinoquenses usan su humo, 406. Su sorpresa al ver masticar la hoja, 407.
Tapanimarru, quien es, 6.

Uochí, hermano de Amalivacá, *v.* Ser supremo.

Viajes a los gentiles, *v.* Misioneros.
Voces semejantes en diversas lenguas americanas, 413.

INDICES

NOMBRES GEOGRAFICOS

A

Aína, río: 186.
Airico: 102, 103.
Aíti (Haití): 186.
Alemania: 241, 281.
Alto Apure: 137.
Alto Marañón: 170.
Alto Napo: 316.
Alto Orinoco: 30, 135, 171, 175.
Amajauna, gruta: 186.
Andes, Los: 315.
Antillas, Las: 66, 174, 185, 275.
Apapu, río: 103.
Apiai (lugar): 98.
Apure: 232.
Aracúru, raudal: 97.
Arcadia: 220.
Ariari, río: 98.
Asunción: 314.
Atabapo, río: 104.
Atlántico: 132, 185, 207.
Atures, raudal de: 118.
Auvána, río: 97.

B

Babel: 126, 226, 228.
Babilonia: 126, 127.
Bainóa, provincia: 187.
Bajo Orinoco: 118, 135.
Barraguano, monte: 32.
Bauám, río: 187.
Beónico, monte: 187.
Bolonia: 216.
Borja, San Francisco de (reducción): 90.
Brasil: 170, 174, 207, 240, 314.
Brosses (Francia): 240.

C

Cabruta: 60, 67, 86, 87, 121, 122, 136, 148, 154, 182.
Cacábo, provincia: 187.
Caiguanos, montes: 187.
California: 21, 131, 231, 232, 280, 282, 330, 331.
Camamu, río: 314.
Canadá: 219, 224, 231, 242, 324.
Cantabria, montes: 131.
Caonáo 187.
Caracas: 67, 174.
Carichana: 60.
Cartagena: 192.
Casanare: 81, 102, 133, 137, 175, 241.
Cayena: 32, 33, 314.
Cepi, río: 187.
Cibao, minas de: 188.
Cipanga (o Española): 188.
Coro: 192.
Cotíri, río: 188.
Crataima: 233.
Cuchivero, río: 40, 139, 172, 233.
Cuzco: 196.

CH

Chaco: 315.
Chile: 35, 58, 130, 196, 216, 242, 282, 308, 316.
Chunchi, promontorio de: 280.

D

Danubio: 236.
Dorado, El: 98.

E

Encaramada: 37, 84.
España: 128, 130, 131, 241, 330.
Española, La (isla): 186, 187, 188, 189, 190, 191.
Eufrates: 236.

F

Faenza: 277, 282, 290, 321.
Flandes: 241.
Francia: 241, 281.

G

Ganges: 236.
Giamíco, río: 188.
Gottinga: 280, 281.
Grecia: 126.
Groenlandia: 277.
Guacayaríma, provincia: 188.
Guacayarima, río: 191.
Guáira, provincia: 314.
Guape, río: 98.
Guariágua, aldea: 188.
Guaya, lago: 74.
Guayana: 60, 182.
Guayavero, río: 99.
Güejar, río: 99.
Guiricaré, río: 314.
Gubbio (lugar): 98.

H

Haití: 185, 186, 188, 192.
Herrnhuth: 282.
Higuey, provincia: 188.
Huábo, provincia: 188.
Hudson, Bahía de: 220, 277, 328.

I

Indias, Las: 130, 189, 190, 229, 231.
Indias Occidentales: 191, 206, 328.
Indias Orientales: 129.
Inglaterra: 281.
Italia: 74, 126, 130, 182, 183, 207, 228, 232, 241, 281.
Itatín, provincia: 314.

J

Jacíga, río: 189.
Jónico: 207.
Jovauaboina, cueva: 189.

K

Kamchatka: 239, 330.

L

Labrador, Tierra de: 281.
Lima: 76.
Loreto (California): 331.

M

Macaya, río: 103.
Macóri, río: 189.
Macuco (reducción): 98, 104.
Madrid: 216.
Magallánico, estrecho: 130.
Magdalena, río: 192, 333.
Mainas: 277.
Maita: 29, 47.
Mapayo: 315.
Marañón, río: 102, 103, 118, 133, 174, 175, 207, 242, 277, 316.
Meta, río: 98, 104.
México: 48, 192, 229, 231, 232, 238, 275, 282, 328, 331.
Mictlan (Infierno): 49.
Misisipi, río: 219, 224, 231.
Mojos, provincia: 199.
Moscovia: 131, 331.

N

Naiba, río: 190.
Napo, río: 316.
Nicao, río: 190.
Nilo: 236.
Nueva Andalucía: 329.
Nueva York: 219.
Nuevo México: 332.
Nuevo Mundo: 225, 236, 237, 275.
Nuevo Reino: 98, 130, 192.

O

Ocóa, río: 190.
Ocosingo (lugar): 332.
Orinoco, río: 21, 22, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 35, 38, 40, 43, 44, 47, 48, 49, 59, 60, 62, 63, 65, 66, 67, 69, 70, 71, 74, 82, 86, 88, 90, 93, 95, 97, 98, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 111, 117, 118, 119, 126, 128, 129, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 143, 150, 153, 156, 157, 167, 168, 169, 170, 172, 174, 175, 180, 181, 183, 185, 187, 194, 195, 199, 200, 214, 226, 231, 232, 233, 234, 240, 241, 242, 244, 251, 253, 264, 275, 281, 305, 309, 323, 324, 326, 329, 331, 332.
Ozan, río: 190.

P

Paraguay: 21, 242, 314, 315.
Paraná, río: 314.
Pararuma: 88, 117.
Paria, costa de: 172, 174.
París: 328.
Patura: 106.
Paurári, monte: 46.
Perú: 170, 196, 199, 229, 230, 238, 242, 275, 315.
Petersburgo: 280.
Piratinonga, San Paulo de, provincia: 314.
Po, río: 236.
Porongo: 315.
Puerto Viejo: 275.
Puruai: 117.
Putumayo: 316.

Q

Quebradita, La: 98, 100, 103, 277, 316.
Quiábon, río: 190.
Quito: 21, 102, 170, 196.
Quizqueia (o Española): 190.

R

Río Grande: 314.
Río Negro: 97, 98, 103, 170, 175, 316.
Roma: 92, 152, 164, 196, 250, 269, 280, 282.
Rosario: 315.

S

Salado, río: 315.
San Agustín, cabo de: 314.
San Calisto: 17.
San Francisco del Norte, río: 314.
San Francisco del Sur, río: 314.
San Joaquín (reducción): 316.
San Juan: 98.
San Juan de los Llanos: 316.
San Juan Nepomuceno (Llámase ahora Raudal de Atures): 118.
San Martín: 98.
San Pedro, Puerto de: 314.
Santa Bárbara (Costa): 228.
Santa Cruz de la Sierra: 313, 314, 315.
Santa Fe: 62, 70, 98, 115, 130.
Santa Rosa: 315.
Santo Domingo: 131, 185, 186, 189, 191, 192.
Sebastópolis: 231.
Siberia: 277, 280, 330.
Sinaruco, río: 104.
Stokolmo: 280.

T

Tabasco: 332.
Tamanacu, monte: 40.
Tapé, provincia: 314.
Tarija: 315.
Tartaria: 277.
Teotihuacán: 332.
Tierra Firme: 131, 174, 181, 192, 224, 275, 330.
Tlalócan (lugar fresco y ameno): 49.
Tlascala: 313.
Todos los Santos, Bahía de: 314.
Tuapu: 105.

U

Uacara-yotta (lugar): 37,
Uacharacá-ima (lugar): 115.
Ucayalli, río: 316.
Urúana: 79, 109, 111, 324.
Uruguay: 21, 314.

V

Venituari, río: 104, 105, 106.

X

Xárayes, lago: 315.

Y

Yaguáre: 316.
Yumena, río: 107.
Yuna, río: 190.

NOMBRES DE PERSONAS

A

Acosta, P. José de: 186, 229.
Adán: 177, 178, 179.
Adriano, Cardenal: 23.
Amanené (El Credor): 29.
Amarillas, Marqués de: 331.
Amavalicá (o Amaruacá o Amarivacá, Dios de los Tamanacos): 28, 29, 30, 31, 32, 47.
Anacaóna (cacique de Santo Domingo): 191.
Anáhuac: 332.
Andé-conomé (Dios del cielo de los Yaruras): 32.
Anisson, P.: 330.
Antioco, Rey: 174.
Aquimóta (hija de Anacaóna): 191.
Aramacoto: 160.
Arémi, Lorenzo: 56, 80.
Aristóteles: 242.
Arquellada Mendoza, Domingo J.: 216.
Ataualpa: 230.
Attabería (nombre de la Madre de Dios): 191.
Avendaño, P.: 330.

B

Beecho (cacique de La Española): 191.
Benavent, Carlos: 115.
Benedicto XIV, Papa: 90.
Benzoni: 275.
Bering (navegante): 330.
Beuquio (hermano de Anacaóna): 191.
Biet del Piaye, M.: 33.
Bonalde, Capitán Juan Antonio: 63.
Bonávo (cacique de La Española): 191.
Borja: 282.
Borja (indio maipure): 75.
Burkard, P.: 132.
Burriel, P.: 231, 331.
Buttner: 281.

C

Caduros: 174.
Camaño, Abate Joaquín: 203, 204, 240, 241, 246, 247, 248, 255, 269, 270, 271, 277, 282, 290, 300, 314, 317, 321.
Canavacu, María Antonia: 89.
Carapáica (hermano del cacique Monaíti): 42.
Carapaíti (indio tamanaco): 109.
Caravana, Felipe (cacique de los Maipures): 37, 38, 42, 44, 83, 88, 160.
Carlos V: 130.
Caulín, Fray Antonio: 329.
Caunobóa (cacique): 191.
Cayagoa (cacique): 191.
Cayamu (cacique): 118.
César: 186.
Cicerón: 165.

Clavigero, Abate: 48, 231.
Colom, Abate: 186.
Colón, Cristóbal: 185, 188, 237, 326.
Condamine, Carlos María La: 129, 133, 134, 135, 167, 239.
Crusca: 226.
Curucurima (piache): 111, 112, 113.
Cuseru (cacique de los Güipunaves): 104.

CH

Charlevoix, P.: 186, 189.
Chepito: 247.
Chirí-conomé (Dios de los prados, de los Yaruras): 32.
Chome, P.: 240.

D

Dabú-conomé (Dios de la tierra, de los Yaruras): 32.
Daddei, P.: 330.
D'Anson, M.: 189.
Daos: 174.

E

Elimeos: 174.
Ellis, Enrique: 277, 328.
Escalígero: 242.
Estanislao (indio tamanaco): 75.
Esteban (indio otomaco): 64.
Eva: 176, 177, 178, 179.

F

Felipe II: 186.
Felipe III: 330.
Fernández, P. José Patricio: 314, 317.
Fernando de Aragón: 116.
Ferragut, Abate José: 293.
Forneri, Abate José María: 91, 104, 105, 106, 108, 169, 183, 330.
Fritz, Samuel: 316.
Froger, M.: 32, 33.

G

Galletti, P. L. (Obispo de Cirene): 17.
García, Abate Juan: 297.
García P. Gregorio: 45, 227, 279, 332.
Garcilaso, El Inca: 186, 229, 230, 239.
Gilij, Abate Felipe Salvador: 17, 281, 305, 317.
Goaxanagari (cacique): 191.
Gonzaga, San Luis: 74, 89.
González, P. Francisco: 105, 139, 330.
Guacanarillo (cacique): 191.
Guarionéx (cacique de La Española): 191.
Gumilla, P. José de: 28, 29, 31, 33, 38, 44, 45, 81, 134, 136, 138, 175, 241, 326, 330.

H

Hércules: 132.
Herrera: 231.
La Hontan, Barón M.: 219, 221, 222, 224, 231, 242, 246, 251, 309, 324, 325, 326.
Hualpa Tupac Inca Yupanqui (abuelo de Garcilaso): 230.
Huascar: 230.

I

Ibaseta, P.: 131.
Imu (cacique): 118.
Iraisos, Abate Manuel: 246, 297, 316.
Isabel, La Católica: 116.
Iturriaga, José (Jefe de la Real Expedición de Límites): 63, 70.

J

Jivi-uranga (Dios de los Otomacos): 31.
Joaquín (indio ature): 111.
Jolís, Abate José: 293, 315.

K

Keveicoto, Tomás: 54, 75, 84.
Kineméru (dueño del rayo): 46.

Ki-yumocón (Dios o gran padre de los Caribes): 29.
Krascheninnikov: 282.

L

Larramendi, P.: 131.
Livio: 174, 186.
Legal, Abate Francisco: 207, 244, 246, 300.
Leibniz: 281.
León, Andrés de: 186.
Lubián, Abate Roque: 86, 98, 308.

M

Macapu (cacique de los Güipunaves): 37, 79.
Macatúa (cacique): 100, 101, 102, 103.
Machacoto (primer cacique de los Tamanacos): 54, 56.
Mamachio, Fray Tomás María: 17.
Mamóna (nombre de la Madre de Dios): 191.
Manácu, Mauricio: 84.
Marcial, Valerio: 250.
Marcos: 228.
Marcucci, Francisco Antonio (Obispo de Montalto): 17.
Mártir de Angleria, Pedro: 186, 191.
Mavári (genio del mal de los Tamanacos): 37, 38.
Mdato, Clara: 89.
Medos: 174.
Mereyure, Cristina (mujer del tamanaco Yucumare): 89.
Miraglia, Abate Gaspar: 167, 192, 285, 331.
Molina, Juan Ignacio: 216.
Monaíti, Felipe (cacique de los Tamanacos): 42, 43, 54, 85, 109.
Monroy, Comandante: 122.
Montenegro (Párroco de indios): 228.
Montoya, P.: 321.
Muller: 189.
Muratori: 254, 314.

N

Navarro, Capitán: 122.
Nepote: 186.
Nericaguámi (cacique de los Cáveres): 86, 87.

O

Ocampo, Juan Francisco: 317.
Olmo, P. Francisco: 55, 91, 103, 104, 116, 152, 330.
Ovalle: 35, 130.
Ovidio: 21, 40, 233.
Oviedo y Valdez, Gonzalo Fernández de: 130, 186, 189, 192, 328.

P

Papin: 48.
Peta (indio tamanaco): 229.
Pío VI: 281.
Pittinití (Estrellas inmortales de los Maipures): 38.
Plauto: 254.
Plinio: 231, 328.
Pluché, Abate: 136.
Polo, P. Juan Bautista: 88, 252.
Pucho, Jerónima (mujer del cacique Monaíti): 85.
Puru (Dios de los Sálivas): 31.
Purrúnaminári (o Ununáminári, Dios de los Maipures): 30, 31, 32, 42, 47.

Q

Quincio (Cónsul): 174.

R

Rafael (indio sáliva): 64.
Ribero, P. Juan: 60, 330.
Román, P. Manuel: 117.
Roxas, Abate Enrique: 70, 323.
Roxas, Abate José: 330.
Ruiz, P. Tomás: 330.

S

Salillas, Abate Antonio: 182.
San Agustín: 53.
Sánchez, Miguel: 68.
San Ignacio: 87, 183.
San Juan Nepomuceno: 120.
San Miguel, Arcángel: 247.
San Pedro: 324.
Santo Tomás: 57, 326.
Schlozer, Augusto Ludovico: 280, 281.
Schmitz, P. Jorge: 86.
Shuchford: 143.
Sísiri (hijo de Purrunaminari): 31, 47.
Sosibiano: 250.
Spagni, Abate: 206, 226.
Surúi, Bernardino: 55.
Surville, Luis: 276.

T

Tapanimarru (madre de Sísiri): 31, 47.
Tigitígi (Demonio de los Otomacos): 37.
Tulio: 33, 254, 271.
Túpac Huaina Cápac (Rey inca): 230.

U

Uáite, Luis: 56.
Ui-conomé (Dios de las aguas y de los ríos, de los Yaruras): 32.
Uochí (hermano de Amalivacá): 29, 47.
Uramá, Francisco: 64.
Usserio: 237.

V

Vanthiennen, P.: 206, 241.
Varrón: 186.
Vasúri (Demonio de los Maipures): 50.
Veniamári, Francisco (indio maipure): 87, 88.

W

Walch, P.: 98.
Walton: 126.

X

Xuarez, Abate Gaspar: 197, 285.

Y

Yare (cacique de los Parecas): 113.
Yapituari (ser que subió al cielo): 34.
Yella (nombre de la Madre de Dios): 191.
Yerroari, Tomás: 87, 88.
Yocáuna (Deidad, nombre del primer motor): 191.
Yolokiamo (Demonio de los Tamanacos): 36, 37.
Yuai-conomé (Dios de las selvas, de los Yaruras): 32.
Yuané (Demonio de los Yaruras): 37.
Yucumare (indio tamanaco): 36, 40, 84, 89.

INDICE

Indice de los libros y de los capítulos contenidos en el tomo III de la Historia Natural del Orinoco 11
Indice de los apéndices y de los capítulos contenidos en el tomo III.... 15
Prefacio 21

Libro Primero

De la religión antigua de los orinoquenses.

Cap. I – Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre tamanacos y caribes y otros orinoquenses sus semejantes 27
Cap. II – Del conocimiento del Ser supremo que se halla entre los maipures y otras naciones del Orinoco 30
Cap. III – Del alma y de los espíritus 34
Cap. IV – Del diluvio y de algunas otras noticias referentes a la antigua religión de los orinoquenses 39
Cap. V – Del origen que se atribuyen los orinoquenses 41
Cap. VI – Delirios de algunos orinoquenses sobre la creación del hombre y causas de aquellos 43
Cap. VII – Reflexiones sobre la religión de los orinoquenses 45

Libro Segundo

De la introducción de la religión cristiana entre los orinoquenses

Cap. I – Qué disposiciones hay en los orinoquenses para abrazar el cristianismo 53
Cap. II – De las reducciones 58
Cap. III – Del modo de construir las reducciones 60
Cap. IV – De la introducción de las escuelas y de las artes 63
Cap. V – De la introducción de los animales domésticos y del cultivo de los campos 65
Cap. VI – De la comida de los misioneros 68
Cap. VII – De la instrucción de los jóvenes 72

Cap. VIII – De la instrucción de los adultos 75
Cap. IX – De la instrucción extraordinaria 78
Cap. X – Del cuidado de los enfermos 81
Cap. XI - Del fruto que se saca de la instrucción 83
Cap. XII – Si suceden milagros en la conversión de los orinoquenses 86
Cap. XIII – De los viajes de los misioneros en busca de gentiles a las selvas 90
Cap. XIV – De aquellas cosas que ayudan al buen éxito de los viajes de los misioneros a las selvas 92
Cap. XV – De otras particularidades de los viajes a las selvas 94
Cap. XVI – Viaje a la nación betoa y otras que están vecinas al Orinoco y al Río Negro 97
Cap. XVII – Viaje al río Venituari por tierra en busca de los piaroas 104
Cap. XVIII – Viaje a los parecas 109
Cap. XIX – De la guerra que a los cristianos reducidos hacen los gentiles 116
Cap. XX – Del gobierno de las reducciones 120

Libro Tercero

De las lenguas de los orinoquenses.

Cap. I – De su origen y del modo de hallar su relación con las de nuestro continente 125
Cap. II – Si las lenguas de los orinoquenses son semejantes a las nuestras 129
Cap. III – De las palabras orinoquenses semejantes a las nuestras 132
Cap. IV – Observaciones generales sobre las lenguas del Orinoco 136
Cap. V – De la pronunciación de las lenguas orinoquenses 138
Cap. VI – Observaciones más particulares sobre las lenguas orinoquenses, donde se trata de las partes de la oración, y en primer lugar del nombre.. 142
Cap. VII – De los pronombres, de los verbos y de los participios 149
Cap. VIII – De las otras partes de la oración 152
Cap. IX – Ensayo de la lengua tamanaca 155
Cap. X – Ensayo de la lengua maipure 161
Cap. XI – Reflexiones sobre las lenguas orinoquenses..... 164
Cap. XII – Si las lenguas orinoquenses son muchas 170
Cap. XIII – Muestra de dos breves razonamientos en las lenguas de los orinoquenses 176

Apéndice I – De los remedios de algunos males usados por los misioneros de Tierra Firme 181

Apéndice II – De las más famosas lenguas americanas 185
Parte I – Extractos de varias lenguas americanas 185
Cap. I – De la lengua haitiana 185
Cap. II – De la lengua mejicana 192
Cap. III – De la lengua general de los Incas 196
Cap. IV – De la lengua de los Mojos..... 199
Cap. V – De la lengua de los chiquitos 203
Cap. VI – De la lengua de los guaraníes 206

Cap. VII – De la lengua araucana 216
Cap. VIII – De la lengua algonquina y hurona 219

Parte II – Reflexiones sobre las lenguas americanas 225

Cap. I – De su principio y aumento 225
Cap. II – Las lenguas americanas no han sido inventadas ni por los indios ni por el demonio 227
Cap. III – Del número de las lenguas americanas 230
Cap. IV – De los dialectos americanos y de sus causas 232
Cap. V – Digresión sobre la antigüedad de la población de América 235
Cap. VI – De la belleza de las lenguas americanas 240
Cap. VII – De los defectos de las lenguas americanas 244
Cap. VIII – Del acento de las lenguas americanas 251
Cap. IX – De la abundancia de las lenguas americanas 253
Cap. X – De una conjugación de los verbos tamanacos 257
Cap. XI – De una conjugación de los verbos activos irregulares 265
Cap. XII – De la abundancia maravillosa de la lengua chiquita 269
Cap. XIII – Comparación de las lenguas americanas entre sí 272
Cap. XIV – Comparación de las lenguas americanas con estas de nuestro continente 277
Cap. XV – Noticias recientes 280
Cap. XVI – Catálogo de algunas lenguas americanas para hacer la comparación de ellas entre sí y con las de nuestro hemisferio 283

Adición al tomo II, nota XVIII 317

Notas y aclaraciones 325

Indice de cosas notables 339

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
REALIZADO EN LOS TALLERES DE
ITALGRAFICA, C. A., CARACAS,
EN EL MES DE JULIO DE 1965